TODO POR AMOR, PERO NO TODO

UNA NOVELA DE

LUIS NOVARESIO



TODO POR AMOR, PERO NO TODO

UNA NOVELA DE

LUIS NOVARESIO



TODO POR AMOR, PERO NO TODO

UNA NOVELA DE

LUIS NOVARESIO

SUDAMERICANA

No he visto de frente a ninguno de los personajes. Apenas, con dificultad, los pude imaginar.

A los tenaces

1
Slave

C dijo es por acá. Uno bajó la ventanilla para mirar el cartel que indicaba el nombre de la calle. No había dudas.

—Hipólito Yrigoyen —atinó a decir en voz alta—. Es la calle donde está… —y se detuvo dándose cuenta de que, de seguir, debería contarle. Unos años atrás había venido a un cine porno que estaba a pocos metros.

—¿La calle de qué? —le preguntó C sin demasiado interés.

Uno no dijo nada. Sabía que C no volvería sobre el tema. Como hacía con la mayoría de las cosas que no le importaban. Uno sentía cierta envidia por ese mecanismo. El ejercicio explícito de ignorar todo lo que está fuera de su foco.

—Ahí veo que hay cola. —Uno estaba seguro de que era el lugar—. Esperemos un poco en el auto a que pare de llover.

Diluviaba. Por un momento, Uno pensó que la lluvia sería su aliada y que no irían a esa fiesta. Pero también quería ir.

—El sábado voy a Slave. Me gustaría que fuéramos juntos. Fiesta, música electrónica —le había dicho C.

Uno había googleado el evento y los pocos videos subidos por usuarios lucían tan mal grabados como seductores. Oscuridad, gente vestida de látex y con collares y cadenas, desnudez, música electrónica densa. Sus ganas, sin embargo, se golpeaban con su temor a pasarla mal. Verlo a C en su mundo, delante de él, lo asustaba. Verse excluido de aquel mundo.

Estacionaron en medio de dos containers que desbordaban de basura. Uno bajó su ventanilla y el hedor lo envolvió. Las casas del siglo pasado, la oscuridad y el olor montaban un cuadro de decadencia atractivo. La decadencia por elección puede ser atractiva. No cuando se impone.

Uno sintió que C estaba haciendo un esfuerzo. Lo estaba invitando a una parte de su mundo, por usar algo de su terminología. *Mi mundo incluye el descontrol, la lujuria, el no explicar ni justificar lo que hago. Y a ese mundo no voy a renunciar. Ni siquiera por amor,* le había dicho luego de una de las tantas discusiones. ¿C lo amaba? ¿Por qué dijo ni por amor?

Dejó de llover. O, al menos, caía menos agua. El ingreso a Slave era una mampara negra

adosada a una especie de dintel de una vieja casa de calle Hipólito Yrigoyen. Dos personas de seguridad, una mujer y un hombre, enormes de físico por igual, controlaban los tickets. La mujer con una remera que decía “Prevención” empujó una puerta vaivén para franquearles el ingreso. Entonces Uno vio, escuchó y olió de qué iba esa noche en ese lugar de la ciudad.

Una humareda rítmica de colores lo golpeó directo en el centro del pecho. La música ensordecía con una percusión oscura y dominante. Las luces encandilaban con rojos y blancos brillantes. El humo de los cigarrillos y de la máquina que fabricaba el efecto a base de agua y glicerina empañaban la vista. C se dirigió decidido hacia la barra de tragos casi desentendiéndose de él.

Cuando Uno pudo aclarar sus sentidos, lo vio todo: quinientas, mil personas, nunca lo sabría, se movían como una especie de masa obediente e informe simulando bailar. Porque en realidad, nadie bailaba. Todos se prestaban a una especie de rito físico distinto de la danza. Y mejor, cómo no. Es la primera vez que veo música tan oscura, pensó Uno. Porque aquellos sonidos no se escuchaban. Esencialmente se veían. Tenían entidad física imperceptible por los oídos. Había que verlos.

Casi todos varones. Casi todos en cuero. Si alguien le pidiera a Uno que describiera lo primero que vio, diría eso. Torsos desnudos, infinidad de torsos desnudos. Lampiños, peludos, con pezones oscuros o más rosados, hombros y pectorales inflados, otros curvos por el paso del tiempo o la nula ejercitación, arneses de cuero, cadenas en forma de collares, piercings. Torsos.

C le puso una mano sobre el hombro para llamar la atención. Uno no lo escuchaba, embriagado.

—¿Qué tomás?

—Gin tonic.

—Si te vas a drogar, convendría sólo agua —le dijo C mientas le apoyaba una botella de plástico helada en su pecho.

Nunca le dije que me drogaría, pensó. Pero no lo dijo. *Éxtasis: aumenta la sensación de placer y la confianza en sí mismo. Sus efectos alucinógenos incluyen sensación de paz, aceptación y empatía*. Lo podía recordar de memoria del buscador de internet cuando C le dijo que experimentaba con el MDMA. Uno quería confiar en él mismo esa noche y estar en paz.

C se inclinó sobre la barra. Parecía que iba a saludar al bartender. Pero vio que C, en realidad, se agachaba para aspirar una línea de cocaína que había dispuesto sobre la madera.

—Necesito despertar —le dijo.

—¿Se puede? —le preguntó Uno.

Quería saber si se podía esnifar a la vista de todos. C estalló en una carcajada y lo abrazó.

—Precioso, todo se puede en la vida y mucho más en *Slave*. Nadie te mira porque a nadie le importa la mirada. Les importa que estés feliz.

C le hizo señas para ir hacia el centro del lugar.

—¿Vamos adentro? —le preguntó.

Adentro, como si ellos estuvieran afuera. Le bastó caminar unos metros para entender que sí estaba afuera. Presidiendo la fiesta había una especie de escenario pequeño en donde tocaba música un dj acompañado de una *drag queen* altísima. Flaca, huesuda, con una peluca inmensa verde de rulos, una malla color dorado de la que sobresalía un pene de látex enorme que se bamboleaba al ritmo de sus caderas. C ya se había sacado su remera y dejó ver su pecho perfecto. Uno pensó, bajo las luces de esa noche, que alguien había usado un hacha para tallar el hueco precioso entre sus dos pectorales. La hendidura perfecta que resaltaba su torso viril le resultaba irresistible. Debajo del escenario alcanzó a ver una especie de cueva en la que se percibían movimientos. Uno, hipnotizado por la imagen, caminó abriéndose paso entre cuerpos transpirados para entrar en esa zona.

La cueva simulaba una jaula. En la jaula, tres varones totalmente desnudos se movían en cuatro patas. Todos con collares de cuero, encadenados a la pared. Sus rostros estaban ocultos tras unas máscaras de látex que apenas dejaban libres sus ojos y bocas. En sus glúteos, tenían tatuados letras y números. “OBML1”, alcanzó a ver en uno.

—Owned by Master Lucius, número uno —le gritó al oído C—. Propiedad del organizador de la fiesta. —Señaló hacia un costado del escenario.

Uno lo vio: un hombre de unos cincuenta años, canoso, de un físico privilegiado, con botas de cuero hasta la rodilla, un suspensor también de cuero y un arnés sobre el pecho. Lucio exhibía a sus tres esclavos encerrados.

Cuando giró hacia C, él le introdujo por sorpresa algo en su boca y lo besó con una fuerza inusitada. Le faltó el aire. Al abrir la boca tragó sin decidirlo lo que C le había depositado con el beso. En los costados de su lengua sintió una descarga amarga profunda. Provocó saliva para desparramar esa acritud, pero no pudo. C le puso una botella de agua en la mano y le dijo:

—Tomá mucha agua toda la noche, precioso.

Uno lo miró y le preguntó qué era. C abrió sus brazos tensando sus bíceps, mostrando su porte musculoso, y le gritó mientras se alejaba:

—Es la felicidad, precioso.

Uno miró instintivamente su reloj. Había leído que el éxtasis comenzaba a hacer efecto a los veinte o treinta minutos. *Depende de la frecuencia con la que se consume y de cada organismo,* recordó. Tengo cuarenta y cinco años, se dijo, es la primera vez que consumo. No sintió miedo y se sorprendió. Ansiedad, sí. Ansiedad por saber, por experimentar. La ansiedad, que es más potente que el temor. El miedo es el estado de peligro frente a un hecho concreto y sabido. La

ansiedad, angustia por lo desconocido. Recordó que lo había dicho Berta Orlás, hablando de psicoanálisis. Orlás, una profesora de filosofía que él admiraba mucho y seguía en sus publicaciones en medios. Eran las dos de la mañana. Su ansiedad volaba.

Uno decidió que bailaría. No sabía si podría sumarse a esa ola de hombres que lucían conocedores de un ritmo que él ignoraba. ¿Por qué no intentarlo? El lugar era un mundo de sentidos. Vio a hombres que se besaban apasionadamente con los que parecían ser sus parejas. Y enseguida, con la misma pasión, se abrazaban con otros que estaban al lado. Vio grupos de tres, de cuatro, que se besaban entre todos, acariciándose con descaro. Todos se mostraban con un deseo de tocarse como viviendo en un rito de mero placer, de sensualidad compartida.

Bailó, o hizo alguna cosa con su cuerpo, por un rato. ¿El tiempo le empezaba a resultar más liviano? ¿Las piernas flotaban distinto sobre esa pista? De repente, mientras cerraba los ojos y dejaba que el cuerpo buscara el ritmo, sintió que le acariciaban los hombros. Leve, sutil, placentero. C, evidentemente, había decidido acompañarlo en este viaje haciéndose presente desde atrás. Uno se entregó a esa caricia y se recostó sobre el cuerpo de C. No podía ser tan rápido el efecto de la droga, pensó. Pero juraría que experimentaba una chispa inicial de un placer distinto.

Entonces lo supo. Ese cuerpo que lo acariciaba desde atrás no era el de C. Mucho más alto, los abdominales que rozaban su espalda no eran tan firmes como los de C. Un aliento distinto se posó sobre su nuca. Uno tenía una extrema sensibilidad con el olfato. Es la compensación de los sentidos, le había dicho un oftalmólogo después de torturarlo tapando primero un ojo y después otro para que adivinara letras suspendidas en una pared lejana. Ese aliento que bailoteaba detrás le era desconocido. Más metálico, aroma de café recién servido. Abrió sus ojos y vio que C estaba frente a él. Instintivamente hizo el gesto de soltarse de ese abrazo desconocido para acercarse a su novio y él mismo lo frenó con la mirada. C lo abrazó por delante:

—Entregate al disfrute.

De repente, Uno supo que no quería resistirse. Percibió, como nunca antes, que su cuerpo deseaba dejarse llevar por aquello desconocido. Su mente le decía que no, que no debía, que si se dejaba llevar ya no podría, nunca más, pedirle a C que le explicara su propio dejarse llevar. *Más dionisíacos. Menos apolíneos*. ¿Qué hacían retumbándole las explicaciones que alguna vez escuchó de Orlás sobre perseguir el deseo y no el deber como quería Nietzsche? No deseaba resistirse a nada.

Entonces Uno se recostó sobre ese cuerpo desconocido que le exhalaba sus metálicas ganas de tocarlo. Ese cuerpo, porque no había ni rostro ni identidad sabidas, lo abrazó con fuerza. Las

manos fueron desarmándolo, levantándole la remera hasta que Uno fue un torso más, desnudo. Ese otro, innominado pero imposible de no identificar en el pulso de sus ganas, ya lo acariciaba, como sensual modo de reconocerlo por primera vez en su pecho. La música ahora lo golpeaba directo.

Uno salió de su propia penumbra, abrió los ojos y vio que los otros cuerpos que lo rodeaban tenían formas distintas y más voluptuosas. Sin pensarlo, giró sobre sus talones y quedó enfrentado al otro desconocido que le sonrió y le acarició los bordes de la cara, tocó sus huesos y las orejas. Uno no pudo saber quién ni cómo era. Tampoco quería. Se trataba de un encuentro distinto, orgánico, más allá de la belleza. Sintió los labios y la lengua ajenos con un beso profundo que calentó sus sienes y la nuca. Y el beso duró todo el ritmo oscuro que no paraba de crecer.

Uno supo que besaba desde el puro deseo del encuentro de sus bocas sin más aditamento que las bocas y las lenguas. No había otro sentimiento que el del placer instantáneo. Disfrutó de ser en ese beso sin ser él ni quien fuera ese desconocido. Entonces escuchó que C le decía al oído. “Toma mucha agua, precioso”.

2
El premio de Ana

Se acomodó en su sillón y miró hacia el Río de la Plata. El paisaje le devolvió lo que siempre. Paz. Inmensidad. Sensación de poder. Desde el piso 27 del edificio de Puerto Madero, la dimensión del río era una precisa metáfora del poder. Desde aquí domino todo eso que parece inconmensurable, pensó Ana.

Hoy sí era buen día para ella. Después de esperarlo por meses, el directorio de la empresa de medicina prepaga le anunció su premio. Fue el mejor ejercicio de los últimos once años. *Las ganancias fueron las más altas, Ana*, le dijo el presidente y le estrechó la mano. *Hágase la desentendida cuando se lo anuncien en la reunión de los jueves. Pero van a duplicar su bono anual y van a regalarle un cero kilómetro más dos pasajes a Roma*, le confesó en tono cómplice. *Usted hágase la sorprendida. Se lo quería contar yo en honor a la confianza que deposité en usted desde el primer día y que sé*, le dijo el hombre acercándose a una distancia que sólo admitía el beso o el cachetazo, *usted ha sabido apreciar en estos tres años.*

Ana había ingresado como CEO de la empresa de medicina privada hacía tres años. Una mañana, recorriendo sin demasiada convicción el diario, se detuvo en un aviso clasificado que buscaba "Gerente general para Empresa líder en sector de salud". Ella trabajaba entonces como manager de una de las agencias de seguridad más importantes del país, con un muy buen sueldo y sin perspectivas de sobresaltos. Sin embargo, sintió que el aviso del diario respondía a un llamado que ella misma había habilitado como trascendente.

Cada domingo a la mañana, cuando Ana leía los diarios, se imponía (¿como cábala?, ¿superstición?) leer, primero que nada, el horóscopo de la revista del diario de mayor tirada del país. Antes que los títulos de tipografía catástrofe, antes que cualquier otra cosa. Una costumbre que tenía de chica. Ella comenzó a amar la ceremonia de la lectura de los diarios, no por las noticias en sí, sino por ese hábito de leer para saber y, sobre todo, poder contar. Leer era, para Ana, el fenómeno de relatar lo que otros habían escrito. No sabía leer para ella sola. En ese fragor del acto de lectura, desde niña, no resistía la tentación de empezar por el horóscopo. ¿Por qué? Nunca lo supo. Y era quirúrgica en ese impulso: ni amores, ni viajes ni salud. Negocios. Se detenía en negocios.

Aquel domingo leyó. “No deje pasar las propuestas nuevas que puedan llegarle por casualidad”. ¿No era acaso eso el llamado de la empresa del sector de salud? Envió su currículum más por respeto a su manía que por convicción. Antes, pulió su hoja de vida. “Nada que no entre en una hoja A4 es interesante”, decía su profesor más querido en la Facultad. Doctora en Ciencias Económicas de la UBA. MBA de la Universidad de Nueva York. Tres idiomas. Casada. Sin hijos. Dos empleos con facultades de dirección y notas de ponderación de sus superiores. Con eso alcanzaría. Agregó algunos pergaminos más y lo envió.

La última entrevista fue con tres miembros del directorio. El que llevaba la voz cantante era el mismo que tres años después le anunciaría el premio por su gestión. Este no me quiere. Este no me la va a hacer fácil. Me tengo que ganar a los otros dos, pensó Ana en aquel momento. Mirado en retrospectiva, ¿se había equivocado otra vez? ¿Había sido víctima de su propia manía persecutoria de creer que no era querida? ¿El mismo que hoy jugaba ese papel de cómplice contándole de su premio era el que a primera vista no la quería? Bájese de Castel Sant’Angelo, le hubiera dicho su analista.

El padre de Ana ama la ópera. Como buen hijo de italianos, recibió de sus padres, los abuelos de ella, el legado del melodrama. Verdi es pueblo. Puccini, la burguesía, dice siempre el padre cuando le discuten de estilos. Tosca, su ópera preferida. La heroína, una cantante que quiere escapar y salvar a su amado que desafía al régimen autoritario de la Roma de entonces, sufre la estafa del temible Scarpia, el poder mismo, y, ante la tragedia, se sube a lo alto del Castel Sant’Angelo que mira el río Tevere y se suicida lanzándose a sus aguas. *Usted es siempre Tosca, Ana,* escuchó más de una vez en las sesiones, *ante una mirada esquiva del otro, se sube a Castel Sant’Angelo. No hace falta,* le explicó. Quizá fuera cierto. Otra vez. El hombre que no la quería la eligió, la respaldó en sus tres años de trabajo y hoy la premiaba. El mismo que la invitaba a tomarse el día después del anuncio, que disfrutara de ese jueves con su marido o sus amigas.

Ana dejó el edificio de Puerto Madero antes de las 15. Su curso de filosofía comenzaría a las 19. Tenía tiempo. Mensajeó a su marido: *¿Estás? Tengo algo bueno para contarte.* Apenas dos minutos después de enviarlo, apagó su teléfono. Nunca me llegó tu respuesta, sería la sencilla y eficaz manera de excusarse para los que usan celulares en una ciudad incomunicada con la fastidiosa falta de señal. Se subió a un taxi. Le indicó Hipólito Yrigoyen y Carlos Pellegrini. Pensó, mientras le pedía aire acondicionado al taxista que fingió no escucharla, que podría llegar de sorpresa a la oficina de su marido y proponerle un brindis temprano. O invitarlo a una cena

después de su curso. O llamar a Inés, su mejor amiga, y decirle de ir a comprar ropa al Patio Bullrich. Pero era jueves y sintió el día a la altura del estómago. Jueves. Volvió a sentir como una puntada a la misma altura.

Se bajó en la esquina. Pensó que las gafas oscuras no la ocultarían del todo. Estaba vestida con un traje sastre negro de Gucci y zapatos también italianos de taco alto. Todos la mirarían así vestida. Un metro setenta y cuatro, pelo negro lacio y brilloso, bella y consciente de serlo. Se detuvo en la vereda. Tuvo un último instante de respirar profundo, como quien cree que el oxígeno nuevo en los pulmones aventa los deseos antiguos. Duró poco la acción de ventilar y reflexionar, y caminó. Bajó, a mitad cuadra, las escaleras sucias. Como siempre. Puso un par de billetes, recibió la entrada y no esperó el vuelto. Como siempre. Sospechó que el boletero guarecido en una mugrienta cabina con vidrios espejados se reía de ella con lascivia y algo de sorpresa. Como siempre. Y caminó.

Entró otra vez al mismo cine porno de Hipólito Yrigoyen corriendo una cortina de tela de mosquitero en la que estaba pegado el habitual cartel: “Jueves de swingers y mujeres solas. Hombres no”. Caminó decidida, como quien se sabe poseído por un deseo certero, imposible de ser impedido ni por la oscuridad de ese antro que olía a rancio, como siempre. Se paró en final de la sala. Dos mujeres descoloridas en una pantalla sucia se lamían sus sexos con fingida pasión. Debajo del bello traje sastre italiano, Ana llevaba una diminuta braga y un corpiño comprados en el free shop del aeropuerto de Madrid. Se los sacó con destreza. Dejó abierto el saco, la blusa y libre su pollera. Por detrás se le acercó un hombre que respiraba con ruido de fumador y le acarició un pecho. Ella se quitó el saco y evitó mirarlo. Anónima y más desnuda. Luego se quitó la blusa. Dos manos, quizá del mismo hombre, le apretaron los pezones. Otra mano le trepó la entrepierna. Sintió una electricidad indescriptible. Como siempre. Como cada jueves. Apenas pudo pensar que le quedaban un par de horas antes del curso de filosofía. Y dejó que ellos, o ellas, hicieran.

3
Infelices

—No nos convertimos en lo que somos sino mediante la negación íntima y radical de lo que han hecho con nosotros.

La profesora Berta Orlás hizo un largo silencio y repitió:

—No nos convertimos en lo que somos sino mediante la negación íntima y radical de lo que han hecho con nosotros.

Las doscientas cincuenta personas que poblaban por primera vez el auditorio del Club Jordania en pleno Palermo parecían haber detenido su respiración, como en un acto sagrado de respeto a esa mujer que acababa de ingresar al escenario.

—Esta frase, que escucharán cientos de veces a lo largo de este curso, pertenece a Jean Paul Sartre, escrita en el prólogo de *Los condenados de la tierra*, un libro que el revolucionario africano Frantz Fanon escribió en los sesenta para explicar la colonización de Argelia y fundar la idea de los países del tercer mundo. Ya les hablaré más adelante de eso. Pero allí, como en pocos lugares de los textos que visitaremos, se encuentra lo que creo es la mejor aproximación al sentido de la filosofía. Y, claro, cómo no, de este curso. Usaremos el pretexto de los autores para dudar, deconstruir, poner en pie de guerra todas y cada una de las ideas que nos han acompañado hasta aquí.

El silencio de la audiencia se podía tocar. Las miradas encendidas frente a esta mujer de casi setenta, con una energía que le quitaba años. Ese primer jueves de marzo era el comienzo del ciclo de charlas de una de las profesoras de filosofía más conocidas de Buenos Aires. Dos mil personas se habían matriculado en dos días después de haber leído un modesto aviso en un diario de la izquierda local. Sería un año de clases semanales para repasar el pensamiento y la filosofía, dictado para el público en general a partir de los dieciséis años, única restricción. Cuando supo de la cantidad de aspirantes que había convocado, solo quedarían quinientos repartidos en dos días de doscientos cincuenta asistentes. Los elegidos fueron seleccionados por sorteo.

Su fama de divulgadora de la madre de las ciencias se había hecho potente cuando dijo públicamente, un par de años atrás, que en los claustros de la facultad no tenía demasiado más que aprender. *En el subte hay más deseo de pregunta que en las aulas*, le dijo Orlás a un periodista, en una entrevista nocturna televisiva, en la que fascinó a la audiencia hablando de los Cínicos y los Sofistas. A partir de allí, todos los programas masivos de televisión y radio la

invitaron para hablar, con esa lógica irracional de los que producen los contenidos de medios: “Si está en el aire del otro programa, es bueno, traelo, no importa lo que dice, mientras mida en el rating”. Orlás habló. Sedujo. Se hizo un lugar entre los notorios.

Por eso, nadie se movió de sus asientos cuando los desafió:

—Nadie aquí sentado hoy a la tarde en este auditorio está feliz de ser quien es. Nadie. ¿Usted está feliz de ser quién es, señorita?

La pregunta estaba dirigida a Ana, sentada en punta de la tercera fila de butacas. El resto se movió para encontrar a la destinataria. Ana apenas pudo acomodar su reloj; le molestó el modo en el que había sido increpada y no podía disimularlo.

—No lo está. No sé su nombre, no sé qué hace, pero sé fehacientemente que no es feliz. Si no, no estaría acá —dijo la profesora—. Como no lo está el señor de saco oscuro que se ubicó estratégicamente allí lejos, al final de la sala, esperando que la distancia con esta profesora le permita resolver más rápido su deseo casi irrefrenable de irse. *Te dije*, le va a decir a su esposa… Asumo que la señora rubia a su lado es su esposa, ¿verdad?

—Mi novia —respondió Gerardo con una fuerza inusitada que sacudió al auditorio.

—Disculpe. Su novia. Estoy segura de que su novia —resaltó con ironía Orlás— fue la que lo arrastró hasta aquí con la cantinela de que vamos a un curso que me recomendaron con la excéntrica profesora de filosofía, que te abre la cabeza, yo la vi en la tele y me fascinó. Seamos menos superficiales, gordo, le dijo ella, vamos a ver de qué se trata, yo siempre quise estudiar, le insistió. Y usted, un poco empujado por el tedio de lo cotidiano y otro alentado por un tímido e inconfesable deseo de anotarse un crédito en el debe de ella, algo que le va a permitir decir yo fui al curso, ahora vos concedeme esto, ¿no? —Orlás escuchó las primeras risas tímidas—. Quizá esté firmando con su presencia aquí una especie de vale por una noche de sexo menos convencional o un viaje de pesca con los amigos a los humedales lejanos de la civilización.

Lourdes apretó la mano de Gerardo y él se mantuvo en silencio.

—Mi querido señor de saco oscuro de la última fila: usted tampoco se siente feliz con ser quien es. Si no, no estaría aquí. Porque ninguno de nosotros lo estamos. Especialmente yo, señores. Yo no soy feliz de ser Berta Orlás, profesora de filosofía, docente de la universidad, cronista de un diario cualquiera, coordinadora de este curso llamado “Para qué la filosofía”. Claro que no. No estoy feliz —dijo la mujer imponiendo más silencio en el auditorio—. La felicidad siglo XXI tiene demasiada buena prensa y luce como una serena apropiación del confort. La felicidad tiene aire acondicionado y paredes vidriadas que miran hacia la comodidad de un mundo que puede comprarse. Esa no es la felicidad de Aristóteles, el del ocio creador en plena tarea de pensamiento y contemplación. Es felicidad en cuotas con tarjeta de crédito. Quien duda, no es feliz. Quien no se somete a la comodidad de lo dado, no es feliz. La filosofía,

señores, es la pregunta. Nunca la respuesta. A los que vengan a buscar respuestas, esa es la salida. Les doy un instante para que se vayan. Ya.

Nadie se movió. Apenas un carraspeo en la sala.

La profesora, entonces, se sentó en el borde del escenario, sacó un vapeador al que dio una larga pitada y repitió:

—Este es un curso para los infelices que sentimos que debemos preguntar. Para los infelices que sentimos que merecemos el derecho de cuestionarnos y cuestionar en busca de ser agradecidos con esa facultad de preguntar. Solo hacemos preguntas los hambrientos. Los deseantes. Los que no se preguntan merecen el desprecio.

4
¿No te alcanzo?

—¿No te alcanzo? —preguntó Uno.

—No entiendo la pregunta, precioso —le dijo C mientras terminaba de espumar leche caliente. Era la hora del café en casa de C. Habían terminado de comer, C había fumado un cigarro importado y, antes de la cama, se tomaba café. *Y no me vengas con esas mariconerías del descafeinado que, si no, no puedo dormir*, decía. A la noche, antes de dormir, con C se tomaba café. Siempre. El café se toma negro, caliente y amargo, como los buenos hombres, le había dicho C apenas se conocieron. Uno se atrevió a decirle que prefería cortado. Y fue todo un desafío. Era contradecir a ese hombre que le gustaba tanto y que parecía inflexible hasta en esas nimiedades. Uno pensó tantas veces, cuando fue lo del café, cuando fue lo de la fidelidad, cuando fueron tantas cosas: ¿y si le digo que no y me dice que no me quiere ver más? *Te van a valorar más, siempre, precioso, siempre, por todos y cada uno de tus noes, más que por todos tus síes*, le había dicho C también al inicio de la relación, *no hay cosa menos deseada que lo que se consigue fácil.*

—Que si no te alcanzo yo para divertirte porque siempre necesitás de fiestas con drogas o con más tipos —lanzó Uno sin amortiguar.

C dejó de espumar la leche que sólo preparaba para él, y lo miró. Con aquella mirada detenida que retumbaba en su silencio. En esa actitud, Uno aprendió que C depositaba su respeto. Sólo hacía “ese” silencio frente al que, de verdad, respetaba.

La relación entre ellos llevaba un año. Las cosas transcurrieron a destiempo. Uno se enamoró sin tenerlo previsto. Casi se diría que se desbarrancó por una ladera empinada que lo hundía, sin remedio, en el amor. C, en cambio, caminaba lento por el sendero enrevesado de descubrir hacia dónde se dirigía esa relación. Se empezaron a ver con una frecuencia de una o dos veces en la semana. Sin darse cuenta, se sumaron cenas los sábados y caminatas bajo el sol primaveral los domingos. Esos encuentros cobraban fuerza. No tanta como las charlas. Uno y C se encontraron, decisivos, en la palabra dicha. Se gustaron muy rápido en sus palabras.

Había tenido sexo con muchos. No hay metáfora. Había intentado sentirse atrapado por unos cuantos. Sin embargo, cuando vio a C supo que el vendaval que sopla el amor estaba al alcance de la mano. Quiso tocar el viento con las manos. Era retirarse o gozar del huracán. Siempre supo, con la simpleza del sol alumbrando, si algo era o no era. Y supo entonces que podía enamorarse de ese hombre.

Se conocieron. Se provocaron, con deliberación y alevosía, encontrarse en una cama. No había estado mal. ¿Sublime? No. Definitivamente, no. La condición de sublime vendría después. ¿Y entonces? ¿Saber que el amor estaba ahí? ¿Vendaval, huracán? ¿No era mucho? No. No era mucho. Pura inteligencia del sentir. Es casi nada.

Hicieron el amor. No fue sublime. Pero él tuvo la certeza de que lo sería pronto.

Entonces, vino el hablarse y el escucharse. Se tomaban de la mano caminando hacia un restaurante pequeño de Palermo. Uno supo por primera vez, a sus cuarenta y cinco años, qué era tomarse de la mano por la calle y emboscar con un beso a quien lo sostenía. ¿Y los que pasaban? ¿Y ese auto que tocaba bocina alucinado como el gordito de Marilina que fue corriendo a cambiarse los lentes? Nada. Nada de la realidad estaba a la altura de ese instante material de beso con deseo de amor.

Vinieron los cuerpos. Medidos, al comienzo. Rotundos, casi de inmediato. El cuerpo sabe, le había dicho a Uno alguna vez una amiga con la que compartió su miedo de veinteañero fantaseando la primera noche de sexo con otro hombre. *El cuerpo sabe qué hacer, Uno. Dejalo a tu cuerpo*, le había dicho. Los cuerpos de Uno y C supieron pronto. Uno supo cómo tocar ese pecho macizo de C y cuándo hacerlo. Supo de sus dedos en su boca. Nunca de manera precipitada. Le hizo saber a C que gozaba con un abrazo rudo desde atrás. Supieron intuir sus orgasmos. ¿*Y esos besos que me das de dónde aparecieron?*, le preguntó C en una noche de éxtasis. Uno también lo había percibido. La conjunción de sus bocas había sido distinta, novedosa. Los besos son de a dos, C, aparecieron de los dos, le dijo convencido.

Uno fue penetrado por primera vez por ese hombre. A los cuarenta y cinco años. La fantasía prejuiciosa que sobrevuela la relación entre dos varones pesaba sobre Uno. Como si la masculinidad entera se centrara en el culo. O, quizá, nunca lo había deseado hasta ahora, y tampoco le habían provocado esas ganas. Con C descubrió esa parte de un nuevo placer. Uno y C se ensamblaban gozosos en sus cuerpos y en sus decires. Se entendían como no les pasaba con otros. Quizá eso sea el amor.

Ese día, Uno le escribió a C una carta que jamás le daría:

Me gusta verte.

Me gusta verte sin más deseo que el mirarte. Sin más espera que el robarte, aunque lo sepas, el instante en el que te contemplo. Me gusta verte así. Con llaneza, en directo, sin el artificio del pensamiento. Verte.

Me gusta verte cuando caminás, cuando torcés tu cabeza para empujar tu entendimiento. Me gusta verte cuando oís, cuando olés. Cuando movés tus manos para que el destino te deje acercarte a algo, me gusta verte. Me gusta verte cuando respirás. Lento, con esa calma de lo eternamente aprendido. Porque me gusta ver ondular tu pecho. Me gusta ver tu pecho.

Me gusta ver tus pies y tu sonrisa que los acompañan, acompasados. Sí. Tus pies también ríen. Tu sonrisa camina. Me gusta verte.

Me gusta verme cuando te veo. Siento que soy más hondo. Me gusta verte y te veo. Entonces, hay aire fresco que limpia mi pecho, que también ondula imitando al tuyo.

¿A qué se parece eso que veo cuando te veo? A mañana de abril, a volar, a sentir que llegamos juntos, al campo del sur que conocí en invierno, a tres patos que nadan detrás de su madre en un lago, a un cielo con nubes lindas pero molestas, a la voz de ella que no está más, al amarillo, se parece al amarillo que tanto quiero, al cristal limpio y transparente, a Adriano hablando de Antinoo, a un chicle de la infancia con demasiada azúcar, a una bicicleta que pedaleamos por un camino con cipreses.

Se parece a todo y a nada.

Porque en el todo y en la nada está encerrada una secreta sensación que huele a ese sentimiento que tanto nos cuesta hacer palabra con luz de mirarnos frente a frente. ¿Será que nos pasa? ¿Será que sí? A mí, me pasa, con solo verte.

Por eso me gusta.

Ahí estaba Uno frente a C, con preguntas en medio del silencio.

—¿Que si no me alcanzás vos para divertirme me estás preguntando? —dijo C.

Uno asintió.

—No. No me alcanzás, precioso. No me alcanzás. Necesito más.

El pocillo caliente estaba en las manos de Uno.

—¿O sea que siempre va a ser así? —titubeó.

—¿Siempre cómo? —lo desafió para ver si podía decir lo que quería.

Uno sintió que los pies no pisaban ni una porción de suelo seguro y eludió mirar a C. Si es cierto que del desconcierto se sale apelando a la última cuota de verdad, recurrió a ella:

—Supongamos que pensamos en algo juntos. Novios, pareja, no sé. Supongamos que pensamos en estar juntos viviendo… una casa… algo así como una familia. ¿Vos no podrías, no querrías pensar distinto?

C tragó de un sorbo su café. Negro, caliente, amargo. Uno deseaba que se acercara y lo abrazara y le dijera *precioso, tranquilo, todo va a estar bien*. C se incorporó y caminó hacia él. Lo vio venir, bello y seguro, dispuesto al abrazo, con la seguridad de la belleza sabida y ejercida. Cuando estuvo al lado de él, le dijo:

—Supongo todo eso que me decís. O no supongo nada. De algo estoy seguro: yo no podría ni querría otra cosa que lo que quiero y puedo. Te pido que duermas aquí abajo. —Y se fue.

5
El peso del tiempo

¿Quién podría dormir? Estoy tomando mi tercer trago. La seducción del gin tonic me embriaga. No hablo del efecto obvio del alcohol. Hablo de la borrachera que me da el solo hecho de pedir un gin tonic, con limón, jamás pepino, con Martin Miller's como el mejor gin. Beefeater es ya el límite de la resignación. No menos. Siento que es un gran momento masculino, de puro hombre, acercarme a la barra y ordenarlo. Gin Martin Miller's. Limón. Testosterona pura.

¿Quién podría dormir? Ni con C, ni en el sofá. Me vine al bar, la noche invita. A esta altura mi cuerpo pesa menos, mis brazos son más interesantes en sus movimientos, mi nariz está más cerca de mis ojos. ¿Puedo entender lo que hago y discernir lo que pienso? Claro. Sé que no resistiría ningún análisis científico. Pero podría conducir mi auto sin problemas, atento, sereno, dispuesto. La ley de los hombres no entiende mi ley, tan dionisíaca.

Desde la barra los estoy mirando. Ella le acaricia el lóbulo de una de oreja. Creo que desde aquí hasta puedo leer de sus labios el "te amo" que repite mientras lo mira. Él, masculino y poderoso por lo que escucha, se reclina aún más en su asiento. ¿Cuántos años tienen? ¿Veinte? No más de veinticinco. Siento algo más que envidia. Me recorre un amargo deseo físico de que desaparezcan. Me perturban. Sus veinte años me perturban porque me enfrentan a todos los años, más del doble, que tengo. Mi cuerpo puede pesar menos, pero los años no.

No quiero tener mis veinte. Me pienso a esa edad y me recuerdo alto, con mi melena pelirroja mal peinada, avergonzado de ser lampiño y no poder, como nunca podría luego, tener una barba que me hiciera hombre, y jugando al fútbol con la esperanza de ser millonario. Quiero los veinte años de ellos. Así. Libres, exuberantes, desfachatados. Escucho entre mis amigos decir que repetirían todas y cada una de las cosas que hicieron en sus vidas, si pudieran tener otras. Me violentan. Porque no van a tener otra vida, ya es hora de que lo sepan, pedazos de idiotas de casi cincuenta que juegan un juego inútil. No hay ahí coqueteo con la fantasía. Hay triste modo servil de recorrer la única vida que tendrán justificando lo pobre, lo poco que han hecho a expensas de un transcurrir inexistente.

La profesora Orlás dice que estamos arrojados a esta vida sin haberlo jamás deseado. Y que ese acto estúpido e inexplicable tiene una única forma de ser aprovechado: haciendo lo que el

deseo nos dicta. En realidad, Orlás dice que lo dice Sartre. ¿Y ellos me dicen que repetirían todas y cada una de las cosas vividas? ¿En serio? ¿Desearon esas vidas o fueron lo que pudieron?

Está todo escrito, escucho que dicen, acorralados. Que el destino, bla, bla, bla. Si hasta me explican que les leyeron las manos, la borra del café o que una vidente en Tasmania predijo lo que terminarían por hacer. Defiendo la curiosidad por someterse a las adivinaciones. Hasta la puesta en escena de esos actos de superstición tienen su atractivo teatral, cómo no. Pero creer que una entidad superior, omnisciente e inaprensible, ya les escribió el destino reservándoles el pobre papel de meros actores, es pura cobardía. Es Dios, oportuno amortiguador de la angustia, que los exime de toda responsabilidad por lo que hicieron y, mucho más, por lo que no hicieron por pagana cobardía. Eso son. Cobardes.

No quiero no morir. Lo que no quiero es envejecer. Soy cronofóbico. Nada del paso del tiempo es bueno. La vejez te hace menos atractivo, menos deseado. Y no te rebajes, te lo ruego, a ese triste lugar del consuelo de la experiencia adquirida. No es cierto que haya dulzura en lo que se sabe por el paso del tiempo, dulzura capaz de mitigar la hiel amarga de la decadencia física. Mirá a esos chicos. Sus besos saben frescos. Un beso de viejo es amargo, es lengua pastosa.

No quiero morir, aunque no me importaría. No quiero tener mis veinte. Quiero sus veinte. Los de esa pareja que ya se acarician, desembozados, ante mi vista doliente por lo que nunca será. Y ante la tuya que sabe, pero se niega. ¿Pido un cuarto gin tonic o busco un lugar donde dormir?

Entonces, él entró al bar. Podría reconocerlo de lejos. Quizá fuera su forma de caminar o de vestirse. O sus anteojos gruesos, siempre de diseño, que lo distinguían en la multitud. ¿Cuánto hacía que conocía a Esteban?

Lo vi venir y entendí su propuesta de ir a una mesa cercana. Cincuenta y algo de años, canoso. Más su barba que su pelo. Muy sexy, amigo, le decía desde que nos conocimos. Iba a saludarlo como siempre, pero no me extendió la mano ni hizo el intento de besarme.

—Me sorprendió tu llamada —me dijo—. ¿Qué querés aparte de venir a dormir a casa?

—¿Ni siquiera me la vas a hacer un poco más fácil preguntando de compromiso cómo estoy?

—Sé cómo estás. Me lo dijiste vos y…

Lo interrumpí.

—¿Y cómo estoy? ¿A ver?

Esteban pidió una gaseosa y cruzó sus manos por encima de su boca, como en plegaria.

—¿Para qué me preguntás si sabés lo que voy a decirte? ¿O te tengo que recordar la última charla de hace un par de meses cuando me contaste, me anunciaste con tono festivo, que empezaste a experimentar con drogas y el amor libre? Uno: no cambié de opinión. Creo que te

estás haciendo daño y estoy enojado con eso. Creo, y sé que tu psicoanalista te lo explicó, que estás en pura pulsión de muerte. Te dañás físicamente, te exponés a que te maltraten emocionalmente. ¿Y todo para qué? Para decir que estás experimentando. —Subrayó con ironía la última palabra—. No me jodas. Estás mal y lo encubrís diciendo que apostás a la libertad. No quiero ser cómplice de eso.

Me quedé en silencio, medité mi respuesta. Por fin, le pregunté:

—¿Cuánto hace que estás en pareja con Bruno?

—Veinte años y nos casamos hace cinco, después de que naciera Lucía, nuestra hija.

—¿A cuánto renunciaste de aquel Esteban que yo conocí a los 12 años en el pueblo para ser quien sos?

Me miraba, por primera vez, con algo de afecto.

—Te pregunto a cuánto renunciaste para ser el periodista exitoso que sos, respetado por todos, el mejor entrevistador del país y bla, bla, bla… Para ser el esposo fiel y amoroso, el padre atento con su hija. ¿A cuánto renunciaste? —insistí.

No respondió, tomó su trago, como si me ignorara. La historia de nuestra amistad pasó por mi cabeza como un film. Ya no veía a los veinteañeros ofenderme con su frescura. Nos habíamos conocido en la escuela secundaria, él me decía: *amistad a primera vista.* Solo lejos del pueblo pudimos hablar de nuestra sexualidad. Fuimos discretos, las palabras y lo que no dijimos tuvieron la misma potencia en la confesión. Esteban era un periodista reconocido en los medios de comunicación. Desde hacía diez años se cansaba de ganar premios por su trabajo y recibía el coqueteo de los diarios y canales de televisión para que trabajara con los más importantes. Tenía dos libros, dos libros que las madres y suegras del país regalaban para fin de año o para los cumpleaños. *Escribís para gustar a tu metro cuadrado,* le dijo una vez una editora. Desde que tomó notoriedad masiva, había hecho pública su elección sexual con cierto estruendo en el medio. Ni él mismo había podido imaginar la ola de apoyo y afecto que habían recibido él y su esposo, un hombre que se dedicaba a la construcción de inmuebles.

Unos años antes, le había preguntado si era cierto que nunca le metió los cuernos a Bruno. Me confesó que solo una vez y que la había pasado mal, que le tuvo que contar, que había sentido que lo traicionó. Cuando Bruno hizo la valija para irse, Esteban se dio cuenta que el orgasmo con ese tipo extraño, del que no se acordaba bien la cara, fue un éxtasis pequeño, incapaz de sanar el vacío de ver a Bruno yéndose. Me dijo entonces que cientos de veces había deseado a otro tipo, pero que había aprendido que el amor es conservar y perder. No entendí qué me estaba diciendo y él me lo explicó, me acuerdo de cada palabra exacta: conservar el abrazo inmenso de construir de a dos y perder el éxtasis pequeño de una acabada al paso con cualquiera.

Insistí:

—¿A cuánto renunciaste de vos?

Apoyó su mano sobre mi brazo.

—Renuncié a una sola cosa, esencialmente: a no hacer y ser solo, sólo —remarcó con su tono — pensando en mí, sino a hacer y ser pensando en nosotros. Un nosotros que es una nueva entidad, distinta a cada uno de los que integran la pareja, por la que deseás y luchás todos los días. Entonces, esa renuncia deja de ser renuncia. Se llama elección. Feliz elección. Elegís algo nuevo, distinto, feliz, que se llama tener un par a tu lado que te acompaña para lo que importa. No perdés mucha cosa. ¿Un cuerpo? Es poco. Conservás lo pleno. Descubrís que dejás de evadirte con un porro, con alcohol o una pastilla y te animás a mirar de frente la vida compartida. Porque de eso se trata tu experimentación —dijo simulando comillas con sus dedos— con las drogas. De fácil y cobarde evasión para no mirar de frente lo que te pasa.

—No tenés idea de lo que estás hablando, Esteban. No voy a permitir que me digas cobarde, justo vos que jamás arriesgaste nada. Que no te permitas guardarte algo para vos, solo para vos y creés que sos mejor por compartir todo con Bruno. No tenés idea, te aseguro…

Pensé que ya había dicho todo, pero había más:

—Voy a volver a respetarte el día que me demuestres que te importa más un nosotros que vos mismo. El día que vuelvas a ser generoso. ¿Te suena la palabra? —Caminó unos pasos y volvió —: Uno, vale la pena. El nosotros, la sinceridad, la sobriedad de elegir, valen la pena.

Supe que, por lo pronto, no iría a dormir a casa de mi amigo Esteban.

6
¿O no te gustó?

Entonces C lo miró fijo. Hizo silencio. Sólo cabía una respuesta. Y sincera. Uno movió su taza de café, con leche, claro, y vio que las ondas de la infusión subían y bajaban con ritmo.

—Sí, me gustó —soltó, al fin, y tomó el resto de su cortado.

Uno esperaba un "te lo dije", dicho o expresado con algún gesto. Pero no. C permaneció inmóvil. En realidad, deseaba que su amor se acercara y lo abrazara y le dijera "precioso, está todo bien. Sos el amor de mi vida".

C tomó su teléfono celular y, sin mirarlo, se fue de la cocina.

Uno quedó aturdido. Se habían acostado a las 6 de la mañana y apenas eran las 11. C le había recomendado tomarse media pastilla de midazolam para relajar, le dijo que iba a inducirlo al sueño y en cuatro horas estaría bien, que si quisiera podría seguir durmiendo después. *Necesitás bajar, precioso,* le había dicho ni bien entraron a su departamento. ¿Y ahora se iba así?

Uno, en la madrugada, se había sentido feliz. Después de una noche de descontrol, C lo invitaba a dormir. No se había ido con ninguno de esos torsos perfectos. Ni con uno ni con un par. Porque en un momento de la noche, lo había visto a C abrazándose con dos o con tres, y se besaban aspirando Popper. Uno bailaba solo y vio cómo, en un momento C se desenredó de los otros, lo apuntó con un dedo y el grupo lo miró. Luego, volvieron a besarse y ya no lo miraron. Más tarde, cuando coincidieron en la barra del boliche, Uno le preguntó qué había sido ese gesto. *Querían invitarme a su casa para seguir garchando y me preguntaron si estaba solo*, le dijo C. Y siguió moviéndose al ritmo de una música cada vez más oscura. Uno pudo aguantar unos pocos minutos más. Le preguntó si no se había ido con ellos porque él no les gustó. C dejó la botella de agua sobre la barra y lanzó una carcajada bestial. Su pecho se infló y las venas de sus bíceps se marcaron dándole más erotismo, si es que se pudiera. Le dijo que ni se acordaba qué le habían dicho, que estaban muy drogados. Y remató: *Además, no sos tan importante, precioso. No me fui con ellos porque no me dio la gana*. Y se metió al medio de la pista a seguir bailando.

Recordó todo solo en la cocina. Aunque le dijo a C que le había gustado la experiencia, él se

había ido sin siquiera charlar sobre eso. Es un egoísta. Es un narcisista de libro. Sólo y siempre lo que le importa a él. Si a él le gustó, si él quería garchar, si a él le da ganas de empezar o terminar la conversación, pensó. ¿De verdad le interesaba intentar una relación con un tipo al que no le importa nadie más que él mismo? ¿En serio podía bancarse tanta desconsideración?

Como impulsado por ese pensamiento de desprecio, salió hacia el cuarto para buscar a C. La luz del baño estaba encendida y se escuchaba correr el agua de la ducha. Uno calibró sus palabras antes de hablar: No quiero depender de tu voluntad para hablar o no de los temas. Le pareció demasiado alambicado. ¿Te jode terminar de hablar y me escuchás vos un toque? Quizá demasiada ironía si subrayaba el "vos" como pensaba. C, necesito decirte algo. Algo sumiso, dependiente de su voluntad.

Uno quería decirle que le había gustado, pero que quería proponerle algunas cosas. Que fueran de a poco. Que se permitieran jugar con otros pero que volvieran juntos. Que si iban a coger con terceros, fuera en el mismo lugar que estuviera el otro, no como una cita clandestina. Y había más cosas que quería escucharse decir delante de C.

Uno irrumpió en el baño. El vapor le nubló la vista y, de todo lo pensado, apenas pudo decir en voz alta el nombre de C para llamar su atención. C corrió la cortina de la ducha y le mostró su verga dura. El agua chorreaba por su pecho y se desviaba por su miembro que latía. *Te estaba esperando, precioso*, le dijo, *desde anoche*. Uno se desnudó al instante.

7
Clase de filosofía

La profesora Orlás había propuesto el relativismo de valores desde el lado del derecho y la organización social.

—Permítanme que sea marxista. El autor de *El Capital* sostuvo que el derecho es nada más que una mera técnica de regulación social. Nada sobrenatural, nada nacido del "derecho natural", como quieren los creyentes sosteniendo que hay valores indiscutibles de los que nacen los códigos. Marx creía que ese sistema de castigos, para el que se apartase de las normas impuestas por el Estado, no era más que un ejercicio de la clase dominante sobre los oprimidos. ¿Recuerdan nuestra clase de mis defendidos sofistas? ¿Protágoras de Abdera? —preguntó la profesora.

En el auditorio, algunos sonreían recordándolo, otros se dejaban deslumbrar como si la escucharan por primera vez.

—El griego maravilloso de Abdera, cinco siglos antes de Cristo, sostenía que el hombre es la medida de todas las cosas y que la justicia no es más que lo que el poderoso dice que es. Una técnica humana impuesta por los que tienen el poder. Económico, político, militar o el que sea. Protágoras y Marx jugarían en el mismo equipo si no los separaran veintitrés siglos —dijo Orlás.

Allí la audiencia entró en ebullición. Luego de varias clases del curso, los alumnos habían aceitado el pedido de Orlás de contradecir lo escuchado.

—En esto, creo que sólo en esto, soy socrática —dijo la profesora—. De la pregunta y repregunta sobre un tema suelen nacer mejores conclusiones. Mayéutica, recuerden.

La clase se había dividido en sectores. Estaban los que creían que lo justo e injusto no era más que un capricho del que tenía el poder, como quería Protágoras, y estaban los que decían que era obvio que había cosas justas y cosas injustas con independencia de quien mandase.

—Matar está mal —dijo Gerardo—. Es obvio, no hay que demostrar nada. Dejémonos de buscar la quinta pata al gato.

—¿Y matar en defensa propia? —gritó Eva envalentonada—. ¿Matar por amor? —insistió ella, provocando el sobresalto de los que sabían su historia—. Matar para defenderte o defender a alguien está permitido por la ley. ¡El código penal regula una forma de matar! Ergo, está bien. —La voz de Eva hizo vibrar las paredes—. Y si mi vida es sólo posible con el amor de mi vida, con el hombre de mi vida y ese hombre decide irse sin más explicaciones detrás del amor, supuestamente, de otra mujer, ¿no está justificado si lo mato? Y si mato a esa mujer que me

arrebata mi amor, ¿no es una justificación para matar?

Nadie se atrevió a hablar. La incomodidad era silencio.

—Claro que no, querida Eva —intervino Orlás ante la estupefacción de todos, más de los que sabían del abandono sufrido—. Quien mata en ese estado, asesina. No hay crimen pasional, de amor, que pueda justificar esa muerte. No hay allí defensa propia. —Su tono fue casi maternal.

—Yo, profesora Orlás, y escúcheme bien, yo voy a defender a la mujer que mata a la otra que robó a su amor para defender el poder seguir viviendo —dijo Eva, con un silabeo de amenaza y apuntando con su mano derecho a la profesora.

Después, tragó saliva, bajó la mano y se fue de la clase. Lourdes, corrió tras ella. Nadie atinaba a proseguir con la clase. Ni la propia Orlás, por primera vez, desconcertada. Hasta que Uno dijo:

—El amor es un estado de alienación gozosa. Nos convertimos en otro, amando.

Orlás pareció retomar el control de las cosas. Se paró frente a la platea y miró a Uno:

—Repita eso, señor Uno, por favor.

Uno la miró desafiante:

—El amor es un estado de alienación gozosa. Nos convertimos en otro, amando.

Como si fuera un duelo de ideas, ella se dirigió a su escritorio, se dejó caer en su butaca, sacó un cigarrillo electrónico de su portafolios de cuero, dio una larga pitada y recitó de memoria, mirando al techo del auditorio:

—El amor es la libre y apasionada enajenación de la libertad. Es libre porque es el compromiso que establezco con otra conciencia desde una situación sustantiva, lúcida, que nace desde mí y expresa mi autenticidad. Es apasionada porque no es un acto de la razón, o, al menos, no solamente de la razón, sino que exige el compromiso de las pasiones, y el compromiso del cuerpo, que las vehiculiza, expresándolas. En el amor mi libertad se enajena, porque toda relación de amor con otro ser implica una limitación de mi libertad absoluta.

Orlás se quedó en silencio. Uno le sostenía la mirada. Ella miraba el techo mientras recitaba de memoria. El tiempo parecía haberse suspendido.

—José Pablo Finkelstein, filósofo, fallecido hace pocos meses, escribió esto en una contratapa de un diario porteño —dijo la profesora—. El link lo encuentran en el mail de bienvenida al curso**.** Si les parece, lo conversamos el jueves que viene.

Y dejó su vaper.

8
Aux des Magots

Eva sintió que estaba obligada a proponerlo. Como una especie de mandato propio de una buena anfitriona, aunque en la realidad ella no había organizado ese encuentro. Apenas era la autora de un llanto en público. Pero desnudar su angustia de mujer abandonada había sido mucho protagonismo.

—¿Tomamos un café? —ofreció a los asistentes del conversatorio.

Ana, sorprendida de sí misma, aceptó inmediatamente. Gerardo y Lourdes, también. Fue Uno el que más dudó. Pero con el ánimo de no instalarse en una minoría ingrata, se encaminó hacia el bar de al lado del Club Jordania.

—Se llama Aux des Magots. Qué nombre raro —dijo Eva mientras entraba.

—Existencialismo puro, querida —respondió Uno con una mezcla de ironía y fastidio.

Todos lo miraron.

—Les deux Magots se llamaba el bar de París, en pleno Saint-Germain-des-Prés —explicó Uno— que, primero, fue el sitio de los grandes escritores franceses de fines del siglo XIX, como Mallarmé, Rimbaud o Verlaine. Luego, en el mayo del 68, se encontraban ahí Jean Paul Sartre y Simone de Beauvoir, entre otros. Y aquí estamos nosotros ahora.

—Justo hoy Orlás habló de eso, ¿no? —dijo Eva para generar el primer diálogo.

Nadie le respondió. El bar era uno típico de mediados del siglo pasado. Revestimientos de madera, sillas Tonnet con su tapicería violeta algo deteriorada, mesas redondas con pie de hierro y tapa de mármol claro. La iluminación era muy blanca, *a giorno*, con plafones redondos que hacían juego con los apliques de la pared.

Todos se sentaron con indisimulable gesto de incomodidad. Es que, pensándolo bien, en cada uno de sus deseos, estar allí suponía invertir demasiada energía para vencer ese primer instante de la palabra compartida con un desconocido sin ninguna garantía de recompensa. Dudar. Calcular. Hablar primero y lucir imperativo. Escuchar solamente y verse entonces como un especulador.

Uno creía que la primera vez de la palabra compartida era decisiva. Solía decirles a sus amigos que era más fácil reponerse de una mala cama que de una pésima conversación.

Ana detestaba dar la pelea por conseguir un encuentro amable. Sólo Lourdes y Gerardo sonreían, como quien lo hace convencido de que nada malo podía suceder. Eva estaba ahí sin

más remedio. Antes de que alguno rehiciese por tercera vez la cuenta entre los que se alineaban por el café y los que pedirían cortado, Uno quiso preguntar y fue interrumpido por Eva, sobresaltada, con un gesto de sorpresa:

—¡Ya sé, ya sé! —empezó a gritar poniéndose de pie—. Ahora me cierra todo. Vos… Vos… —Señalaba a Uno.

—Te podés calmar, por favor—le dijo Ana, visiblemente molesta y atenta a las miradas de los que estaban en el bar.

—Es que él… —siguió Eva señalando a Uno con euforia—. Es una coincidencia fantástica…, no lo puedo creer. Yo te miraba y no me daba cuenta… Pero sabía, estaba segura que vos, vos… Es genial… —agregó para volver a sentarse tomándose la cabeza con las dos manos.

Todos miraron a Uno y él, escudriñándola como quien examina a alguien por primera vez, cambió su gesto de fastidio por el de una extraña serenidad.

—Es verdad, claro que es verdad. —Hizo un silencio como para asegurar su memoria—. Vos me compraste el departamento hace un par de meses. ¡Ahora te reconozco!

Nadie entendía nada. Fue Eva la que siguió:

—Exacto. Yo soy la compradora que fue con sus padres a firmar la escritura por el departamento que vos vendías a la que… —Empezó a reírse—. Ni siquiera me saludaste porque dijiste que estabas apurado y que ese departamento era para vos una carga o algo así. ¿No es genial que nos encontremos acá?

—Te pido disculpas retroactivamente, Eva —respondió Uno con cierta molestia—. Otro día hablamos vos y yo…

—¡Adoro las coincidencias, chicos! —Volvió a elevar el tono Eva—. Aunque yo no creo en las casualidades. Creo en las causalidades. ¿Ustedes no?

Otra vez, nadie respondió.

Fue Uno el que volvió a hablar mirándola:

—¿Tu novio te dejó por otra o simplemente se fue?

Eva transitó el deseo de maldecirlo y agradecerle en una fracción de segundo. La sinceridad es un arma con ese doble filo que corta sin evitar el dolor, pero se hunde decidida en lo que hay que afrontar. Ninguno se movió después de la pregunta, salvo el mozo que atinó a elegir según su gusto la infusión que serviría.

—Simplemente se fue. —Eva habló sin lucir doliente. Ni siquiera parecía la mujer herida que había roto en llanto—. Después de comprarte esa tarde el departamento a vos —le dijo a Uno—, fuimos a verlo. Entre la firma de la escritura y encontrarnos en el ascensor del edificio, sólo hubo un momento para parar en el kiosco y comprar preservativos. Nunca entendí por qué yo asumí como propia esa ceremonia tan masculina de comprar forros y dejarme ver ante todos, pero sobre todo ante él, preanunciando mis ganas de sexo.

Eva lanzó ese comentario destemplado, íntimo, para inhibir a todos, y en especial a Uno. No

quería más preguntas. Las miradas de los demás se cruzaron.

—Cuando llegamos al piso, abrí la puerta y esperé que me acariciase los pechos como suele… solía hacer. Y, entonces, nada. Apenas se paró debajo del marco de la puerta y me dijo *no te amo más. No nos vamos a ver nunca más.*

—Al menos fue directo —dijo Uno—. Podría haber especulado, chaparte y después tirarte lo del abandono. Me cae bien esa actitud.

—Me parece horrible lo que estás diciendo, Uno. Hay que ser horrible para decir eso. —La que habló fue Lourdes, sentada en el otro extremo de la mesa, mientras revolvía un té. Gerardo la abrazó—. Eva te está contando de un tipo que la lastima, que la abandona porque sí y a vos te parece buena la actitud. Es horrible.

—Está bien, Lourdes. Te lo agradezco —dijo Eva—. A lo mejor lo que Uno quiere es saber si mi novio ya había llegado con la decisión tomada o fue un arranque de fobia, de locura…

—Nadie abandona de un momento para otro, Eva. —Insistió Lourdes—. Para mí, el tipo ya lo tenía decidido y no encontró otro momento para decírtelo. Un jodido, perdoname que te diga, pero vos nos permitiste opinar. Un jodido.

—O un valiente —dijo Uno y provocó la mirada de todos que, salvo Ana, lo reprendían con el gesto—. Amar es un gesto de valentía con buena prensa. A todos les encanta escuchar las historias rosas de amores que empiezan con flechazos, con fondo de violines y esas cosas. Pocos valoran el coraje de decirle a otro que ya no se lo quiere más. Y es algo que se dice como se puede, haciendo lo que se puede.

—¡Pero qué egoísta fenomenal que sos, Uno! —insistió Lourdes—. ¿Lo único que te interesa es lo que siente una parte, en este caso el novio de Eva? No la conozco demasiado a ella, pero se ve una buena mina, buena gente. Y el novio que después de unos cuantos años le dijo que la amaba, de un día para el otro, sin prepararla, sin pensar en el dolor que podía sentir, le dice que la deja y eso a vos te parece valiente. ¡Todos locos estamos!

—El amor es una decisión personal, ¿o preferís una decisión egoísta?, de querer a otro. Desenamorarse es lo mismo, pero al revés. No depende de nadie más que vos —respondió Uno.

—Pobre mina la que sea tu novia —le dijo Lourdes adelantándose en su silla—. Pobre mina…

Uno revolvió su café, lo tomó de un sorbo.

—Me gustan los tipos. Estoy enamorado de uno que podría dejarme por otro avisándome por mensaje de texto. Y yo sé que es así. Porque el amor es tan arbitrario como tus supuestos buenos modales.

Lourdes iba a responderle, pero Gerardo la detuvo.

—Ya está, amor. Ya está. Además, hablábamos de Eva, ¿no?

Eva contemplaba la escena aturdida. Fue Ana la que habló.

—Quizá él no pudo vivir guardando en secreto su amor por otra persona y ofreciéndole a Eva una máscara de cariño. No todos pueden separar el amor del cariño y la consideración que pide

Lourdes.

Todos la miraron esperando más. Pero Ana dijo que ya era hora de irse.

9
Consejo

Uno entró al baño apurado. Los intervalos en las clases de Orlás eran breves y rigurosos. La profesora admitía apenas quince minutos de descanso. El baño del piso superior estaba vacío. Sin embargo, Uno escuchó un ruido en el último cubículo. Como de alguien que se arrepiente al salir y vuelve a trabar la puerta. También creyó escuchar un taconeo propio de zapatos de mujer. Miró otra vez la puerta de entrada y comprobó que era el baño de hombres.

Orinó pensando en lo que había dicho sobre el amor. Este curso le había mostrado una faceta que desconocía de él: exponer lo que pensaba ante gente que no sabía nada de su vida. El amor es *desotrarse* un poco, hacerse otro un poco, había dicho. ¿Habría medidas? ¿Qué porcentaje se deja de ser por el otro?

De repente, escuchó un ruido metálico en el fondo del baño. Un objeto pesado que caía al suelo. No tuvo dudas. Había alguien.

—¿Hola? —preguntó acercándose al lugar.

Silencio.

La puerta de madera no llegaba ni al suelo ni al techo. Se agachó. No tuvo dudas. Había alguien. ¿Había más de un par de pies?

—¿Se siente bien? —atinó a preguntar.

De repente, la puerta del privado se abrió. Reconoció de inmediato a Ana que trataba de ocultar su rostro con una cartera en la que parecía sumergir la cabeza. Como un rayo, salió detrás de ella un hombre con mameluco. Corrió hacia la salida avergonzado.

Uno vio a Ana y se dirigió a los lavabos. Enjabonó sus manos mirándose al espejo. Ana se paró a su lado y abrió la canilla contigua.

—Al menos somos pioneros inaugurando de prepo los baños mixtos, ¿no? —le dijo Ana.

—Más que baños mixtos inauguramos los *sex rooms* del Club Jordania —respondió él enjuagándose.

—¿Chances de aceptarme un café al final de la clase de hoy? —preguntó ella mientras desenfundaba un lápiz labial.

—Si es para hablarme de esto, paso.

—Quiero hablar de lo que dijiste del amor. Yo invito.

Cuando terminó el curso de ese jueves, Ana buscó con la mirada a Uno. Él estaba sentado en la última fila y apuraba unas notas en un cuaderno espiralado. De repente, la miró y bajó hasta su butaca.

—En Aux des Magots sirven buen café y tragos —le dijo ella.

Eligieron una mesa apartada al lado de una ventana. Nadie podría escucharlos.

—Antes de venir al curso, cada jueves desde hace años, voy a un cine porno del centro y tengo sexo con desconocidos. —Ana tomó el primer sorbo de café.

—¿Sexo es manoseos o te dejás penetrar? —respondió él ante la sorpresa de ella que esperaba un "no te entiendo", "cómo que vas a un cine porno" o algo parecido a la incredulidad.

—Qué pregunta de mierda. No sólo por indiscreta, sino por machista —replicó Ana—. ¿Cambia algo lo que preguntás?

—No pierdo tiempo con lugares comunes cuando hay algo sustancioso para hablar. Y sí, hago preguntas de mierda.

Empezaron a reírse los dos.

—¡Mozo! —pidió Ana—. Dos gin tonics. Con limón, por favor.

—¿Y quién te dijo que yo tomo gin tonic? —le preguntó él y fijó la vista en un hombre de unos cuarenta años que había entrado al Magots.

—Trabajo en salud. Hago tomografías a primera vista. Sos puto, te gusta el gin tonic, escuchás Madonna y ese flaco que mirás es heterosexual. Es ley —respondió ella—. Espero que no seas de los que andan convirtiendo a la gente. Insoportables. Como las minas que quieren "dar vuelta" a los varones gays.

—Uno a cero —dijo él.

—Empezaron siendo caricias y toqueteos. —Ana retomó.

—¿Cuánto hombres te han cogido? —preguntó Uno.

—De vuelta: ¿importa? —le dijo ella—. Mi pregunta es si esa alienación que, según vos, provoca el amor, como dijiste en el curso, implica que deje de hacer eso que me da placer porque ese otro amado no lo toleraría.

—Importa saber por qué me lo contás a mí —dijo él—. Orlás refiere que Sartre cree que cuando uno pide consejos, cuando recurre a alguien por alguna cosa que lo perturba, la elección de ese alguien no es más que la búsqueda de una palabra que ratifique la decisión tomada. Si un hombre quiere separarse y busca a un cura, está decidido a no divorciarse. Si busca a un casado tres veces, está decidido a lo contrario. ¿Por qué me contás esto, Ana? No somos amigos.

Ella lo miró, revolvió el trago que había dejado el mozo y le dijo:

—Por nuestras edades, estamos a destiempo haciendo este cursito de filosofía. Somos grandes, pero no viejos, no somos jubilados sin mucha ocupación. Deberíamos andar produciendo cosas, innovando. Pero estamos acá. Así que tolerame otro anacronismo. Me dan ganas de ser tu amiga.

Es intuición pura. Pero ¿no querés ser mi amigo? —dijo fingiendo un tono adolescente y riendo otra vez.

Uno le extendió la mano como para cerrar el trato. Ella la estrechó.

—Dijiste que amar era ser otra persona —insistió Ana con el tema.

—No creo que hayas venido a mí por eso, por curiosidad intelectual. Pero si te importa, creo que estar en pareja es ser un poco otra persona. Un poco. Es ceder algo de ego para construir un ser distinto, un nosotros distinto a cada uno de nuestros yoes.

—Es muy cobarde soportar ser otro para amar o para ser amado.

—No es cobardía. Es la decisión, sabiendo de qué se trata, de perder algo para ganar otra cosa. Perder el 'puedo todo' por 'quiero compartir mucho con vos'.

—¿El amor es un juego de apuestas? —preguntó ella—. ¿Una perinola donde todos pierden y, a veces, muy pocas, alguien gana?

Uno pensó en silencio unos segundos y dijo:

—No está mal la metáfora, pero qué viejo el juego que trajiste… En el amor y en el juego hay una apuesta. Incierta, sin saber si habrá premio. Pero en la jugada se pone todo. Hasta el deseo de lo sobrenatural, el azar, la patrona de lo imposible… Deseamos que salga punto, que sea nuestro punto, recorremos cómo vienen saliendo las jugadas anteriores, miramos nuestros bolsillos para ver el resto y nos animamos hasta el borde de la bancarrota. Todo eso, pero nadie puede descartar que salga banca. —De repente la miró fijo—: ¿De verdad te importa lo que pienso sobre coger con otros y ocultárselo a la persona que decís que amás? No sé siquiera si a mí me importa, porque no logro pensarlo sino en la vanidosa primera persona del singular. ¿Qué me pasaría a mí si mi novio hace lo que hacés vos?

Uno suspiró.

El mozo ya estaba al lado para tomar un nuevo pedido. Lo miraba. Ana notó que había algo que quería seguir escuchando.

—Un cortado con menos leche como le gusta a mi novio —dijo Uno—. Hay que hurgar en la vergüenza ajena. Hurgar, militar, insistir. Eso estoy haciendo, ¿no? —Y retomó la conversación —: ¿Qué me pasaría a mí? Coger con otro ocultándolo tiene, primero, el desagradable componente de la clandestinidad. No sé gozar con la clandestinidad. Y he sido clandestino muchas veces. No reconociéndome homosexual, no reconociendo que me gustaba un hombre, no reconociendo que quien estaba conmigo era mi amante y no mi socio. Cuando más fui yo, más feliz fui. Coger con otros clandestinamente… no sé si es un acto de libertad individual, Ana. Y no te estoy juzgando.

Ana lo miró y suspiró. Él siguió:

—Estoy diciendo que hacerlo y ocultarlo a sabiendas, según decís, porque sería intolerable para tu esposo, es querer ser sólo vos. Y, ojo, no está mal querer ser sólo vos. Es muy de defender la singularidad, lo propio. Pero tiene sus consecuencias. Creo, como lo dije en la clase,

que la pareja hace nacer un algo distinto de los dos que la conforman. Una especie de “nosotros”, una intersección. Y ese “nosotros” debe tener reglas, formas que lo rijan. Formas distintas a cada uno de los que integran la pareja. Consensuadas, cambiadas, aseguradas hoy y discutidas mañana mismo, pero siempre, siempre, habladas. Creo. No lo sé. Me parece. Reglas explícitas. Y digo “me parece” porque no estoy seguro de nada. La clandestinidad pone en riesgo de dinamita ese “nosotros” de ustedes dos. Coger así me luce que es forzar el “nosotros” de tu pareja. Forzás las reglas de ustedes. Ni bien ni mal. Cambiás de prepo. Es querer todo. Ser únicamente vos y otro al mismo tiempo. Y todo, Ana, todo al mismo tiempo no se puede.

Ana pidió la cuenta.

10
Podría

Eva supo que podría suicidarse. Lo supo de repente, mientras pedía un tostado de jamón y queso y pensaba si lo ordenaría en pan árabe o de miga. *¿Qué pan prefiere, señora?,* le dijo el mozo colocándola en la categoría de las mujeres adultas que merecen el trato señorial. Y allí supo, en el mismo momento, que podía suicidarse y que prefería el pan árabe. En ese orden. Casi simultáneamente.

Creyó que no era posible pensar dos cosas al mismo tiempo. Y, sin embargo, pudo.

La muerte apareció como una opción a su angustia. Seguir duelando ese duelo porque él, su novio, la había dejado la tomaba por completo.

Cuando llegó el agua con gas que había pedido, pensó en los modos. Sufrir se sufre siempre, se dijo. Una patada en el pecho por cada inspiración y un desgarro caliente, que hierve, en cada exhalación. Eso sentía.

¿Cómo puede ser que él no me ame más? Es irracional, pensó. No lo puedo pensar. Y si soy yo la amada y no puedo pensarlo, es que eso no existe, se dijo.

Eva estaba convencida que una no se recupera jamás del desamor. Apenas, solía decir, se narcotiza para soportarlo. Ella creía que amar era un gesto tan profundo, tan devorador, que el no ser correspondida merecía el desprecio del dolor eterno. *Siempre voy a saber que fui dejada. Siempre voy a temer que me dejen*, le diría más tarde a Lourdes luego de una clase de los jueves.

Matarse tiene opciones, pensó Eva mientras comía su sándwich. La asfixia la asustaba más que la muerte misma. Provocarse la pérdida de aire supone un sadismo del que no se sentía capaz. ¿Matarse? ¡Cómo no! ¿Matar a otro? Si uno puede con uno mismo, se puede con cualquiera. ¿Hacerlo con el sufrimiento de no respirar? Jamás. Ni siquiera asesinar asfixiando.

La primera vez que Eva se sintió morir así fue a los seis en una pileta de natación. Ella es de la época en donde aprender a nadar era tan importante como conducir a los dieciocho. Estaba parada en el borde de la piscina junto a unos quince chicos más, sabiendo que el frío del agua era mucho menos aterrador que la profundidad de esos azulejos celestes que los esperaban tan abajo. El profesor explicó que la vida era una oportunidad: *o se aferran o se ahogan*. Entonces, uno por uno, fueron empujados brutalmente al agua. Eva pudo ver el rostro de su mamá, agarrada a una

baranda que rodeaba la pileta. Ella supo que nunca se lo perdonaría. Y así fue.

El agua era blanda. Nadar implicaba apenas ser más blando que el agua. Entonces nadie se lo supo explicar. Ella pesaba mucho más que la viscosa trampa que la rodeaba y endurecerse solo le daba más profundidad. Primero le quemaron los orificios de la nariz. Sangraba por allí sin derramar una sola gota roja. Luego los brazos se llenaron de alfileres que la obligaron a sacudirlos. Se hundió más profundo. Por fin, las piernas gritaron y enloquecieron en sus movimientos. Más profundo. Supo que iba a morir. A los seis años, supo que eso era el fin. No cuando tragó agua, no cuando se declaró vencida por el agua. Lo supo cuando no quiso otra cosa más que morir para que su madre pagase esta humillación. El profesor, ese Hitler con patas de rana, malogró su venganza personal y la salvó. Desde entonces, supo que morir por asfixia no era lo que quería.

Eva pensó que dispararse suponía contar con un arma. Los venenos se lavan en los hospitales. La solución, concluyó junto con el último bocado de su tostado, era saltar al vacío. Un pie y luego el otro. La nada. El fin. Sencillo. Bastaba un balcón.

Le trajeron la cuenta con una orden que ella no había pedido. Se sobresaltó por la confusión y no supo reclamarla. ¿Será que eso puede ocurrir cuando uno salta al vacío? ¿Algo puede cambiarlo?, pensó.

Sin embargo, Eva supo ese día que podría suicidarse. ¿Hoy? Quizá hoy no. Pero podría.

11
No te entiendo, loca

—De verdad, no te entiendo, loca. Te gusta físicamente, la pasás bien, se divierten juntos, viajaron y no se odiaron por compartir el baño. ¿Qué más querés? —le gritó Felipe provocando que en las mesas de al lado se dieran vuelta—. Eso te pasa por traerme a estos lugares finos. La gente se escandaliza porque las locas aflautamos la voz. Sí, señora, la flauta de mi voz es por tanta flauta, quena y oboe que me llevé a la boca. —Felipe se dirigió a una rubia sentada a dos metros, después miró a Uno—: Decí que le dije me llevé a la boca y no chupé, mamé o sobé, que describen mejor lo que hago.

La señora le dijo algo en alemán a su acompañante. Uno agradeció que fuera una extranjera que se alojaba en el hotel en donde estaban. Desde el balcón del lugar se veía gente tomar el té viviendo en una realidad que no parecía real.

Uno amaba a Felipe. Eran amigos desde que se había mudado a la gran ciudad. Una noche en la que él caminaba por avenida Santa Fe se le abalanzó en el semáforo de Rodríguez Peña fingiendo que tropezaba.

—Si podés sostenerme con esos brazos y hacés acrobacia para no caerte, no me imagino lo que podrás con tu verga —le dijo Felipe antes de estallar en carcajadas.

Uno le respondió que no estaba interesado, pero Felipe insistió:

—Me encanta. Me alcanza con interesarme yo por tu pija. Me ocupo interesadamente. Vos mirá la tele, si te queda más cómodo —y le puso la mano sobre la bragueta.

Uno saltó como si lo hubieran quemado y fue a dar a la calle. Un auto tocó bocina porque casi lo atropella. Felipe no paraba de reírse. Se reía fuerte, con la boca abierta:

—Ay, loca, qué exagerada. No se gasta porque te la toquen. No da tanto salto. A ver, vení. Si no vamos a garchar, al menos hagámonos amigos. Me está haciendo falta uno y vos tenés cara de buena gente. ¡Y ese bulto! Te invito un tequila —le dijo agarrándolo de la mano.

Uno no solía dejarse llevar. Por casi nada. Ni por los otros ni por lo que se presentaba de improviso. Le gustaba decir que había que desconfiar de la espontaneidad. Lo que se puede pensar es más seguro, le dijo un día a Felipe. Pero Felipe no le dio tiempo ni de respirar con su respuesta: *la chota no piensa y es seguro camino de la felicidad. Dejate de joder.*

Sin embargo, esa noche se dejó llevar por la espontaneidad de este desconocido y en nada estuvo sentado en un bar tomando tequila y escuchando el relato de su vida.

—Cuarenta años, gay desde que me pude pintar las uñas, peluquero, nada de estilista o coiffeur, peluquero, esperando al príncipe azul que no aparece, pero mientras espero, le doy a todo lo que se mueva. ¿Mi sueño? Ser vedette. ¿Y vos?

De repente, Uno quiso contar. Hablar de él. Decir. Una rara e inédita situación: sintió en el pecho que iba a ser bueno hablar de él. De verdad.

—Treinta y siete, nací en un pueblo del interior, especialista en finanzas, hijo único después de que mi hermano muriera en un accidente hace treinta años. Eso.

—Ayyyyy —gritó Felipe y otra vez todo el bar lo miró—. Ay, Ay, Ay, hijas únicas las dos, loca. ¡Somos una raza elegida! Aunque vos venís medio fallada, la verdad. No te parieron única, te tocó de rebote. Pero igual solas —dijo y empezó a cantar—: Sooooola, finalmente sola, al caer la noche, solo cuento yo, donde las promesas como las riquezas ya nada compensa la falta de tiiii. —Se quedó callado con la cabeza gacha y la mano en su pecho. Uno no supo qué hacer—. María Graña, la mejor cantante. También hubiera querido ser ella—. Y, luego, la carcajada.

La charla siguió. Supieron de sus infancias, de sus primeros amores, de sus miedos. Uno y Felipe se supieron. En serio. Saberse es el único modo de amar en la amistad.

Muchos años después, Felipe le preguntaba qué lo hacía dudar de C.

—Cogen como los dioses, te gusta, se divierten, suman a otros. No te entiendo.

Uno ya se había acostumbrado al femenino que usaba Felipe, con él, con todos los gays. Al principio, lo incomodaba. Cómo te diste cuenta que soy gay. ¿Se nota mucho?, le había preguntado la primera vez que se vieron. Felipe lo tomó de la mano:

—Mi vida, si se nota, si no se nota, que la chupen. Y ojo de loca no se equivoca—. Y, claro, estalló su risa.

—Necesito otro tequila, Feli —dijo Uno, en esa noche de confesiones sobre C.

—Viciosa. —Le guiñó un ojo su amigo.

—Vos me enseñaste que el tequila te levanta. Como la merca. Tiene la alegría de la cocaína, pero no su tristeza —le recordó Uno.

—Buena alumna.

—¿Y si me deja?

—No entiendo —dijo Felipe.

—Si en este juego de estar con otros, se enamora y se va. Mirá: ayer fuimos al Club de los jueves. —Le contó de una fiesta—. Vino un pibe que es una bomba y se acercó a C. Él lo abrazó y empezaron a chapar. Esperé que C estirara un brazo para acercarme y estar los tres. Y no pasó. Me tuve que ir lejos. Ya había pasado con el mismo flaco otra vez. Yo se lo había dicho, le dije

que ese pibe me jodía. Y él igual se lo chapó.

Felipe apuró el último sorbo de tequila con su frase de siempre: *El culito se deja para el final.*

—Mirá: enamorarse, se podría enamorar ahora mismo del vecino del cuarto hache que coincidió con él en el ascensor. Es verdad que un boliche, una fiesta, es como la provocación de la sensualidad. Flacos lindos, en cuero, medio en pelotas, drogados, te lo concedo. Pero ¡están drogados y van a chapar! No te podés sorprender por eso, Uno tesora. Vas, deciden jugar, el tipo juega. No me jodas, loca. ¡Él juega! ¿Por qué no te acercaste vos en vez de esperar que C estirara el brazo? Ciela de mi vida: somos putos. Les llevamos la delantera a todos estos heteros que están sentados acá, frunciendo el ceño como si fueran la madre Teresa. O la virgen Teresa, no me acuerdo. No se me da la cosa esa de la religión.

—No te entiendo, Felipe.

—Tooooooodos los que están acá han garchado con otros, otras y otres distintos a sus parejas. Porque el cuerpo se los ha pedido. ¿Quién puede toda la vida solamente con el mismo? ¿El uno, el dos por ciento? El resto lo encubre. Lo hace clandestino, a escondidas. ¿Qué hacemos nosotras las locas? Nos animamos. Probamos. Experimentamos. Vamos viendo. ¡Ah! Me olvidaba, no te dije: ¡la vi a tu amiga diseñadora de ropa de la galería de arte!

—¿De quién me hablás?

—Del que te garchaste en el hotelazo de Puerto Madero, mi amor. —Acercó la cara a la de Uno y él, con su silencio, demostró que ahora sí se acordaba.

—La diseñadora ahora cuenta en Instagram que está de novia ¡con dos flacos al mismo tiempo! Trieja, se llama. ¿Y? ¿Qué me decís de ese intento de algo distinto al matrimonio de dos que se casan y comen perdices?

—No sé, Felipe… —Uno bajó la cabeza—. Yo creo que el amor es de a dos, pero también sé que me gusta estar con otros. Pasa que con ese pibe del Club con el que se puso a chapar C, el miedo es que…

—¿Qué miedo, nena?

—¿Y si yo me acercaba a los dos y el tipo me rechazaba?

—Si te rechazaba, te rechazaba. Te la bancás como quien apuesta y pierde. ¡Estás apostando! Se gana y se pierde… Si te rechazaba te buscabas a otro o lo bancabas a él que se sacara las ganas.

—Pero yo le dije que ese pibe, justo ese, me molestaba —Uno estaba al borde del grito.

Felipe pensó. Puso ese gesto tan poco habitual en él como profundo.

—Si se lo dijiste y él lo hizo igual, puede pasar que no crea que vos tenés derecho a proponer las reglas del juego y él juega al juego que le da la gana, o lo hace a propósito para hacerte sufrir.

Uno quedó en silencio. No quería hablar ni escuchar nada más.

Felipe, sabiéndolo, habló igual:

—Las reglas del juego pueden discutirse. Que te haga daño, no.

12
Celos

—Le puedo asegurar que no me importa verlo besarse con otro. Hasta podría decirle que me excita verlo tener sexo con otro. Lo que no soporto es otra cosa.

Gabriel, su psicoanalista, permaneció callado, recostado en su sillón con las manos en su escritorio.

—Lo que no soporto es imaginar que ese cuerpo que ahora le da placer a él, sea más atractivo que yo y que… —Uno dudó con la mano en su vientre, como si le doliera allí— y que… y que inevitablemente vaya a ser elegido por él para siempre, dejándome. No lo soporto.

—¿Cuándo le dijo C que esa persona que estaba teniendo sexo con él era más atractiva que usted?

Uno levantó la vista y miró al profesional. ¿Por qué le decía eso si él nunca se lo había mencionado?

—Nunca me dijo eso.

—¿Entonces usted supone que el otro es más atractivo que usted?

Uno comenzó a fastidiarse.

—Es más atractivo que yo —dijo remarcando el verbo—. Lo es. Objetivamente, a simple vista lo es. No me corra con eso de la subjetividad de la belleza. ¿Tengo que explicarle el hombre del Vitruvio de Leonardo? ¿Quiere que le muestre una foto de Instagram para que usted mismo lo reconozca? —Uno señaló su teléfono celular.

El psicoanalista se mantuvo en silencio.

—No creo que haga falta que le explique a usted, Gabriel, toda la teoría más que fundamentada de la belleza hegemónica. Joven, delgado, estilizado, blanco, cuerpo de gimnasio. ¿Estamos de acuerdo que eso es lo que vale más en el mercado? —preguntó Uno e hizo las comillas en el aire al final de la frase.

El profesional seguía sin moverse.

—Musculoso y con ganas de mostrarse. Abdominales perfectos y brazos fuertes. C ama acariciar los abdominales. —Casi suspiró al decirlo—. ¿Usted me vio a mí? No estoy mal, puedo resultar atractivo o como dice una amiga: *no sos lindo, pero sos vistoso*. Mire mi panza —dijo y se levantó la remera mostrándosela al analista.

Nunca, en todos estos años de terapia, Uno había llegado tan lejos. Había ido *in crescendo* con

lo que le contaba, se animaba a poner en palabras cosas que no pensó que iba a poder, pero nunca había recurrido a su cuerpo real para decirlo. Estaba enojado.

—¿Usted cree que no es razonable tener miedo a perder a alguien sabiendo que desea y disfruta con uno de esos cuerpos? ¿Podría responderme a eso? —le dijo Uno intentando encerrar a su profesional en una respuesta obligatoria.

El psicoanalista se incorporó, garabateó algo en su bloc de notas y le devolvió otra pregunta.

—¿Usted lo dijo expresamente?

—Se lo estoy diciendo ahora —le dijo.

—Le estoy preguntando si usted le dijo a C que tiene miedo de perderlo por otro cuerpo mejor —aclaró el psicoanalista.

Uno quedó desconcertado. No quería ahora incorporar a C en la sesión. Estaba hablando de él mismo, pensó, y su psicoanalista desviaba la atención. Quería confrontar con el profesional lo que era su visión sobre la belleza y el peso que tenía en cualquier relación como la suya.

—Le estaba preguntando a usted si no cree que el deseo está hoy condicionado por la belleza hegemónica —dijo Uno.

—Preferiría hablar de su deseo, Uno. No creo que nuestro trabajo sea hacer teoría aquí. A diferencia de los animales que poseen instinto, los seres humanos tenemos deseos. El instinto se satisface de forma directa, casi mecánica. Y el deseo, es mucho más heterogéneo, varía en cada uno, cambia, muta. Pero siempre, siempre, necesita ser puesto en palabra, ser expresado. No hay forma posible de conocer lo que usted desea si no lo expresa. Y aún con el riesgo de que sus palabras puedan ser un obstáculo antes que un camino de comunicación y se malinterprete todo.

Uno pasó del fastidio a la curiosidad.

—Usted debe decir lo que desea, lo que siente. Usted dijo hoy que no siente celos ni nada cuando ve a su enamorado besar a otro. ¿Es así? ¿Me permite una imagen difícil, casi procaz? —preguntó el terapeuta.

Uno mantuvo el silencio de quien asiente.

—¿Usted de verdad se excita, como me dijo, viendo a C penetrar o ser penetrado por otro hombre o le gustaría que eso le pasara sin temer perderlo?

Uno quedó estupefacto. También era la primera vez que su analista se atrevía a algo tan directo. Quizá él mismo lo había habilitado cuando le mostró su pecho.

El profesional siguió.

—Creo que usted debería contarle a C que tiene miedo de que la belleza ocasional de otro u otros en sus juegos sexuales sea la puerta de inicio de algo menos ocasional en él. Que el juego sea un potencial amor mejor que el que siente por usted. Ponerlo en palabras. Y entonces allí sabrá si se trata de inseguridad por el amor o inseguridad por su cuerpo cuando está desnudo frente a otro que usted define como más bello. Si es lo primero, no hace falta la desnudez, la belleza o lo que fuera para que nuestro amado pueda enamorarse de otro. Ese riesgo, permítame

usar esa palabra inexacta, se llama vivir. Si es lo otro, si se trata de su inseguridad con usted mismo, con su cuerpo, deberíamos trabajarlo. Debería empezar a escucharlo de usted.

Y la sesión concluyó.

13
Mamá

—¿Y cuándo piensan agrandar la familia?

Aunque sabía que esa pregunta vendría, de las formas más triviales como esta o el clásico ¿están escribiendo a París?, Ana sintió el mismo vacío que aquella vez que la escuchó por primera vez en reunión familiar, ni bien había llegado de su viaje de bodas.

Había decidido bajar dos estaciones de subte antes de su destino, el Club Jordania. Solía hacer esto cuanto tenía tiempo pero, sobre todo, cuando tenía necesidad de pensar. Hay un libro que cuenta que todas las grandes decisiones de la humanidad se tomaron caminando, le había contado una vez Inés, y que la reina Isabel decidió permanecer en Gran Bretaña, aún con la amenaza nazi, mientras caminaba con sus perros por los jardines reales.

Recordó ese almuerzo en casa de su familia y recreó en su memoria esa especie de coro y tribunal de sentencia de sus allegados, dictaminando sobre uno de los temas más íntimos y personales como ser madre.

—¿Y cuándo piensan agrandar la familia? —soltó aquel día una tía adorada por Ana.

—La acabamos de agrandar, tía. Héctor me sumó a mí y yo a él. Ya somos suficientes —le dijo ella dando la chance de cerrar el tema.

Pero ese modo elíptico de responder la incentivó para seguir preguntando. Y aquella tía adorada insistió. Entonces Ana lo dijo por primera vez. A su tía, a sus padres que la habían invitado, a todos. ¿Por qué pretender que el silencio explique? Y dijo:

—No quiero ser madre. No deseo tener un hijo.

Ana podía recordar con precisión, ahora mientras caminaba, el silencio del tribunal familiar cuando lo dijo y, con más fuerza, el gesto de Héctor que apuraba un bocado que jamás llegó a su boca. Su padre se levantó de la mesa y ya no volvió.

Ana supo entonces que había decidido un tema que aún ellos conversaban. Ana aprendió en aquel momento que las decisiones son siempre solitarias.

Llegó al curso. Se ubicó en la primera fila para poder tener control de los movimientos de la profesora Orlás. Quería provocar una charla con ella en el intervalo o al final de la clase. Ana fue retrasando su retirada para intentar quedar a solas con la docente. Y lo consiguió.

—Nunca tuve vocación de ser madre —dijo Ana.

—¿Vocación? —preguntó la profesora Orlás.

Aquel día, la tenida filosófica había versado sobre el existencialismo. Orlás había hecho hincapié en las críticas recibidas a la obra de Jean Paul Sartre, acusado de pesimismo.

—Permítanme usar metáforas brutales para describir el concepto de Sartre. Son metáforas, ¿entendido? —Se dirigió al auditorio—: Necesito forzar la exquisitez de sus ideas y embarrarlas con expresiones nuestras mucho más básicas. Seremos elementales pero gráficos y eso nos permitirá aspirar al perdón del enorme Sartre —dijo riéndose de sí misma—. Él sostiene en *El existencialismo es un humanismo* que la vida carece de sentido. Estamos arrojados, lanzados a la vida sin haberlo decidido. —La mujer habló en un tono casi de grito y movió sus brazos como si tuviera un objeto entre sus manos que iba a estrellarse en el piso—. Nos han arrojado a la vida. No tema, mi querida Eva. La veo preocupada. —Se dirigió a su alumna, que ya era una de sus preferidas—. Soportaremos el golpe de ese arrojo. Estamos aquí, de hecho, sanos y salvos.

El auditorio ya estaba hipnotizado.

—Lanzados a una existencia no elegida, se abren dos posibilidades. Sostener una vida conforme a una ley 'natural' —Orlás levantó sus dedos graficando comillas e hizo un gesto de incredulidad— que nos garantice otra vida, la verdadera vida, la eterna de felicidad y dicha y allí tenemos las religiones. Paraíso de los cristianos, mejor vida futura para los que creen y quieren reencarnar, bendición del creador para la mayoría.

Como era costumbre, sus palabras incomodaron como si se hubieran achicado los asientos.

—La otra opción es la del deseo. —Orlás se quedó en silencio y miró detenidamente al auditorio—. El de-se-o —silabeó—. Imposibilitados de elegir, lanzados a este mundo, no queda más chance que perseguir el deseo y realizarlo aquí y ahora. Algunos introducen eso de la diferencia del deseo humano y del instinto animal que no puede elegir. Lo dejo para otra ocasión. Retomo: el deseo. ¿Cuál es el pesimismo?, se pregunta Sartre. Es puro optimismo. Vivimos por un período limitado de tiempo en el que se nos abre la posibilidad total de hacer lo que deseamos. El deseo es puro optimismo, parece gritar Sartre. El existencialismo es un humanismo nada pesimista —remató.

Ana la escuchó, sólo podía resumir el hacer lo que se desea en no ser madre. Ana no era religiosa, pero sentía que este tiempo finito, mencionado por Orlás, no podía ser todo. Sabía también que ser quien era, ser mujer de clase media, occidental, hija de sus padres le permitía reconocer vocaciones. Buceaba en ese sentir que no merece tanta explicación y no lo encontraba.

—Sí —le dijo a Orlás—. Vocación. Una especie de mandato natural por ser mujer. ¿Qué mujer no quiere ser madre?, me dijo un día mi amiga Inés. Y creo que tiene algo de razón. Soy yo la que debe explicar por qué no lo quiero y no las millones y millones de mujeres que lo son

sin tanto debate.

La profesora terminó de guardar sus apuntes en un portafolios de cuero muy masculino, cruzó sus manos sobre él y le dijo:

—Tiendo a proponer pensar este tema desde el lado contrario, mi querida Ana. Quien dice que algo sucede, lo prueba. El que niega ese algo cuenta con la evidencia de que no está ocurriendo. Y usted es una evidencia de que no está ocurriendo su deseo de ser madre.

Un rato antes, Orlás había dicho a su auditorio:

—Este curso de filosofía será un éxito, con perdón de la palabra, si consigo despertar la curiosidad por la lectura de autores que estimo provocadores. Quien me acompaña en la vida desde hace años suele decirme que soy una doctora en provocaciones. —Se sonrió Orlás sin percibir la sorpresa de muchos.

Ana pensó: entonces está en pareja. ¿Varón, mujer? ¿Tendrá hijos?

—Sartre habla de su optimismo en *El existencialismo es un humanismo*. Simone de Beauvoir, con quien había formado una pareja abierta, por usar la terminología de hoy, sintetiza el recorrido histórico del valor de la maternidad en esa joya que es *El segundo sexo*. Se lo resumo, Ana. En la era primitiva, la maternidad no tenía valor. Era un obstáculo para la comunidad. La mujer perdía tiempo y fuerzas, dedicada a la crianza. Fuerzas que esa comunidad no podía desperdiciar. Es en la Edad Antigua, en donde se dividen las tareas mujeres y varones, que ser madre cobra sentido. Prolongación de la especie. En la Edad Media y el tiempo de la influencia de la iglesia, el sexo era para la procreación y las mujeres estériles eran menospreciadas. El cuerpo de la mujer se convierte en un ‘locus’, una especie de espacio físico en donde se imponen mandatos, deseos ajenos, cánones de conveniencias culturales. Es en la revolución industrial, cuando la mujer aparece en la escena laboral, cuando se empieza a reconocer el derecho de las mujeres a elegir si ser madre o no y cuándo. Allí es el clímax de la batalla que aún se da hoy por entender que la vocación es un mandato que coarta la libertad de elegir si ser madre —dijo Orlás —. Usted es mujer de estos tiempos, Ana. No de la Edad Media. Con sinceridad, ¿desea ser madre o elige la vocación que le impone la cultura?

Ana se quedó en silencio. Pudo sentir cómo sus pensamientos se entremezclaban con su cuerpo y se hacían carne. Bajó la vista para darse un último instante de discusión con ella misma. Cuando miró a Orlás a los ojos, le dijo:

—No. No deseo ser madre.

La profesora supo que allí no terminaba su frase.

—Pero siento culpa —dijo Ana.

Orlás dudó en decirle algo más. Pero lo hizo:

—Última cita del día, Ana. La culpa es un derroche inútil de emociones, Sigmund Freud.

La profesora tomó su portafolios y se despidió.

14
El hombre muro

El piso empezó a ceder y Uno pudo ver que el vacío al que se asomaba tenía un color púrpura. De repente, a su alrededor, aunque sin aprisionarlo, creció una especie de muro de un metro de altura. Le delimitaban el lugar de su existencia. Las luces no llegaban a alumbrar esas paredes, pero él podía verlas claramente. Buscó a C, pero no pudo encontrarlo. Algo desconocido en él mismo lo invitaba a dejarse llevar por esa caída al espacio desconocido. Su cuerpo desafiaba la gravedad y se estiraba con sus pies hacia algo profundo.

Uno temió caerse. Extendió los brazos para sostener el equilibrio. Sus manos golpearon con una masa blanda. ¿Entonces los muros eran de algún material como la plastilina de los niños? El muro le habló. Uno disfrutaba saber que las paredes tuvieran voz, pero a la vez eso lo sobresaltaba. *Tranquilo. No te vas a caer. Yo estoy a tu lado. Yo te cuido,* le dijo el muro.

Uno no entendía. A la par de las paredes, un hombre que aparentaba su misma edad, con el pecho peludo descubierto, lo tomaba de la cintura para asegurarlo. Ese hombre podía estar a su lado, saltando esa pared que, sin embargo, los separaba. De repente creyó ver a C al lado de su hombre-sostén. Ellos se hablaron. ¿Se besaron? No podía saberlo porque estaba empeñado en ver si el piso volvía a abrirse a un espacio púrpura que lo llamaba. ¿Lo cuidás? ¿Eso le dijo C al otro o Uno lo estaba soñando?

Entonces se abandonó. Se alejó de sí mismo. Decidió, o algo así, dejarse llevar. Porque él, ya se sabe, no se dejaba llevar. Nunca. Su nuevo yo vio cómo el abismo púrpura creció hasta sus ojos. Todo se veía púrpura. La multitud que bailaba a su lado, el escenario donde una bella DJ tocaba su música, también púrpura, C que estaba a unos metros, ahora sí estaba seguro, se abrazaba a tres chicos con los que bailaba y se tocaban. Y allí también estaba él. Su Hombre Muro. Ahora sí. Podía verlo: alto como él, morocho, pelado y con barba tupida, ojos negros como su pantalón. Bañado de púrpura, claro.

Pero no le alcanzó con saberlo a su lado. Lo abrazó. Era un abrazo para desintegrar el golpe en el pecho por ver a C disfrutar con otros. Uno abrazó y pudo. Sabía que le alcanzaba para no caerse con tenerlo a su lado. Pero igual quiso abrazarlo. Deseaba medirlo con sus manos. Conocer con sus yemas el sudor que lo bañaba. Su Hombre Muro devolvió el abrazo. Sintió una mano detrás del cuello. *Estás conmigo,* escuchó la voz del Hombre Muro. Y necesitó apretar más el abrazo. Como si quisiera integrarse al cuerpo del otro. Miró a los ojos a ese desconocido y

supo que era la forma de pedirle que lo besara. El Hombre Muro lo hizo. Profundo. Húmedo. Sus lenguas se entrelazaron de un modo nuevo. Uno disfrutó (¿imaginó?) que ese beso intenso fuera de una duración que no había experimentado antes. Un tiempo húmedo que otra boca le enseñaba.

El Hombre Muro le apretaba todas y cada una de sus vértebras mientras lo abrazaba. De abajo hacia arriba. Hasta llegar a su cabeza que presionaba con decisión, pero con sutileza. Cada apretón era una variedad de púrpura. Un beso distinto. Dos encuentros de sus bocas y lenguas perfectas. De repente, Uno pensó en C. Y atinó a separarse de su Hombre Muro. Pero él, como si lo intuyese, puso sus manos en sus pezones, los recorrió, los acarició. Fue un exorcismo. Uno vio a C desaparecer de su pensamiento. En realidad, la caricia lo privó de pensar. En nada. Puro placer desconocido que inhabilita cualquier otra cosa.

Sintió que el Hombre Muro le acariciaba el sexo. Él hizo lo mismo y palpó un miembro duro debajo del pantalón negro. No podía dejar de besar esa boca. Las manos del otro no podían dejar su entrepierna. Dijo que no podía aguantar más. El Hombre Muro lo besó más fuerte y aumentó la velocidad de la caricia con su mano. Uno no pudo más. Ni con sus besos, ni con el universo bañado de púrpura ni con la ausencia de C. Y estalló en todo su éxtasis.

La mano del Hombre Muro dejó su cintura y lo abrazó más fuerte. ¿Era esto?, se preguntó, ¿flotar, dejarse llevar?

15
Volare

—¿Hiciste algo interesante el fin de semana? —preguntó Lourdes a Uno mientras pedía su tradicional té en Aux des Magots. Té Earl Grey, el amarillo, y con dos vainillas, le había dicho al mozo.

Solo ella y Uno habían ocupado una mesa. Ana, Eva y Gerardo se habían demorado en el Club.

—Salimos con C a una fiesta medio trash que se llama Slave —le contó Uno—. Música pesada, drags, gente montada con cuero en un sótano medio asfixiante, gente que se droga para bancar hasta las seis de la mañana.

La clase de ese jueves había terminado bastante pronto. La profesora Orlás había advertido que se retiraría antes por un problema personal. Se la veía apesadumbrada. Su explicación sobre Kant había sido correcta. Apenas correcta.

—Le faltó fibra, ¿no? —preguntó Eva a los que se habían quedado—. ¿Vamos al Magots a tomar algo?

Ana y Gerardo dijeron que sí. Uno iba siempre, cada jueves, aunque lo hiciera sin compañía. Todavía estaba solo con Lourdes cuando le preguntó por el fin de semana.

—¿Se supone que te tengo que preguntar por el tema de la gente drogada? —dijo ella haciendo comillas en el aire en la última palabra.

Uno abrió sus brazos en señal de que hiciera lo que quisiese.

—¿Vos te sentís mejor persona que yo? —lanzó Lourdes—. Estás convencido de que sos más cool, más progre, una especie de elegido que hace lo que hay que hacer en la vida mientras yo vengo a ser como… como una pelotuda campesina que sueña con ser Heidi o algo así. Es eso, ¿no?

Uno apuró su tequila y miró por la ventana.

—Ni yo soy tan importante para vos ni vos lo sos para mí. ¿Sabés qué nos une y nos hace muy parecidos, Lourdes? Que a toooooda esta gente que está en el Magots y a toooodos los que pasan caminando y a la inmensa mayoría de los ocho mil millones de habitantes del planeta Tierra les importa nada lo que vos y yo hacemos y lo que pensamos del otro. ¡Mozo! —gritó levantando su

vaso de tequila—. ¡Otro! —Luego la miró—. No me creo ni mejor ni peor que vos. No creo nada de vos, Lourdes.

En ese instante llegaron Ana y Gerardo.

—Eva viene retrasada —dijo Ana—, pero pidió una chocolatada caliente. ¿Me explicás con este calor? —Percibió el clima de la mesa y miró a Gerardo—: Uh. Te advierto que ya están peleando, y por las caras que tienen, viene duro.

—No, no, no —dijo Lourdes—. Cero pelea. Estoy asistiendo a un nuevo capítulo de la vida maravillosa del señor Uno. Hoy, con ustedes, el episodio "Cómo voy a fiestas con drogones para vivir la vida con libertad". —Lo dijo con toda ampulosidad. Dos hombres de la mesa de al lado se dieron vuelta—. Pueden sentarse acá, mis queridos —les dijo—. Uno tiene el manual de la felicidad perfecto.

Los hombres dejaron unos billetes sobre la mesa y se fueron.

—Amor, ¿es necesario que cada vez que nos vemos, cada jueves, tengas que pelear con Uno? —preguntó Gerardo—. Mi vida, me vas a convencer de que estás enganchada con él.

—Cero chance, compañero —dijo Uno y le mostró un círculo perfecto con el pulgar y el índice—. Cero chance.

—¿Y con qué debería drogarme para ser feliz, Uno? —preguntó Ana revolviendo su trago.

—Depende. —Todos lo miraban con atención. Gerardo, interesado. Ana, como tomando apuntes. Lourdes, con desprecio—. Si alguno está interesado, les dejo este instructivo.

Uno sacó de su bolsillo una pequeña lámina de colores. Era un cuadro de doble entrada; los nombres de las sustancias se repetían arriba y al costado. Las intersecciones tenían puntos verdes, amarillos y rojos, como un semáforo que marca la compatibilidad, el riesgo, la prohibición o la combinación fatal. Pero aquí se trataba de lo que se podía mezclar y lo que no. Unas calaveritas con los tres colores recordaban que, de cualquier manera, había que ser precavido. La advertencia al pie: "Hidratarse mucho".

—¿Vos me querés decir que armaste ese cuadro pedagógico para drogarte bien? —le preguntó Lourdes con tono de reclamo.

—No fui yo, estimada. Es la Asociación de Reducción de Daños la que lo hace. Gente copada que previene consecuencias graves en el consumo.

—¡Pará! —levantó la mano Lourdes—. ¿Hay una asociación civil sin fines de lucro que enseña a drogarse?

—¿Y la marihuana? —preguntó Gerardo, mirando la lámina sin darse cuenta de que la conversación había avanzado. Su novia lo miró fijo—. Bueno, gorda. Un porrito cada tanto yo me fumo. Yo te dije…

—Lo que hacen los que trabajan en la reducción de daños, médicos, psicólogos, especialistas, es reconocer que el tabaco, el alcohol que ahora está tomando Ana y tomamos todos, siempre van a ser consumidos. ¡Siempre! —remarcó Uno—. Como las drogas. El camino debería ser el

de legalizar las drogas, como el alcohol y el tabaco, repito, para uso personal. Mientras tanto, de lo que se trata es de prevenir cómo se consume y reducir los daños menores. A ver: “Si bebe no conduzca” es una práctica de reducción de daños. No es “no beba nunca”. Si lo hace, tome precauciones. Igual con la merca.

—¿Y esto? —gritó de repente Lourdes mientras arrojaba sobre la mesa su celular con un portal informativo en la pantalla—. ¿Y esto? Te lo leo para te quede más claro: “Profesional de 26 años muere por consumir pastillas de éxtasis en una fiesta electrónica en la costa”. —Lourdes hizo un largo silencio. Nadie se atrevió a hablar—. La chica era inteligente, profesional, sabía de qué se trataba y se murió —dijo silabeando las dos últimas palabras—: ¡Se-mu-rió! Hablame de libertad. Hablame de placer.

Uno mantuvo la cabeza gacha. Respiraba sobresaltado.

—No hay libertad para drogarse. Hay enfermedad, Uno —siguió Lourdes—. No existe el consumo que se maneja, del que se entra y se sale. Hay droga. Hay muerte. Punto.

—Yo lo que no entiendo es por qué hay que drogarse, Uno. ¿No hay diversión sin drogarte? —La que preguntó fue Eva, que se había sentado en silencio en una punta y escuchaba el debate —. Te adoro, Uno. Aprendí a quererte en este curso y a descubrir a un tipo deslumbrante. Sos brillante. ¿Me contás por qué tenés que drogarte para divertirte?

Uno sintió la potencia de la pregunta. Él también había comenzado a prestarle más atención a Eva con el paso del tiempo. Diría que hasta le tenía cariño. Valoraba su sinceridad. Eva era quien era, lo que se veía de ella. Sin imposturas. Uno sintió que le hubiese podido tomar de la mano para responderle.

—Por placer, Eva. Me he drogado alguna vez… pocas veces… porque me daba placer.

Todos hicieron silencio. Lourdes iba a decir algo, pero se contuvo.

—Estás tomando esa chocolatada, ¿por qué? Porque te da placer.

—No vas a comparar las consecuencias de esto —dijo ella y mostró el vaso medio lleno— con un… un… ¿saque, se dice?

—Si querés hablamos de los azúcares, de los agregados de eso que vos creés es chocolate. Pero ponele que sea cierto, que tu bebida es menos nociva que las drogas. ¿Qué diferencia hay entre el tabaco, el alcohol y las drogas? ¿Es cuestión de la comercialización? Y preguntemos más: ¿qué pasa si yo decido hacerme daño con algo que me da placer sin molestar a nadie, sin jorobar a un tercero? ¿Tenés derecho a prohibírmelo? ¿El Estado está para hacerme un ciudadano bueno y noble, todo entre comillas, o solo está para que no jodamos al prójimo?

—Me podés molestar, Uno. Alguien drogado me puede atropellar, me puede robar, me puede… no sé, matar. —Eva levantó la voz.

Uno la miró y asintió.

—Puede pasar hacer eso, es verdad. Pero, ¿pasó? ¿Mataron a alguien? —Miró al resto—. ¿Robaron, atropellaron o algo? No. ¡Es una chica que se pasó porque no sabía cómo hacerlo!

Quizá este cuadro —dijo, señalando el gráfico de la asociación de drogas— podría haberla salvado.

Todos hicieron un largo silencio. Se escuchó a Lourdes, con un murmullo amargo:

—Enfermos.

—A veces pienso —dijo Uno con voz ensombrecida— si hacerlo no será un modo de espantar el miedo que tengo de que C me deje como a vos te dejó tu novio.

Eva empezó a llorar. Uno se levantó y dejó dinero sobre la mesa, doblado bajo el vaso vacío de su tequila.

16
Cuando Ana dijo sí

Ana sabía que tenía que decir que sí, pero quedó, por un largo instante, muda. Sabía porque lo pensó. No era una sorpresa que Héctor fuese a pedirle matrimonio. Lo sabía y lo había pensado. Ella quería. Solo tenía que enviar su mensaje desde el cerebro a sus labios para que se moviesen en la forma del monosílabo más sencillo: “sí”. Y, sin embargo, tardó.

Lo había conocido a Héctor en un casamiento. De esos eventos a donde se va porque se espera que uno vaya. El deber ser fue siempre constante en la vida de Ana. Herencia familiar que había aceptado.

—¿Pero vos qué querés? ¿Deseás de verdad casarte? —le había preguntado Inés.

Ana hacía lo que había que hacer, para una decisión menor como ir a un casamiento o para algo más decisivo como aceptar matrimonio.

—¿Cuánto lo deseo? ¿Y qué sé yo qué es el deseo? ¿Cómo distingo entre el deseo, profundo, indiscutible, y el antojo, el ‘me parece que tengo ganas, pero no sé’, el ‘tengo ganas, pero no me va la vida’…? —provocó a Inés.

—Me va la vida —Inés la imitó para hacerle saber que ahí estaba la respuesta.

Ana la miró. Como se mira a quien ha dado ya la respuesta. Me va la vida. El deseo es aquello en lo que va la vida. Es aquello que, vivido, encaja, no tira, no sobra, no encorseta. Allí está. El deseo es aquello que, vivido, no encierra, no priva del todo, no quita del todo. No abordado, falta, se necesita, se anhela.

¿Vivir con Héctor, en matrimonio, me encorseta o, de no hacerlo, me falta? Ana sintió que esa pregunta la ponía frente a una obligación. Algo parecido a la necesidad profesional de resolver un tema para exponer ante el directorio. Por eso, se agendó la cuestión: miércoles, de 10 a 12, ¿es un deseo mi vida con Héctor? Lo anotó. Cliqueó “ocultar” en el asunto de su agenda para que sólo ella pudiese leerlo después de colocar su rostro frente al identificador de pantalla. Todo un símbolo. El único modo de no ocultar un documento es mostrando con plenitud su rostro. O, respondiendo a la pregunta del aparato sobre la clave, ¡la clave!, elegida para destrabar el ocultamiento. El rostro, la clave, el ocultamiento. A Ana le gustaba pensarse como un personaje de una novela de intrigas.

¿Puedo reservar para siempre mi vida con Héctor?, pensó aquel miércoles en el horario agendado. Sabiendo que el “para siempre” es relativo porque, siempre, está el divorcio. ¿Pero uno se casa para divorciarse? Si fuera así, se dijo, no tendría sentido la ceremonia ante la sociedad, ante los que uno quiere. ¿Puedo reservar mi amor a una sola persona? ¿Puedo renunciar ahora mismo a estar enamorada de alguien más? No digo, pensó, dejar de amar a Héctor, a quien amo. Digo, se animó frente a sí misma, amarlo y amar a otro. A otros. ¿Puedo? ¿Uno ama a una sola persona y por otras solo siente deseo físico? ¿Eso se elige o se impone por la cultura? ¿La monogamia es un vínculo entre dos puramente sexual o supone exclusividad de amar? Porque si es lo primero, pensó, yo no podría jamás dejar de disfrutar los cuerpos de otros. De muchos otros. Sin dejar de amar a Héctor. ¿Debo plantearle a Héctor esto? ¿Y si se va? ¿Y si sólo me considera una promiscua insaciable y se va? Es que lo amo y tengo miedo, pudo reconocer.

El casamiento era de un hermano de la esposa de su hermano menor. Así de enrevesado. El hermano de su cuñada. ¿Somos algo?, le preguntó a su madre intentando descubrir un parentesco entre ellos, mientras la mujer le explicaba que debía ir, que la familia había tenido el gesto de invitar a todos, que era una fiesta “a todo trapo”. ¿Somos algo?, preguntó Ana en el mismo momento que descartaba indagar sobre su relación con los futuros esposos y quedaba atrapada con la fiesta “a todo trapo”. Se rio de sí misma porque sabía el origen de la frase. Los trapos son las velas que arrastran una nave en el mar. A toda velocidad, significa. Desplegar todos los trapos, las velas, para ir de prisa. ¿Por qué sé estas cosas?, se preguntó, mientras su madre persistía con el look que debería usar en esa fiesta. Hay tantas cosas que sabemos sin más motivo que la arbitrariedad. Lo sabemos porque existe. Puro empirismo, diría Berta Orlás, esa filósofa que la atrapaba cada vez que la leía y la veía en la tele. ¿Las cosas existen en sí mismas, independientemente de quien las piensa o existen en tanto y cuanto hay un alguien que las piensa? ¿Yo sé que las velas a todo trapo son a máxima velocidad en tanto y en cuanto lo pienso o las velas son a todo trapo independientemente de mí?

Ana se escuchó decir “sí”. Y se sorprendió. Sí, mamá, voy a ir al casamiento del hermano de mi cuñada.

La fiesta de casamiento fue un mediodía en unos salones con vista al río de la Plata. Los aviones que llegaban y despegaban del Aeroparque de Buenos Aires eran un coro apropiado. Ana tarareaba en su mente “Encuentro y despedidas” de Milton Nascimento. Pensaba en el vaivén de los días, en la gente que viene, en la que se va.

Doscientas personas, vestidas con ganas de hacer saber que iban a una fiesta, se encontraban,

ahora. Se despedirían, en unas horas. Otros habían venido solo a mirar. Le llamó la atención un grupo de cuatro, ¿dos matrimonios?, acomodados en unas mesas altas al lado del ingreso. Cincuentones ellos, cuarentonas resistentes al paso del tiempo, ellas. Guapos los varones. ¿Me miraron?, pensó. Luego ya no tuvo dudas al ver que uno de ellos, de porte deportivo, barba cuidada, le sonreía. ¿Los conozco?, volvió a pensar. La madre del novio se esforzaba para que todos le entendieran que no habría mesas para sentarse, que habría un servicio de bandejeo de comidas y que allá, al fondo, una barra espectacular para servirse todos los tragos que quieran, decía a quien quisiera escucharla. Muchos matrimonios deambulaban juntos y otras parejas que se acompañaban mientras reconocían al resto. No veía gente sola. El hombre de barba levantó una copa brindando al aire mientras miraba a Ana. No había dudas. La provocaba. Entonces, ella, lo vio.

Nadie podría sorprenderse porque él se llamaba Héctor. Hace cincuenta años nacían los Héctores, los Luises, los Eduardos, los Fernandos o los Alejandros. Los nombres expresan épocas. Mucho más tarde vendrían los mapuches Tehuel, Mailen, Nahuel, Huilén, Ayelén o Tahiel. De otras épocas más frívolas nacieron los émulos de héroes y heroínas televisivas. Topacios, Catrieles, Fiammas, Ginas. Héctor era un digno Héctor. Un hombre que hoy a los cincuenta, entonces a los veinticinco, lucía como Héctor. ¿Como su abuelo o su padre? Seguro.

Alto en promedio. De peso promedio. Atractivo en promedio. Alguien que no podía, y menos quería, ser algo más que el promedio. Alguna vez Ana, ya casados, le escucharía decir en mesa de amigos: *Deberíamos tener un lugar más destacado los que no aspiramos más que a ser lo que podemos, sólo lo que podemos, teniendo en cuenta quienes somos. Merecería*mos *un aplauso los conformistas, los mediocres asumidos,* diría con una risa de borrachera. Todos aplaudirían a su marido mientras apuraban otra copa de alcohol. A solas, en el baño, Ana se preguntaría si eso sería su hombre para toda la vida. Alguien que, de antemano, no desafiaría lo dado y lo que se esperaba de él. ¿Por qué terminaría por sentirse rota por dentro? ¿Por qué no entregarse a lo que, quizá, fuera la garantía de un transcurrir sereno y previsible?

Ana estaba pidiendo un vodka con naranja en la larga y promocionada barra de tragos, cuando escuchó su voz. *Un tequila Macho,* dijo Héctor al bartender. Su voz fue nueva. Ese decir fue un antes y un después. *Un tequila, macho.* Lo repitió. El cantinero supo lo que ella no. Sirvió una medida, lo miró, y descargó otra igual. *Es para machos,* le dijo Héctor a Ana, que todavía sostenía en el aire su trago. *Soy Héctor,* le dijo y la miró desde el fondo de sus ojos verdes. Héctor la miró y Ana supo que quería que la siguiera mirando.

Uno desea a otro cuando siente que tiene ganas de que ese otro te siga mirando por mucho

tiempo, diría, años después, en el café de la esquina del Club Jordania.

Conversaron, intercambiaron teléfonos, se preguntaron vaguedades, compartieron el momento de las promesas que los novios se dijeron ante los invitados. En ese instante, cuando Ana se convertía en una asistente al casamiento con acompañante —porque Héctor ya la había tomado del brazo para acercarla al grupo que presenciaba la ceremonia— vio que la miraban. Los dos hombres, el de barba y el otro, ya sin sus esposas al lado, estaban del otro lado del círculo de invitados y la miraban mientras se decían algo al oído. Evidentemente, algo sobre ella.

El hombre barbado pasó leve, pero decididamente, la lengua por sus labios con lascivia. Y la miró. Ana, todavía aferrada al brazo de Héctor que seguía atento a las palabras de los novios, sintió que se desdoblaba. Allí estaba ella excitada por la voz del tequila macho, por los ojos verdes de su acompañante y, sin negar a esa misma Ana, atrapada por la sensualidad de esos dos hombres que la miraban con deseo. Ana, no lo estropees, se dijo. ¿Y si no siguieras más sola y buscás a alguien con quien intentarlo? Acá está Héctor, se sermoneó. Aquello otro es carne, sudor, promiscuidad. momento fugaz, se explicó. Ya sabés qué es. Goce fugaz y vacío. No lo hagas. No lo hagas otra vez, pensó mientras se deshacía del brazo del Héctor de voz de sensual que se sorprendió por el gesto.

Los dos hombres se separaron del grupo y comenzaron a caminar hacia la parte trasera en donde se encontraban los baños. Ana supo lo que siempre sabía. Como era de esperarse, el mismo que se había relamido sus labios le clavó la vista y torció su cabeza en una dirección. Ana ya caminaba hacia ese lado después de haberle dicho a Héctor que ya volvería. El tequila macho se había agotado en las manos sensuales de su acompañante que continuaba prendado de la ceremonia de las promesas de los novios a la que le seguiría el acto de las ligas, el baile del novio encapuchado buscando a su ahora mujer y el vals de los novios. Ana ya estaba en el baño.

El espacio reservado para discapacitados era amplio. La puerta estaba entreabierta y ella pudo verlos dentro. Entró arrojada por una fuerza irracional y aseguró la traba. Uno de ellos, el que la había invitado con su mirada, estaba sentado sobre la tapa del inodoro y bebía recostado sobre la pared. El otro tocaba el cierre de su pantalón. Ana supo que no tenía sentido disimular o fingir sorpresa. Afuera hay invitados. Sus esposas, su acompañante. No hay tiempo. Mientras ella desabrochaba el cinturón del hombre de pie pensaba con nitidez si podría pedirle a Héctor que entendiese. Con el sexo del hombre en la boca creyó que Héctor podría sentir que ella estaba dispuesta a tratar de amarlo, porque lucía como un hombre de quien enamorarse, sin que lamer a otro fuese nada más que un acto físico de pura satisfacción momentánea. Pero rápidamente, Héctor, y todo, todo, desaparecieron.

Ana comenzó a chupar la verga dura del hombre y percibía el subir y bajar de los testículos afeitados que clamaban placer. El que se había quedado sentado ya se masturbaba. Ella sintió que debía mirarlo, como invitándolo a lo mismo que a su amigo. Cuando el hombre se puso de pie, sintió la mano del primero acariciándole uno de sus pechos, apretándole con delicada presión

su pezón. Alguna vez escucharía de un americano que esa zona “is wired”. Algo así como cableada hasta el centro del placer de su vagina. Ana lamía los dos miembros de los hombres que olían a sudor, alcohol y a deseo mientras se escuchaba una fiesta en la que sonaba una canción tropical. “A mover el cucu, a mover el cucu”. Ana se movió para poner uno de sus dedos debajo del vestido y masturbarse. Cuando sonó afuera el vals, el hombre de los labios humedecidos explotó sobre sus pechos. El otro, apenas unos segundos después, evitó mancharla.

Los dos escaparon. Sin metáfora. Como quien ha robado algo y no quiere dejar rastro. Ana no quiso mirarlos a los ojos y vio sus pies corriendo hacia la fiesta. Se incorporó, se lavó varias veces las manos y el rostro hasta que por fin se miró al espejo. Le habló a su reflejo. Creo que Héctor podría ser el indicado, se dijo. Y se fue a buscarlo. Dos años más tarde le diría a él: sí, quiero.

17
Te mato, amor

—¿Qué pasa, Eva? ¿Por qué tanto misterio? —le preguntó Uno sentándose a una mesa apartada del bar que había elegido ella—. ¿Y por qué nos sentamos acá y no en nuestra mesa?

—Es por Nicolás —soltó Eva y lo miró para ver su reacción.

—¿Qué Nicolás? ¿De Nicolás Maquiavelo que habló hoy Orlás? ¿Le decís Nicolás a Maquiavelo? —se rio él.

—No seas estúpido. Vos conocés a Nicolás. —Ella remarcó el verbo con intención—. No te hagas…

—No conozco a ningún Nicolás y casi te aseguro que, salvo el santo y su ciudad con la Virgen milagrosa a la que iba mi vieja a peregrinar, no conocí en mi vida a ninguno. Al menos, consciente, digo.

Eva se acomodó en la silla como si fuese a cobrar impulso.

—¿Vos sabés que te adoro? ¿Sabés que te convertiste en un tipo al que le presto atención y consulto, porque me parecés brillante y sensible, a pesar de esa coraza de mierda que te ponés en la vida?

—Como piropo, raro, nena. Te confieso.

—Nicolás es el mejor amigo de mi mejor amigo… —Empezó a decir ella.

—Jodeme que me vas a hacer una comedia de adolescentes con los amigos de los amigos, y los novios de las novias. ¡Mozo! Un gin tonic como el de siempre y una cerveza para la joven —ordenó Uno.

—No tomo cerveza, salvo que esté de festejo. Ya lo deberías saber.

—Festejemos algo. Incluso que conozco a un Nicolás. ¿Está fuerte?

—Está fuerte y se… se… apretó, chapó, curtió a tu novio en el Club de los jueves la semana pasada. —Eva hizo un largo silencio como quien revela un secreto importante—. ¿Ahora sabés quién es Nicolás?

Uno la miró, agradeció el trago que le habían traído.

—No tengo la más puta idea, mi vida.

—Te estoy contando esto porque este tipo le dijo al novio de mi mejor amigo que curtió con C porque él a su vez le dijo que tiene una pareja abierta con vos. —Eva hizo un silencio para manejar su incomodidad. Tomó un sorbo de cerveza y siguió—. Y me pareció que te lo tenía que

contar para que estés prevenido. Porque soy tu amiga, te quiero y no me gusta que te hagan cosas a tus espaldas sin que vos sepas…

—Epa, epa, epa —la interrumpió—. Frená el galope que acá no estamos en el Hipódromo.

—Es que yo siento que hay una deuda de sinceridad con los amigos y yo, Uno, te siento un amigo, ¿me entendés?

—¿Querés un trago de esto? —le dijo ofreciéndole su copa—. Te va a venir bien porque la cervecita es muy liviana y apenas si la tocaste. Separemos: somos amigos, recientes pero lo somos, no tenés ninguna deuda conmigo ni tampoco la tendrás, porque no creo que la amistad genere deudas o créditos y, por fin, me gusta tener como regla de nuestra relación la sinceridad. Dicho esto, pregunto yo mientras te calmás. ¿Qué querés saber, Eva? ¿Si nuestra pareja con C está basada en la monogamia?

—¿Podés bajar la voz? La gente nos mira.

—La gente nos mira, Eva querida, porque desde que llegamos estás a los saltitos en tu silla, toda colorada y hablando a una velocidad notable.

—Bueno, sí. Quiero saber si tenés una pareja abierta. Listo, lo dije —lanzó ella desparramándose en su silla.

En ese momento, entraron Lourdes, Gerardo y Ana. El curso de los jueves había terminado.

Eva se recompuso y dijo por lo bajo:

—Seguimos después. Vamos a nuestra mesa.

Todo se sentaron. Lourdes miró a Ana:

—Se ve que nuestra valiente Eva y Uno necesitaban hablar mal de nosotros y se vinieron solos a hacer un aparte.

—No, no, no, Lourdes. Le pedí venir un momento para que me explicara algo de la clase anterior —salió al cruce Eva.

Uno terminó de un sorbo su trago, dejó la copa sobre la mesa y dijo:

—Eva me preguntaba si tengo una pareja abierta con mi novio. Eso quería saber la valiente Eva, Lourdes.

—Iuju —dijo Gerardo—, hoy se pone bueno el encuentro post Orlás.

Lourdes lo miró con un gesto de desaprobación y bajó la cabeza, molesta.

—¿Y qué le dijiste, Uno? —intervino Ana, moviendo su copa de vino para abrirlo.

—Lo que ya conversamos con vos, doctora.

—Ah, bueno —exclamó Gerardo—. Algunos tienen secretitos que no comparten… Propongo formalmente en este grupo sinceridad total tipo los mosqueteros —agregó estirando la mano hacia el centro de la mesa como para juramentar. Nadie se movió. Solo Lourdes lo volvió a mirar.

—Me gusta, me gusta —dijo Uno—. Hacemos como un tipo de confesión del estilo película italiana que se dicen la verdad en la cara. Me gusta.

—¿Me podés decir, Eva, de dónde te vino la curiosidad por la vida sexual de Uno? —preguntó Lourdes con tono socarrón.

—No… nada. Pasa que como leímos… —empezó a decir Eva.

—Te explico, Lourdes —dijo Uno y pidió otro trago—. Eva conoció a un flaco indiscreto que le contó que en el Club de los jueves a donde vamos a escuchar música electrónica con mi novio, se lo había chapado a él. Yo confieso que no me acuerdo de quién me habla y hasta ahí llegamos con el secretito que dice Gerardo.

—¿Eeeh? —dijo Gerardo—. ¿Un flaco se chapó a tu novio en un boliche? ¿Pero chapó, chapó…? Quiero decir, ¿lo…?

—¿Vos decís si lo besó, si fue con lengua, y si le metió mano? —le preguntó Uno.

—Comienza la sesión de provocaciones del señor Uno para ser el centro de atención de Aux des Magots, señores. —Lourdes impostaba la voz como una presentadora de feria—. Nadie te está preguntando eso. No hace falta…

—Eva y tu novio quieren saber, Lourdes —le dijo él—. Y yo le estaba explicando a ella que nuestra pareja no está basada en un acuerdo de monogamia. Es eso.

Ana permanecía en silencio. Miraba su celular y su reloj, inquieta.

—¿Vos me querés decir que ustedes se bancan ir juntos a una fiesta y que cada uno apriete con cualquiera adelante del otro? —preguntó Gerardo con genuina curiosidad.

—Con cualquiera, no. Con alguien que le guste al otro. O a veces sumamos a un tercero que nos guste a los dos —respondió Uno.

—What? What? —insistió Gerardo—. ¿Van al Club de los jueves y se matan a besos con otros tipos y después vuelven tranquilos a casa?

—A veces volvemos tranquilos, otras volvemos con un flaco o dos para tener sexo, y hubo otras veces en las que alguno se metió en el baño con otro y la pasó bien allí —respondió Uno.

—Cómo te gusta, Uno. ¡Cómo te gusta escandalizar, molestar, provocar! ¿Sabés que ni siquiera sé si estás diciendo la verdad? Quizá estás mintiendo para ser el centro de la escena —le dijo Lourdes.

—Es verdad. —La que habló fue Ana—. No está mintiendo, Lourdes. Uno y C tienen ese acuerdo de pareja. Lo charlaron y lo convinieron.

Lourdes la miró con el mismo desprecio que le había dedicado a Uno. Eva estaba muda, encajada en su silla. Gerardo intervino:

—¿En serio podés bancarte que el tipo que amás se bese y franelee con otro y no te pasa nada? ¿O que tenga sexo y no te pasa nada?

—Puedo, Gerardo. Puedo. No sin haberlo reflexionarlo mucho, sin idas y vueltas en las que hubo inseguridad. Pero puedo. Hoy voy pudiendo.

Gerardo se puso de pie y se volvió a sentar.

—No te entiendo Uno. Yo moriría… mataría si Lourdes me hace eso. Además de no entender para qué estaríamos en pareja si cada uno hace lo que le canta. ¿O no, Eva? —dijo mirando a su amiga.

—Te lo juro que no lo entiendo. No soporto siquiera pensarlo —dijo ella.

—Gerardo —empezó diciendo Uno—. Primero, yo no le hago nada a C. Nos pusimos de acuerdo y vamos viendo cómo nos va con eso. Luego, ¿quién te dijo que un beso o tener sexo está necesariamente relacionado con el amor? ¿Cuánto años tenés? —le preguntó.

—Treinta y dos.

—OK. Supongamos que vivís hasta los ochenta. ¿Te imaginas besando cincuenta años la misma boca o tocando el mismo cuerpo?

—¡Es una estupidez lo que decís, Uno! —intervino Lourdes—. Nosotros estamos juntos porque nos respetamos, porque nos amamos. Y si un día pasa que no sentimos eso, nos separaremos y él elegirá tocar a otra o besar a otra.

—Tiene razón Lourdes, Uno —dijo con timidez Eva.

—Ajá —dijo Uno sin escuchar a Eva—. Primero, me encanta que la hipótesis tuya sea que Gerardo tiene ganas de otra cosa. ¿Vos no tenés? ¿No te dan ganas de besar a ese flaco que está ahí y que se parte de guapo? —Señaló a un hombre sentado a dos mesas—. ¿Y después de sacarte el gusto volver al lado del tipo al que amás y con el que querés construir en el futuro una vida común? ¿En serio, Lourdes?

—Te mato, amor. Te juro que te mato —dijo en voz baja Gerardo.

—OK. Sigamos. Gerardo te ama, pero le calientan las tetas de otra mina. ¿Nunca más va a tocar otra teta que la tuya porque el amor te convierte en propietaria de su deseo? ¿El amor es apropiarse del otro?

—Te sienta muy mal hacer de Orlás, Uno. No te da ni sos tan interesante —le dijo Lourdes—. El amor tiene algo de exclusividad, de ser uno para el otro. Pienso eso y me lo banco.

—Y estoy de acuerdo, mi querida. Tiene un algo de exclusividad en la que yo creo, y lo que creo yo y en este caso C, supone ganas de pensarnos juntos, compartir casa, proyectos, encuentros. Pero un beso y un garche por pura pasión no son exclusivos. Lo otro, lo tuyo, todo o nada, es perderte la oportunidad de ser quien sos. Conversamos las cosas, acordamos, dudamos, nos ponemos de acuerdo, en otras no tanto, pero seguimos siendo francos y hablándolo.

—¿Sabés que creo que tiene razón Lourdes? —dijo Gerardo—. Venís acá a contarnos que sos mejor que todos nosotros. Te drogás porque sos mejor. Te ponen los cuernos y los ponés porque sos mejor. No creés en Dios porque sos mejor. Y en el fondo estás acá sentado con nosotros porque tenés miedo a estar solo y sufrir. Hasta empiezo a sentir pena por vos.

—¡Gerardo! Es mucho —dijo Eva.

—Tranquila, Eva. Dejalo. ¿Y por qué me mirás de esa forma, Lourdes?

—Perdón —dijo ella—. Por un instante me fui de la discusión. Me quedé pensando en la película que vimos ayer. ¿Cómo se llamaba, Gerardo?

—No sé, gorda. No puedo pensar ahora… Era la de la rubia que estuvo casada con el de *Viaje sin destino*.

—Exacto —dijo Lourdes, y siguió en silencio.

—¿Y ahora te hacés la misteriosa? —dijo Ana.

—La rubia —empezó Lourdes— tenía una especie de pareja abierta o con permisos con su marido. En la escena, el tipo entra luego de tener sexo con otra mina y casi no la saluda. Entra hablando por teléfono, deja las cosas sin mirarla y ni la saluda. Entonces ella se queda mirándolo. Él le pregunta por qué lo mira así, creyendo que le va a reprochar el rato de sexo y ella le dice: “No me pasa nada. Apenas me estaba imaginando el momento en el que ya no me importe que me ignores al llegar”.

—Ay —dijo Eva—, no entiendo lo que querés decir, Lourdes.

—Hay un momento en el que para defender tu libertad de hacer lo que querés, empieza a no importarte que tu amor tenga sexo y pasión con otro, empieza a no importarte lo que hace, si vuelve o no y, de repente, deja de importarte todo. Eso quiero decir.

—Es una película, Lourdes. Te estoy hablando de mi vida, no de una película —dijo Uno.

—Tiene razón Lourdes, Uno —intervino Gerardo—. Porque si para manifestar la pasión, para… para… garchar tenés a cualquier otra, ¿qué te queda con tu pareja? ¿Pagar los impuestos y los gastos juntos? ¿Salir un par de veces a cenar afuera juntos o viajar por ahí? Conseguite una secretaria para lo primero y para lo otro, un buen amigo. No te hace falta estar en pareja, ¿no?

Gerardo miró a todos. Salvo Uno, nadie lo miraba.

—Somos cinco acá sentados —siguió Gerardo—. Ninguno piensa como vos. Ninguno. Nosotros creemos en el amor que respeta al otro, en el que sacrifica algún deseo por el amor que tiene. Elige, se la banca, se ata la pija si tiene ganas porque el amor de su vida vale más —dijo tomando de la mano a Lourdes—. Perdés por goleada entre nosotros.

Uno hizo un largo silencio. Meditó lo que iba a decir.

—Creo que, si Lourdes se animara a pensarlo, me daría la razón. Es una mina brillante. —Se animó a elogiarla por primera vez—. Si tuviera la valentía de decir lo que piensa, ya estaríamos tres a dos. —Lourdes se puso colorada de rabia—. Y, salvo que haya cambiado de opinión, el voto de la cinematográfica Ana lo tengo asegurado. ¿No, Ana?

Ana no podía creer lo que escuchaba. Lo miró con asco. El resto la miró a ella que no supo qué decir.

—¿Qué tiene que ver el cine con esto? —preguntó azorada Eva.

Uno se quedó callado hasta que dijo:

—¿Tiene que ver, Ana?

Ella lo miró, se le llenaron los ojos de lágrimas:

—Sos un egoísta y un imbécil, Uno. Muy imbécil.

Y se fue.

18
Cinismos

—Hoy querría dedicarme, por fin, al idealismo de Kant. Lo venimos prometiendo hace rato, pero siempre hay algo que irrumpe y provoca que lo posterguemos.

Berta Orlás hablaba desde el escenario del Club Jordania, como cada jueves, mientras buscaba en su portafolios de cuero algunos apuntes. En ese instante se escuchó un portazo. Eva había entrado al auditorio provocando la mirada de todos los asistentes y quedó inmóvil cuando tomó nota de los cientos de ojos que la escrutaban. Se acomodó la ropa y volvió hacia la puerta. Al abrirla, gritó:

—Vos y tu amigo son unos cínicos. Especialmente tu amigo. No quiero saber nada de ustedes. Nunca más. —Cerró la puerta y avanzó hacia una butaca de la primera fila. Le pido disculpas, profesora. Pero no soporto los cinismos. Otra vez perdón. A usted y a todos… —dijo sin mirar hacia atrás.

Orlás se había sentado sobre la mesa del escenario. Con discreción, daba pitadas a un cigarrillo electrónico. Todos la miraron y, sin embargo, ella no dejaba de observar a Eva.

—¿Quiere, señorita Eva? —dijo finalmente mostrando su vaporizador—. Para tranquilidad de todos es inofensivo. Nada de nicotina. Camomila y melón. Se supone que relaja.

—Ni con un container de calmantes, profesora. No tolero los cinismos. No tolero.

Orlás se quedó pensativa por unos instantes. Cuando percibió que algunos alumnos se movían en señal de fastidio, tomó su celular, tecleó algo y dijo:

—Estimados, por si quieren tomar nota. Acabo de mandarles un mail con un texto que no está en la bibliografía sugerida. Recomiendo la lectura de un libro más.

—¿Es para Kant? —preguntó Ana.

—No necesariamente, señorita Ana. Aunque también podría serlo. O para Nietzsche. —Orlás se puso de pie—. El autor es un filósofo francés de estos tiempos que se ha dedicado a la divulgación a través de muchos métodos. Es, por ejemplo, el autor de masivas tenidas filosóficas al aire libre en donde propone la lectura de textos de distintos pensadores en plazas o parques o, lo que tuve el gusto de presenciar hace algunos años, de un maratón de la Odisea de Ulises, leído durante 48 horas seguidas por actores y artistas de su país mientras que la gente se acercaba a

escuchar y se iba cuando quería. Él cree que la filosofía debe salir de los claustros académicos y embarrarse con la realidad personal y social que la circunda. Creo que es buen punto para este curso. ¿De qué sirve que les cuente del imperativo moral del querido Kant si todos ustedes jamás lo vincularían con lo que están viviendo? Es como enseñar un fósil. Atractivo, cómo no. Para un museo. ¿De qué sirve que hablemos de actuar de forma tal que tu acción pueda ser una ley universal para los otros, como pretendía el ilustre alemán, si todos estamos conmovidos con el enojo de la señorita Eva?

—Yo ya pedí disculpas, profesora. Sucede que no… —empezó a defenderse Eva.

—Ninguna excusa. ¡Al contrario! Ya nos ocurrió otra vez que su momento personal nos sirvió para salir del cartesianismo y adentrarnos en el sentido del amor para los pensadores. Yo siento que su irrupción en la sala con su grito de "cinismos" es un gran impulsor para hablar de ellos —replicó Orlás—. Casi deberíamos agradecerle, Eva.

—¡Yo no pienso de ninguna manera hablar de ellos, doctora Orlás! —gritó Eva—. Que mi novio y el amigo que vinieron aquí sean unos cínicos… que mi vida… que lo que me pasa sirva para que yo ventile mi vida privada…

—No, no, no —la interrumpió Orlás—. Cuando digo "ellos" me refiero a los cínicos, pensadores griegos del siglo IV antes de Cristo. Por favor. Jamás invadiría su privacidad. Solo que como cité al filósofo francés, la vida, su situación, invadió este curso invocando a los cínicos que creo merecen un tratamiento en este curso y, quién le dice, hasta una reivindicación.

Eva la miraba sin entender nada. Entonces Orlás se paró en el medio del escenario:

—Propongo una votación. Veremos quién quiere hablar del idealismo de Kant o quién, ante lo imprevisto de la vida cotidiana —dijo señalando a Eva—, prefiere que relatemos quiénes eran los cínicos y cómo injustamente fueron maltratados por la historia oficial de la filosofía. —Orlás miró al auditorio—: Por Kant, levanten la mano. —Algunos lo hicieron—. ¿Por los cínicos…? —Las manos fueron ostensiblemente muchas más.

—A eso nos abocaremos, entonces. Gracias, una vez más, Eva, por volcarnos a la filosofía práctica de mis queridos cínicos. Si no soy impertinente, ¿a qué llama usted cinismos?

—A lo que todos llamamos, profesora —respondió con cierto fastidio frente a lo que ella entendía era una obviedad—. A las mentiras desvergonzadas, al mal gusto para ocultar las cosas, a lo grosero para maltratar a alguien, ¿no? —dijo mirando al resto de sus compañeros.

—Ajá —respondió Orlás dando una pitada—. Como quedó dicho, los cínicos vivieron en la segunda mitad del siglo IV antes de Cristo y tenían como lema el no ser esclavos de nada ni de nadie en el pequeño universo que les tocó habitar. Austeros, divulgaban sus pensamientos alejados de las academias clásicas como las platonianas o socráticas en las afueras de la ciudad. Prescindían de ropas importantes y de lujos. Algunos historiadores creen que debió haber algún cínico que filosofase totalmente desnudo.

—Eso ya empieza a ser más divertido —acotó Gerardo ante la mirada de muchos, incluida la

de Lourdes, que lo vieron desubicado. Orlás siguió:

—Tiene usted razón, estimado. Es que ellos eran partidarios de la provocación para desmontar las normas escritas por la tradición griega. Y provocaban con obscenidades tan ramplonas como alabar los flatos en público o insultar sin tapujos.

—Profesora. Pedos es mucho —dijo él provocando ahora sí una risa generalizada.

—Además, creían que jugar, el acto lúdico, debía ser reivindicado. Sostenían que había que imitar a los perros. Diógenes de Sínope, uno de los mayores exponentes, se sentía pariente de ellos y satisfacía sus deseos, los sexuales incluidos, sin importarle lugar o con quién.

—Poco jabón y agua, me parece, ¿no? —sugirió Gerardo.

—Poco, poco. Eso era muy reservado a los atenienses clásicos. La limpieza y pulcritud, nada cínica. Comían donde estuvieran, lo que hubiera. De no tener compañera o compañero para el sexo, practicaban desembozadamente el onanismo. Tiene lógica el concepto de grosería y ordinariez que señalaba la señorita Eva.

Ana la interrumpió:

—¿Y de dónde sale ese concepto de que un cínico es un mentiroso, un calculador que no tiene principios?

—Buena pregunta, Ana. Sucede que la historia oficial que nos llega de Grecia viene de la mano de la posterior labor de la Iglesia Católica que en la Edad media reivindicó a Platón con San Agustín y a Aristóteles con Santo Tomás más tarde. El resto, anatematizados. Condenados. Los cínicos no mentían. Apenas si desafiaban las verdades absolutas de la filosofía clásica y sostenían que no había verdades, valores inmutables. Eso eran leyes establecidas por los poderosos, por el sistema —dijo haciendo comillas con los dedos—, que debían ser desterradas por gestos más simples. Imitando a los animales. Diógenes se convirtió al cinismo observando a un ratón. Otra vez, los animales. Su libertad lo maravillaba. Iba y venía con despreocupación, con luz sin luz, en la suciedad o no. Al ratón no le preocupa el futuro, decía. Nada del deber ser, de lo obligatorio. Apenas lo que se sentía en ese momento. A tal punto eran pioneros que contaron en su escuela con una de las primeras mujeres filósofas: la muy provocadora Hiparquía.

—Por fin, profesora —dijo Lourdes—. Dígame que no murió en la hoguera o la trataron de loca.

—En absoluto. Muy respetada, por cierto. Combatía la sociedad patriarcal, la monogamia y los lujos, y le encantaba escandalizar mostrando su sexo como si fuera un *happening*. ¡Intolerable, se darán cuenta! ¿Y qué se hace con lo que no se tolera? Se lo demoniza, se lo acusa de falso.

—Me hace acordar a la discusión con los sofistas —dijo Uno—. Otro término, como el cinismo, que es peyorativo para todos nosotros.

—*Bravo, Monsieur Uno! Vous êtes juste! Vous avez raison* —dijo Orlás—. Los sofistas, siglo V antes de Cristo, son acusados luego de no tener ningún principio y de ser una especie de

sicarios verbales capaces de sostener hoy día una cosa y mañana lo contrario. ¡Falso! Sucede que ellos, maestros de la retórica, querían demostrar que la verdad era relativa y subjetiva, y podían encontrar argumentos variados para defender una cosa o la otra. Relativistas de avanzada. “El hombre es la medida de todas las cosas”, decía Protágoras. No está “la verdad”. Hay tantas verdades como seres estén dispuestos a defenderla.

La clase estaba en silencio, atraída por esta mujer diminuta pero inmensa en su forma de decir. De repente, fue Eva la que interrumpió:

—Profesora, hay verdades que son indiscutibles. Hay cosas que están bien y cosas que están mal. Se sabe.

—¿Se sabe? —replicó Orlás—. ¿Quién lo sabe?

—Yo lo sé. Usted lo sabe. Todos lo sabemos. ¿Otra vez vamos a volver con este tema? Ya lo discutimos con matar. Robar está mal, no hace falta que lo justifique. Tampoco nos hagamos los liberales y esas cosas.

—Robar por necesidad de comer, está bien, Eva. Hasta está en el código penal el robo famélico.

—¡Es una excepción que confirma la regla, Uno!

—Los cínicos eran tipos muy divertidos, Eva —retomó Orlás—. Creían que había que abolir todas las leyes y experimentar. Y esa experimentación era con fiestas, juegos, desenfado, provocaciones. Por ejemplo, era muy común que cuando se le hacía una pregunta a un deportista muy famoso, en señal de respeto, se le tocara las rodillas, lugar de la fortaleza física. Diógenes hacía la pregunta y le tocaba las nalgas gritando “tus nalgas no son tuyas como tus rodillas”.

—De todas formas, mi novio, el que me dejó y no se bancó defender su regla, su provocación —dijo Eva con ironía—, y su amigo que vino a decirme que el otro estaba angustiado por mí, son unos cínicos. El tipo me dejó y no tiene los… Las agallas de venir. ¡Mentiroso, inescrupuloso, cínico!

Orlás volvió a su escritorio, retomó su cigarrillo, exhaló una gran bocanada de humo y dijo:

—Hiparquía afirmaba: “El amor y el desamor son las dos caras de la misma moneda”. Valen igual y se precisan porque ambas son una ficción. No hay que creerle a ninguna. Apenas disfrutar cuando toca una de ellas.

19
Goce y castigo

—No te entiendo, Ana —le dijo Inés una tarde de jueves.

Ella la había llamado desesperada porque, como cada semana, dejó su oficina y se había metido en el cine porno de la calle Hipólito Yrigoyen. Cuando estaba sentada en el fondo de la platea, semidesnuda, alguien aprovechó su descuido y le arrebató la cartera. Ana trató de aferrarse a ella, resistió hasta que otro, un cómplice del ladrón, le asestó un golpe en la cara. Llegó a casa de Inés hinchada y con un moretón.

—No te entiendo. ¿Otra vez el cine? ¿Te dejaste robar tu cartera con todos tus documentos y tarjetas, tus llaves, en un cine porno? No te entiendo. Sos una ejecutiva, una mujer con responsabilidades.

Necesitaba ocultar su hematoma y su pánico a que el ladrón la extorsionara denunciando en su trabajo o, peor en su familia, ante Héctor, dónde la había robado.

—Tenés que tratarte. Es una adicción. Peligrosa, además. —La sermoneaba Inés mientras le ofrecía hielo. —Decís que Héctor es el hombre de tu vida, que te hace feliz, que es un par tuyo, ¿y hacés esto? ¿Es porque cogen muy mal con él?

—No. Es otra cosa. Con Héctor garchamos mucho. Es otra cosa.

Ana sostenía un pañuelo con hielo sobre su mejilla golpeada. Estaba en silencio. Pensaba en cómo olía Héctor: a nuez. En cuánto le gustaba ese olor. ¿Y si él cogiese con otras mujeres como ella hace los jueves? ¿Seguiría siendo su hombre? ¿Lo toleraría? Ana sintió que el hielo ya no quemaba. El pecho ahora le quemaba. Trató de imaginar a Héctor sobre otra mujer que abría las piernas y podía percibir, como ella, el aroma a nuez. Alguien más, otra mujer, percibía ese olor que era el de su hombre. ¿Y entonces? Que no podía pensarlo. Le dolía pensarlo. ¿Alguien más podría enamorarse de ese aroma a nuez? El pánico la desbordó.

—No hay frase más estúpida que la que dice que uno no quiere hacer lo que no le gusta que le hagan, pero ya no sé cómo podría convencerte —le dijo Inés.

Ana amaba la promiscuidad de los cuerpos desconocidos. Pero no soportaba ni siquiera imaginar que a Héctor le pasase lo mismo.

—Es mi hombre. Él no podría hacer lo mismo. Es mi aroma a nuez. ¿Eso es egoísmo, narcisismo puro? ¿No hacer algo que puede provocar dolor en otro porque temo que ese otro haga lo mismo conmigo? No funciona conmigo. Eso es lo que me pasa, Inés. Quiero esto para

mí. Para él, no.

—Te estás metiendo en una oscuridad sin fondo y me venís con el aroma a nuez. Yo iba con vos a los campamentos, a los hoteles de mala muerte en Camboriú o en Florianópolis, nuestras vacaciones gasoleras de pibas, y vos te llevabas las sábanas y las toallas porque no soportabas que tu cuerpo tocara las que habían usado otros pasajeros. —Inés se crispaba en su advertencia —. ¡Lavás las copas aunque salgan del lavavajillas! ¿Pero no sentís asco por las manos que te tocan en un cine? ¡Manos y vergas, Ana! Malolientes, sucias, desconocidas, enfermas. No te entiendo.

Sentada en la cocina de su amiga, la miró. Reconoció en ese rostro ese signo indudable del amor. Inés la amaba. Ella la amaba también. El amor tiene menos prejuicios que nosotros, pensó. Uno ama a su pareja, pero también ama a sus amigos. Es un amor distinto, nuevo. Pero es, sin dudas, amor, como también se ama a los animales. Distinto, nuevo. Ana sabía que Inés no la abandonaría y que estaba poniendo todo de sí para acompañarla. Por amor. Pero, sinceramente, se daba cuenta de que no podía con esto.

—Ayer fui al cine porno. —Inés lo dijo entre la furia y la vergüenza.

Ana sintió que un rayo la sacaba de su camino.

—¿Cómo que fuiste al cine?

—Fui para tratar de entenderte. Necesité vencer mi asco para buscar allí, de alguna manera, algo que me ayudase a entenderte.

Ana trastabilló por dentro y de golpe salió eyectada de su silla movida por una fuerza rotunda. La fuerza del amor. Abrazó a su amiga, la estrujó y se puso a llorar. Inés lloraba también y hablaba, entre gritos y lágrimas.

—Sentí asco, amiga. Tuve que tirar los zapatos porque sentí que pisaba mierda, desechos. ¡El olor a meo y humedad! Esas cortinas que ni la oscuridad esconde la mugre, Ana. ¡Ana! ¿Cómo podés? Había dos viejos que se masturbaban sentados en la platea, si es que a eso se le puede llamar platea, y me miraban cuando entré. Un pibe se la chupaba a otro tipo en el fondo que le decía puto, puto de mierda.

Inés, quebrada por su propio relato que parecía hacer presentes otra vez los olores y los rostros del lugar, se desplomó en una silla de su cocina y apenas murmuró:

—¿Cómo podés hacerle eso a Héctor? ¡Pobre Héctor!

Ana volvió a sentir que tropezaba por dentro. Pero la caída, ahora, era cinematográfica. Se vio despatarrada en el suelo, rodando, chocando con piedras y arbustos oscuros. Su cuerpo permanecía inmóvil aplastado por el sonido de la frase “cómopodéshacerleesoaHéctorPobreHéctor” pronunciada por alguien que se parecía a su amiga Inés, a su amor Inés, mientras su alma se estrellaba con cosas reales que la lastimaban. Inés había intentado ponerse en su cuerpo para experimentar una tarde de jueves en ese cine roñoso del centro porteño.

Ana buscó una respuesta, apeló a la argumentación.

—¿Qué le hago qué a Héctor? ¿Vos creés que yo hago esto para él, Inés? ¿Contra él? —Sintió que su saliva era lava amarga. Le costó retenerla en su boca y animarse a tragar—. ¿Vos creés que yo chupo una verga de un desconocido para hacérselo a Héctor? Yo la chupo para mí, porque siento un inmenso placer con esa carne cualquiera en mi boca.

—¡Basta! ¡Basta! No puedo escuchar nada más.

—Basta, nada —dijo Ana—. Basta vos de juzgar, de venir con tu moralina. Ya que creés que tenés el derecho de ponerle adjetivos y responsabilidades a lo que hago, te voy a contar por qué lo hago.

Inés se apoyó sobre un mueble de su cocina buscando un respaldo físico para tolerar a su amiga. ¿Visitar aquel cine era el fin de esa amistad de décadas?

—Cuando tengo una verga en la boca, cuando siento una mano en mis tetas, una mano que no sé a qué cuerpo, a qué rostro pertenece, siento yo. ¡Siento yo, Inés! No siento para o por Héctor que, en ese momento, desaparece de la faz de mi cuerpo. ¡Héctor no es mi cuerpo allí! ¡Soy yo! Pura y únicamente yo. Y mi cuerpo desea eso. Mi cuerpo quiere cuerpos. El mismo cuerpo que cuando habita mi alma quiere a Héctor. No acepto que me juzgues porque es lo que siento. Y los sentimientos son, no se valoran.

Inés estaba acurrucada. Ana la vio incorporarse, como si tomara fuerza, y la escuchó decir:

—Pobre Héctor, pobre. Siento asco por vos. Andate de mi casa.

20
Sorpresa

—Qué sorpresa. ¿Te dejó entrar el portero? —alcanzó a decir Uno al abrir la puerta de su departamento.

—Algo es algo: nunca te resulté muy sorprendente. Y la curiosidad por el portero después de no vernos casi un año, no suena a que sea una sorpresa grata —respondió la mujer—. ¿Puedo entrar, hijo?

Él la vio entrar sin esperar respuesta, vio cómo se detuvo e inspeccionó las paredes y el techo.

—No está mal… Menos dramático de lo que me dijiste por teléfono. Bueno… —se corrigió —. De lo que pusiste en tus mensajes de texto.

Uno no lograba separarse del marco de la puerta de entrada. ¿Su madre en la ciudad para visitarlo? ¿Sin avisar? No podía ser sino para comunicarle algo trágico.

—Aproveché la invitación que me hizo Thelma, la mamá de Ingrid. Vinieron por el día para retirar un auto nuevo que se compraron —dijo.

Uno seguía en shock.

—¿Qué Thelma? ¿Qué Ingrid?

La madre se sentó en el único sillón del lugar. Un Chesterfield de cuero marrón que Uno había recibido de regalo de un abogado con el que había tenido una noche de sexo después de un levante callejero. Cuando ya fumaban un cigarro luego del momento de pasión, Uno le confesó que siempre había soñado con tener un sillón de diseño, de ese estilo.

—Llevalo —le había dicho el hombre—. No tenés pinta de soñar mucho. Cuando te vi en la calle pensé que eras un taxi boy. Si ese cascajo te hace volar un poco, es tuyo y lo podés imputar a tus honorarios —agregó en medio de una carcajada.

Uno se fue de ese departamento coqueto con el sillón a cuestas. Lo cargó por cincuenta cuadras. Caminaba unos metros y se sentaba a descansar en el Chester marrón en medio de la vereda. La gente que pasaba, de madrugada, lo miraba sorprendida. Algunos hasta le sacaron fotos. Sintió que, por primera vez, podía ser el centro de la atención de quien lo viera. Le gustó esa sensación.

Ahora estaba la madre sentada allí.

—Thelma es la madre de Ingrid, tu noviecita, ¿no te acordás? —le dijo.

Uno hizo silencio. Sabía a dónde iba con su referencia.

—Que yo sepa tuviste dos novias en el pueblo. Elena en la primaria e Ingrid… ¿quinto año fue?

—Mamá, no tuve novia, lo sabés. Fingía ante papá y vos para que se quedaran tranquilos —dijo él mientras se acercaba a la pequeña barra que separaba el living de una kitchenette.

—Fingías bastante bien, che. Ella me dijo que hasta hablaron de irse a vivir juntos. ¿Me servís un té?

—No tengo té, mamá. Sólo hay café. Puedo hacerte uno negro, amargo y bien caliente —se escuchó decir y una puntada en el pecho lo atravesó.

—Vine —dijo la madre— porque tengo que dar por finiquitado el trámite de las sepulturas de tu padre y tu hermano. Quiero cremarlos. Ya está. Fui muy feliz con ellos dos mientras vivieron. No tiene sentido aferrarme al recuerdo de un cementerio.

Uno escuchó que la felicidad de su madre no lo incluía.

—Entonces —siguió la madre su monólogo—, de la cochería me están pidiendo que firmes la autorización porque sos tan heredero como yo. —La mujer abrió su bolso, el de siempre, el que Uno recordaba que ella usaba “para salir”, y le extendió unos papeles—. Les expliqué que vos vivís acá y que no tenés ganas de viajar al pueblo para firmar. Como me tienen confianza y tienen un sobrino que te conoce, me van a hacer el favor mirando para otro lado con tu firma.

No tenés ganas de viajar y *un sobrino que te conoce*. Escuchó las dos frases de la madre bien subrayadas. No debía caer en la trampa. No debía preguntar. Se trataba de firmar, servir un café y hablar de banalidades. Otra vez, no debía caer en la trampa. Empezó a firmar los formularios.

—Si no van a chequear mi firma, hubieras hecho un garabato vos en mi nombre y te evitabas el viaje —se escuchó decir.

Porque sintió que no estaba diciendo eso que, en verdad, sí sentía. No tenía ganas de ver a su madre. Y menos de sorpresa.

—Pensé que te daría gusto verme al menos un rato. Hace casi un año que no te veo el pelo. —Empezó a escuchar su tono de enojo—. Pero parece que me equivoqué. Otra vez me equivoqué con vos, Uno. ¿El baño es ahí?

Todo el pasado metido en su departamento. Se preguntó si era necesario volver a escucharla como a los dieciséis años. Aquella tarde, harto de las bromas, le preguntó:

—¿Por qué me pusiste Uno de nombre? Ya sé lo de tu devoción por el mártir, pero me gustaría saber más, si papá estuvo de acuerdo, cómo fue.

Ella comenzó a relatarle la historia: *me enteré por el curita del pueblo que había alguien que*

se llamaba Uno y predicaba el Evangelio, en Andalucía, por ahí, y que había salvado a muchos creyentes de la Inquisición. Los refugiaba en un viejo molino y empezaron los milagros. Curaciones de enfermos y especialmente embarazos de mujeres que eran infértiles. Pero la Inquisición no se lo perdonó. Al final, el papa no aprobó que sea santo, quedó mártir. Porque sospechaba que el que no llegó a santo llevaba una vida de lujuria y placeres. Estuviste un par de meses sin nombre. Sin partida de nacimiento. Tu padre estaba en shock porque casi paso a tocar el arpa en el parto, casi me desangro, los médicos no sabían qué hacer. Él ni fue al Registro Civil. Un día lo mandé y le dije "ponele Uno" de nombre. Ni se atrevió a preguntarme por qué. Estaba acostumbrado a no preguntar demasiado. Ni a hablar mucho. Esto nunca te lo dije: casi sin conciencia, pedí que te trajeran para despedirme. Tu padre te tenía en brazos y vi tus ojos, supe que tenía que luchar por quedarme acá porque me ibas a necesitar. Me acordé del curita de la iglesia que hablaba de Uno, un mártir. El tipo todo el tiempo repetía la frase de cabecera de andaluz "uno tiene que hacer lo que tiene que hacer y no lo que quiere hacer".

Uno escuchó que se abría la puerta del baño y pensó: ¿poniéndome este nombre me habrá querido desear una vida de placeres y de salvación de almas condenadas?

Vio a su madre doblar los papeles que había traído y colocarlos con prolijidad dentro de su bolso, y caminó hacia la puerta esperando que alguien le abriese.

—¿Tanto te molesta que me acueste con hombres, mamá? ¿Tanto?

—Me molesta estar en boca de todos. Me molesta que no hayas tenido el menor gesto de hacer lo que tenías que hacer. No por mí. Ya sé que no te importa que aun al borde de la muerte haya hecho lo que tenía que hacer por vos. Cuidarte. Lo hubieras hecho por él. Al menos, por tu padre. ¿Tenés idea todo lo que lloró en silencio por tu culpa ese hombre que vos decías idolatrar?

Uno sintió que se desmoronaba. Que su cuerpo podía pulverizarse y perder sostén para siempre.

Mirándolo directo a sus ojos, la madre le dijo.

—Me molesta saber por el sobrino del dueño de la cochería que va a cremar los restos de tu padre y de tu hermano que la vida que elegís, la que sabés, la que querés, es la fiesta de las drogas y de la promiscuidad. Me molesta no haber escuchado mi intuición al ponerte ese nombre, no haberme dado cuenta de que el santo no fue santo por lo mismo que vos nunca fuiste y que yo esperaba. Me molesta que la madre de Esteban está orgullosa de su hijo y yo… —y se interrumpió.

Uno sintió un golpe en las sienes. Nunca creyó que ella se animaría a ponerlo en palabras. Aquello que él sospechaba, pero nunca había sido dicho. Se dio cuenta, de manera inequívoca, hacia dónde iba. No la creía tan cruel, con esa convicción ingenua que supone que los amados tienen límites con nosotros. Sabía que si preguntaba se abismaría al fantasma al que nunca se

había atrevido. Dudó. Por fin, no lo resistió.

—¿Te molesta que yo no sea como Esteban?

La madre se mantuvo en silencio.

—¿Yo no soy el hijo que vos deseabas, mamá? —Ella bajó la mirada—. ¿Vos querías a Esteban, inteligente, amoroso, periodista famoso, en pareja hace veinte años, con un hijo que le asegura el apellido?

La mujer tocó su cartera para asegurarse de que todo lo de ella estaba en su lugar y se lo llevaría de allí para siempre. Lo miró fijo:

—Sí. Yo quería un Esteban. No un Uno.

Y la madre se fue.

21
Imbécil

—Fui un imbécil —escribió Uno en un mensaje de texto.

—Muy. Pero muy —respondió Ana.

—¿Entonces?

—Deberías arrancar por las disculpas. Y ver si te las acepto.

—¿Me las aceptás?

—No leí el pedido.

—Leé dos mensajes arriba. Acá. —Uno hizo captura de lo que había escrito ella.

—Esa es mi frase, Uno. Bajate del caballo y escribí vos. Son catorce letras y dos espacios. No es tan difícil. Otra opción: Te pido disculpas por haberte amenazado adelante de nuestros compañeros del curso de filosofía con contar lo del cine, cosa que sé porque vos me confiaste algo muy íntimo. Esa es la versión ampliada.

—…

—…

—…

—OK. Te pido disculpas. Fui un imbécil.

—¿Y por qué lo fuiste?

—Tuve miedo de quedarme solo. Ser el raro solo.

—Sos raro.

—Pero no el único.

—Sos muy raro.

—Mirá quién habla.

—Estaría bueno que sepas que te quiero.

—…

—Te quiero y te pido disculpas.

Uno vio que la pantalla del teléfono se enmudecía. Uno, dos, tres minutos. Se inquietó.

Entonces Ana lo llamó.

—Como prueba de tu arrepentimiento, me llevás este jueves al Club y te quedás toda la noche conmigo sin tocar a ningún tipo —le dijo.

—Pedime que te baje la luna, que capaz puedo. Pero milagros no hago —respondió Uno.

22
Miedo y generosidad

—Es que tengo miedo a perderte.

Uno se escuchó decirlo y la vergüenza lo arropó. Vestido asfixiante, caliente, incómodo es el de la vergüenza. Y así se sintió: asfixiado, caliente, incómodo. C, que hasta entonces sólo miraba su taza de café amargo, levantó su vista. Uno estaba por primera vez con su única piel: la verdad. Dicha por fin. Ninguno de los dos se movió. El silencio hizo que esa verdad tomara su real dimensión. Como si pudiera ser tocada, palpada. Entre ellos, entre Uno y C, habitaba la verdad.

—¿Miedo a qué, precioso? —se atrevió C.

—A que me dejes. Por otro más bello, más joven, más atractivo, más osado, más libre. Por otro mejor. Hay un instante, sólo un instante, cuando te veo abrazar, besar o hacer el amor con otro, que me derrumba en la angustia de que te vayas con ese con el que gozás.

Uno se abismó en una geografía de monstruos que conocía muy bien, sobre la que tanto había pensado y sufrido. Allí sonaba una música en primera persona que conocía de memoria. Nunca he estado a la altura, pensó otra vez, de casi nada. No haber sido el hijo deseado por mis padres, no haber sido el estudiante descollante que los demás esperaban, no ser el profesional brillante supuesto por mis colegas, no ser la pareja soñada por mi amor. El miedo al abandono.

A esta altura de la vida, solía pensar, había comprobado que podía manejar mejor el haber sido con errores que el no haber sido por mera omisión. Cuando intentaba lograr lo que la mirada juzgadora de quien esperaba de él lo que nunca había podido o podría conseguir, le costaba menos asumir sus falencias. Había tratado, y cuánto, enorgullecer a sus padres. No fue el hijo capaz de prolongar la especie. No recordaba si en una clase de catecismo había escuchado por primera vez eso de prolongar la especie. ¿En esa misma clase había sido donde instilaron ese monstruoso deber que le pesaba como deuda con los otros y el universo? ¿Prolongar la especie sobre sus hombros? ¿El apellido sobre su cabeza? También allí ese dios inexistente parecía un abominable segador de la libertad de ser. No fue ingeniero, como su padre. Un financista que había roto la tradición familiar y ni siquiera para alcanzar un éxito rotundo. Sentía que su vida era un largo compendio de no haber sido. Por cobardía, por imposibilidad, por lo que fuera.

La melodía de sus fantasmas se apagó por la voz de C.

—Es cierto, Uno. Puedo dejarte. —Lo lapidó con sus palabras.

C no lo llamaba por su nombre sino cuando necesitaba distanciarse. Entre ellos, nombrarse formalmente los separaba.

—También es cierto que hay mucha otra gente más bella, más interesante, más libre que vos. Celebro que lo sepas y que tomes nota de que están a mi alcance. —C cambió su taza de café por una medida de whisky.

La noche y ese trago convertían a C en un hombre despiadado. Uno lo sabía. Sabía que C era alguien que necesitaba extremar, al menos en su palabra, su posibilidad de ser, hacer, decir, sentir sin importarle otra cosa que no fuera su deseo. C podía ser, con toda brutalidad, desconsiderado con cualquiera que pudiese, aun en mera hipótesis, alejarlo de su deseo.

—Tu miedo a perderme no me seduce. No te hace mejor ni más profundo que me ames con ese miedo. Te hace más rudimentario, elemental. Menos atractivo —le dijo.

Uno estaba petrificado. Se acurrucó en el sillón. Sintió que boqueaba en busca de un último aliento de oxígeno que lo llevase a la superficie de un abrazo con C.

Pero C no se acercó. Siguió hablando. Parecía enamorado de sus palabras:

—En el amor, la generosidad de hoy es el egoísmo de mañana.

Uno lo escuchó y le dijo:

—¿Generosidad en el amor? ¿De qué hablás? ¿Qué es ser generoso en el amor?

C se sirvió otro trago.

—Si yo soy generoso con vos, Uno, no me instalo en creer que sólo tenés deseo por mí, sino también por otros. Reconozco la realidad antes que mi egoísmo, porque vos deseás coger con otros, no lo niegues. Si entiendo que querés otros cuerpos sólo por sexo —lo dijo con el tono de un docente de secundaria— si hoy no juego con mis celos… —le puso a la palabra comillas con los dedos— Sé, sé hoy, que en el futuro no habrá reproches tuyos de por qué no me dejaste, por qué no entendiste. Y, entonces, si lo nuestro es sólido y es mucho más que el mero placer de un rato con otros, allí estarás vos saciando mi egoísta deseo de estar juntos por elección y no por no poder elegir otra cosa. Generosidad hoy. Egoísmo futuro.

Uno sintió furia. Una mezcla de rabia y amargura en sus tripas que sólo podía saciarse golpeando a C. Quería pegarle, escupirlo, hacerle daño.

—¡Vos no sos generoso conmigo! ¡Sólo con vos! —le gritó ante la mirada impertérrita de C —. ¿Sabés cómo se llama lo que vos tenés y me decís ahora? No es generosidad, no te confundas. ¡Vos sos un egoísta de mierda! Un narcisista patológico que quiere justificar sus ganas de tener placer con otros y la dibujás con mi “natural deseo de otro”. —Le puso comillas a la frase—. Vos querés todo, coger con otros, tenerme cerca, hacer lo que se te cante las pelotas sin que te importe nuestra… —Uno dudó— … relación.

Se incorporó en el sillón y, con una repentina serenidad, le dijo:

—Porque despreciás cualquier tipo de relación que no sea con vos mismo.

C seguía inmóvil en su sillón. Y ahora Uno no podía parar.

—Vos sos un narciso infantil. Orlás lo dijo el jueves pasado y no fui capaz de darme cuenta de que nos estaba describiendo. —Se envalentonó convencido de su razón justificada en la sabiduría de la profesora—. Orlás contó que, en la psicología freudiana, una diferencia entre los niños y los adultos es que en los pibes no media nada entre el deseo y el concretarlo. Dicen me meo y se mean. Quieren ese juguete y lo agarran. Eso sos vos. Un egoísta infantil que desprecia toda consideración por el otro.

Uno vio levantarse a C con su vaso y, en silencio, dejarlo sobre la mesa. C volvió a su lugar, abrió los brazos con una media sonrisa. Ese gesto quería decir "¿Y entonces?".

—¿Entonces qué? Entonces que tenés que elegir. Porque todo, todo, no se puede al mismo tiempo. —Seguía sereno como nunca—. Si querés seguir siendo el niño egoísta que se caga en alguien que dice amar o el adulto que por amor entiende, banca, acompaña al otro y acuerda cómo viven ese amor. Acuerda, dije. No impone unilateralmente jugando a la generosidad inventada para hacer mierda al otro.

Uno lo vio venir hacia él y creyó que, al fin, llegaría el abrazo. El abrazo del deseo de entenderse. C le puso una mano en uno de sus hombros y le dijo:

—No tengo nada que elegir y menos a pedido. Por "tu" pedido. Mi deseo es mi elección.

Y se fue.

23
Celular, plata, documento

Ana sintió una mano que le acariciaba la pantorrilla derecha. Estaba acostumbrada a sentirse recorrida, en su cuerpo, pero esa mano fue distinta. Un hombre con aliento agrio pugnaba por sostener su erección dentro de ella mientras le decía entre dientes “perra, perra”. Otro le manoseaba el culo haciéndose cómplice con alguno más que estaba apoyado en los cortinados mugrientos del cine porno y se masturbaba. En la pantalla, dos mujeres gritaban compartiendo un juguete de dos cabezas que introducían vulgarmente en sus vaginas. Pero esa mano en su pantorrilla… Ese jueves sería recordado como el día de una caricia distinta.

Ana podía reconocer el momento del goce de los jueves. De repente, una puntada dulce en sus sienes, un deslizarse hacia atrás de sus ojos deseosos de recorrer 360 grados en su cabeza aparecían. Su cuerpo era un escalofrío voraz que la atrapaba. Ya nada importaba más que la carne. Su carne. Ni Héctor, ni nada. Se trataba de su carne. Como si hubiera algo más, una cobertura carnal y sensible por sobre su esqueleto, una cobertura no sometida a la razón, a la decisión o la voluntad.

Ana había desarrollado una práctica infalible para defender las pocas cosas de valor que llevaba al cine de la calle Hipólito Yrigoyen. Una especie de liga gruesa que compró en un local de Chueca, en Madrid, le sostenía a la altura de su muslo su celular, algo de dinero y su documento. Cada tanto, en el fragor de los manoseos, besos y penetraciones, Ana palpaba en su liga. Celular, plata y documento, se repetía mentalmente mientras acompañaba el ritmo de quien la penetraba o tocaba.

La mano en su pantorrilla detonó la puntada en sus sienes mucho antes de lo que esperaba. Esa tarde, por su larga experiencia, pensó que volvería a la oficina sin nada que recordar. Se equivocaba. El hombre de aliento agrio terminó por desistir y se retiró vencido por su mala irrigación sanguínea. El que se masturbaba gimió como una ardilla y se limpió con las cortinas. No supo del que estaba detrás de ella. La mano ya dejaba sus pantorrillas y se adentraba, sutil, leve por sus muslos. Como si sus piernas llevaran contornos dibujados, el hombre (¿no más de treinta años?) acariciaba esos bordes internos con dos dedos expertos. Al llegar a su sexo, se detenían para volver hacia abajo. La hacían desear.

Ana comenzó a jadear. Con su otra mano, el desconocido que daba la espalda a la pantalla y no se dejaba iluminar en su rostro con el rostro en sombras, comenzó a acariciar sus pechos. Se detuvo en su pezón izquierdo, al que le propinaba pequeños golpes y pellizcos. Primero golpes con la yema de sus dedos. Luego pellizcos. Eso quería con Héctor. Se dejó llevar contra su voluntad por el deber y palpó: celular, plata y documento, también del orden de ese mismo deber.

Sus sienes le advirtieron que ya no podría más. El hombre le metió sus dedos y aceleró los pellizcos en sus senos. Ana cerró los ojos, entregada. La mano que estaba en su pecho se posó en su cuello. Leve, primero, decidida después, apretó allí provocando la incomodidad de cierta asfixia y el placer de esa misma asfixia. ¿Es esto el placer total?

Ana ya entregaba a todos un sonido de goce que convocó a los cinco asistentes al cine a su alrededor. Los mirones se masturbaban. De repente, la presión de la mano en su cuello fue mayor. Ana sintió la dureza de los dedos que la penetraban y quiso retirarlos. No pudo. La mano la asfixiaba sin placer. Puro dolor. Ana quiso moverse hacia atrás y no pudo. Estaba atrapada. Extendió los brazos hacia los mirones clamando ayuda y no los alcanzó.

Entonces abrió los ojos. Las dos mujeres de la pantalla se lamían como serpientes hambrientas. Un hombre con un sexo inmenso estaba sentado entre ellas. Ana vio una sombra oscura que venía de la pantalla, entre medio de las mujeres y creyó que sería un efecto de la película. El golpe de puño del desconocido de la pantorrilla cayó directo entre sus cejas. Ana alcanzó a ver en la pierna de una de las dos mujeres de la pantalla una liga igual a la de sus documentos. Y se desmayó.

24
Forros

—Voy al kiosco, ¿necesitás algo? —le dijo Uno a C.

—Sí. Traeme chocolate amargo y unos forros.

Uno esperó el chiste detrás del pedido. C siguió leyendo el libro en el que estaba.

—¿Forros? —preguntó Uno.

—Sí. Este finde voy con amigos a la fiesta de mi socio y me quedé sin.

Uno se mantuvo aferrado unos segundos al picaporte de la puerta de salida hasta que finalmente dejó el departamento rumbo al kiosco. Perturbado. Se lo repetía para entender: ¿me está pidiendo que le compre forros para coger en su fiesta? ¿En serio?

Hacía tiempo que dormía en casa de C. Probablemente el periodo continuo más largo desde que se conocían. Se fue dando. No había sido planeado. Habían compartido manías, rutinas, formas. Uno podía reconocer en C un cierto esfuerzo para navegar en esa pequeña convivencia. Aunque también era cierto que nada de lo que eran, en ese modo de comunicarse que son los pequeños hechos de la vida, había resultado incompatible en grado severo. Ni los olores. Y eso que, en él, los olores eran centrales: lo que he perdido de vista lo he ganado en olfato, solía decir.

Ni bien ganó la calle, marcó el número de Felipe.

—Tesoraaaaa. —Escuchó la voz de su amigo.

—Me pidió que le comprara forros.

Luego de unos segundos de silencio, Felipe preguntó:

—Pero ¿ustedes cogen con forro? ¿No se habían testeado?

—Sí —dijo Uno.

—Entonces no entiendo.

—Me dijo que se va a una fiesta el finde, viste que te lo conté, y cuando le pregunté si necesitaba algo del kiosco me pidió forros para llevar a la fiesta. ¿A vos te parece? ¿Ni siquiera la elegancia de comprarse sus propios forros? Ya sé que tenemos muchas cosas habladas, pero me parece mucho.

—Déjame decirte algunas cosas que se me ocurren, tesora. Lo bueno, primero: no te la caretea. No se esconde. Te es sincero. Siente el grado de tranquilidad como para proponerte que le traigas protectores hasta para su chota. Habla de una relación sincera. Lo otro, no tan bueno: o es un cómodo desconsiderado que ni le importa lo que a vos te pueda hacer sentir siendo tan explícito

o es un jodido que lo hace ex profeso para hacerte sentir inseguro. Te digo más. Una vez me contaste algo de tu psicoanalista que me pareció re útil porque, aunque no lo creas, encontré algo útil de eso. Me dijiste que hay cosas que no tienen problemas desde lo ético. No es que sea bueno o malo. Es desde lo estético: es feo que te haya pedido eso.

Ante la mudez de Uno, Felipe preguntó:

—¿Estás ahí?

—Sí, estoy. Y te digo más: no sé con toda claridad y precisión qué clase de relación quiero tener con este tipo. Sí sé que quiero que sea elegante para considerarme. Si soy un claustrofóbico, no quiero que me ande mostrando ascensores herméticos. Y si a él le gusta encerrarse en esas cajas de metal que trepan hasta el piso mil quinientos, que me ahorre el dato. Que sea elegante. Eso no lo pienso negociar.

—¿Tomamos un café ya? —propuso Felipe.

En menos de una hora estaban sentados en un bar.

—¿Y por qué no le proponés un acuerdo? —le preguntó Felipe a Uno.

—No entiendo. Acuerdo de qué —le dijo.

Felipe adoraba a Uno. Había encontrado en él un amigo con quien entenderse sin demasiadas explicaciones. ¿Acaso eso no era la amistad? Comprenderse sin explicar el porqué. Eso que ocurre y no tiene tiempo de andar pensando cómo es. Sin embargo, Felipe tenía especial poca paciencia con Uno. *No me pidas que sea atento, considerado o que te tenga paciencia fácil,* le había dicho un día, *si vamos a hacer amigas hasta el geriátrico, vamos derecho al tema sin tanta vuelta, la paciencia se la dedico a los nabos que me importan poco.*

—A ver, tesora… No me estás diciendo que te sentís más seguro para experimentar “cosas” —dijo Felipe exagerando el gesto de comillas con los dedos—, de putañear juntos, bah, digamos todo. Pero que hay temas que no te cierran, que no te gusta que te tome de sorpresa “con el hecho consumado”. Eso me dijiste ayer por WhatsApp, ciela. Entonces hay que hacer un acuerdo. Previo. O al menos proponerlo.

Uno le había escrito a su amigo después de la noche de la ketamina. Uno le preguntó a C si la conocía y su novio (¿novio?) abrió el cajón en donde guardaba los estupefacientes y le dio una bolsita con cierre hermético en donde había unos dos centímetros de polvo blanco. Antes de explicarle algo más, sacó del mismo cajón una cadena dorada del que colgaba una especie de pendiente largo con forma de palita. Se la puso al cuello. Le dijo que esa era la medida. Fue claro y preciso: *Nunca más de una por vez y cada dos horas. Nunca antes. Escuchame bien: la keta no se mezcla con alcohol, con cocaína o con GH. ¿Entendiste? Mucha agua y nada de mezclas*.

Uno había quedado inmóvil. Algo más que no sabía de C. Ni que consumía ketamina, ni que era un experto en las mezclas ni, mucho menos, de dónde la sacaba. C le leyó lo que pensaba. C le había dicho entonces: *Consumir es un acto de fe. Tener que confiar en tu dealer. Podés confiar en el mío.*

Uno le contó a Felipe lo del abismo púrpura y las paredes nuevas, invisibles, pero al alcance de la mano. "Los muros de la keta", qué hermoso nombre para una novela, dijo Uno. *Ves por qué no consumo yo, amiga. Con todos los porrazos que me di, no quiero más paredes. Dame alcohol, tequila que me aflojan las gambas y la cola,* le dijo Felipe. También le contó lo del grandote de barba que lo abrazó y lo hizo llegar al éxtasis antes de acompañarlo al baño para vomitar.

Uno siguió:

—Cuando me repuse, lo busqué a C. No lo encontré por ningún lado. Lo llamé. Casilla de mensaje. Nada. Me desesperé. Quería verlo. Estar con él. Saber si se había ido con otro. Sí, me la banco: quería saber si ya se había enamorado de otro más lindo. Le pregunté a amigos que estaban por ahí. Me pareció que me sonreían con ironía. Al final, me fui a casa y cuando estaba llegando, lo vi sentado en la vereda fumando un porro con dos mujeres. Me vio y me dijo *precioso, qué lindo verte, te vi pasarla lindo*. Las minas estaban fumadas y no me daba para una escena delante de ellas. Entonces le dije que habíamos ido juntos y que pensé que volveríamos juntos. ¿Sabés qué me dijo, Felipe? *¿Y por qué pensaste eso?* Te juro que tuve que contener mi rabia. Hubiese querido gritarle: porque somos novios, o al menos tenemos una relación, porque supongo que te interesa saber si me morí o no. No pude. No pude. Apenas dije que suponía que estaba bueno pensar que, si habíamos ido juntos, volveríamos juntos. Él me miró sin decir nada.

—¿Y vos?

—Y, entonces, no aguanté. Y arranqué: porque si estamos empezando una relación, una parte de eso es ser considerado con el otro, sentirte una pareja que comparte algo más que los chapes con los otros, reconocer las ganas de volver caminando agarrados de las manos. —Uno hablaba como si tuviera a C otra vez delante—. ¡Pero no, claro! Yo te estoy pidiendo lo imposible. Que tomes en cuenta algo distinto a lo que vos tenés en cuenta con vos mismo. Que me avises si te vas. Una locura, ¿no? Te pido que seas con-si-de-ra-do. —Uno volvía a vivir la escena tan amarga frente a los ojos sorprendidos de Felipe—. Avasallo tu libertad inalienable y te hago hacer otra cosa milimétricamente distinta a la que se te antoja. ¡Un imbécil soy!

—¿Y las minas qué onda, ciela?

—Para ese entonces, las dos fumadas se habían ido. Nos quedamos en la vereda. Yo, aferrado a un árbol. Él, recostado en el frente del edificio. ¿Y sabés qué hizo? —le preguntó a Felipe con mirada de una tragedia—. Se me acercó y me dijo que, si quería volver con él de la mano, se lo hubiera dicho, que todavía no leía las mentes ajenas. Que le hubiera encantado volver conmigo, pero que solo había creído que yo prefería disfrutar de mi keta y de mi chongo, solo, sin él. Y me dijo precioso, como siempre. Y me abrazó.

Como si Felipe no lo hubiera escuchado, Uno repitió:

—¿Me entendés, Felipe? ¡Me abrazó!

Felipe apoyó la copa de champagne que estaba tomando y acarició la base haciéndola girar.

—Ya son las siete de la tarde. Pedime otra —le dijo a Uno.

—Son las cinco y media, Felipe.

—En algún lugar del planisferio es más tarde. Pedime otra.

Y mientras esperaba su copa, empezó a hablar:

—Mirá, tesora. De lo que se trata es de saber si estás discutiendo cómo se relacionan o si estás discutiendo la relación. No es lo mismo. C nunca te ocultó que no quiere vivir en la monogamia. Al menos, por ahora. ¿Lo tenés claro?

Uno bajó la cabeza.

—Entonces —siguió Felipe—, la pregunta central ahora no es sobre él, sobre si te deja solo en el boliche, sobre si se droga sin que lo sepas, ni nada de eso. La pregunta es si vos querés eso. Sí o no. Pero vos. No para agradarle o disgustarle a C. ¿Querés una relación no monogámica? Porque si no lo querés y estás haciendo todo esto para agradarle, quiero recordarte lo que tenés anotado en la portada de tu celular.

Felipe tocó la pantalla del celular de Uno y con fondo amarillo apareció una frase. “No hay nada menos deseado que lo obtenido sin límites”.

—Eso te lo dijo tu analista. El amor es voraz, te digo yo. Pero si el otro se deja devorar fácilmente, se entrega sentadito en la fuente, qué sé yo, tesora, medio que pierde el hambre. Nadie se enamora del que a todo te dice que sí. No sé, salvo que sea tu esclavo. ¿Te conté que garché con una pareja leather, amo y esclavo? El dueño me hizo montar por el esclavo. Divino, estuvo.

Uno lo miró.

—Bueno. Me acordé justo ahora. Mirá, tesora, se trata de saber qué querés tener con un novio, pareja, esposo o lo que sea. Hay gente que cuando se descubre enamorado decide la fidelidad como modo de vida. La gran mayoría lo hace sin preguntarse nada. No lo pactan. Son fieles. Error. Error. Debería charlarse el tema. Claro que respeto esa decisión de “sacrificar” —Felipe volvió con su gesto de exagerar comillas en el aire con los dedos— otros garches por privilegiar ese vínculo de amor. Pero es una decisión. Otros lo prometen, pero abren el camino de la clandestinidad. Y te puedo asegurar, tesora, que lo clandestino es horrible. Pesado. Duro. Habemos otras que sabemos que podemos distinguir el cuerpo del amor. La carne, del proyecto de compartir juntos. ¿Vos qué querés?

Felipe apuró se segundo champagne.

—Vos, Uno, te estoy preguntando, ¿qué querés? Cuando sepas eso, me llamás y nos sentamos

a hacer la lista de lo que te bancás o no. Porque una cosa es que respetes lo que quiere el otro y otra, pero muy distinta, es dejarse dañar por eso que quiere el otro.

Pagó la cuenta y dijo que tenía que irse.

25
Dialéctica

—¿Cómo se explica que haya historia? Se explica porque hay conflicto. La historia es porque existe conflicto, enfrentamiento, dialéctica.

Berta Orlás miró a su auditorio. Uno sintió que estaba calibrando cuánto los seduciría con su explicación.

—Georg Wilhelm Friedrich Hegel, 1770-1831. Alemán, el último idealista de la modernidad. Inmenso, señores. Inmenso. Para él la historia es la historia de las relaciones sociales. Y ellas nacen cuando hay dos deseos humanos enfrentados. Lo que el ser humano desea es ser deseado por otro ser humano. En otras palabras, ser reconocido por el otro. El hombre desea deseos. El animal, cosas. Pero Hegel distinguía dos clases de hombre. Los que deseaban deseos, los amos, y los que se sometían a estos, los esclavos que apenas deseaban cosas. ¿Qué desea usted, por ejemplo, querido Gerardo?

Gerardo miró a su alrededor esperando que hubiese alguien más con su nombre.

—¿Yo? ¿Me dice a mí?

—Así es —dijo Orlás dando unas pitadas—. ¿Qué desea?

—¿Ganarme la lotería? —respondió con una pregunta y provocó la risa en el auditorio. Orlás lo miró.

—Desea cosas.

—Le está respondiendo como puede, profesora. No me parece que lo exponga de esa forma ante todos. —Uno vio que Lourdes estaba roja de furia—. Mi novio desea buenas cosas. Que estemos bien, que podamos prosperar, que podamos tener una vida feliz. Lo conozco —agregó.

—Puedo asegurarle que no estoy juzgando a su novio, querida Lourdes. Apenas trato de…

—Disiento, profesora. Lo está juzgando. Y creo que Gerardo merece el respeto y el reconocimiento por ser una persona correcta y… tímida, quizá. —Lourdes estaba verdaderamente enojada.

—Gerardo merece el reconocimiento —repitió Orlás dando peso específico a cada palabra—. Gerardo merece el reconocimiento dice nuestra amiga. Pura dialéctica, su maravillosa intervención. Un enfrentamiento entre ella y yo. Y el reclamo del reconocimiento. Bravo —acentuó la “O” final como si hablara en francés—, querida Lourdes. Hegel está entre nosotros gracias a usted.

—Te amo, mi amor. Gracias por defenderme. Todo muy lindo, doctora. Pero yo me quedé afuera de lo que es la dialéctica —dijo Gerardo y generó una nueva risa de todos.

—La dialéctica es el enfrentamiento de una idea, la tesis, con otra idea, la antítesis, de la que surge una conclusión superadora: la síntesis. Que, inmediatamente, será la nueva tesis a la que se le opondrá otra nueva tesis y nacerá la nueva síntesis y así. ¿Se entiende? —Orlás siguió—: De esta pelea de ideas, nace la historia. Hegel piensa una dialéctica del amo y el esclavo en busca de la autoconciencia. Anoten bien esto porque se derramará a lo largo de la historia que va a sucederlo. La conciencia es el deseo. El hombre desea. Y esa pelea es una lucha a muerte por el mero deseo.

—Mi ovejero alemán, le juro, profesora, desea comida. ¡Y cómo desea! —dijo Gerardo.

—Sólo para satisfacer el instinto del hambre. No desea, su bello perro, fabricar el alimento, ampliar la fábrica, ganar dinero, tener empleados que le respondan y tener poder sobre los demás. Nada de eso. Apenas el can tiene hambre y come. Ese instinto lo emparenta con el hombre esclavo que sólo desea cosas. El amo desea deseos. Desde el deseo del otro para que lo reconozca y se le someta. Pero tendrá un gran problema. ¿Cuál?

—Que si el esclavo se le somete, no tiene gracia la conquista. Es como una cosa más —dijo Lourdes.

—¡Exacto! Usted es brillante, estimada. Y hay una diferencia más esencial entre el amo y el esclavo. Este último le teme a la muerte. En su existencia, todo lo supedita al pánico a dejar de existir. El amo, no. No le teme. Pelea, lucha a todo o nada por el mero deseo de ser reconocido.

Orlás se dio vuelta hacia el escritorio que estaba sobre el escenario y comenzó a buscar algo en su portafolios.

—No soy brillante, profesora Orlás —dijo Lourdes, con voz calma, poniéndose de pie—. No sé siquiera quién soy. Creo que soy una mujer común, buscando ser querida por su familia y su novio. —Le dirigió una mirada tierna a Gerardo—. Una mujer que pretende vivir de lo que ama: un negocio que comercializa productos hechos por artesanos del país. Amo ayudar a los que crean con mucho esfuerzo. Eso amo.

Orlás se volvió hacia ella y le dijo, con un tono de cálida consideración que Uno no había escuchado hasta entonces:

—Usted es quien desea ser en plena transformación. Ya veremos, cuando lleguemos a Freud, que este deseo que hoy les cuento en Hegel es mucho más complejo de lo que creemos. El deseo es constante movimiento, una persecución sin punto de llegada. Porque si se consigue plenamente, como el esclavo para el amo, deja de interesar. El deseo hecho realidad deja de ser atractivo. Usted es una mujer deseante, Lourdes. Algo que la hace notable para todos los que estamos aquí este jueves. Y especialmente para Gerardo —dijo señalándolo—. Un año de mi vida para que alguien me mire con la admiración con la que él la está mirando ahora.

26
Despertares

Ana tarareó en su cabeza el coro de una sus óperas favoritas. El sonido que percibía, real, le daba el ritmo. Un agudo pip sostenía como una batuta presente la melodía del vino espumante bebido en vasos brillantes. ¿Cavalleria Rusticana? Sí. La ópera para empezar si no te gusta la ópera, decía su padre. ¿Cómo le explicaría a su padre lo que pasó? Sintió vergüenza. Explicar. Decir la verdad. El coro en su mente cesó. Mi papá ya murió, ¿no?, se sentía confundida.

Abrió los ojos. Una blancura luminosa la invadió haciéndole doler la cabeza. Luz blanca, sábanas blancas, muebles blancos. Tanto blanco, como le gustaba a Inés. *Tenés una cocina tan blanca que parece el cuarto de las enfermeras de un hospital, Inés*, le dijo un día. La extrañaba.

Blanco como un hospital, sí. Ana abrió los ojos en el hospital. El suero que colgaba a su lado se lo hizo saber. Por la ventana, luz blanca. Entonces lo vio. Héctor estaba sentado al lado de la ventana. Leía en su celular. En realidad, Ana vio que Héctor pasaba con sus dedos páginas y páginas. ¿Buscás algo o te aburrís de lo que ves?, le había preguntado ella una noche después de hacer el amor al verlo pasar y pasar las páginas en su móvil. Héctor navegaba por internet como en la vida, pensó entonces. Mirando, pasando, sobrevolando. Sin posarse jamás.

Hasta que la mirada de ella se encontró con la de Héctor. Le vio el gesto de quien mira lo inevitable. Una mirada sin esperanzas. Porque lo inevitable va a ocurrir. Un poco más tarde o más temprano. Ella esperó que él se acercara, pero no se movió de la silla. Y así como estaba, confundida, dolorida, medicada, se dio cuenta de que él estaba dispuesto a esperar horas y días hasta que ella moviese las piezas.

—¿Es el Hospital Alemán? —le preguntó esperando poder medir el tono de voz de él.

—Sí —dijo lacónico.

Héctor estaba, evidentemente, furioso. No solía contestar con monosílabos. Alguna vez le había escuchado decir que la escasez de palabras no era una decisión. *Mi padre decía*, contaba Héctor, *que había gente que hablaba poco. Eso sí: decían todo lo que tenían para decir: poco.* ¿Qué sabría su marido? ¿Quién lo habría llamado? A lo mejor le dijeron que fue un accidente sin mayores detalles. Si fuera así, si no supiera lo del cine, quizá fuese el momento para hablar del tema con Héctor como le había aconsejado Uno. Contarle. Y ver si fuera posible crear una regla en ese “nosotros” que es nuestra pareja, pensó. Porque con Héctor hay un nosotros. Ahora mismo, se dijo Ana, distante y parco como él está, puedo oler su aroma a nuez y sé que está

esperando que yo abra la conversación. Sé a qué huele y sé qué espera de este momento, se dijo Ana. Eso es un nosotros.

—¿Cuánto hace que estoy acá?

—Desde el jueves a las seis y media de la tarde. Cuando la ambulancia te fue a buscar al cine porno.

Entonces supo que él sabía. No aludió a la ambulancia yendo al centro o a un cine. Dijo "cine porno". Lo sabía. Ana cerró los ojos y no supo si era recuerdos o sueños.

¿Fuimos juntos alguna vez a un cine porno? ¡Sí! Al de Retiro. Corrían los años noventa, creo. Nos íbamos a Rosario a una feria de las colectividades extranjeras que Inés nos había recomendado para pasar el fin de semana. Decidimos no usar el auto porque, seguro, íbamos a tomar alcohol y volveríamos de madrugada. *Hay unos micros con servicio coche cama tremendos,* le había dicho su amiga, *donde hasta te dan el desayuno con un café y jugo de naranja intomables que vas a tomar, claro, como si fueran los últimos de la vida.* Cuando llegamos a la estación se anunció un paro sorpresivo de dos horas. ¿Qué hacer en la espera? Fue Héctor el que vio el cartel del cine que estaba al final de la terminal. Fuimos, pensando que era un cine comercial y en la entrada descubrimos las tres cruces rojas en luces de neón. Es porno, mi amor, le había dicho Héctor riéndose incómodo. Yo apenas había empezado a frecuentarlos. No sentía todavía que ese era mi territorio personal, algo de mi yo intransferible, y le dije que entráramos, total no teníamos nada para hacer. En el cine éramos casi los únicos. Lúgubre, maloliente, con cortinados gastados (¿Todos los cines porno usan cortinas? ¿Es para disimular las paredes despintadas?). Nos sentamos tímidamente en la última fila de butacas que crujían después de que Héctor las limpiara con unas toallitas húmedas que sacó de su mochila. Nunca dejé de asombrarme de que él tuviera lo que había que tener en el momento indicado. Cortaplumas y sacacorchos en el medio de la nada, adaptador de enchufes varios en todo el mundo, toallas higiénicas siempre. En la pantalla, seis hombres de miembros bestiales se turnaban para penetrar a una mujer negra de tetas inmensas. Ella gritaba como se grita en esas películas. Sentí que me excitaba. No quería demostrarlo y apenas miraba por el rabillo a un Héctor inmóvil. De repente, puse mi mano en su muslo. La dejó unos segundos hasta que me besó. Fue un beso estudiantil. Cálido, tímido, adolescente. Me pidió salir. Eso fue su cine porno: tímido, cálido, adolescente. Eso era lo que más tarde sería mi patria del placer inagotable. Yo salí tras él, sintiendo mi entrepierna humedecida.

—Cuánto hace que vas al cine.

—No te entiendo —dijo Ana cayendo en el peor de los lugares comunes que es pretender

ganar tiempo y sólo se consigue confirmar que se sabe bien de qué se trata.

—¿Por qué? —dijo Héctor recurriendo con ese tono bello de voz que ahora se mezclaba con ira. Fue un por qué en cámara lenta, con dejo de agonía.

Entonces hubo algo que habló por ella. Ese algo, o ese alguien, que de repente Ana sentía que la poseía cuando hablaba ante otros. Nunca fue de las que tenían deseos de hablar en público. Y, sin embargo, muchos admiraban su forma de hacerlo. No creía en la inmodestia por lo que debía reconocer que sabía hacerlo muy bien. Pocos, casi nadie, saben de ese instante vertiginoso que media dejar las bambalinas y pronunciar las primeras palabras al auditorio. Allí Ana se transformaba. Claro que había preparado lo que iría a decir. Siempre. Claro que había estudiado el temario, sopesado el interés del público, diagramado un principio, un nudo y un desenlace para el oratorio. Siempre. Pero ¿quién llevaría a cabo todo ese acto? ¿Quién lo haría realidad? Ana sufría, sudaba, se decía a sí misma y a los gritos "¿quién lo hará?".

Entonces alguien distinto de Ana, casi idéntico, distinto de manera imperceptible para los demás, se apoderaba de ella y hablaba. No soy yo, Inés, me dejo llevar por esa fuerza que juega con mi cuerpo, le había dicho una vez a su amiga después de dar una charla de media hora para la organización TED en pleno Puerto Madero. No soy yo. Es mi vida, pero contada por otra, le había dicho mientras Inés la abrazaba llorando de la emoción por lo que había escuchado.

Se incorporó en la cama del hospital, lo miró a Héctor a los ojos y le habló. En realidad, esa otra le dijo:

—Hace casi veinte años que casi todos los jueves voy a ese cine porno del centro. Jamás supe quién me tocó o me penetró. Cada jueves me tocaron y me penetraron y nunca dejé de amarte.

Héctor no se movió. Ana podría jurar que ni siquiera respiraba.

—¿Por qué? —se preguntó en voz alta—. Porque no puedo hacer otra cosa. Porque ha sido más fuerte mi deseo físico, mis ganas de desenfreno promiscuo que mi valentía de contártelo. No hay más porqués. Sólo estoy segura de dos cosas: de mi deseo por el cine de los jueves y de que te amé siempre, de que te amo y de que deseo amarte siempre.

Héctor no bajó la vista. Ana lo vio cerrar las pantallas abiertas de su celular. Sabía que el fondo de pantalla era la imagen de los dos besándose al lado de un lago blanco de Canadá. Héctor no miró su pantalla. La miró a ella. Y sólo le dijo:

—Puta.

27
Acuerdo

—¿Y qué proponés? —preguntó C.

—Un acuerdo —dijo Uno.

—Eso ya lo entendí —insistió C—. ¿Qué? ¿Cláusulas? ¿Artículos? No sé cómo se llaman… las normas.

—No me ayuda que te pongas irónico —arremetió Uno—. Te estoy proponiendo que conversemos sobre cómo… ¿abordar?, lo que sea, algo que a mí me angustia y que me parece podemos conversar juntos. O, al menos, ver si poniéndolo en palabras me ayuda, al menos a mí, a manejar mi angustia.

C recurrió a su clásico café. Negro, caliente, amargo. Levantó un pocillo en dirección a Uno en clara señal de invitarlo, que negó con un gesto.

—Si de lo que se trata es de "ponerlo en palabras" es que lo estuviste hablando con el psi. Clásica expresión de los chicos de Freud y Lacan —lanzó C—. ¿Te estoy debiendo muchas sesiones, precioso?

Uno atinó a la respuesta rápida y del mismo voltaje irónico. Podía explicarle que era Felipe el que le había dado la idea, pero recordó a su terapeuta diciendo que sostenerse en el mismo lugar, cada vez que discutiera, le garantizaría el mismo resultado de la discusión. *Negaré que le di esta metáfora y lo acusaré de mentir si la repite*, le había dicho no hacía tanto Gabriel, s*i usted persiste en jugar en el ángulo izquierdo de la línea de fondo de la cancha de tenis, usted va a seguir jugando pelotas largas. ¿Probó moverse un poco a la red, Uno?*

—Los chicos de Lacan y Freud hacen lo suyo y yo los solvento con el sudor de mi frente, amor. Yo te propongo —dijo Uno acercándose a C— que me escuches. —Se acercó mucho más —. Y veamos qué te pasa con mis palabras. —Y le estampó un largo beso húmedo. Luego, se sentó como para empezar a hablar.

C no solía descolocarse ante lo imprevisto. O, al menos, sabía disimular si le pasaba. Presionó la máquina para un nuevo café. Te falta poner la cápsula, amor, le advirtió Uno.

—Yo —comenzó Uno— te amo, C.

—Estamos en proceso de enamorarnos. Ya te dije…

—Yo, primera persona del singular, te amo —insistió firme Uno—. Sin ánimo de ser petulante, permitime decirte que de mis procesos me encargo yo.

C levantó su pocillo en señal de brindis afirmativo.

—Te amo, tengo ganas de construir juntos una relación y es obvio que uno de los aspectos de esta relación es la monogamia. Me parece, creo, me parece, que ambos participamos de la idea de no querer exclusividad sexual con el otro, ¿verdad?

C volvió a brindar con su pocillo ya vacío.

—Pero a mí me pasa que hoy, estoy diciendo hoy —señaló el piso para reafirmar que se trataba de lo que le pasaba en este momento— me resuena que el amor tiene algo de sinceridad en el ser y de exclusividad en el sentir.

—¡Stop! —dijo C—. Puedo pedir ampliación de estos dos últimos conceptos que, evidentemente, vos tenés muy elaborados y pensados, pero yo no entiendo. ¿O es contrato cerrado?

—Claro —dijo Uno esquivando la nueva provocación—. Siento que manejarse con sinceridad, desde mí, es hacerlo con la verdad en las cosas y no darlas por implícitas.

—Precioso —dijo C poniéndose de pie—, ¿vos me estás proponiendo que firme un acuerdo en donde no haya nada reservado en lo privado para mí, desde la hora en la que cago o todo lo que hago cuando no estoy con vos? Si es eso, me gustó conocerte, nos vemos un día de estos.

Uno sintió por primera vez que la amenaza del fin de la relación no lo derrumbaba lanzándolo al abismo de sus monstruos. Veía algo que no quería. Pero esa visión no lo nublaba. Inspiró, mucho más mentalmente que desde el pecho, y dijo:

—Cuando recurrís a la ironía vulgar de la hora de cagar es que estás muy incómodo e inseguro, mi amor. —Y lo volvió a besar profundamente—. Claro que no te propongo la transparencia existencial del uno al otro. Hay un costado mío que será siempre opaco, oscuro, para vos. Porque así lo decido. Hay un espacio mío que es mío. Y al que, hoy mismo, no tenés acceso. Por mi decisión —dijo Uno. Y para suavizar la aspereza del clima, agregó—: Y entiendo que a la inversa también.

C siguió mudo.

—Quiero que digamos los dos expresamente que no reclamamos la monogamia del otro. Y, si lo acordamos, que vivamos eso con algunas pautas, ideas, propuestas.

—¿Por ejemplo? —preguntó C en un infrecuente tono bajo.

—Por ejemplo, que, si el otro garcha por fuera, no repita con el mismo tipo. Que intentemos evitar garchar con amigos que sigamos viendo. Que si salimos juntos, como te conté la otra vez, procuremos volver juntos y que siempre, siempre, seamos elegantes con el otro. Esto me cuesta explicarlo sin caer en lugares comunes. Algo como evitar exponer al otro a que pase un mal momento por causa de un garche.

C encendió un porro. Decía que la marihuana le afinaba, le pulía sus pensamientos. Dio dos

secas y lo apagó.

—¿Por qué evitar amigos y el no repetir?

—Porque creo que la frecuencia y la proximidad de los afectos abren el camino a una relación que va más allá del goce del cuerpo.

—No entiendo —dijo C.

—La amistad supone una base de afecto, de amor, cómo no. Y mezclarla con el sexo es deliberadamente una invitación a que no sólo sea carne. Que nazca algo más.

—¿Y repetir?

—Algo parecido. Es jugar, provocar, con algo más.

C siguió:

—¿Y qué es lo de la exclusividad?

Uno sintió que debía medir lo que estaba por decir.

—Repito: yo siento que el amor tiene algo de exclusividad en el sentir. No en el deseo de lo físico. Pero sí en el sentir. Y cuando digo sentir, es eso intangible pero presente, esa expresión inclasificable de querer para y por mí. —Hizo un largo silencio—. Yo —dijo deteniéndose mientras casi oprimía su pecho— quiero estar enamorado de un hombre que esté enamorado solo de mí. ¿Tiene sexo con muchos? Tanto o más que yo. O menos. Me importa poco. Pero creo en el amor de a dos.

Uno se arrodilló al lado del sillón donde estaba sentado C. Lo tomó de la mano y le dijo:

—Y si vos no podés eso, si no podés proponer un amor sólo de dos, soy yo el que quiere decirte “fue un gusto conocernos, nos vemos un día de estos”.

Se levantó y, sin soltarle la mano, le dijo:

—¿Me servís un café? Cortado, para mí.

28
La carta

Uno: no tuve la templanza para decirte frente a frente esto que voy a escribirte. Por eso recurrí a esta carta. No me importa quedar como poco valiente. Alguna vez, en nuestra escuela, nos divertía escribir y mandarnos por correo estampillado alguna historia vivida o inventada. Invoco ese placer compartido para escribirte.

Uno reconoció el modo de escribir de su amigo. Más que periodista, vos deberías ser escritor, le solía decir en su pueblo. El sobre había quedado en la puerta de entrada del edificio y una vecina se lo alcanzó. En el reverso, la clásica inicial de su nombre: E.

Siguió leyendo:

Ayer vino a verme tu madre. La vi empequeñecida, te diría que al borde de estar vencida. No hablo sólo del paso del tiempo. La vi frágil, vulnerable, por el peso de su dolor. Dedicó un largo rato a pedirme disculpas por la osadía de visitarme sin pedir permiso. Habló de los años transcurridos juntos, de nuestras familias vecinas. Me recordó los juegos compartidos en aquel pasillo que unía los departamentos comprados por nuestros padres casi al mismo tiempo. Pareció perderse en el recuerdo cuando invocó el macetero lleno de plantas que tu padre construyó con piedras atesoradas de las obras que se edificaban por el barrio. Yo pude unirme en silencio a ese recuerdo y las flores de las hortensias invadieron mi nostalgia.

Me contó que estuvo visitándote y que la charla terminó de manera horrible. Al menos para ella. Me dijo sin dudar: "mi hijo está en peligro por las drogas. Ayudalo".

No me atreví a decirle que coincidía con ella. Me preguntó si te había visto y me descubrí negándote. Quizá fuera para ahorrarle la amargura de coincidir con ella lo que, creo, sumaría más dolor a su angustia. Quizá negarte fuera mi modo de enojo con vos. Sigo enojado con vos, Uno.

En este momento que te escribo, me interrumpe mi esposo con un grito de felicidad. Vendió una propiedad que construyó. Me dice que quiere celebrarlo juntos. ¿Podrás calibrar lo que significa compartir la alegría con el hombre de tu vida?

Sabés que nos quedan amigos comunes. Conocidos, seamos precisos. Compartir alguna fiesta, alguna charla trivial o alguna cama no implica amistad. Eso es algo más profundo. Vos y yo

lo sabemos.

Ese mismo día que hablé con tu madre, almorcé con un colega que te conoce del club de los jueves. Tu madre, él en el mismo día; algún creyente invocará la coincidencia de las energías. Yo no creo en eso, pero sentí que invadías mi jornada.

¿Qué estás haciendo, Uno? ¿Qué querés mostrar? ¿Qué te querés demostrar? ¿Pretendés sobreactuar la liviandad de las cosas? ¿Querés negar con un químico la fuerza de lo que te hace bien?

"Lo vi volar a Uno. Lo vi en Narnia", me dijo este tipo con sorna. Te aseguro que en su relato no había nada de camaradería por el placer compartido. Sentí que se reía de vos alguien que, podría apostar, vos creés tu amigo. ¿En serio te hace bien "volar" sin tener los pies en la tierra? ¿Sentís que tenés edad para seguir planeando sobre las cosas?

Podría seguir haciéndote preguntas. Ni siquiera estoy seguro de que hayas llegado hasta aquí, leyéndome.

No quiero seguir siendo amigo de quien no honra su deseo de vida. No quiero verte más ni saber más de vos si ese es tu camino. Necesito divorciarme expresamente de ese sentimiento que alguna vez fue fraterno.

Si me llamás, si me escribís, entonces entenderé que tenés ganas de que te ayude como me pide tu madre. Si me das una sola señal, entenderé que hay algo distinto de vos, tu madre, yo o lo que sea, que podés registrar como importante.

Esteban

Uno releyó la carta con la esperanza de haber entendido mal. De encontrar un espacio, por pequeño que fuera, para leer al Esteban que lo acompañaba sin juzgarlo. Por fin, se convenció. No había más aquellos Esteban y Uno que se amaban como amigos. Su angustia por lo perdido no lo dejaba enojarse. Era pura amargura. Era hora del duelo de aquello.

29
Vergüenza

Ana abrió los ojos. Era de día. Las cortinas blancas estaban cerradas dejando presumir un sol fuerte. Pensó en Inés. La necesitaba. La amistad no es sólo la presencia del otro, toma fuerza en la ausencia.

Cuando atinó a buscar su celular para llamarla recordó que le dijeron que se lo habían robado en el cine. Se sobresaltó. La denuncia. Llamar a la compañía. ¿Y si alguien le robaba sus fotos y sus anotaciones? Ana llevaba una especie de diario de cada jueves. O, al menos, apuntes de cosas que allí sucedían. Se incorporó y sintió que le tiraba el brazo, la vía con el suero le dolía. Vio sangre que trepaba por el tubito de plástico que le aferraba ese brazo. Pensó si no le convendría morir allí mismo. Así no tendría nada que explicar a Héctor, ni a su familia ni en su trabajo. ¿Había sido Uno el que dijo que muchas veces sentía ganas de morir sin perder la vida del todo?

Una enfermera entró en la habitación. Notó enseguida la irregularidad del suero y se acercó. Le dijo que no moviera ese brazo, que podría salirse la vía. *No tiene que tirar tanto con este brazo. Puede salirse la vía*. Salirse de la vía, pensó Ana. ¿Eso hago? ¿Salirme del lugar en donde se espera que las cosas marchen? ¿Imaginará esta mujer que ni siquiera me mira cuál es la vía en la que yo marcho?

La enfermera apretó el tubo de plástico y el frasco de suero. Una especie de torrente del líquido que la hidrataba limpió todo vestigio de sangre. La mujer miró el goteo de la sustancia, asintió de manera casi imperceptible a ese ritmo constante (¿cómo sabe si son tantas gotas por minuto con solo mirarlo?, pensó Ana), estiró las sábanas y se dispuso a irse.

—¿Cuándo me darán el alta? —le preguntó Ana.

—Eso se lo tiene que decir el médico, señora. Pero las tomografías y los análisis recién estarán esta tarde.

Señora fue lo único que escuchó Ana.

—¿Estás embarazada? —se escuchó Ana preguntarle.

La enfermera pareció detener su mecánica laboral, salirse de la rutina con la pregunta. Se acarició la panza, de evidentes varios meses de embarazo, y se respondió “sí” a sí misma, porque nunca le contestó a Ana.

—¿Es el primero? —se animó Ana pensando en los apenas veintitantos años de la enfermera.

—Sí. El primero y muy buscado. Tres años de tratamiento. Pensé que ya no podría más porque

tengo óvulos envejecidos.

—¿Lo deseabas mucho?

La enfermera le respondía sin mirarla. Deliberadamente. Simulaba algo con los medicamentos y los informes. A esta altura de la conversación Ana notaba que no era timidez ni nada que se le pareciera el hecho de no posar sus ojos sobre ella. No la miraba. ¿Vergüenza?

—Es lo único que quiero en mi vida. Es lo que toda mujer desea, ¿no?

Ana se quedó en silencio. Necesitaba responderle, pero sólo podría hacerlo si esa joven le dispensaba su atención visual. No pensaba defender su derecho a elegir, el derecho de las mujeres a elegir, frente a alguien que no sentía que esa charla fuese crucial. Elegir es crucial.

Pero Ana no resistió aun frente a la indiferencia de la enfermera. Y lo dijo:

—No todas las mujeres deseamos ser madres.

Entonces ella la miró. Cuando la enfermera miró por primera vez a Ana, ella tendida en la cama, atada a su suero, notó lo joven que era. Sus ojos verde pálido le mostraban otra cosa que no era la vergüenza o timidez que ella había creído. Había una mirada de distancia, frialdad. Esos ojos la juzgaban.

—Todas las mujeres, en el fondo, deseamos ser madres. Todas sabemos que, además del placer, Dios nos ha dado el privilegio de ser madres. Sabemos que el sexo es el don de la maternidad, no del placer desenfrenado.

Ana quedó estupefacta ante ese comentario inesperado. Por lo que decía y por ser una enfermera que estaba trabajando su rol, evidentemente, se excedía con ella. La chica se acarició la panza y se fue.

Ana no quiso sentir lo que sentía. Esa enfermera sabía por qué ella estaba internada. Sintió vergüenza.

30
Regreso

Ana se despertó sobresaltada. La claridad le indicó que ya era de mañana. ¿O la tarde? Buscó con su mano el celular sobre la mesa de luz para ver la hora y volvió a sentir el tirón del suero en su brazo. El dolor y el recuerdo, ya más claro, le advirtieron que no tenía más el celular. Se lo habían robado. Era ya la hora de la tarde.

—No es el mejor aparato, pero yo lo usé bastante tiempo sin problemas. El chip me lo dieron porque invoqué que trabajabas en la obra social y le prometí a la vendedora que le atenderías un caso por un implante de mamas. No está mal el canje. Un chip, dos tetas nuevas.

Inés se incorporó en el sillón del acompañante al lado de la cama y se lo alcanzó. No la miró a los ojos y se volvió a sentar.

—Inés. —Fue lo único que pudo decirle Ana—. Gracias por venir, te juro que te necesitaba.

—Tenés la suerte de que en mi casa me enseñaron eso de hacer lo que se debe hacer antes que hacer lo que tenés ganas. El deber por encima, siempre, de lo que se te canta las pelotas. A mí me han cantado pocos las pelotas, la verdad —dijo su amiga.

—Yo me acuerdo de un par de canciones que se te cantaron desde las pelotas, te diré. —Se animó Ana para ver si encontraba la complicidad de siempre.

Inés hizo un largo silencio y le dijo:

—Al lado tuyo yo canté un par de arrorrós. Vos sos más de las letanías dark. —Y se rio por su ocurrencia.

El celular que ahora era de Ana tardaba en encenderse. *Recuperando datos* se leía en la pantalla. Ana pensó que estaba bien a tono con su vida. Recuperando datos.

En ese momento, Inés volvió a alcanzarle algo. Ana no reconoció enseguida de qué se trataba. Su amiga fue directa.

—Héctor me dejó a mí las llaves de la casa.

Entonces Ana distinguió el llavero. Tres llaves, la de abajo, de la entrada y las dos de la puerta principal del departamento. La del sistema blindado, dorada. Todas, colgadas de un llavero que alguna vez tuvo la imagen de la Sagrada Familia de Barcelona pero que, gracias a los golpes y el uso, sobrevivía una sola torre que emulaba lo hecho por Gaudí. Ana recordó que lo habían

comprado en una tienda de chucherías a la salida del Museo Dalí, en el barrio Gótico, para molestar a sus amigos. *Les llevamos estas cosas horribles a los chicos y se las damos en la cena en casa de Hugo*, sugirió riéndose Héctor. Ana aceptó. Pensó en la cara de sus amigos cuando les dieran esos regalos. Por entonces, estaba de moda una publicidad de una tarjeta de crédito en la que su dueño rompía todos esos suvenires horribles de ciudades porque ahora el protagonista iba a recorrer en persona, gracias al plástico milagroso. A sus amigos, y a ella misma, les parecía original esa publicidad. Ana dejó atrás los recuerdos cuando volvió a escuchar a Inés:

—Lo único que me dijo Héctor es que me avisaría si necesita retirar algo de la casa.

—¿Héctor se fue de nuestro departamento? —atinó a preguntar Ana desconcertada.

Inés no respondió. Se limitó a mirarla esperando que lo evidente fuera más directo que cualquier palabra suya. Entonces Ana preguntó recuperando el tono más alto suyo. Casi un grito:

—Pero ¿cómo se va a ir de casa así cómo así en este momento?

Inés siguió mirándola. Sin decir palabra.

—No entiendo, Inés. ¿Héctor me deja cuando todavía estoy internada, sin saber el diagnóstico, si no tengo nada o me puedo morir? ¿Es así y se va? ¿Te parece?

Inés cambió de posición en su sillón buscando algo de comodidad que ni ese asiento ni la situación le proporcionaban.

—Inés, te estoy pidiendo que me ayudes a entender. El tipo con el que estoy hace más de veinte años, ¿se va de la casa sin importarle si me puedo morir? ¿Es así, Inés? —gritó otra vez.

Su amiga sintió que no había más lugar para el silencio.

—No vas a morir, Ana. Tenés un golpe en la cabeza que te dejó un hematoma pequeño que están analizando. Todo luce como algo menor. El resto son magullones sin importancia.

—¡Pero estoy internada, Inés! ¿No nos merecemos una charla antes de tomar cualquier decisión en honor al casi cuarto de siglo de relación que tenemos?

Inés eligió, otra vez, el silencio.

—¿Sabes qué me dijo ayer? ¡Puta! Me dijo puta. Y se fue. ¿Y ahora deja el departamento, así como así? ¿Merezco que me diga puta y se vaya de casa? ¡Te lo estoy preguntando, Inés!

—No creo que sea el momento ni el lugar para discutir esto —se animó a decir Inés—. Héctor está razonablemente herido y por eso busca distancia. Y usa palabras que quizá no sienta.

—¿Razonablemente? ¿Quizá? —dijo Ana—. ¿En serio me decís que Héctor está siendo razonable dejándome abandonada en un hospital y que no hay que tomar literalmente que me diga puta? ¿En serio?

Entonces Inés se puso de pie.

—Ana —le dijo mirándola por primera vez directo a los ojos—, te encontraron en un cine porno de mala muerte, semidesnuda, manoseada, cogida y golpeada por extraños para afanarte. Llamaron a la policía. La cana se comunicó con él. Imagino que se lo deben haber dicho con la sorna de quien supone a un marido que no atiende bien a su mujer. Los médicos de acá le dieron

el parte con la misma mirada, asumo, que la policía. ¿No te parece que fue bastante razonable que solo te haya dicho puta y se haya ido a la mierda? ¿No te parece?

Ana escuchó estupefacta a su amiga. No podía creer lo que escuchaba.

—¿Entonces vos creés que soy una puta?

—Nunca dije eso —se apuró Inés.

—Decime en la cara que vos no creés que yo sea una puta.

Inés le dio la espalda. Se movió incómoda. Agarró su cartera como para irse, pero apenas si la cambió de lugar.

—Inés —insistió Ana—. Decime que no soy una puta —le pidió enfatizando la última parte palabra de la frase.

Inés se dio vuelta. Ana sintió que su amiga medía el peso de lo que iba a decir.

—No sos una puta. Creo que tenés un desorden de algún tipo que te lleva a… Te lleva a esta compulsión por la promiscuidad. —Se detuvo. Y después agregó—: Vos no cobrás por esto. No sos una puta.

Ana sintió que su cama se abría en dos y que bien podía caer en un vacío sin fin.

—¿No soy puta porque no cobro me estás diciendo? Peeroooo… ¡soy una promiscua! Una especie de puta gratis. ¿Eso me querés decir, Inés?

—Ana, curate de los golpes. Salgamos de acá y pensemos cómo puedo ayudarte. No es el momento de filosofía barata.

Ana no podía parar.

—¡Mi pareja y mi mejor amiga creen que soy una puta gratis! —empezó a decir como recitándole a un público inexistente—. Y como soy una puta, merezco los golpes y que me abandonen. Porque merezco el destino de las putas. ¡Esto es hermoso! ¡Es heeeeeermosoooooo! —gritó fuera de sí.

Inés se acercó a la cama.

—Dejá de gritar. Ana. No es el lugar. Calmate.

—Decímelo en la cara. Decime: “Mi amiga Ana, la puta gratis”. No te ahorres las ganas.

—¡Basta, Ana! ¡Basta!

—La puta gratis Ana a la que se la abandona por… por… por ser ¡tan puta!

—¡Basta, Ana! —siguió pidiéndole Inés.

—Pero no te prives, Santa Inés, de decirme lo que quieras. Si total…

Inés no la dejó terminar. La tomó de las muñecas y la miró fijo, a pocos centímetros de su cara.

—Héctor, y yo también, no creemos que seas una puta. Sentimos que no podemos creer lo que hacés. Eso nos pasa: ¡no-lo-podemos-creer! Y buscamos nombres, o algo, y no se nos ocurre más que la locura. Y, ¿sabés?, voy a ser sincera y también hablar en nombre de él sin su permiso. Creemos que lo que hacés se parece bastante a lo que hace una puta. ¡Y no lo entendemos, sabés!

Nos cuesta. Nos duele. Nos da repugnancia. Porque *eso* no es nuestra Ana. Entonces Héctor, que te ama como pocas veces he visto amar a alguien, no puede con ese amor y se va. Se corre. Sale de ese olor hediondo parecido al que se huele en tu cine porno. No lo resiste. Siente que se descompone y se va. ¿Se va al carajo por decirte puta? Quizá. Pero la primera que se fue a la mierda, al reverendo carajo, fuiste vos cuando decidiste cada jueves ir a hacerte coger por mugrientos.

Ana estaba quieta, como inerte. Inés siguió:

—Vos podés hacer lo que se te cante, lo que quieras, irte al carajo si te da placer. Héctor y yo y todos los que te queremos, también. Irnos de tu lado, como hizo Héctor, no parece tan irrazonable. El correrte de un horror inimaginado no es abandono. Es puro instinto de supervivencia hasta que podamos reconocer a esta Ana que no es la nuestra. Y ahora no me salgas con ese cursito de filosofía en el que aprendiste que uno no es sino la mirada que tienen los otros. ¡No me jodas! Sos la ejecutiva exitosa que se manda a un antro a que la monten desconocidos que ahora se hace la ofendida porque su marido se aleja azorado. ¡Dejate de joder! Y callate la boca. Si podés, agradeceme que esté acá y te haya traído un celular nuevo porque también tengo ganas de irme a la mierda.

En ese instante, el aparato que estaba en una de las manos de Ana parpadeó. “Usted tiene cuarenta y siete mensajes nuevos” se podía leer en la pantalla.

31
¿Cómo seguimos?

—Me gustaría hablar con vos, Uno.

C entró a su departamento donde su novio estaba trabajando. Habían convenido esa semana que Uno se quedaría porque podría hacer sus cosas de forma remota y tenía un par de reuniones cerca del barrio en donde vivía C. *No es que te invito a vivir acá. Pura practicidad para tu trabajo, ¿OK?*, le había dicho hacía unos días. Diez para ser más precisos. Formalmente, les gustara o no reconocerlo, llevaban conviviendo más de la mitad de cada mes desde hacía seis meses.

Uno recordó que cuando C lo llamaba por su nombre era para marcar distancia. *Alambra, tesora,* le había dicho Felipe una vez, *marca territorio, le pone acero con púas y dice 'es hasta acá', separa el ganado y el fardo para darle de comer, ciela*. Dejó de hacer lo que estaba haciendo y sólo dijo:

—Hola, mi amor. Qué lindo estás.

C fue directo a la máquina de café. Negro, caliente, amargo, pensó Uno. Escuchó que caía la segunda cápsula. Intuyó que venía para largo.

—Estuve pensando, Uno. Y quiero decirte que no —lanzó sin más vueltas.

—¿Que no estás lindo? —intentó Uno.

—Estoy hablando del contrato que me propusiste. —C no le dio margen para corregir nada. Y siguió—: No estoy de acuerdo con ponernos formalmente de acuerdo. No estoy de acuerdo con las restricciones, con la exclusividad del amor ni nada. La respuesta es no.

Sorbió lo que le quedaba de café y se fue a sentar al otro extremo del living.

Uno volvió al escritorio en donde estaba escribiendo, cerró su computadora y empezó a guardar sus papeles. Buscó su mochila y acomodó todo en el bolso de cuero negro. Se cruzó de brazos y miró a C.

—¿Me escuchaste? —rompió el silencio C.

—Sí, claro —dijo Uno.

—¿Y entonces?

—Entonces creo que vos tenés que decirme cómo sigue esto. Preferís que duerma acá o que vaya a mi casa.

—¡No dramatices! ¡No lo lleves todo al nivel tragedia que aquí se terminan las cosas! Apenas

si te estoy diciendo que no estoy de acuerdo con algo que me proponés y ¿no tenés el menor margen para aceptar algo milimétricamente distinto a lo que pensaste?

C se puso de pie y comenzó a dar vueltas alrededor del sillón en donde estaba sentado.

—Tu nivel de intolerancia es incalculable. Vos, que te vanagloriás de ser el que escucha, el que comprende, el que tiene registro del otro. Escuchás algo que no coincide con lo que decís y juntás tus cosas para irte. Tremendo tolerante sos, con toda sinceridad.

Uno mantuvo el silencio.

—Quizá, se me ocurre, sería un gesto de tu parte pedirme que te explique los porqués de mi negativa. Digo —siguió C.

Uno sostuvo el silencio y apenas dio a entender con un gesto que estaba dispuesto a escuchar.

C se sentó finalmente.

—No me gusta esa modalidad de hacer un acuerdo. Me parece que la vida está lo suficientemente reglada como para sumarle a un vínculo de amor, otro contrato.

Uno procuró no mostrarse sorprendido por la utilización de la palabra amor que había usado su novio. C siguió:

—Podemos ir conversando cosas, viendo cómo reaccionamos al hacer del otro. ¿Pero un acuerdo? No me cierra. ¿No sabemos acaso que nos gusta coger con otros? ¿Hay que explicarlo? No entiendo. Es pretender poner bajo normas lo que no tiene normas. Nos queremos con independencia de lo que digan las normas. No me cierra.

Uno no resistió y dijo:

—No es un contrato. No lleva duplicado, firmas o sellado.

C pareció no escucharlo.

—Vos proponés no repetir el sexo con el mismo partenaire. No tener relaciones con amigos. Ahí veo dos cuestiones. ¿Cuándo es un amigo? —preguntó imitando a Uno con los dedos en el aire simulando comillas—. Felipe es tu amigo. Okey. Pero el pibe de Entre Ríos con el que entrenás dos veces por semana, ¿es tu amigo? ¿Nos tenemos que consultar antes para saber si el chabón queda comprendido en la prohibición? Y, además… Ahí tenés. Prohibición, niño de Freud y Lacan. Lo prohibido es obligatorio. ¿No te lo enseñó tu psi? No pienso aceptar una regla que sé que voy a estar obligado a contradecir. No quiero acordar una fuente de culpa futura.

Uno hacía un esfuerzo sobrenatural para no intervenir en semejante monólogo. Creía que lo asistían cien razones para contradecir a C, pero prefirió dejarlo hablar porque sentía que estaba rodeando —¿quizá como él?— el verdadero tema que lo llevaba a estar tan enojado. Dale tiempo, se decía como un mantra tranquilizador.

C seguía:

—Tu acuerdo propone que debamos contarnos estas cuestiones eliminando, escuchame bien,

eliminando todo tipo de libertad individual para decidir o para elegir. Hola, Uno —empezó a teatralizar la situación—. Te llamo para contarte que Elías, el amigo de Felipe, me tiró onda y un poco me calienta. ¿Te parece que es categoría amigo de la cláusula 8c del contrato o le doy para adelante? ¿Algo así se te ocurre? Espantoso. Porque yo no quiero anoticiarte de mis cosas como si fuera un gran hermano que levanta el pulgar o lo baja.

C se puso de pie otra vez. Buscaba algo, una suerte de apoyo para seguir. Se aferró al respaldo de un sillón negro y dijo:

—Y no quiero tener la menor noticia de lo que vos hacés. Ni con quién ni qué hacés. No me interesa. —C lo miró fijamente—: ¿Me entendés? No me interesa ni qué ni quién. No me excita. No me provoca. No me parece un gesto de sinceridad, sino un morboso modo de meter más gente en esta relación de dos.

Uno no esperaba escuchar eso. ¿Está celoso?, se preguntó intentando no demostrar sorpresa. ¿Le jode que yo tenga sexo con otros y se lo cuente? ¿Está celoso? ¿O sea que no se trata de su libertad, sino de la mía?

C volvió a sentarse.

—No estoy de acuerdo con nada, precioso. Con nada. —Y puso sus pies sobre la mesa ratona que tenía enfrente.

Uno sopesó qué decir. Sólo sabía que no tenía que mencionar la sospecha de que C estaba celoso. Sería acorralarlo en su debilidad. Y, cuando se ama, no se acorrala al otro al borde de la asfixia.

Uno lo vio entero. Bello, sexy, atractivo. C levantó los brazos detrás de la cabeza. Los bíceps se inflaron y su pecho perfecto creció queriendo rozar el mentón. Uno amaba las piernas de C. Sólidas, potentes, capaz de inmovilizar su cuerpo cuando hacían el amor. Ahora las veía más bellas que de costumbre.

Entonces, se atrevió.

—¿Y cómo sigue esto, C?

Su novio lo miró midiendo lo que iba a decir.

—Creo que no sigue, precioso.

32
Muy Franco

Uno fue al Club Jordania y subió todas las gradas sin mirar las butacas ya ocupadas. Sabía que Ana no estaría y Eva le había mandado un mensaje de que llegaría tarde. Con Gerardo y su novia, no se quería cruzar.

Cuando llegó a la penúltima fila se sentó. Butaca lindera con el pasillo. Fácil de escapar, pensó como cada vez que elegía esa ubicación. Abrió su anotador cuando vio que ingresaba la profesora Orlás. Tomar apuntes era su modo de reflexionar dos veces sobre lo escuchado. Cuando lo escuchaba y cuando lo escribía. Por eso no era exhaustivo en sus anotaciones. Escribía ideas que lo invitaban a recordar el contexto en el que fueron dichas.

Uno no podía salir del encierro que le provocaba saber que C había planteado que esto había sido todo. Había venido caminando **y** rumiando sobre ese abandono. Por ahora potencial, pero presente. Siempre supiste, se dijo, que los bellos sólo pueden estar a gusto con ellos mismos. Así es el mundo gay. ¿Y el heterosexual? No lo sé y me importa poco. ¿Por qué fallaría este principio con C? Bello hegemónico, narcisista, sin más compromiso que con él mismo. Cuando pensaste en proponerle algo distinto a lo que él quiere, *esto fue todo, precioso*. Tu error, otra vez, fue pensar en un lindo, se había dicho durante la caminata. Pero ¿no había mostrado algo de celos? ¿No fue por eso el rechazo a su acuerdo? ¿O era solo su propio deseo de que C tuviese miedo a perderlo?

“El amor es una estafa. Nadie puede estar enamorado sino de sí mismo”, escribió en su libreta mientras esperaba que comenzara Orlás.

—Puedo patrocinarte si te estafaron. Soy abogado. —Escuchó que le decían. Entonces se dio cuenta de que a su lado había alguien más. Y, además, estaba leyendo sus notas.

—Perdón, con sinceridad. Es un atropello horrible que te *stalkee* lo que escribiste. Lo sé. Pero me resultaste irresistible —le dijo el hombre que enseguida se corrigió—: Que escribas en un anotador espiralado, que lo hagas con esa caligrafía y sobre el amor, me resulta irresistible, quiero decir.

Uno quedó shockeado. No sólo por el espía sino, esencialmente, porque era de una belleza inexplicable. Alto de un metro noventa, calculó viendo sus largas piernas incómodas en las

butacas del Club. De un torso enorme y marcado por el evidente entrenamiento que le destacaba los brazos recorridos por venas que no daban abasto para irrigar esos músculos. Y un rostro de portada de revista de salud masculina: totalmente canoso su pelo, muy bien peinado. Ojos grises y una sonrisa dispuesta a pedir clemencia por la intromisión.

—Soy Franco. —Le estiró la mano, tensando la camisa que le marcaba aún más los pectorales —. Porque así me llamo y porque tiendo a ser sincero. No garpa como chiste de presentación, ¿no?

Uno extendió su brazo.

—Yo soy Uno —le dijo—. Te endoso para que hagas el chiste.

Franco cruzó sus manos sobre la boca, los índices unidos en la punta de la nariz, en gesto de estar pensando. Después dijo:

—"Soy Uno". Lo que no es poco. Ser uno es bien complicado. —Levantó la cabeza y lo miró —. No está mal, ¿no?

Uno sonrió y movió su cabeza hacia el escenario. La profesora Orlás ya se disponía a empezar cuando escuchó:

—¿Sale café después de la clase? —dijo Franco.

Uno estaba confundido. No reaccionó a tiempo, lo que dijera sonaría ficticio, dudoso. Y dijo:

—Estoy comprometido, Franco.

Ni bien se escuchó decirlo, se gritó en su cabeza: ¿en serio acabás de decir que no podés tomar un café porque estás comprometido? ¿En serio dijiste eso? ¡Merecés que esta bomba neutrónica se ponga de pie y les diga a todos que se va del lado de este idiota porque teme contagiarse.

Franco no se inmutó.

—Entiendo que estás comprometido por razones profesionales para beber infusiones solo con otra gente. ¿Es eso? Sos una especie de sommelier de café con exclusividad con tu empresa.

Uno no podía creer que este hombre intentara desactivar su propia idiotez.

—Hagamos gin tonic, entonces. Seguro que eso podés.

Orlás empezó su clase y Uno aprovechó para no responder.

—Quiero retomar el concepto de deseo que dejamos en Sartre la semana pasada. Él, creo haberles dicho, habla del deseo de cada uno como una especie de arrojo físico a concretarlo. Algo como si se pudiera apretar en un puño y tirarlo sobre la mesa. El deseo traducido físicamente —dijo la profesora—. Me gustaría detenerme un momento en el tratamiento que los pensadores han dedicado a las cuestiones del amor. Sorprende que los vínculos amorosos hayan sido tratados tangencialmente a lo largo de la historia de la filosofía. Algunos creen que siendo el amor un tópico que excede la racionalidad, resulta de suyo esta ausencia. Hay algunos pasajes del gran Schopenhauer, escandalizado porque un tema tan central no haya sido tomado en serio ya que permite la subsistencia de la especie. Permítanme agregar, además, la hipótesis de que por siglos y siglos la filosofía oficial fue de los varones y eso conspira en contra. La contundencia de

Simone de Beauvoir y Hannah Arendt se las debemos a estos tiempos. En realidad, el amor y los filósofos es de los tiempos modernos y las mujeres han tenido mucho que ver con eso. No me ponga esa cara por mi larvado feminismo, estimado Gerardo —dijo después de notar algún gesto de desagrado cuando mencionó la cuestión de género.

—No, no, no, profesora. Al contrario. Me hace acordar mucho a mi madre que en casa dice que las mujeres son más atentas con los sentimientos que los varones. Ella, de hecho, dice que las mujeres son platónicas y románticas y los varones, unos toscos.

El auditorio soltó la risa.

—Hermoso aporte, Gerardo. Si bien Platón utiliza un modo algo aséptico para hablar del amor, una especie de laboratorio en donde desmenuza el sentimiento como si lo tuviera bajo la lupa, a él le debemos "El Banquete", bello compilado de diálogos en donde se describe al amor en el mundo de las ideas. Ya lo veremos con detenimiento, pero su madre no está equivocada en su formulación. Platón cree, cuatro siglos antes de Cristo, que hay un mundo de las cosas, el que nosotros percibimos con nuestros sentidos: este escritorio en donde tengo apoyado mi portafolios, las butacas en donde ustedes están sentados, este cigarro en mis manos. Los veo. Los toco. Los huelo, también. Sin embargo, Platón creía que estas representaciones físicas eran torpes imitaciones de cada una de las ideas perfectas que residían en otro mundo distinto al mundo de las cosas: el mundo, claro, de las ideas. Allí se encontraba el "maximum" perfecto de cada cosa. La "escritoriedad" de este escritorio. La "cigarrillidad" de este cigarro. Dado que originariamente participábamos de ese mundo de las ideas con nuestras conciencias, tenemos en nosotros, en cada uno de nosotros, el recuerdo de esa perfección de cada idea. Sucede que, al traernos a habitar el cuerpo de cada uno, éramos arrastrados por un carruaje bello tirado por gráciles corceles en un viaje que atravesaba las aguas del Leteo, las aguas del olvido. Escuchen esto: Leteo. Delete, en inglés. Borrar. Nuestras ideas perfectas aprendidas en aquel mar se "olvidaban" y llegaban a este mundo de cosas. Cuando veían un banco, como en el que ustedes están sentados, recordaban la "banqueidad" del mundo de las ideas y le atribuían el nombre de banco. Bella imagen, ¿no? —preguntó y se volvió a sentar en su escritorio.

—¿Y eso qué tiene que ver con el amor, profesora? —insistió Gerardo.

—Sería decir que el amor, que se tiene en este mundo de las cosas, no es más que la búsqueda y el recuerdo del amor perfecto del mundo de las ideas. —La que habló fue Lourdes.

—*Touchée, mademoiselle Lourdes. Très bien.* Es eso. Uno busca el amor, cree Platón, por dos razones. Por esa búsqueda incansable de las ideas perfectas y, también, para prolongar la especie y sostener la inmortalidad del alma. Por eso él defiende el amor.

—Es que no entiendo quién podría estar en contra del amor —cuestionó Lourdes.

—Lucrecio, Lourdes. Sólo un ejemplo, último siglo antes de Cristo, en Roma, Lucrecio reacciona furioso contra Platón. ¡Qué tontería es esta de un mundo de ideas perfecto, bueno, bello ni nada de eso! El mundo es en tanto y en cuanto yo puedo pensarlo. Este cigarro —dijo

levantando su vaper— existe porque yo existo antes y lo puedo crear y fumar. —Dio una pitada larga que llenó de humo su cabeza—. El amor, dice Lucrecio retomando a Epicuro, alguien que lo antecedió en unos doscientos años, era una farsa, una impostura, que endiosaba el deseo y perjudicaba tanto al amante como al amado. “Hay que evitar el amor y el matrimonio por completo”, gritaba.

—Anotá eso, Uno. Te va a venir bien. —Uno escuchó que Franco le decía eso por lo bajo tocándole otra vez la pierna.

—Lucrecio creía en el desenfreno de las relaciones sexuales para huir de los peligros de la pasión estable. Sexo sin compromisos, sexo con muchos —dijo Orlás.

Lourdes lanzó una carcajada inesperada. Una suerte de interrupción de obra de farsa teatral. Orlás la miró esperando que se explicara. Lourdes dijo entre risas.

—Perdón, profesora. Perdón. Pero es que me dio gracia… risa… lo de Lucrecio… Sucede… no tiene importancia. Le pido disculpas…

—Por favor, Lourdes. Sus aportes son siempre interesantes.

—Pasa… perdón… Es que los otros días tuvimos una discusión en el Magots con algunos compañeros y lo que dice Lucrecio me hizo acordar a…

—¿A quién o a qué? —dijo Orlás.

—No hace falta, profesora. En otro momento. Pido disculpas por la interrupción.

—Le hizo acordar a mí, profesora. —Uno lo dijo con una voz firme que resonó en la sala.

—No hablaba de vos, Uno. No sos siempre el centro de atención —replicó Lourdes.

Uno siguió como si no la escuchara:

—Yo nunca hablé del amor, profesora, en el que creo y sostengo que tiene una dosis de exclusividad. Hablé de la fidelidad sexual sosteniendo que es un mandato de la sociedad que quiere mutilar el placer. Eso dije.

—¡Sos un farsante, Uno! —gritó Lourdes—. Vos hablaste de tu defensa de… de… la promiscuidad con tu pareja y…

—¡Señorita Lourdes! Le pido que no siga. Está siendo francamente desubicada.

La voz de Orlás se impuso a los que discutían.

—No me cansaré de decir que la filosofía, este curso en particular, no tiene sentido si no sirve para que nos miremos en la vida cotidiana de cada uno de nosotros. Sin embargo, su intervención es de una indiscreción inadmisible.

—Wow, tu amiguita —le dijo al oído Franco a Uno—. Aunque quiero que charlemos eso del sexo libre.

—Le pido disculpas, profesora —dijo Lourdes bajando la cabeza—. Y a Uno.

—Retomando a Platón y Lucrecio, será interesante que veinte siglos más tarde, Sigmund Freud describa al amor del primero como una especie de depósito que se hace en el otro de un ideal del yo. El otro es mi ideal y me vacío en función del otro que queda enaltecido.

Vulgarmente hablaríamos de la búsqueda de la media naranja que me complete. Error, dice el padre del psicoanálisis.

—¿Y la fidelidad sexual? ¿Dónde queda, profesora? —El que preguntó fue Gerardo, observado con sorpresa por su novia.

—Lo primero que se me ocurre, estimado, haciendo un homenaje a las asociaciones libres del recién citado Freud, es un pensamiento de mi preferido Jean Paul Sartre: "El amor no es posesión, sino libertad". Con Simone de Beavouir, su amor especial, tenían una suerte de lo que hoy se llama vínculo poliamoroso. No sólo sexo, sino también relaciones de amor con otros. Sartre tuvo muchos amoríos, incluso con mujeres amigas de Simone. Pero él hablaba de franqueza amorosa: ser transparentes. Compartir todo: romances, dudas, inseguridades, obsesiones.

Uno percibió que Franco lo miraba. Él le dijo:

—¿Querés contarle de tu exclusividad para tomar café o preferís que vayamos a tomar gin tonic al final de la clase?

33
Chocolate

—Le pido, por favor, si podemos hablar con el médico para pedirle un antiinflamatorio extra —dijo Ana acomodándose la vía del suero sin mirar a la persona que entraba en su habitación.

Nadie le respondió.

—¿Puede ser que le…? —Y Ana se interrumpió—. ¡Uno! ¡No puedo creer que seas vos! ¿Qué hacés acá? —Abrió los brazos como quien espera un saludo efusivo.

—Me convertí, vi la luz y ando predicando por los hospitales —le dijo Uno riéndose y yendo al abrazo.

Los dos se saludaron fuerte. Uno pensó que era la primera vez que abrazaba tanto a Ana. Se querían, habían entablado un vínculo muy parecido a la amistad en el curso de los jueves. Pero no tenía el registro de haberla abrazado tan fuerte. Sintió su cuerpo, su piel.

—Supongamos que podés comer chocolate —dijo Uno sacando de su campera una barra envuelta en una cinta roja—. Caso contrario, soy feliz siendo un dealer perseguido por la justicia sanitaria.

—Puedo, puedo, amigo. Sentate.

Los dos se miraron como quien busca en el gesto la palabra no dicha, el camino para iniciar una conversación que no naufrague. En los dos, funcionaba esa condición de ser considerado con los otros. Tratar de intuir qué prefería el otro en una charla causal. Navegar sobre temas profundos, escuchar o, al revés, ser escuchado. Andar por la superficie sin más motivo que el estar juntos. Uno no pudo ver en los ojos de su amiga en qué frecuencia estaba. Y por eso arriesgó:

—¿De 0 a 10 estás…?

Ana suspiró con una especie de sonrisa.

—Estoy. Estoy. Seis cincuenta desde el cuerpo. Parece que el hematoma de la cabeza es algo menor y se reabsorbería sin problemas. El resto son dolores. Fuertes, cansadores, pero dolores y uno ya sabe que más tarde que temprano se van. En el trabajo me dieron una licencia que, creo, anticipa una patada en el tujes cuando me reponga. Habrá que salir a buscar algo de qué vivir. Decidí que por ahora no me ocupo del tema. Por el resto, amigo, de 0 a 10 estoy menos dos. Héctor se fue de casa después de visitarme y sentarse en donde vos estás y decirme que soy una puta.

Uno la miró, le reclamó un trozo de chocolate y le dijo:

—No está tan mal. Sumando y haciendo el promedio da en números positivos. Podría ser peor —diagnosticó.

Ana hizo un bollo con una servilleta de papel y se lo tiró.

—¿Seguís yendo los jueves a lo de Orlás?

—Sigo yendo. —Hizo un silencio y agregó—: Sigo yendo, putita…

Ana no daba crédito. Sintió que podía reírse de la ocurrencia de Uno, pero al instante percibió que se permitía jugar con una ironía que a ella le dolía. Literalmente le dolía, y mucho, en todo el cuerpo. Lo odió.

—¡Sos un reverendo hijo de puta, Uno! No tenés ningún derecho. No nos conocemos tanto como para que… para que… —Y se quebró en un llanto desesperado. Ana lloraba desde el fondo de su humanidad, movida por una fuerza que Uno podía ver le nacía a la altura de su abdomen, crecía en el pecho y erupcionaba en su garganta. Más que llorar era una especie de bramido con angustia.

Uno no se movió de su asiento. Sólo la miró. Estaba dispuesto a ser testigo de su verdadero desahogo. Cuando ella pareció calmarse, se arrodilló al lado de su cama, partió un trozo de chocolate que lamió mirando fijamente a Ana y, cuando lo tuvo bien humedecido con su saliva, se lo dio a comer. Ana experimentó un asco inicial que, nunca podría explicarlo, mutó a un deseo erótico irrefrenable. Tomó el chocolate que le manchó las yemas, mordió un trozo y lamió el restante para devolvérselo. Él, sin dudar, lo comió.

—Un secreto menos entre nosotros. Al menos ya conocemos a qué sabe nuestra saliva. No es poco. Imagínate si me va a importar que alguien te diga que sos puta.

A Ana se le volvieron a llenar los ojos de lágrimas. Esta vez, con ritmo de quien llora para acompañar y ser acompañado. Entonces Uno la abrazó.

—Héctor me mandó las llaves por Inés y se fue de casa. No puedo creer que ni siquiera haya esperado que saliera de la internación.

Uno se mantuvo en silencio.

—Cuando le quise reclamar por esto a Inés, ¿sabés qué me dijo? Que no soy la Ana de “ellos”, la que “ellos” querían y conocían. Y que estaba dispuesta a llevarme a tratar por mi compulsión. O sea, ¡me dijo puta!

Uno se acomodó en el sillón.

—¿Podemos hablar de ser puta así ubicamos el término en el lugar de una discusión y no de una valoración moral? ¿Qué es una puta? ¿Una mujer que tiene sexo a cambio de algún beneficio? ¿Te cierra?

Ana asintió.

—Entonces sos una puta, amiga.

Ana volvió a experimentar cierta incomodidad. Pero confió en su amigo.

—¿Sabés cuál es el problema? Que tu beneficio, como puta, no es el dinero. Vos no cobrás para esto. ¿Y cuál es tu ventaja?

Ana lo miró desconcertada. No supo qué decirle. Uno siguió:

—Tu beneficio es el placer. ¡El puro, directo y noble placer! Y eso, mi estimada doctora, es insoportable. Peor: inadmisible.

Ana sintió que su amigo ensayaba una defensa leal como hacen los que te quieren. Se sentía menos sola, pero no podía dejar de recordar lo que había vivido con su esposo y su amiga.

—¿Qué decís? Me odian porque me revuelco con tipos horribles en un cine porno de mala muerte. ¡Les da asco! Se lo vi a Héctor en los ojos.

—Puede que haya parte de eso. Pero lo que a todos les resulta inadmisible es que te hayas animado a seguir las ganas de tu placer como se te canta. Usar tu cuerpo para el placer. ¿Qué es esto que una persona…? ¿Qué digo? ¡Peor! ¿Una mujer use su cuerpo para tener placer sin otro beneficio que la carne? ¡Ana! Te odian desde la envidia de estar atrapados en lo que hay que hacer y vos, solo con tus tetas y tu vagina, desafiás. Ana, sos el cuerpo del placer.

Ana sintió que la invadía una extraña alegría. Héctor no había vuelto, Inés la despreciaba, hasta las enfermeras la consideraban algo sucio. Pero ella abría una puerta, gracias a Uno, para no juzgarse.

34
Monogamia

Ana dejó el plato con compota de manzanas y volvió a pensar en el queso y dulce. Había pedido postre vigilante a la enfermera. Su preferido. La chica embarazada le dijo que trataría de hacer algo. Seguía siendo distante con ella con ella, como con miedo a contagiarse de algo que ni ella misma podría explicar. ¿Por qué muchos, médicos, personal del hospital, la gente de limpieza, la miraba desde la distancia así? Ana tenía la impresión de padecer una enfermedad contagiosa, de las que obligan al barbijo y a los guantes. ¿Tan grave es haberse atrevido al placer?

Ana amaba el postre vigilante. Queso fresco, siempre abajo, y dulce de batata. No membrillo. *El membrillo es para la pasta frola y los pastelitos*, decía Héctor, seguro de recitar una verdad bíblica. No consiguió su postre favorito. Internada, un día más por lo menos, como había dicho el médico, Ana pasaría una noche más en ese cuarto blanco. Sola.

Recordó que a Inés le gustaba sólo el membrillo. Una vez, en su casa, mucho antes del derrumbe de la verdad sobre sus idas al cine porno, Inés sirvió en un plato grande dos porciones de postre. La mitad membrillo, la mitad batata. Y nada más que un tenedor. Las dos, sentadas en el piso compartían el tenedor para llevarse a la boca ese manjar que ahora extrañaba. Comían alternándose, sin tocar el dulce de la otra. Ana recordó que hablaban de la monogamia. Y, como con el postre, no se mezclaban en sus gustos.

—Ya sé que no es natural pensar en un solo tipo para toda la vida. ¿Vos te creés que no tengo ojos y no miro a todos esos tipos alucinantes que se me cruzan en la calle, en la vida, en la tele o en el cine? Veo un tipo que me gusta y pienso: le re doy. Pero a la vez, sé que estoy con mi novio al que quiero y al que puedo herir si se entera. Ahí se dan de patadas las ganas del cuerpo y el impulso del amor. —Inés explicaba como si tuviera un auditorio que la escuchara—. Y uno, amiga, por amor, que es más importante que el llamado de la calentura, cede desde el cuerpo y apuesta al hombre que eligió para algo más que el sexo.

Ana la miró, detuvo su porción de batata en sus labios, como a medio comer y habló con la boca llena dejando ver el inicio de su risa.

—Parááá… Dejate de hacer el papelito de Afrodita contemporánea. Resulta que las tetas te tiran para que te las toque otro tipo y vos, por amor, por esa especie de abstracción de Corín Tellado, postergás el tirón que te da entre las gambas cuando ves a un chongo lindo y decís no

pasa nada, me re calienta el tipo, pero yo lo quiero a mi novio. ¿En serio me estás diciendo eso, Inés? —Completó con su risa abierta.

—El amor no es una abstracción, no es una idea etérea, Ana. —Le reclamó el tenedor para su bocado de membrillo—. El amor se siente en el cuerpo. Decime que no te pegaba físicamente cada vez que Héctor te decía te amo. ¿No lo sentías en la carne misma?

Inés se dio cuenta que estaba usando el tiempo verbal pasado. Ana, como si leyera ese pensamiento, se apuró.

—Lo sigo sintiendo. Cada vez que él me dice que me ama y, especialmente, cada vez que le digo que lo amo, se me ensancha el cuerpo. Es más fuerte. Pero eso no tiene nada que ver con lo que siento más abajo cuando veo a un tipo que me calienta. Mirá. Estoy leyendo un libro, de esos de divulgación, sobre Platón. El tipo explica que las virtudes se alojan en un lugar especial del cuerpo. La valentía y la audacia están en el centro del pecho. Las llama el alma irascible. El puro placer y el deseo animal están en el vientre. Es el alma de la concupiscencia. Yo creo que el amor está en la nobleza del pecho. La calentura en las partes. —Volvió a reírse—. Como decía mi abuela. Acá. —Se señaló desde la panza hacia sus genitales—. ¡Y no se tocan! —gritó estallando en una carcajada.

—No hay que hacerle al otro lo que no nos gusta que nos haga, Ana —dijo Inés—. Esa es la regla esencial para poder detener la calentura del momento. De lo que sea. De acostarte con otro, de mentir, de lo que sea. —Y terminó su porción de membrillo y queso.

Ana se detuvo pinchando su futuro bocado. Pensó mientras miraba el plato y su manjar. Y se animó a hablar.

—No es cierto eso. Eso es una mentira. Hay muchas cosas que me gusta que me hagan y no me interesa hacerlas.

35
Un balcón con plantas

Eva decidió volver al departamento. A mi departamento, se dijo cuando caminaba. Lo había comprado hacia un par de meses y luego de que su novio la dejara no había vuelto. Qué sentido tenía pisar ese lugar que habían pensado juntos si él ya no estaba.

Se levantó ese día con una especial energía. Energía para hacer. Si es cierto que el duelo de la ruptura debía ser transitado, no había por qué hacerlo creyendo que la pérdida tenía que ver con su departamento. ¿Juan, su novio, habría decidido dejarla antes de saber que ella iba a comprarlo? ¿Lo habría decidido y no tuvo el coraje de decírselo para no provocar el naufragio, quizá, de esa compra? ¿O fue la compra, la toma de conciencia física del lugar, lo que hizo precipitar su abandono?

Nada de eso supo. Es más: no quiso saberlo. Cuando su novio le dijo que se le había ido el amor, ella no tuvo espacio para saber el porqué. Le dolía tanto el abandono que con eso colmaba su capacidad de sufrimiento.

—No tolero que se haya ido —le diría a Uno un tiempo más tarde, mientras tomaban café después del curso de los jueves en Magots—. Imaginate que no tengo espacio para que me duelan también sus motivos. No quiero volver a verlo.

Esa mañana Eva entendió que abrir su departamento era un gesto que no se relacionaba con su novio. Era un puro acto propio de supervivencia. Debía arrancar de esas paredes cualquier vestigio de él y entender que lo que fuera a suceder, vivir allí o alquilar ese sitio, tenía que ver sólo con ella. Su duelo sería en otro lugar. No en el departamento.

Llegó temprano. Abrió la puerta con un insólito temor de encontrarse con lo no querido. Nadie estaría allí, lo sabía. Temía a los fantasmas de un recuerdo. Sin embargo, ni bien ingresó notó un resplandor que se colaba por la ventana que era pura alegría. Luz clara. Sol generoso. Le gustó.

Levantó toda la persiana y la sensación de confort se multiplicó. El espacio vacío no mostraba desolación. Todo lo contrario. Era pura posibilidad. De hacer, pintar, acomodar muebles, iluminar y decorar paredes. Le gustó también eso. Pensó en la tábula rasa de los empiristas explicados por Berta Orlás en la teoría del conocimiento, aquella idea del ser humano llegado a la existencia como una hoja en blanco que debía completarse de conocimiento con el mero vivir,

y sintió que ese departamento tenía todo en blanco para ser cubierto por lo que ella quisiera. Se sintió poderosa, dueña.

Se dirigió al único dormitorio. Sin darse tiempo, abrió la ventana y la misma luz del living se hizo allí presente. Algunas hojas del árbol que se asomaba al balcón volaron sobre el piso lleno de tierra. Recordó que ese balcón había terminado de decidir la compra. Amplio, con una bella reja, listo para sillones, mesa pequeña, sueños, tragos y amigos.

Se sonrió, segura de esa risa, al recordar que había alguna vez fantaseado con suicidarse arrojándose desde un balcón. Ese espacio, de su departamento, la contenía, la invitaba a la vida compartida con charlas de amigos o, ¡qué placentero!, momentos a solas para reflexionar, ver caer la tarde o el anuncio de un nuevo día. Se abrazó a sí misma con ganas. Vital. Pensó en las plantas que habitarían ese balcón.

De repente, percibió la alarma de un mensaje en su teléfono. El timbre era el de los integrantes de su familia. Eva asignaba distintos sonidos para sus cercanos. Su novio tiene —tenía, porque lo había bloqueado— una campana. Su mejor amiga, el piar de un pájaro. Y así. Su familia, también. El mensaje era de su prima que vivía en Estados Unidos. Parte de su familia había emigrado muchos años atrás, antes de su nacimiento. Alguna de las tantas crisis económicas los había empujado. Se fueron ella, su madre y su hermano Pablo. Eva leyó: “Hoy se fue Pablo. Estoy desolada. Esa maldita enfermedad de nuestra familia”.

Pablo padecía del síndrome de Rendu-Osler-Weber, una alteración vascular hereditaria que se manifestaba en la juventud con frecuentes sangrados nasales. Luego, esa misma debilidad se trasladaba, más grave, a otros órganos como los pulmones o al sistema digestivo. Los sangrados producían anemias potentes y con el paso del tiempo otras alteraciones orgánicas. Eva lo sabía porque su madre lo tenía. Ella, no. La habían analizado de adolescente y había zafado. La enfermedad, le explicaron, solía, a veces, no presentarse en los hijos, pero sí en los nietos de los afectados. Podía saltar una generación. La hermana de su madre lo tenía. Y Pablo, su hijo, también. Así de arbitraria era.

Volvió a leer el mensaje. Quedó inerte. Leía sin voluntad de entender. Entendía, claro, pero no quería.

Pensó en Pablo, a quien había conocido hacía unos diez años cuando vino a visitar a la familia por primera vez, y no pudo pensarlo muerto. Es que él era un tipo noble, bueno, generoso. Como si eso alcanzara para evitar lo fatal. Pensó en Pablo sangrando como había visto a su madre sangrar desde que era niña. Pensó en los algodones que ella se llevaba a la nariz que salían rojos, brillantes, repletos de ese líquido que se negaba a quedar en el cuerpo de esa mujer que siempre había sido pálida, con ojeras azuladas, sufriente.

Pensó en las veces que ella prometía cosas imposibles con tal de que el próximo algodón de su

madre saliese limpio. O, al menos rosa, menos teñido, signo de una hemorragia que cedía. Pensó que hubiese dado su vida, su sangre, a su madre que se avergonzaba por perder su energía roja ante todos e, incluso, ante su hija. Porque el sangrado era de repente. Sin aviso, incómodo, traicionero.

Pensó en ella diciéndole mamá, no te preocupes, yo estoy acá, como si la sangre pudiera escucharla y se apiadara. Pensó cuando todo pasaba y se descubría manchada de la sangre de aquella mujer que amaba, corriendo a lavarse para que ella no le dijera *no merecés ver esto, hija*.

Pensó en Pablo muerto, sin más sangre. Pensó en la sangre de su familia, menos presente. Y se pensó a ella, sin poder imaginar a sus hijos condenados, en suspenso a esa enfermedad horrible. Se pensó sola, ausente.

Soltó el teléfono y, ahora sí, entendió la fatalidad de la vida imprevisible, como las hemorragias.

Sintió que no quería ser tomada de sorpresa.

Entonces, saltó desde el balcón.

36
Vasos comunicantes

Uno terminó de relatar sus experiencias en el Club y sus dudas sobre seguir o no con la relación. Su psicoanalista se quedó callado y sólo atinó a moverse en su sillón. Uno sabía que en estos encuentros con su terapeuta el silencio era nada más que una interpelación para darle más peso a lo dicho.

—Yo sé que usted me va a decir que es incorrecta la pregunta —dijo Uno.

El profesional alzó las palmas de las manos como señal para que continuase.

—¿Es muy disparatado o enfermo lo que yo pido como modo de sentirme registrado por C?

—No. No lo es —dijo Gabriel para sorpresa de su paciente.

¿Estaba valorando como buena o mala una de sus actitudes? Eso no era lo que se suponía de una sesión de psicoanálisis.

—No, Uno —siguió—, en tanto y en cuanto sea lo que siente y no sea un acto de represalia por no tenerlo.

—No entiendo —dijo Uno.

—No suelo hacer estas acotaciones teóricas. Porque son siempre impropias para una sesión y porque en la mayoría de los casos recurrimos a simplificaciones que desdibujan lo pensado por el autor. Pero, con su permiso, haré una mención para graficar torpemente lo que Freud denominaba como el modo de amor hacia uno mismo y el amor hacia el objeto del amor. Le pido que jamás repita esto en el marco de una charla porque le haría daño al psicoanálisis. —Se sonrió Gabriel—. Una persona no posee una infinita capacidad de amor hacia sí misma y otra infinita de amor objetal. Perdón el tecnicismo. Hacia otro, quise decir. Cuando el niño supera la etapa del amor narcisista, amor sólo hacia él, y empieza a dirigirlo hacia otros objetos, cede parte de aquel primer amor en pos del otro. Amar es, digámoslo así, perder una cuota del amor narcisista en pos de colocarlo en el amor objetal. C acciona, y sólo por lo que usted me dice, no puedo hacer un diagnóstico de él, esencialmente defendiendo su amor hacia él mismo. Tiene dificultades de ceder algo de él en pos de usted. Al menos, eso me dice usted. Es como los vasos comunicantes que aprendíamos en la escuela secundaria.

Gabriel tomó un tubo de vidrio en forma de U, lo colocó apuntando las extremidades hacia el techo y con una lapicera marcaba una imaginaria suba de un extremo y la baja del otro.

—Así también ocurre con usted, Uno. Usted puede ceder algo de su amor a sí mismo, en este

caso en el modo que describe como registro del otro, en pos de amar a ese hombre que desea. ¿Queda claro?

Uno permaneció inmóvil mirando el tubo y arremetió:

—¿Qué tiene que ver esto con el hecho de que usted no crea disparatado mi reclamo de registro?

—Tiene que ver en tanto y en cuanto resulta no disparatado si la parte de este tubo, la del amor hacia usted mismo —señaló el psi—, reclama más contenido cediendo la parte de este otro extremo que es el amor hacia él. Si usted reclama esto porque quiere defender su amor propio, no es disparatado. Si lo hace como enojo a lo que C es, a lo que él cree que debe ser el amor para sí y por usted, es entonces un disparate. Usted no puede intervenir en los vasos comunicantes de él. Apenas puede ver qué hace con los suyos.

El psicoanalista cerró su libreta de anotaciones y se adelantó en su sillón, como para darle más énfasis a lo que diría:

—Nadie cambia por amor. Al menos, de forma radical. Pretender eso es querer que el otro deje de ser quien es. Que sea otro, alguien distinto a C, en su caso. ¿Y a usted le gustaría estar enamorado de un C que no es quien es? —dijo el analista.

37
Café

Uno se detuvo antes de unir las dos partes de su cafetera y pensó en el ruido de esa rosca. El recipiente de agua estaba lleno, el filtro de metal colocado con el café hasta el tope para garantizar que fuera fuerte, y su mano derecha inmóvil sosteniendo la parte superior de su cafetera italiana que en minutos alojaría el líquido burbujeante. Pensó que sabía de memoria, desde hacía… ¿cuarenta años?, qué ruido haría la parte superior que se enroscaba para calzar. Una especie de chirrido metálico que comenzaba agudo y terminaba grave, como un último pedido de ayuda de un animal herido.

¿Cuándo lo habría escuchado por primera vez? ¿Cuándo su madre lo había dejado preparar el café obligatorio después de cada almuerzo y de cada cena? ¿Y la cafetera que había traído de su pueblo? ¿Dónde estaba?

Fue ese el pensamiento que lo paralizó. Recordar, añorar aquel artefacto que puso al final de todo cuando armó su valija para venir a estudiar a la gran ciudad. ¿Dónde estaba? ¿Lo había perdido?

Cuando se fue de su pueblo y se la llevó, sintió que robaba ese objeto tan preciado por su familia. En realidad, por su madre. Su padre tomaba el café sin importar de dónde provenía. Su madre sostenía que prepararlo era un gesto de respeto y consideración. Quizá por ello es que costó tanto que esa mujer lo dejara manipular esa cafetera en la que depositaba tanto valor. Llevándosela desafiaba su aprobación o su veto para hacerse cargo.

De repente, Uno recordó. La había llevado a arreglar a un lugar cercano a su viejo departamento.

Desayunó apurado ese sábado, movido por el deseo de volver al negocio de reparaciones y recuperarla. Temía que el paso del tiempo hubiese hecho prescribir el derecho a reclamarla. No vivía muy lejos de allí. Decidió caminar. Mientras lo hacía recordó las veces que había servido a quienes estuvieran en su casa ese café que lo hacía sentir orgulloso. Es que siempre, siempre, lo elogiaban. Cruzando una calle recordó a uno de sus primeros novios que después de hacer el amor le decía que era el momento justo de invocar el goce de ese rato tomando un café.

Y él iba a prepararlo. ¿Qué sería de la vida de aquel novio? Caminaba y trataba de hacer memoria del tiempo que pasaron juntos. ¿Dos años? ¿Tres? Como nunca le había ocurrido, lamentó no saber de él. Su separación fue total. Ni un mensaje, ni una señal sobre cómo estaba.

Recordó que Orlás había dicho en una clase que un pensador, de los pocos que se atrevían a hablar del amor, sostenía que son tan pocas las veces que uno se enamora en la vida que esos sentimientos, escasos, debían ser preservados de alguna manera, aun cuando el amor mismo se hubiera terminado. Le pesó más no saber de su ex. No saber nada de nada.

Por fin, llegó al negocio. Antes de entrar, notó que en la cuadra siguiente había un gran operativo policial. Patrullas, ambulancias y hasta un camión de bomberos. Se dio cuenta de que todos estaban apostados en la calle de aquel departamento que le había vendido a Eva.

Había mucha gente esperando para ser atendida. Podría acercarse al tumulto para ver de qué se trataba y volver cuando hubiese menos gente. Se rio de sí mismo: era curioso.

Al acercarse, notó que los médicos y bomberos estaban justo enfrente de su antiguo edificio. Un cordón policial no dejaba acercarse a nadie que quisiera curiosear. Cuando estuvo a pocos metros lo confirmó. Algo había pasado allí mismo, en lo que fue su edificio. Quizá un incendio, por la presencia de bomberos. De repente, escuchó:

—Se debe haber tirado de un piso bajo. Si no, no sobrevive —dijo una mujer que se acomodaba los anteojos para ver mejor—. Es del balcón que no tiene plantas.

—Qué tremendo para los padres —dijo otra—. Una chica muy joven… Los médicos dijeron que no se salva.

Uno se acercó a uno de los policías que estaba apostado casi en el frente que él conocía de memoria.

—¿Se suicidó alguien que vivía aquí? —le preguntó.

El oficial lo miró y sólo apretó sus labios. Después movió ligeramente su cabeza en señal de afirmación.

Uno empezó a temblar aun antes de imaginar lo que imaginó. Su cuerpo se le adelantó y acusó el impacto de lo que luego sabría.

—¿Se sabe el nombre? ¿Es una mujer? ¿Es joven? —preguntó arrebatado otra vez.

El oficial no respondió a ninguna de todas esas preguntas. Uno sintió una mano en su hombro y una voz familiar le dijo:

—Es la chica que te compró a vos, hermano. Vino a visitar el departamento y se tiró. —El portero de toda la vida era el que le hablaba—. Se tiró —le dijo abrazándolo.

Uno se desprendió del portero con violencia haciéndolo trastabillar.

—¡Eva es mi amiga! —les gritó a los médicos, bomberos y vecinos—. Yo la conozco. Necesito hablar con ella ahora mismo —dijo increpando a uno de los hombres con guardapolvo blanco y se dio cuenta de lo que había dicho. —Por favor, doctor. Dígame si murió o si sobrevivió. Por favor. Eva es mi amiga.

El médico murmuró en su oído algo que nadie pudo escuchar. Uno miró fijo a ese hombre, lo abrazó y salió corriendo. Un enfermero quiso retenerlo para asistirlo. Uno se lo llevó por delante. En la esquina, una mujer bajaba de un taxi y él se arrojó dentro del auto, mientras la pasajera le

gritaba que era un maleducado. Le dio al conductor una dirección que no sabía que recordaba de memoria. Se dobló sobre las rodillas y comenzó a llorar. Con sus manos se golpeaba la nuca y sólo decía no puede ser, no puede ser.

Por fin, llegó al destino. Bajó agitado, desesperado y miró los edificios. Reconoció el negocio. Entró sin dejar de llorar y vio a Lourdes.

—Eva se tiró por el balcón —le dijo. El cliente que estaba atendiendo se llevó las manos a la boca—. Eva se tiró por el balcón del departamento que era mío y yo nunca me di cuenta… No me di cuenta… No supe a dónde ir, Lourdes… Y te vine a buscar a vos.

Ella lo miraba estupefacta. Uno la abrazó desconsolado. Lourdes lo dejó desahogarse hasta que logró separarse de él. Le acarició la frente y le secó las lágrimas.

—Escuchame bien, Uno. ¿Me estás escuchando? ¿Sabés si… murió?

—Está internada, muy grave en el hospital de emergencias.

Uno sintió el abrazo fuerte de Lourdes. Y la escuchó decir:

—Vamos.

38
Hagan lo que quieran

Mientras desayunaba, Ana descubrió la pila de diarios sobre la mesa de su cocina. La señora que limpiaba el departamento los habría dispuesto allí. Otro signo más de la ausencia de Héctor de su casa. Él se ocupaba de indicar qué diarios se tiraban, cuáles se conservaban. Con la promesa incumplida, ni bien se formulaba, de leer en los próximos días algún artículo de fondo del periódico de fin de semana solía acumular un prolijo montón de papeles que se acomodaba en el cuarto de huéspedes. Nunca en la cocina que debía permanecer limpia, despejada. Como quería su esposo.

Ana tomó la revista del día domingo. Mecánicamente, como siempre, leyó su horóscopo. “Semana de grandes cambios en lo laboral. Una puerta que se cierra. Deberá descubrir las que se abren. En el amor, quietud”. No estoy en condiciones de más cambios, pensó, preferiría una quietud general.

Se miró en el espejo de entrada. Se gustó. Su traje chaqueta de marca era su sello. Se acercó más y vio que no había rastros de la cicatriz en la cabeza. Suspiró.

Ya en la calle volvió a sentir algo de vértigo. El médico le había explicado que eso sería normal luego del traumatismo de cráneo. Sin embargo, Ana sentía otro tipo de excitación. Estaba volviendo al trabajo después de dos semanas de internación. Luego del cine, pensó.

Frente al edificio donde estaban sus oficinas volvió a sentir que perdía levemente el equilibrio. Sin embargo, esto le resultó familiar. La altura de esas torres, el canal del río sobre el que miraban le aceleraban el pulso. La imagen le provocaba el placer de siempre.

Llegó a la puerta y temió ser mirada por los guardias de seguridad. ¿Sabrían? ¿Habrían leído?, pensó. No notó nada inusual. Cuando llegó a los molinetes que conducían al pasillo de los ascensores descubrió que su tarjeta magnética no funcionaba. Probó una vez más. Tampoco. Cuando iba a protestar, uno de los empleados del edificio le franqueó la entrada con su pase y le dijo:

—Yo la habilito, señora. Pase.

—Otra vez se debe haber desmagnetizado la mía —dijo sonriéndole.

El hombre volvió a su escritorio sin dedicarle el menor gesto.

¿Me habrán quitado el ingreso?, pensó. Y allí, por primera vez, el temor se instaló en el cuerpo.

Durante los días de internación, Ana fantaseó con ser despedida. Inés y Uno le contaron que la noticia de su robo había sido reportada por algunos noticieros y diarios.

—Es que re garpa, Ana —le había dicho Uno en una visita al hospital—. Imaginate. Poderosa Ceo de una empresa es encontrada en cine porno de mala muerte, asaltada y golpeada. Eduardo Finkelstein se hizo un picnic con el tema. —Uno se rio a carcajadas, burlándose del periodista considerado el más conservador e impiadoso de la televisión.

—Salió en el diario —le contó Inés otra vez—. ¡En el diario! —Y mencionó al de mayor circulación.

Ana estaba preparada para pensar su vida luego del despido, si eso ocurría. Sin embargo, no se sentía segura de poder afrontarlo cuando le comunicaran la noticia. Prefería que un tercero la recibiera por ella. Un gesto infantil, se daba cuenta, de no mirar a la cara al que la echaba.

El ascensor se detuvo en el piso 27. Ana bajó confundida. Miraba a su alrededor como si aquello no le fuera propio. Como si no conociera esas oficinas que había caminado por años. La joven de la recepción la vio y tomó de repente el teléfono. ¿Fingía hablar con alguien? Apenas si movió su cabeza en señal de saludo. Ana caminó por el pasillo principal que atravesaba la sala de trabajo de la planta de empleados y se obligó a no mirar a través de las mamparas que separaban los espacios. Creyó sentir un repentino silencio del otro lado.

Por fin llegó a su oficina. Pisaba terreno seguro, una especie de regreso a su patria pequeña. Abrió los brazos con gesto de conquista. Arrojó su cartera en un sillón y creyó que lo había logrado. Su espacio estaba intacto. Su lugar seguía como siempre.

Cuando se dirigió a su escritorio lo vio. Álvarez, su jefe estaba sentado.

—Hola, Ana —dijo lacónico—. Tome asiento.

Ana no pudo responder. Extendió la mano y el hombre bajó la vista. No tenía sentido. Todo estaba dicho.

—Me permití esperarla aquí para recibirla personalmente. Creo que conoce al doctor Igarzábal, el jefe de legales. —Le presentó al abogado que había ingresado silencioso detrás de ella—. Tome asiento, doctor.

Ana seguía en silencio

—Como sabrá, Ana, esta compañía tiene un prestigio enorme. Somos la marca en salud más reputada del país. —Comenzó a pronunciar un monólogo que Ana imaginó eterno—. Nuestro capital intangible es la confianza de nuestros socios. Y el respeto de ellos por nosotros. La noticia de su… su… episodio —titubeó el director hasta que encontró el término— cobró notoriedad.

Entonces, el abogado sacó de una carpeta impresiones de noticias online y un brief de noticias televisivas. “Ejecutiva encontrada golpeada en cine porno”, se leía. “Empresaria de día, amante del porno de noche”, decía otro.

Ana se estremeció. La invadió la vergüenza y el frío en el cuerpo.

—El directorio, Ana, decidió considerar sus antecedentes…

—¿Me despiden? —interrumpió de repente Ana—. ¿Me está despidiendo, Álvarez?

—En mérito a sus antecedentes, a los buenos resultados de su gestión, la empresa ha decidido gratificarla con la indemnización de ley más un 30 por ciento adicional, más el mantenimiento de la cobertura de salud por dieciocho meses.

—¿Me están despidiendo porque me robaron y me golpearon? —dijo Ana subiendo el tono de voz.

—No ayuda esto, Ana —empezó a decir Álvarez.

—¿No ayuda que les pida que me expliquen por qué me quedo sin trabajo por ser la víctima de un delito, dice usted? ¡No la victimaria!

—Ana: la empresa es considerada con su privacidad y le propone una salida ordenada sin ventilar… —comenzó a decir el jefe.

—¡Considerada con la privacidad! ¿Me está jodiendo, Álvarez? —Ana ya gritaba—. Soy eficiente como pocas, estoy fuera del horario de trabajo y en un acto totalmente privado, claro que sí, me roban y la compañía me raja. ¿Considerada? ¿Me está proponiendo que le agradezca no ventilar un hecho policial que en nada afecta a la empresa?

Allí intervino el abogado.

—Podríamos despedirla por telegrama y ponerle a disposición de nuestro estudio jurídico la indemnización regular y estamos teniendo este gesto de buena voluntad —dijo el letrado de unos cuarenta años, petiso, mal vestido.

Este tipo tiene pinta de ir a los cines, pensó Ana. Ella giró su butaca hacia él y con decidida provocación cruzó las piernas, que quedaron más al descubierto.

—Mirá, doctorcito —le dijo—, en mi puta vida te vi en la empresa cada vez que tuvimos una crisis, ¿sabés? La que puso el cuerpo —y subrayó con su tono la palabra cuerpo— fui yo. Vos andarías tipeando telegramas bajados de Google, pero la que hizo zafar del concurso a esta empresa fui yo.

—Ana —dijo Alvarez—, está siendo francamente grosera. Le pido que firme este acuerdo, e inmediatamente le transferimos su dinero y su premio. Este otro acuerdo es un convenio de confidencialidad donde nos comprometemos a no mencionar el… episodio a quien nos pida sus referencias. —Volvió a titubear con la palabra—. Y usted, a resguardar el secreto profesional de toda su actuación en la compañía.

Ana tomó los papeles y empezó a leerlos como si estuviera contemplando un paisaje. Letras, cláusulas, montos lucían como una foto sacada fuera de foco. Sólo podía reparar en el título

“acuerdo de desvinculación y confidencialidad” y en su nombre en los encabezados. Me despidieron, pensó. Ahora sí entiendo que me despidieron. Tomó la lapicera que le ofrecía el abogado y comenzó a firmar.

De repente se detuvo. Miró al techo, a Álvarez y al acompañante del abogado. Dejó la lapicera y se puso el dedo índice en la boca, mordisqueándolo mientras miraba con libidinosidad a Igarzábal. Se gustó en ese gesto que tantas veces había visto en las previas de las actrices del cine porno.

—Bonito —dijo mirando al letrado—, no estoy viendo en tu acuerdito el tema de mi bonus por productividad y mis dos pasajes a Europa.

El abogado se puso de pie como con temor a que ella saltara sobre él. Ana lo disfrutó.

—Ana —dijo Álvarez—, se imaginará que el directorio decidió retirar ese premio por obvias razones…

—Ah, mirá vos. Por obvias razones, me decís —le dijo cerrando la carpeta de los acuerdos—. Yo también tengo obvias razones para no firmar el acuerdito de ustedes. Tengo buena memoria de los sobreprecios que le pagamos al laboratorio de tu suegro, querido Álvarez, cuando compramos las partidas de medicamentos oncológicos, ¿*remember* Laboratorios Soren?

—Si usted me permite un momento —dijo el abogado queriendo retirarse.

—No, chiquito. No hace falta que te vayas. Porque también recuerdo al equipo de legales en el proceso del concurso de acreedores que evitamos, bah, que evité, de los pagos antedatados a algunos amigos que no tenían paciencia para esperar. ¿No?

El abogado se desabrochó el cuello de la camisa a la altura del nudo de la corbata. Estaba rojo de furia. Álvarez no perdió la tranquilidad y le dijo:

—¿Qué querés, Ana? —tuteándola por primera vez.

—El premio del 100 y no del 30 por ciento más. El bonus completo y mis dos pasajes a Europa como me prometieron. En *business*, claro.

Álvarez la miró con desprecio. Con la misma mirada que Héctor, que las enfermeras del hospital y con la que otros muchos la habían mirado. Se dirigió a Igarzábal.

—Háganle el acuerdo como quiere, doctor.

Él se sirvió un vaso de agua, se acomodó en su sillón y le dijo a Ana:

—Enseguida te van a traer el acuerdo como querés, señora. Me voy a mi oficina a esperar —le dijo al director.

Ana supo que le estaban diciendo puta otra vez.

39
No hay derecho

—Tiene los dos brazos fracturados. Evidentemente cayó hacia adelante y puso los brazos para amortiguar el golpe. El médico dijo, además, que hay un desplazamiento de no sé qué del hombro que podría comprometerle la movilidad del brazo izquierdo a futuro. Se fracturó la pelvis. Parece que el temor a una hemorragia que afecte a otros órganos es muy menor. Igual, tiene para seis o siete meses de mucho reposo y recuperación. Y después, creo, no hay mucha otra cosa, salvo heridas en todo el cuerpo que se le irán curando. En resumen, tuvo suerte.

Lourdes apuró un trago de agua que tomó directamente de la botella. En el bar, un sábado bien pasado el mediodía el público era distinto al que ellos conocían los jueves a la noche. Muchas familias con niños, grupos de mujeres adultas preparándose para tomar el té, algún hombre solo leyendo. Más parecido a la vida convencional, pensó Uno.

—¿Y la cabeza? —preguntó Ana que había sido la última en llegar.

—No creo que tenga nada. La debe tener vacía —respondió Gerardo que no escondía su molestia, vestido con ropa de fútbol. Había suspendido el partido de los fines de semana con sus amigos para llegar corriendo a Aux des Magots convocado por su novia—. Nadie que intenta suicidarse tiene la cabeza en orden.

Todos guardaron silencio. Uno percibió que nadie miraba al otro. Los ojos de sus compañeros recorrían las tazas vacías, la ventana que dejaba ver a la gente que pasaba. Ana fijó su vista en su celular. Escuchó un mensaje.

—Le pedí al jefe de traumatología de la universidad y va a ir a verla. Me dicen que es dios el tipo.

—Dios no existe, Ana. Ya lo sabemos por Uno. —Fue, otra vez, Gerardo el que intervino con ironía.

—¿Me contás qué te pasa, Gerardo, para hacerte el guapo irónico cuando estamos hablando de la salud de Eva? —le preguntó Lourdes.

—Me pasa que no puedo entender. Me pasa que estoy furioso con Eva. Me pasa que no me pienso sumar al coro de llorones que integran ustedes diciendo “pobrecita Eva”, “cómo no nos dimos cuenta”. El que se suicida no merece el menor respeto. Hay miles, millones de personas que querrían vivir y se mueren jóvenes, o están postrados en una cama o una silla de ruedas. Hay una cantidad enorme de hombres y mujeres que quieren ser padres y no pueden, ¿y esta mina se

suicida? Dejame de joder. ¿Querés que te recuerde las mujeres que quieren quedar embarazadas y no pueden y sufren de verdad, ¡de verdad!, por no poder cumplir con ese sueño?

Uno y Ana miraron a Lourdes creyendo ver en lo que decía Gerardo un mensaje directo a su novia. Lourdes no cambió su gesto. Y él siguió:

—¿Esta mina se tira por el balcón porque la dejó el novio? ¿En serio? ¿Te dejó tu novio? Se puede vivir con eso, no me jodas. A todos nos han dejado alguna vez. Se supera, se vive, se va para adelante. Me resulta una egoísta disfrazada de nena buenita que se ocupa de todos. ¡Una egoísta! No sólo es una cobarde porque no tiene pelotas para defender su vida, sino que se la caga a su familia, a su novio, que no me quiero imaginar cómo estará y… ¡a nosotros mismos! Mirá como estamos ahora gracias a Eva.

—¡Pará, Gerardo! —Uno lo miró fijo—. Basta. Si es verdad que se quiso suicidar, porque tirarse por el balcón de un segundo piso deja muchas dudas, algo pasa por la cabeza de ella que no supimos ver o que ella no nos quiso mostrar. No tengo ganas de juzgarla. Tengo ganas de… Tengo ganas de… abrazarla, amigo. Te juro.

Uno percibió que Gerardo no había tomado en cuenta lo que él sentía por Eva. Escuchó sus disculpas entre dientes.

—¿Vos decís que a lo mejor sólo quiso llamar la atención? —preguntó Ana.

—¡Ah bueno! —respondió Gerardo—. Un nivel de desproporción increíble es eso. Tirarse por la ventana para llamar la atención. Es genial. Puro egoísmo. Puro egoísmo.

Lourdes se acercó para abrazarlo. Le dijo algo al oído.

En ese instante, Uno reparó en quién había entrado al Magots. Notó que sus amigos también la miraban. Berta Orlás empujaba la puerta vaivén del bar y los descubría sentados. La profesora levantó la mano para sostener el saludo de lejos. Sin embargo, después de unos segundos de duda, se acercó a ellos.

—Qué gusto verlos aquí un sábado —les dijo—. Permítanme creer que se convocaron para seguir discutiendo sobre las clases del Club Jordania —agregó esbozando una sonrisa que no le fue devuelta.

—Profesora, Eva intentó suicidarse —le dijo Ana.

Uno percibió cómo Orlás golpeó sus piernas con el portafolio que llevaba incluso un sábado; un delicado sobresalto en la docente que inmediatamente controló.

—¿Eva asistió a la clase en la que hablé de Hume? —Sorprendió Orlás con la pregunta y tomó asiento sin que nadie se lo ofreciera.

—Creo que no —le dijo Ana—. Estoy segura, en realidad.

—¿Le pido algo, profesora? —le preguntó Lourdes.

—Un té está bien —respondió ella.

—¿Vive por aquí, profesora? —dijo Gerardo.

Ella se mantuvo en silencio. Uno pensó que era demasiada intimidad para Orlás semejante

pregunta. De repente, él vio un gesto que no le conocía. La seguridad, el histrionismo y el aplomo de siempre habían mutado a un empequeñecimiento físico. Se la veía más diminuta, hasta frágil, diría. Su cabeza, gacha. La noticia de Eva la había impactado.

—"Mi renuncia a la vida no sólo es disculpable, sino que es digna de alabanza. Tanto la prudencia como el valor nos obligan a deshacernos cuanto antes de la existencia ni bien se convierte en una carga". Eso tomé de apuntes de su clase, profesora —dijo Ana leyendo de su teléfono—. Usted dijo que Hume era uno de los filósofos que más había escrito sobre el suicidio y que se había revelado a la iglesia católica que decía que Dios te da y te quita la vida.

—Es verdad. Tiene un bello ensayo póstumo sobre el tema, escrito hacia 1750, que nunca publicó gracias a la censura. Él se siente llamado por una reacción a la tradición cristiana que cree en el derecho inalienable del creador para hacer nacer o cesar una vida. Y, además, postula la defensa del placer, del disfrute en línea con la tradición epicúrea. Pero, perdón… —dijo tomando su portafolios en señal de iniciar su retirada—. No es el lugar, no corresponde que los invada, mejor…

—De ninguna manera —insistió Ana—. Todos los que estamos aquí la elegimos para aprender filosofía y hoy nos honra con su presencia. Quizá, charlar desde la filosofía nos ayude a entender lo que sucedió con Eva.

—No hay derecho a desperdiciar la vida matándote. ¡No jodamos! —insistió Gerardo—. Discúlpeme que sea grosero, profesora. Pero no estamos en clase. No hay derecho. Y yo creo eso: no elegí nacer. Dios me dio ese privilegio. No puedo ser tan omnipotente de sentirme dios y decidir terminar con algo que no me pertenece. Dios todo lo sabe.

—Lo entiendo, Gerardo, y no tiene por qué disculparse. Lo entiendo. Hume se lo plantea como una duda en toda su vida. Pero concluye que la existencia debe pasar por la defensa de la alegría, de los placeres, de los sentidos positivos, de la pulsión de vida, como los freudianos dirían de manera casi contemporánea. Entonces, se plantea él, por qué padecer el dolor o el sufrimiento. No tiene sentido. Además, cree que no se desafía la ley del todopoderoso terminando la vida…

Uno la interrumpió.

—Gerardo: a ver si podés seguirme en este ejemplo. No te pido que pienses solo. Te propongo que pensemos juntos —le dijo.

—¿Ni siquiera este sábado podés aflojar con tu tono imbécil, Uno? —le dijo Gerardo.

Uno lo ignoró y prosiguió:

—Estás parado al lado de una montaña y se cae una piedra desde lo alto. Si yo me corro para que no me caiga en la cabeza ¿desafío la voluntad de Dios, que todo lo sabe, evitando morir aplastado como quería Dios que, por supuesto, es el dueño de la caída de esa piedra? Ese ejemplo pone Hume, ¿o me equivoco, profesora?

—No se equivoca, Uno. Es exacto —le respondió ella. Y siguió—: Además, Hume cree que la

vida del hombre no tiene demasiada importancia. Importa tanto como la de una ostra, dice. No sucede nada si uno se muere por voluntad propia. Y, además, si uno muere deja de reclamar que se le haga un bien y hace cesar esa exigencia para los otros. Sin embargo, creo que Schopenhauer es el que más directo abordó este tema. —Cerró sus ojos y recitó de memoria—: “Nos dicen que el suicidio es el mayor acto de cobardía, que el suicidio es erróneo, cuando es bastante obvio que no hay nada en el mundo para el que cada hombre tenga un título más irrebatible que su propia vida y persona”.

Todos permanecieron en silencio. Sólo se escuchó el sonido de la cuchara con la que Orlás revolvía el té. Uno percibió que Gerardo no soportaba más los discursos que justificaban a Eva. Quiso hablar, pero Ana se le adelantó.

—No puedo dejar de pensar primero en mí, profesora. Les confieso a todos que siento que es una bajeza, pero no puedo dejar de pensar en mi vida antes que en la de Eva. Su salto al vacío me lanzó a mí a otro vacío. ¿Estoy haciendo lo que quiero en la vida? ¿Estoy feliz o finjo estar feliz? ¿Qué sentido tiene todo si no hago lo que de verdad deseo, si no lo disfruto, si no es una alegría como decía Hume? Pienso mucho en eso. Y, entonces, no me atrevo a juzgar el salto de Eva.

40
Noche de Franco

El Club explotaba de gente. Sería por el feriado del día siguiente, por el calor o por la alegría compartida que garantizaba ese lugar. *El Club siempre funciona*, decía Felipe, *nunca te deja de a pie*. La fiesta era en un lugar que a veces se usaba como teatro. Un escenario mediano presidía el espacio de espaldas al que tocaba el DJ de turno. Música electrónica con guiños al pop hacían que el ritmo galopante del estilo no fuera tan duro.

—Vos sos más de la *Slave*, tesora —le dijo Felipe, que ya estaba en el lugar con su tequila en la mano—. Sos de la música oscura, pesada, que te hace desnudar enseguida. —Y le dio un pico.

C lo tenía abrazado por detrás y lo besó en el cuello. Uno vio un gesto de Felipe de complicidad, el mismo de cuando le decía *no te entiendo* cuando Uno le hablaba de los reclamos a C.

—Putivuelta —dijo Felipe— y nos vemos por allí, *darling*.

—Vamos más adentro —dijo C señalando el centro de la pista.

Uno se dejó llevar y antes de que pudiera darse cuenta C lo estaba besando.

—Vamos más adentro y a fondo, precioso —dijo C.

En el medio de todos, Uno no podía dejar de extasiarse con ese panorama de belleza dionisíaca que lo rodeaba. Cientos de hombres, unas pocas mujeres, juntaban sus cuerpos y los convertían en uno solo para invocar el ritmo de la música que empezaba a tomar colores. La desnudez colectiva como ofrenda al placer. C no dejaba de tocarlo. Acariciaba sus sienes, su cuello, sus hombros, recorría con sus dedos cada vértebra desde la nuca. Uno comenzó a sentir la presencia de sus piernas. Una conciencia más potente que la habitual al caminar que le ensanchaba los muslos, le tensaba las pantorrillas y le alivianaba las plantas de los pies. Su cuerpo empezaba a ser más suyo, pero menos propio y más de la comunidad que lo rodeaba. El éxtasis.

—Precioso, lo nuestro tiene que seguir. Tenemos que saber cómo hacerlo, pero tiene que seguir —le dijo C.

—No te entiendo.

—No es de entender. —Lo interrumpió tocándole la cabeza—. Es de sentir. —Le puso la mano sobre el pecho—. Y yo lo siento. Tenemos que seguir.

Uno cerró los ojos y se acurrucó en el pecho de C. Puso su mano derecha en la hendidura que

separaba los dos pectorales de ese hombre y recordó que ese espacio, como tallado con un cincel, era su espacio con él. Aquí siento que somos, le había dicho uno de los primeros días después de declararle su amor.

Bailaron. Ya sin tiempo. Ya sin la resistencia del piso que era más leve por el peso de su cuerpo distinto. Uno sintió que podía ser feliz.

—Busco agua y vuelvo. No te muevas de acá —le dijo C besándolo, otra vez, con pasión.

Uno sintió, por primera vez, que C hablaba en serio. *Lo nuestro tiene que seguir* le supo a una declaración de amor pronunciada en su territorio. Entre hombres semidesnudos le decía que quería seguir. Tenía que entender ese gesto, inmenso en la dimensión del narcisismo de C, pidiendo, sí, ¡pidiendo! seguir. Uno entendió que podía acariciar la dicha. Con sus ojos todavía cerrados, embelesado por la transpiración propia que le provocaba esa música, testigo de la confesión de C, extendió sus brazos. Como el que triunfa.

Sus brazos chocaron con el pecho de un hombre potente. Uno sentía que allí residía la hombría. Entonces, puso sus dos manos en el hogar de su deseo.

—De no aceptar mi café a acariciar mis pezones hay un vuelo directo sin escalas, Uno —dijo alguien con voz familiar.

Uno abrió los ojos de repente como quien sale del trance. Cuando pudo entender, no pudo creer lo que veía. Una mole de belleza canosa lo saludaba. Franco. El abogado del curso de filosofía lo tomaba de las manos y se las sostenía a la altura de su pecho.

—Seguro prefiero esto. Podemos olvidarnos del café —le dijo.

Entonces, sin darle tiempo a nada, Franco se acercó y lo besó. Fuerte. Seguro. Intenso. Lo miró a los ojos respirando su aliento y volvió a besarlo rozando las yemas de sus dedos por el ombligo y por sus pezones. Sus piernas ya no flotaban. Se evaporaban hacia las luces del techo que lucían, claro, púrpura. Uno no resistió apretar los pezones de Franco con sus dos manos. El beso con un pequeño grito ahogado de su compañero le explicó que era un buen camino. De repente, un frío golpeó su nuca. Uno jamás había experimentado ese ardor en medio del fuego del éxtasis. Hasta que entendió que no era su pastilla. Era una botella de agua mineral helada que alguien le apoyaba en su cabeza.

—Te dejo el agua, precioso. Hidratate. —C había vuelto.

Uno giró sorprendido y sin capacidad de reacción rápida. Sin soltar los brazos de Franco, intentó hablar.

—Él es Franco, compañero del curso de filosofía. Él es C, mi… mi…

—Novio, ¿tal vez? Eso dijimos hace cinco minutos, precioso —dijo C completando la frase, y extendió su mano para saludar empujado por la muchedumbre que seguía en su tributo masivo de sudor y disfrute.

—Te lo tomé prestado un ratito, porque lo vi solo —dijo Franco.

—Lo veo en buenas manos y en buenas tetas —dijo C lanzando un pequeño puñetazo al pecho

de Franco—. Cuidámelo, bomba. Me voy a dar una vuelta.

Uno quiso detener a su novio y proponerle que se quedara. En una fracción de segundo sintió que no quería eso ni, menos, abrir la chance de compartir los abrazos y besos entre los tres. Era la primera vez, en sus juegos en boliches, que clausuraba la posibilidad de sumar a su novio a un momento de placer colectivo. Era él, como nunca antes, el que decidía cómo jugar ese juego de seducción y erotismo. Hoy no era el invitado. Era el anfitrión.

Se sintió nuevo, distinto. Alguien bello, inteligente y sexy lo prefería a él y no a su novio. No debía mendigar atención. Era el elegido.

Uno experimentó por un largo rato la sensación de la entrega a la noche. *Más dionisíaco, Uno, menos apolíneo,* le había dicho una vez la profesora Orlás luego de una clase de Nietzsche. Franco era Dionisio, ese dios griego del vino y de la fertilidad, pensó. Este hombre es fértil, viril, capaz de engendrar más vida de belleza. La fertilidad excitaba a Uno. Besó a Franco con rudeza, casi mordiendo sus labios, y metió una mano en su pantalón apretado para tocar los testículos de ese hombre que podía engendrar. Franco le hizo saber que gozaba con un latido inconfundible.

De la mano de Franco, Uno caminó entre la multitud hacia los baños. Siguió el impulso del otro, siguió su apremio de animal deseante. Entraron. Ni el olor rancio ni la suciedad los detuvo. Uno se dejó besar con la pasión del instinto, se dejó desnudar. Al fin no había nada que entender. Al fin, estuvo dispuesto a escuchar lo que el cuerpo le dijera. Y le hablaba de goce. Se enfrentó a Franco totalmente desnudo.

—Si fueses mi hombre no te dejaría nunca estar vestido delante de mí —le dijo Franco. ¿Mi hombre? ¿Si fueses mi hombre? ¿Eso dijo? Salió del cuerpo donde estaba, gozoso, y se abrazó a la razón.

¿Este tipo bello fantasea con ser mi hombre y yo el suyo y ser juntos? ¿Podría yo estar enamorado de este hombre? ¿Y C? ¿Podría no ser C y ser Franco?

Pero su razón fue arrojada sin piedad cuando Franco lo obligó a bajar a la altura de su cintura. Se desprendió el pantalón y le exhibió su miembro duro. Uno no dudó en darle placer a ¿su? hombre, excitado por los jadeos. Ese baño fue, entonces, la caja de resonancia de sus palabras dichas a media, sus respiraciones guturales profundas, sus exclamaciones gozosas.

De repente, alguien golpeó con fuerza la puerta del cubículo. “Baño”, gritó otro hombre que esperaba afuera. Uno se aterrorizó pensando en los guardias de seguridad obligándolos a salir mientras lo miraban con gesto de desprecio moral. Franco entreabrió la puerta. Los dos vieron la presencia de un hombre de unos cuarenta años, en cueros, transpirado, que se tomaba la entrepierna.

—Quiero mear —dijo—. ¿Me dejan pasar con ustedes?

Entonces Uno vio que el visitante torcía su cabeza para mirarlo a él, que estaba guarecido con

la puerta semicerrada, apoyado desnudo contra la pared. Franco miró a Uno. No hubo pregunta. Sí respuesta de Uno, que avanzó un paso para que lo viera de forma completa. Y el hombre entró.

41
De a tres

Uno buscó a C por todo el Club. No lo podía encontrar. Se quedó parado en la entrada de los baños para ver si salía de alguno de los cubículos. Pensó que no era el mejor lugar. Luciría, de aparecer C allí, como una especie de control sobre él. Como quien vigila a su novio. Se dirigió a la barra y pidió un gin tonic. La bartender, Phantasy, dos metros de alto, vestida con lencería femenina, sostén y ligas verdes, le tomó la mano.

—¿Te quedaste solito, bombón?

—No, hermosa. Fuimos a dar una vuelta separados y lo espero a C.

La drag era amiga de C. Como casi todos en el Club. C solía saltar por sobre la barra y pasar del otro lado del mostrador para abrazarse con ella y, muchas veces, besarla y manosearla. Hasta era capaz de servir algunas bebidas con su venia. C era el Club, su espíritu. La felicidad exacerbada, la expresión de las amistades de la noche, exageradas en la madrugada y livianas o inexistentes cuando empezaba a amanecer.

—Me parece que lo vi irse, amor —le dijo Phantasy—. Y bien acompañado.

¿C se fue? ¿No habíamos quedado que, si íbamos juntos, volvíamos juntos? Vació su trago y caminó hacia la puerta. ¿Cómo creer que C haría otra cosa más que lo que deseara en un instante?, pensó Uno. Hacía menos de una semana había planteado terminar la relación, hoy proponía ir juntos al Club, se había presentado como el novio y, ahora, se había ido. Uno detestaba esa manera de modificar las reglas de forma unilateral y siempre, siempre, con el hecho consumado. Decidió mandarle un mensaje con su teléfono celular. *¿Estás?*, escribió. Vio que hacía media hora desde su última conexión. Sin respuesta.

Sintió rabia. Su experiencia con Franco y ese otro hombre del que ni supo el nombre parecía querer calmar la bronca, quizá desde la culpa, pero no alcanzaba. Pensó que Felipe seguro le diría: Tesora. Hiciste un trío celestial y ¿te molesta que C se vaya ido caminando solito? Ciela de mi vida, andá más liviana, más feliz.

Uno emprendió el regreso a casa. Vivía a pocas cuadras. A ambos les gustaba volver de la mano desde el Club. Buscó sus llaves en el bolsillo y recordó que habían quedado en el paragüero de ingreso a su departamento. Siempre temía perderlas y, escondidas allí, era el seguro

de regreso, en el estado que fuera, con cama asegurada.

Cuando llegó, el hombre de seguridad le franqueó el ingreso sin mirarlo. Iba a preguntarle si C había subido, pero detestaba darle el poder de la complicidad en una charla que no tendría límites en las preguntas.

Al bajar del ascensor, Uno se enfrentó con su imagen reflejada en el espejo del palier. Se detuvo. Se vio más bello que de costumbre. Saberse deseado por alguien como Franco, y por el hombre que se les había sumado, le dio un aire de autoestima segura que le gustó. Se acordó de una pregunta de Felipe: *¿Vos te darías a vos mismo?* Uno no lo había entendido. Felipe le aclaró que, si se miraba al espejo, podría pensar *a este chabón me lo curto.* Entonces, pensó que su amigo estaba loco. Pero, esa noche, mirándose, se dio cuenta de que tenía razón. Poder verse, gustar de eso que se veía, sentirse deseable era un buen termómetro de cómo lo veían los demás.

—Hoy me doy —se dijo apretando el botón de la luz del palier para confirmarlo.

Buscó las llaves en el paragüero. No estaban. Miró su celular y C no había respondido. Pensó que estaría en su cama esperándolo y se excitó. Volver a casa después de un momento de placer morboso en el Club y encontrarse con quien amaba lo puso eufórico. Tocó el timbre. Sin respuesta. Volvió a hacerlo. Tampoco. Golpeó la puerta con la mano. Escuchó pasos.

C entreabrió, estaba desnudo. En penumbras, apenas con la luz de una lámpara vio que se C se aferraba al marco y le decía:

—Precioso, volviste temprano.

Uno quiso entrar para abrazarlo y, entonces, lo vio… Los vio. Detrás de C, dos hombres desnudos se besaban mientras parecían bailar. C se corrió de su paso y Uno no tuvo dudas. Había traído a su departamento, ¡a su departamento! a dos tipos con los que estaba teniendo sexo en ¡su! living. No sólo no lo había esperado, no había cumplido el pacto de volver juntos, sino que había decidido armar una fiesta en ¡su! casa. No pudo articular en palabras su ira. C, en cambio, habló con tranquilidad.

—¿Te sumás, precioso? Son muy guarritos, unas bombas…

Uno creyó que le estallarían los oídos. Quiso gritarles que se fueran ya mismo todos y sólo atinó a ver que uno de los visitantes se arrodillaba para lamer al otro. No pudo reclamar su casa.

—Sos un imbécil, C. Sos un desubicado. Y mucho peor: sos un desagradable, no tenés la menor elegancia —dijo y se fue dando un portazo en su propio departamento.

42
Kinder

Felipe le abrió la puerta, lo abrazó y lo hizo sentar en una mesita para niños sin decir una palabra. A su amigo le gustaba tener un espacio, que llamaba Kinder, con mesa y sillas de infantes. *Yo me siento acá, vuelvo a los cinco años y pongo en su lugar las cosas,* solía decirles a los que llegaban a su casa por primera vez. *Lo que importa, lo que me hace feliz, lo que es para el futuro. Como hacen los pibes, cero razonamiento de adulto.*

Uno se sentó sin siquiera darse cuenta dónde lo hacía. No levantó la cabeza hasta que su amigo le alcanzó una taza de la que salía un vapor perfumado.

—Tilo, para calmar. Manzanilla, que relaja. Melisa para el estómago, que siempre hace bien por si tenés un pedito atravesado. Y cardamomo que te abre el pecho y te hace respirar mejor. Tenés que respirar hondo, Uno.

—Ponele que esto es lo que queremos para nuestra pareja. No monogamia, libertad absoluta, coger en mi casa o en la tuya sin avisar. Ponele que queremos eso. ¿No corresponde que lo acordemos antes charlando juntos? Digo ¡antes! —preguntó Uno a Felipe, que se limitaba a acariciar la taza tibia de té—. C tiene la inmunda y narcisista costumbre de proponer los cambios a los sopapos. Actuándolos. ¿No era que no cogíamos en la casa del otro?, le podría preguntar. Y él, con total impunidad y con un gesto de sorpresa, hasta de molestia por lo que estoy diciendo, me va a decir *cambié de idea, precioso, hagamos así ahora*. —Por primera vez en la noche miraba fijo a Felipe—. ¡Cambió de idea y de acuerdo! ¡Se cagó en lo que yo pueda sentir o querer! Cogió en MI casa y esa es una nueva regla que le importa una mierda si yo quiero aceptar o no. De paso, la nueva regla la pone en práctica de prepo sin preguntarme nada. ¡Hecho consumado!

Felipe le sirvió más té.

—¿Sabés cuál es el tema, Feli? Es la ausencia total de registro por el otro, por mí. ¡C no me registra! ¡No cree que tiene que considerar mi deseo, mis ganas, mis miedos porque sólo tiene que tener en cuenta su deseo, sus ganas y sus miedos! Punto. —Uno bajó la cabeza y empezó a llorar. Felipe se acercó y lo besó en la frente—. No hay amor enorme que me permita bancar que no me registre, Felipe. Estoy dispuesto a dar todo por amor. Pero no todo —dijo entre sollozos.

Felipe se puso de pie, enderezó unos cuadritos de un elefante y de un hipopótamo que tenía en la pared del Kinder.

—Tesora. ¿Sabés que te amo? —Uno asintió—. ¿Bancás que te sea sincero con total brutalidad?

Uno lo miró asustado, pero no dijo que no.

Felipe se sentó en el suelo, inspiró profundo y le habló:

—C te ama. Nadie que sea como él y que te haga compartir el lugar de su desenfreno no puede sino amarte. No te presenta como un pibe más. Sos su novio, lo dice todo el tiempo. Sucede que él ama distinto que vos. Por si no lo sabías, ciela, el amor es distinto en cada uno de nosotros. Que te deje solo en el Club, que se vaya con dos chongos y se los monte en tu casa no es una cuestión ética. No es una cuestión de si está bien o mal. Es una cuestión estética: queda feo. Punto. Y acá rige la regla de viajar en avión —dijo Felipe.

—¿Qué tiene que ver el avión? —Uno lo miró azorado.

—¿Qué te dicen cuando te advierten que se puede despresurizar la cabina?

—Que te pongas la máscara que cae encima de vos.

—Nop —corrigió el amigo con el dedo en alto— Nop. Te dicen oooootra cosa.

—Felipe, no me jodas. Te hablo de monogamia y me venís con el avión…

—En caso de despresurización, máscaras de oxígeno caerán delante de ustedes. Y... ahora va: colóquese usted primero su máscara antes de ayudar a los demás. Primero, usted —sentenció Felipe—. Tenés que pensar en vos, y solo en vos, primero y antes que nada. Si hay algo que te queda feo y te hace daño sólo puede ser aceptado por vos si tenés ganas de aceptarlo. Pero, primero, tu máscara, ciela.

Uno se puso de pie y se acercó a Felipe, que siguió hablándole:

—Con la mano en el corazón: ¿te dan ganas de aceptar a un tipo que no te registra como vos quisieras que te registrase? No hay "registrómetro" para saber lo que está bien o mal, te aclaro. Hay gente que le alcanza con algo que para uno es demasiado o inexistente. Pero, sin dudas, hay un deseo, una necesidad tuya con la que tenés que ser sincero. Tuya de vos. Intransferible. Entonces: ¿querés eso?

Uno movió su cabeza hacia un lado y hacia el otro.

—Entonces, tesora —dijo Felipe poniéndose de pie para abrazarlo—, no lo quieras. No lo aceptes. Y ya. Si podés bancarte decir que no, decilo. —Mirándolo fijamente, agregó—: Uno, si es así, fue.

Entonces sonó el timbre. Uno se sobresaltó y miró a su amigo.

—¿Esperás a alguien? ¿A esta hora?

Felipe levantó el teléfono que conectaba con el ingreso.

—¿Está abierto? Sí. Es un amigo, vecina. Dejalo pasar. Gracias.

—¿A quién esperás, Felipe?

—Te va a hacer bien verlo, tesora.

Uno no podía disimular su confusión. Si Felipe había recurrido a llamar a alguno de sus

compañeros del curso de filosofía, se había sobregirado. Nunca le di la confianza para hacerlo, pensó. Pero me gustaría verla a Ana. Charlar con ella, se confesó en silencio.

Cuando la puerta de ingreso del departamento se abrió, quedó estupefacto. El deseo de que fuera Ana mutó a furia por Felipe. No se lo perdonaría nunca.

El dueño de casa lo hizo pasar. Uno atinó a salir del lugar, pero Felipe lo detuvo tomándole una mano. Al departamento había llegado Esteban, su amigo.

—No sólo mataste nuestra amistad con tu carta, sino que ahora sepultaste tu escasa credibilidad. Prometiste no verme nunca más. Y ni la desubicación que supone que estés acá te detuvo. No sos más mi amigo. No tenés más palabra —le dijo Uno sentándose en el sillón que daba al balcón, en el otro extremo de la entrada.

Esteban quiso hablar, pero lo interrumpió Felipe.

—Tesora: lo llamé yo. Me di cuenta de que no sé qué hacer para que estés bien. Se me terminaron los recursos. Fue como quemar la tintura de una clienta. No soporto más verte sufrir, Uno. Y pensé… —balbuceó mientras empezaba a llorar— pensé que quizá tu mejor amigo de la infancia… Qué sé yo, te cuidaría mejor de lo que yo te cuido…

—Sos un desubicado, Felipe. No tenés derecho a traer a este tipo…

—Este tipo tampoco tiene ganas de verte, para que te quede claro. —Esteban habló sereno, pero su voz demostraba un desprecio inocultable—. Este tipo vino porque tu amigo me llamó, sí, es cierto, pero sobre todo vine porque tu madre me vino a ver, otra vez, desesperada para que te ayudara. Y ella se merece que yo esté acá.

—¿Qué? ¿Qué decís? —Lo de Uno fue casi un grito—. ¿Qué metés a mi vieja…? ¿Con qué derecho hacés eso, hijo de mil putas?

Uno se levantó y fue directo hacia Esteban. Iba a pegarle.

—Si lo tocás, no quiero verte nunca más, Uno. —Felipe estaba también de pie, hablándole con una voz que Uno no conocía.

Uno quedó paralizado. No miraba a ninguno de los dos. Apenas podía tratar de reconocer dónde estaba. Porque todo le resultaba ajeno, alienado.

—Vine a ofrecerte ayuda, Uno. Tu madre me suplicó, me imploró, que te ayudara con un tratamiento de rehabilitación. El diputado que acaba de asumir como cabeza de lista por la Ciudad es un neurólogo que se especializa en adicciones y ya le hablé de vos. Podés mañana mismo empezar. Vine para ayudarte…

Uno escuchó las palabras como si las debiese deglutir en vez de entenderlas. Como si se hubieran alojado en su boca y su garganta se negara a tragarlas.

—Estás enfermo, Uno.

Uno seguía sin poder tragar. Tomó una taza medio vacía de té ya frío, se obligó a vaciarla y se acercó a Esteban. Lo abrazó. Fuerte, potente, sintiendo su cuerpo entero en ese encuentro físico fraterno. Se separó un poco, tomó la cabeza de su amigo y lo miró a los ojos.

—Andate de acá, Esteban. Ahora soy yo el que no te quiere ver nunca más. —Y dividió esas dos palabras en tres sonidos—: Nun-ca-más.

Esteban giró sobre sí, levantó una mano en señal de saludo hacia Felipe y se fue.

Uno se sentó en las sillas del Kinder. Se sirvió una taza más de ese té helado y empezó a llorar.

—A lo mejor tiene razón, Esteban. Quizá necesitemos ayuda. No sé, tesora. Quizá estemos haciéndola mal. Igual —dijo poniéndose de pie y buscando su caja de cigarros recién armados—, yo siempre voy a estar acá para vos.

43
Un libro

—¿Y? —La que se puso de pie y preguntó fue Ana—: ¿Cómo la vieron?

Lourdes y Gerardo se sentaron a la mesa del Magots. En realidad, Uno vio que se desplomaban. Como vencidos por el cansancio. Era lógico. Él trataba de hacerse a la idea de visitar a Eva luego del intento de suicidio y no sabía cómo. Había sido una buena idea proponerle a Lourdes que fuera ella la que iniciara las visitas en el hospital. Gerardo no había querido dejarla sola y la acompañó.

—Fracaso total —dijo Gerardo—. No quiso recibirnos. En la recepción nos informaron que tenía las visitas restringidas y que, no estando nadie de su familia, ella misma decidía quién entraba y quién no. La mamá se había ido un rato antes de que llegáramos…

—Al menos sabemos que la visita todos los días la madre —interrumpió Lourdes.

—Así que le consultaron a Eva misma —siguió Uno—. ¿Y les dio algún motivo? Quiero decir: ¿les hizo saber que no nos quiere ver o, al menos, no la quiere ver a Lourdes?

—Si estás sugiriendo que el tema es conmigo, podrías poner las pelotas sobre la mesa y haber ido vos, Uno —le dijo Lourdes mirándolo fijo.

—Chicos: quedamos que solo los jueves post curso ustedes dos se pelean. Hoy es sábado y acordamos juntarnos acá y saber de Eva. Hoy son reparto, ¿OK? —dijo Gerardo tomando amorosamente de los hombros a su novia.

Lourdes explicó:

—La enfermera nos pasó el parte médico, que dice que hay mejoría, nos dijo que Eva nos agradecía, pero que prefería no recibir flores —dijo señalando el ramo devuelto en su mano— y nos dejó una nota.

Todos miraron el papel en las manos de Gerardo. Una especie de servilleta de bar doblada a la mitad.

—¿Podés leer de una vez eso, Lourdes? —dijo Uno.

—“Hablen con Orlás de subir la piedra hasta la cima de la montaña una y otra vez”. Eso dice —leyó Lourdes.

—¿Pueden creer lo que escribe esta chica? —dijo con enfado Gerardo—. ¿Es como que nos manda mensajes en clave? Yo no lo puedo creer.

Uno sintió frío en su espalda. Pidió otro café, miró su celular.

—¿Alguien entiende algo? —preguntó Ana—. Yo me quedé afuera. ¿Vos tenés el teléfono de Orlás, Lourdes?

—No tiene sentido que la llamemos —dijo Uno—. Eva está todavía en shock. Hace dos semanas se cayó del balcón…

—Se tiró —lo corrigió Lourdes.

—Necesita procesar todo. No quiere vernos. Es natural —completó Uno.

—Lo que sea —dijo Ana —. Pero yo quiero preguntarle a Orlás porque quizá nos explica...

—¡Basta, Ana! —le dijo enojado Uno.

En ese instante, como había sucedido una semana atrás, Berta Olrás ingresó al bar. Uno pensó que ya no había casualidad posible: la profesora volvía a esa hora con intención de saber de Eva. Repitió el gesto aquel día, levantó su mano de lejos. Ana se puso de pie y la invitó a la mesa. Uno volvió a sentirse molesto.

—Eva no quiso recibir a Lourdes que la fue a visitar en nombre de todos. Parece que evoluciona bien, dijeron los médicos. Pero nos mandó un mensaje en este papel mencionándola, profesora —le dijo Ana sin rodeos.

La docente tomó asiento, apoyó su portafolios de cuero en el piso y leyó.

—Eva leyó a Camus. Es evidente —dijo con firmeza. Buscó dentro de su portafolios, sacó una libreta forrada en tela violeta y escribió algunas frases. Luego, los miró.

—Disculpe, profesora —le dijo Gerardo—. ¿Le molestaría mucho agregar alguna cosa? No sé, algo que nos ayude a entender…

—No llegamos aún en el curso a hablar de Albert Camus, de este enorme pensador nacido en la Argelia francesa a principios del siglo XX y muerto en los años sesenta. Existencialista influenciado por Nietzsche y Schopenhauer entre otros. —Orlás hablaba como si fuera una clase —. Mozo, un té, por favor. Usted, Uno, me dijo que lo tiene muy leído, ¿no?

Uno guardó silencio. Hizo lo propio Orlás.

—Yo le digo con total sinceridad, profesora. Si no quiere hablar, la entiendo. Pero entre la angustia por Eva, el gesto de ella de hoy de no recibir a mi novia y su misterio, es mucho. ¿Qué quiere decir Eva con esta nota?

—Camus escribió en 1942 *El mito de Sísifo*. Sísifo había molestado a los dioses con sus astucias y fue condenado a subir una piedra pesada hasta la cima de la montaña que, inevitablemente, volvía a caer. Él volvía a subir y así sin cesar. Allí, él plantea la necesidad de entender que la esperanza no tiene sentido y que uno debe vivir con la inevitabilidad de las cosas, especialmente lo inevitable de la muerte. Esa vida, en vez de ser oscura, trágica, permitía pensar en conocerse a sí mismo y perseguir el sentido de lo que uno quería en realidad, en las circunstancias dadas, sin esperanza de otra cosa. Allí está su admirado Nietzsche que dice que la vida cobra sentido cuando se declaran abolidos los valores absolutos, el bien, el mal, dios mismo y se persigue la obligación de vivir en libertad.

—Yo sigo sin entender, profesora —dijo Ana—. Hermoso Camus que combate la esperanza. Yo suelo decir que la esperanza tiene demasiada buena prensa. Es como esperar que funcione un milagro externo, no algo que dependa de nosotros, de uno mismo. Por ejemplo: yo no me opero del apéndice con un cirujano porque tengo esperanzas de que él me salve. Me opero con uno que haya estudiado mucho, que tenga muchas operaciones en el lomo, que sepa, bah…

—¿Te jode, Ana, si dejamos para otro día tu clase de filosofía? —irrumpió Lourdes—. Profesora: qué quiere decir Eva con esa nota.

Orlás tomó largos sorbos de té. Y dijo:

—Eva leyó Sísifo, en el que Camus dice: "El único problema filosófico verdaderamente serio es el suicidio. Juzgar si la vida es o no digna de vivir es la respuesta fundamental a la suma de preguntas filosóficas". —Hizo un largo silencio—. Creo que Eva quiso explicarles que su angustia es saber si vale la pena la vida que lleva.

Todos la miraron. Nadie se atrevió a hablar. Fue Uno el que rompió el silencio:

—Yo le regalé el libro a Eva. Yo le di *El mito de Sísifo*.

El silencio fue ahora más hondo.

—¿Vos le regalaste a Eva un libro que habla del suicidio, Uno? —preguntó con voz grave Lourdes—. ¿Vos le regalaste un libro que apoya la decisión de suicidarse? —insistió.

Uno se puso de pie y se volvió a sentar.

—¿Vos estás sugiriendo que Eva saltó del balcón por mi culpa, por el libro que le di? Lourdes, sos una basura…

—Yo no te voy a permitir que la insultes, Uno —gritó Gerardo llamando la atención de todos en el bar.

Cuando comenzó a levantarse de su asiento, Orlás dijo con una voz inusitadamente alta y firme:

—Señores, les ordeno que se callen. Siéntense.

Uno destilaba furia en sus ojos. Lourdes había comenzado a llorar y era consolada por Ana. Gerardo les dio la espalda sentándose con el respaldo de la silla al revés. Todos, sin embargo, obedecieron a la profesora.

—No tengo por qué hacer este comentario. Es más, no sé si debo. El suicidio no se explica con la coherencia de un relato con introducción, nudo y desenlace, como una novela. Las cartas que suelen dejar los suicidas, las palabras, no son más que una anécdota externa de quien comete o intenta cometer el acto. Porque el suicidio es la ausencia de palabra, de representación simbólica, dirían los psicoanalistas, es la falta de cualquier intento de usar la palabra para expresarse. Lo sé por ser una curiosa lectora del psicoanálisis desde hace cuarenta años. Pero más por ser la pareja de quien se ha ocupado de asistir a estos casos profesionalmente desde la psiquiatría a lo largo de toda su vida.

Uno miró a la profesora. La vio más potente que nunca. Distinta. Tanto, que se permitía contar

un detalle personal, hablar de su pareja, por primera vez. Ana, sin dudas, había reparado en el mismo detalle y le dijo:

—¿Su esposo… o esposa, no sé… es psiquiatra especializado en suicidios? Quizá nos podría ayudar…

Orlás pareció no escuchar la alusión a su pareja.

—Les recomiendo que consulten a un especialista. De todas formas, no puedo dejar de reaccionar frente a una inconsistencia tan brutal como creer que dar un libro es instigar a terminar con la propia vida. Es un disparate. Les pido disculpas a todos por el exabrupto. Especialmente a usted, Lourdes, que la sé una mujer íntegra, pero muy equivocada con su sugerencia.

Orlás se puso de pie. Los miró a todos.

—Quizá les ayude leer a Cesare Pavese: Uno no se mata por amor. Se mata porque el amor nos revela nuestra desnudez, nuestra miseria, nuestro desamparo, nuestra nada. Nos vemos el jueves en la clase. Que lo pasen bien.

Orlás tomó su portafolios y dejó el bar.

Todos quedaron en silencio otra vez. Uno sintió que el peso del acto de Eva y el de su vida presente ocupaba un espacio incandescente en aquella mesa que, sentía, estaba dinamitada. Quizá, pensó, sería la última vez que se verían. Él no podría tolerar que Lourdes lo acusara de instigar a Eva. Gerardo le debía solidaridad a su novia. Había esperado más de Ana. Todo está roto, sintió Uno.

—No me va a alcanzar la vida para disculparme con vos —le dijo Lourdes—. A veces siento que no sé cómo bancar mi angustia, mi miedo, y me sale agredir a los que quiero. Creo que fue eso. Te pido disculpas.

Ana se echó a llorar y alcanzó a decir un *yo también*.

Uno decidió mirarlas a los ojos. Ninguna de esas mujeres le mentía. Gerardo bajó la vista, avergonzado. Pensó que todos hacían lo que hacemos con lo que nos da miedo. Lo convertimos en el infierno ajeno.

44
La jueza

Uno entró en la peluquería de Felipe y vio que todos, tres o cuatro clientas y dos empleados, miraban la televisión sin moverse. Un raro cuadro de quietud que jamás había visto en el local de su amigo.

—Impactante procedimiento policial en la noche del sábado. La policía irrumpió en una casa no habilitada para fiestas y se encontró con unos cien hombres que bailaban semidesnudos.

—A eso lo denominan *after* —ironizó el periodista—. Cuando se produjo la requisa, las fuerzas del orden encontraron decenas de bolsitas herméticas que fueron arrojadas al suelo por los participantes de la… ¿orgía? ¿Debemos decir orgía?

—¿Podés creer semejante hijo de puta con vista al mar? —se indignó Uno gritándole al televisor.

Felipe no se movía. Estaba detrás de la butaca en la que peinaba a sus clientas con las manos en el respaldo. De repente, Uno notó que su amigo lloraba. Lágrimas silenciosas caían en sus mejillas sin que él se permitiera desahogarse.

—No le hagas caso —le dijo Uno.

—Dejame escuchar, Uno —interrumpió Felipe.

Uno sabía que cuando lo llamaba por su nombre y no tesora o ciela, Felipe hablaba en serio o pasaba algo grave.

El presentador siguió:

—Ahí se ve la imagen de algunos de los ahora imputados por tenencia de sustancias prohibidas por ley. Se detectó MMDA, el llamado éxtasis, ketamina, el anestésico para caballos, y cocaína. Además, un líquido incoloro que se denomina GH en el mundo gay. Se trata de gamma-hidroxibutírico y gamma-butirolactona, todas con capacidad de matar y, si no… —hizo un largo silencio—… de destruir masivamente neuronas del sistema nervioso.

En ese momento, vieron a Felipe en la pantalla. Era como percibirse en un espejo animado por colores restallantes. Felipe estaba en la televisión. Sin remera, con un short rosa que él amaba y su gorrita de los Lakers puesta con la visera hacia atrás. Felipe se vio en primer plano, tratando de ocultarse, de pasar desapercibido, mientras escuchaba al periodista.

Casi sin aliento, en voz asordinada, dijo:

—Dios, Dios…

—Ahí tienen las imágenes de alguno de los imputados por la justicia federal —remarcó el periodista.

De pronto, una de las clientas del local, se arrancó la capa que la protegía de la caída de cabellos y de las tinturas y dijo:

—Siempre te respeté, Felipe. Siempre. Celebré tu progreso, tus locuras… Pero ¿esto? —Lo miró a los ojos y siguió—: Es asqueroso… —titubeó—. Es… es… promiscuo… Un drogadicto en fiestas… —La mujer atinó a salir del local mientras Felipe lloraba en silencio. El resto de los presentes observaba la escena en silencio, aturdidos. Ella volvió sobre sus pasos y agregó: —Siempre toleré lo que hacías. Pero todo tiene un límite.

—Qué amorosa, señora. Qué generosa. ¿Supone que Felipe y todos nosotros deberíamos agradecerle su tolerancia? —preguntó una de las clientas girando en su sillón, acentuado su última palabra con ironía. —Siempre coincidimos en la peluquería y la vi bien feliz en las manos de Felipe, pero ahora que un canal de televisión invade la privacidad de él y usted se entera de lo que hace un fin de semana sin molestar a nadie, ¿le resulta asqueroso, promiscuo? Quizá nos hace un favor a todos si se retira, señora.

Uno miró a esa mujer y pudo reconocerla: Leonor María Galimberti, la jueza, le había dicho una vez su amigo cuando vio que la peinaba. Una de las magistradas más respetadas del fuero nacional que se ocupaba de cuestiones penales como el narcotráfico. Poco afecta a los medios de comunicación, la jueza había concedido unas pocas entrevistas en donde sostenía posiciones muy polémicas sobre el tema. La clienta enfurecida que iba a retirarse incrementó su enojo, se le veía en la cara, pero no se iba. La jueza siguió, poniéndose de pie y mirándose en el espejo con calculada tranquilidad:

—¿Alguien cree en serio que este procedimiento que vemos en la tele sirve para combatir el narcotráfico o prevenir daños por el uso de drogas? —preguntó.

—Señora —respondió la clienta—, alguna vez la leí en los diarios y todos sabemos de su posición pro drogas libres y joda total. Mi marido dice que usted ¡está a favor de los Escobar Gaviria de la vida! Yo creo que la droga mata y que estos que vemos ahí en pantalla… —otra vez la imagen de Felipe con la cabeza gacha— son potenciales asesinos o suicidas. Sin contar que pueden salir a manejar drogados o a robar, cómo no.

Felipe permanecía inmóvil, sin dejar de llorar. Uno ya estaba a su lado poniéndole un brazo en los hombros.

—No estoy de acuerdo —insistió la jueza eligiendo un color de lápiz labial—. Mientras decenas de policías se meten a una casa privada, con gente adulta que elige ir, cientos de toneladas de droga circulan por las rutas que están acá a cinco minutos de este lugar para abastecer al mercado negro que, seguramente, cuenta con la protección o complicidad de los jefes de esos policías. La posición de condenar desde la tenencia de un porro hasta un cargamento de mil kilos de droga, sin discriminar el derecho personalísimo al consumo, solo

aumentó ese consumo y el tráfico y, peor, el consumo de cualquier porquería.

—Aaah —exclamó la clienta buscando la complicidad de las mujeres que esperaban ser atendidas y de los empleados que se habían acurrucado en un rincón del local con sus peines en la mano—. Su problema no es que nuestros hijos consuman. Bah. No sé si tiene hijos porque quizá… Yo no quiero que mis hijos se droguen. Usted, sí.

La magistrada se sonrió:

—Yo creo en el derecho de todo adulto de hacer lo que quiera sin perjudicar a terceros. Se llama Constitución Nacional. Y que pueda hacerlo con información previa, mucha, y con la garantía de lo que eventualmente consuma no vaya a matarlo.

La clienta dio unos teatrales pasos como para acentuar lo que iba a decir. Miró a todos. A las otras mujeres que esperaban, a Felipe, a Uno y por fin a la jueza.

—¿A ver? Enséñenos a drogarnos a todos, mi querida.

—Si le importa el tema de la salud de sus hijos, le propongo que estudie la experiencia portuguesa o canadiense, que despenalizó el consumo de todo tipo de sustancias hasta una cantidad que suponga lo que una persona consumiría en diez días, invitando a los compradores (o usuarios o adictos) a charlas de concientización sobre el daño eventual que puede producir tomar esas drogas y castigando duramente a los que exceden esas cantidades. Con eso, hay diez veces menos consumo y prácticamente no hay delitos derivados. ¿Qué me dice?

La clienta tomó su cartera, hizo un largo silencio y dijo:

—Aquí se trata de elegir. De ver quién acompaña a nuestro peluquero, una aparente mosquita muerta al que ahora descubrimos un drogadicto promiscuo. —Uno atinó a hablar avanzando hacia donde estaba la mujer. Felipe lo retuvo apretándole la mano.

Ella siguió:

—Señoras —dijo mirando a las otras clientas—, elijan. Yo me voy. Aquí no piso más. Esta casa de… de… delincuentes y cómplices no es para mí —agregó dando un portazo.

Todos los allí presentes se miraron. Salvo la jueza que seguía empeñada en dibujar sus labios con la pintura que había elegido. Por fin, las dos mujeres que esperaban, agacharon la cabeza y se fueron sin mirar a Felipe. Los empleados se retiraron al office.

Uno se sentó en un sillón sin saber qué decir. Por fin, la jueza fue la que habló.

—Dos cosas: qué lindo quedás con esa sunga rosita, Feli. Te vas poniendo hegemónico con el entrenamiento que hacés. —Felipe la miró con odio y vergüenza—. La otra, quizá invadiendo tu privacidad, están provocando que hagas escuela con el cambio de paradigma de este país. Te mostrás ahí. ¿Y? ¿Sabés qué veo? Que te permitís divertirte como se te canta, te permitís experimentar con responsabilidad y sin joder a nadie y exhibís con orgullo que el placer es parte esencial de la vida. Te felicito por tu debut en la tele, nene. Fuiste épico. ¿Me queda bien este color de labial?

Felipe y Uno se abrazaron.

45
Fue

—Estas son las llaves de tu casa, acá está también el plug especial para cargar la compu que me prestaste y la guita que te vengo debiendo de las entradas al recital —le dijo Uno a C extendiendo esos objetos sobre una mesa de un bar a donde lo había citado.

C levantó el cargador, lo miró como si lo estuviese descubriendo en ese momento:

—Qué bueno sería si se inventase un adaptador de las distintas formas de ver las cosas que tenemos los terrícolas, ¿no? —C usaba la palabra terrícolas para hablar de la humanidad, de hombres y mujeres en general—. Pero no se puede. Uno piensa blanco y el otro sólo lee negro —agregó dejando caer el aparato.

Los dos se quedaron en silencio. A Uno le divertía jugar, en esas ocasiones de falta de palabra, al "¿Y entonces?", que implicaba hacerle al otro esa pregunta con el gesto inequívoco de levantar un poco el mentón como desafío y esperar el mismo gesto como respuesta. No lo hizo.

—Quería decirte que prefiero que dejemos lo nuestro, C —Uno no dudó—. No quiero más.

—¿No querés más o no me querés más? —preguntó C resaltando el "me".

—No tengo ganas de pasarla mal. Y, con vos, la estoy pasando mal —dijo Uno y se dio cuenta de que no podía decir que no lo quería más. Pero, aun así, se animó a seguir—: No creo que me ames. —C intentó interrumpirlo, pero no lo dejó. —Estoy dispuesto a decir que no me amás como yo espero que me ame quien esté al lado mío. Pero, sinceramente, creo que no me amás porque no podés amar a nadie distinto de vos. No te estoy cuestionando, te lo juro. Apenas te estoy describiendo.

—¿Vos estás poniendo en dudas el amor que yo te dije que tengo por vos? ¡Te lo dije expresamente! ¿Solo porque me garché a dos chabones de los que no sé siquiera sus nombres? ¿En serio?

—No entendés nada. No es eso… —empezó a decir Uno, pero C lo interrumpió.

—Quedamos en que no queríamos una pareja monogámica. Lo acordamos, como te gusta. Casi lo firmamos en un contrato. Me explicaste que te calentaba estar con otros tipos y ahora me venís con que no te amo porque hice un trío con dos pedazos de carne anónima… ¡Vos no me amás! Vos sólo tenés el deseo autoritario de imponerme cómo se ama, cómo se reacciona, cómo se vive. Amás tu locura patotera. —Uno se recompuso en su mesura. Chequeó su celular como gesto mecánico y dijo—: Nos comprometimos a volver juntos del Club. Me propusiste quedarte

a dormir en casa. Te fuiste y te llevaste a dos tipos desconocidos para enfiestarte en ¡mi! departamento sin siquiera avisarme. ¿Querés que hablemos del concepto de registro por el otro que tenés?

—Pero ¿qué te jode? ¿Que me haya ido con esas dos bombas o que no te haya avisado? Si hasta te propuse sumarte, precioso… —dijo C.

—A ¡mi casa! A ¡mi! casa. Ni siquiera la elegancia de ir a la de ellos o un telo. ¡No te puedo explicar lo obvio! No te puedo explicar que… ¡que el agua moja!

—Lo que para vos es obvio no lo es para mí, precioso. ¿Podés entender que somos distintos? A mí me enoja no poder ser tu cómplice y contarte la aventura y que la disfrutemos y que nos excitemos juntos. Con vos, el tipo que amo —dijo C.

—No me escuchás cuando te digo que no es mi *mood*, eso. Querés todas para vos. Tenerme, tener lo que se te ocurra y que nadie te diga algo distinto de lo que querés.

—No me escuchás cuando te digo que amaría construir con vos desde esas discrepancias, trabajando, escuchando al otro, viendo qué le pasa, porque me interesa estar con vos. Puedo pensarte a futuro…

—Hacés la mímica de escucharme y no registrás nada. Sabés lo que me angustia perderte y jugás todo el tiempo, siempre con el hecho consumado, a vivir en esas mismas situaciones que me angustian. Me desnudé ante vos. Te confesé mis inseguridades, y me siento un claustrofóbico al que todo el tiempo, todo el tiempo, lo hacés viajar en un ascensor hermético.

C se mantuvo en silencio. Extendió su mano para tomar de la de Uno, pero él la retiró.

—No me alcanza. No me alcanza tu amor —dijo Uno levantando su voz—. No me alcanza tu forma de… ¿amar? Porque no creo que eso sea amor. Es comodidad. Es querer tener todo para vos sin el menor costo. Y todo, todo, al mismo tiempo y desde el mismo punto de vista, no se puede. Lo nuestro no se puede. No da. No quiero más. No me alcanza.

Y Uno se fue.

46
¿Qué somos?

Desde que Uno había comenzado a ver más seguido a Franco, evitaba la pregunta y, sobre todo, se evitaba a sí mismo con ese tema.

—¿Te parece bien cómo te presenté con ese matrimonio amigo? —le preguntó Franco una noche en la que cenaban juntos—. ¿Te queda cómodo ser "la persona que estoy conociendo?". Es medio largo, ¿no?

—No está mal —se apuró Uno a responder—. Por mí, basta con que digas que soy Uno. Que el resto lo imaginen.

Franco siguió moviendo su copa de vino tinto y volvió a oler el perfume de ese Merlot que tanto amaba.

—Joven, divertido, de colores brillantes —dijo mirando el interior de la copa—. Como nuestra relación —se rio de su ocurrencia.

Uno no le devolvió ningún gesto de complicidad. Se quedó serio mirando su plato aún vacío.

—No quiero atormentarte, bello. Estoy jugando —se apuró a decir Franco.

Por fin, Uno se atrevió:

—¿Vos querés que digamos que somos novios?

—¿Y somos eso?

—No está bueno responder una pregunta con otra pregunta, decís todo el tiempo. Mirá: vos tenés claro que siento un especial… —Uno dudó—. Un especial cariño, cercanía, proximidad.

Franco tomó un sorbo de su Merlot.

—Podría decirte que te quiero —dijo Uno provocando la sorpresa de Franco—. Pero no puedo decirte…

Franco lo interrumpió:

—¡Alto! Podría decirte que te quiero merece un brindis, bello. —Y estiró su copa hasta la de Uno que permanecía sobre la mesa.

—… pero está bueno que sea sincero con vos —retomó Uno—. Te quiero, pero…

—Yo creo que con eso alcanza para que digamos que somos novios —dijo, seguro, Franco.

Uno lo tomó de una mano y lo miró fijo:

—Franco. Te quiero. Disfruto enormemente nuestras salidas, nuestras idas al teatro o al campo, hacemos el amor como los dioses y me divierto viéndote. Pero no te amo. No te amo

porque sabés que todavía…

—Todavía amás a C —dijo Franco imitando a Uno con su tono. Se incorporó en la silla y se soltó de la mano—. Todavía amás a C, lo sé. Ahora, si me permitís, no necesito que me lo recuerdes a cada rato en los momentos en que nos decimos que nos queremos. Soy bueno con la memoria. Me lo acuerdo. Tengo la sensación de que no querés dejar que progrese lo que pasa entre nosotros para aferrarte a un amor del que no dudo, por supuesto que no dudo, pero que te instala en el territorio de lo perdido, si no de lo imposible. —Franco hablaba pausado y con gravedad—. ¿Es necesario que cuando terminamos de hacer el amor me recuerdes que amás a C? ¿Que cuando paseamos juntos disfrutando nuestra charla me lo recuerdes? ¿Tanta necesidad tenés de impedirte el disfrute?

Uno bajó la mirada.

—Amo que me quieras. Desearía que me amaras —dijo Franco—. Pero en estos tiempos de tanta malaria de sentimientos buenos, me alcanza, para estar con vos, con que me quieras. —Y agregó—: Y no siento que tengo el premio consuelo. Tengo el bingo de saberme querido.

Uno hizo un largo silencio. Tomó de su copa y dijo:

—Sabe a algo nuevo, ágil, colorido y, sobre todo, da deseo de seguir probando, Franco. Gran Merlot. Como lo nuestro —dijo Uno, levantó la mano y llamó al mozo. ¿Me traería, por favor, otra botella de agua? Con gas y natural. Así le gusta a mi novio.

47
Ninguno piensa

Franco le dijo que lo pasaría a buscar en media hora.

—¿Estás muy ocupado, bello? Tengo ganas de que me acompañes a visitar a un amigo —le dijo por teléfono ese sábado a la mañana, temprano.

Le pareció rara la propuesta. Pero no quiso decirle que no otra vez. Franco lo había invitado a quedarse en su casa a pasar la noche anterior. Uno le explicó que prefería quedarse solo en la suya. Son los efectos secundarios que aparecen cada tanto del virus del miedo a que me asfixie, le había dicho a Felipe una vez cuando le contaba que cada tanto lo dejaba a Franco en su casa y se iba. *¡No, tesora!*, le había respondido Felipe, *son los síntomas de que sos una boluda con vista al mar. ¡Dejate de joder! Bajate del narcisismo y hacé el esfuerzo de dejar de pensar en vos. El pibe te invita con todo cariño a que te quedes. Te quedás, te servís un vino, te abrazás a ese pecho de macho esculpido y lo toqueteás bajo las sábanas. ¡Planazo!*

Franco mandó su consabido mensaje al teléfono. *Estoy*. Uno pensó que Franco siempre estaba. No como C, se dijo en voz alta. Bajó. Franco lo esperaba al lado de su coche y le abrió la puerta. Otro gesto al que no estaba acostumbrado.

—Tan bello como me acordaba. Nunca defraudás mis recuerdos, Uno. —Le dio un beso.

—¿Siempre fuiste así de piropo delirante?

—¿Sabés que no? Ahora que lo pienso creo que ese don me vino con el amor —apuró Franco.

Uno evadió la respuesta.

—Vamos a ver a Néstor. Creo que te hablé de él. Es mi compañero de la escuela primaria y secundaria. Quizá fue mi primer amor platónico a los siete años. Con el tiempo, devino en mi alter ego preferido. Es más que un amigo. Es alguien a quien le confío mi yo.

—¿Y cuándo terminaron? —le preguntó Uno con un tono de celos. Y pensó: ¿Tendré celos retroactivos?

Franco lanzó una carcajada sonora. Su pecho se expandió y colmó toda su remera que parecía no poder contener tanta humanidad.

—¡Jamás nos tocamos! Néstor es *straight* convencido. Gracias a Dios, de paso. Nos une eso. Si fuese gay, sería todo más complicado.

Franco estacionó frente a una clínica muy conocida dedicada a la rehabilitación física. Se sorprendió. Allí había ido él mismo hacía unos años cuando se esguinzó un tobillo. Sin embargo, su novio se encaminó hacia un sector más retirado del edificio principal. En la puerta pudo leer carteles que señalaban terapia intensiva, quirófano y unidad coronaria. Franco saludó a las enfermeras con mucha cordialidad. Ellas le respondieron con el afecto a quien se conoce desde hace tiempo.

—Vengo todos los sábados desde hace más de un año.

Un enfermero de unos treinta años, con su ambo muy apretado, se abalanzó sobre Franco ni bien lo vio. Lo estrechó en un abrazo y, con total descaro, le puso sus dos manos en el pecho.

—Franco, hermoso —le dijo—. Me tenés olvidado, sufro mucho.

Franco se rio y miró a Uno. El enfermero, sin dejar de tocarlo, le dijo:

—Jodeme que estás de novio, doctor sexy.

—Sí, Luquitas. Te presento a mi novio. Él es Uno.

El enfermero, antes que retroceder, abrazó a Franco.

—Te llevás al mejor. El más inteligente y generoso, el más potro y el más hot en la c…

—Basta, Lucas —lo interrumpió Franco—. Ya está. Lo venimos a ver a Néstor. ¿Cómo está?

—Mejor —dijo Lucas soltándolo por fin—. La *traqueo* lo mejoró.

Lucas miró de arriba a abajo a Uno. Le dedicó una especie de mirada tomográfica, lo escaneó de arriba abajo. Y le dijo:

—Te envidio. Fuerte. Disfrutá a este animal. Y si no te jode, compartilo cada tanto.

Uno caminó detrás de su novio por un pasillo largo y totalmente blanco. En ese instante se dio cuenta de que Franco y C se parecían en algo. Ambos eran deseados, mucho, por otros. ¿Estoy repitiendo lo mismo? ¿Me acerco a bellos hegemónicos que me provocan más inseguridad? ¿Es lo mismo? En ese momento, Franco se detuvo, lo abrazó fuerte y le dijo.

—Hay algo de lo que estoy seguro, Uno. Desde que te amo, soy mejor piropeador. Y soy mejor persona. —Y lo besó.

En esto, pensó Uno, Franco no se parecía a C.

Entraron en la habitación de Néstor. Allí, Uno se percató de que nunca había preguntado qué le pasaba al amigo de Franco y que él tampoco le había contado por qué estaba internado. Uno quedó en shock: una silla de ruedas más grande que las habituales acogía a un hombre muy delgado que lucía de la edad de Franco o la de él mismo. El hombre no se movía y, de hecho, tenía sostenidas sus piernas y sus brazos con soportes que impedían que se cayesen. El hombre tenía su cabeza apoyada en un mullido respaldar que extendía sus extremos hasta casi rodear el

cráneo, también, para sostenerla. En la cabeza de Uno apareció la imagen del protagonista de *La naranja mecánica* al borde de la tortura. Entonces, Uno vio que Néstor lo miraba. Sus ojos se movían y podían dirigir su mirada. Néstor, cuando lo recorrió con esa mirada, le sonrió. O al menos esas contracciones menores del rostro parecieron indicar.

—Te presento a Uno. Es mi novio.

Uno fijó su vista en el hombre de la silla de ruedas que sostuvo su mirada en una pantalla que tenía frente a sí y que estaba asegurada en uno de los apoyabrazos con una extensión movible. Se produjo un silencio. Néstor hablaba a través de ese dispositivo que leía el movimiento de sus pupilas cada vez que se fijaba en una letra de un teclado virtual. Cuando concluía, dirigía sus ojos a la tecla "enviar" y el aparato reproducía con una voz metálica lo escrito.

—Ya lo sé. Es más guapo de lo que me dijiste. —Se escuchó desde el parlante de la máquina.

Néstor pareció sonreírse otra vez. Una discreta contracción de los músculos de la cara parecía indicar eso.

—Le diagnosticaron ELA: esclerosis lateral amiotrófica —dijo Franco—. Desde hace un año lo tenemos así, quietito. Pero pensamos festejarle el cumpleaños próximo con un fiestón de aquellos. En cuanto la terapia de células madre haga efecto —agregó.

Uno quiso decir algo, pero se detuvo. Lo miró a Franco.

—Te escucha perfecto. Ve bien, escucha mejor y, como siempre, es el que mejor piensa de todos nosotros, ¿no, Néstor?

Y, otra vez, el silencio. Un minuto, dos, tres. Franco y Uno miraban los ojos de Néstor que generaban, en ese mínimo desplazamiento de sus pupilas, el titánico movimiento humano jamás visto por ellos. El parlante dejó escuchar:

—Es re fácil con ustedes. Ninguno piensa —dijo Néstor.

Permanecieron en el cuarto una hora larga. La charla con Néstor no habrá tenido más que un intercambio de cinco o seis ideas. El tiempo de espera para escuchar las respuestas poblaba de muchos más silencios que de palabras ese encuentro. Apenas el sonido de la respiración, facilitada por una traqueotomía, rompía esa espera. De no haber sido intervenido así, Néstor habría muerto. La ELA hacía perder tonicidad en todos los músculos, incluidos los que impulsan a los pulmones a respirar.

Franco no dejó de atender a su amigo. Le acomodó la cabeza, le acarició las manos para ubicarlas en una posición más cómoda, le abrochó la camisa que se había desprendido, le secó la saliva que se juntaba en su boca. Uno tuvo que reprimir sus ganas de llorar. No sabía si era por ver a ese hombre postrado, viviendo sólo a través de sus pupilas, o por la conmoción ante esa escena de tanta amorosidad de ese otro hombre, el suyo, atento y generoso con su amigo. Franco se transformó para Uno, desde entonces, en un hombre más bello. Su deslumbrante físico se iluminaba ahora con ese amor palpable e incondicional por su amigo.

Por fin, Franco dijo que debían irse. Cuando ya estaban ambos de pie, Néstor bajó la vista a su

pantalla. Los dos esperaron, quietos, su palabra que llegó enseguida.

—Abrazo —dijo la máquina.

Franco se adelantó.

—Resulta que el maricón soy yo… —Y se abrazó a su amigo y a parte de la silla que lo contenía. Lo besó en la mejilla.

Uno no pudo contener las lágrimas. Néstor contraía su rostro en inequívoco gesto de emoción. Hasta que lo miró. Fijo. Uno no supo qué hacer.

—Está pidiendo tu abrazo —le dijo Franco.

Uno se adelantó, puso su mano sobre una de las de Néstor y percibió un frío desolador. Avanzó hasta colocar su cabeza a la altura del pecho de ese hombre. Se dio cuenta de una especie de agitación de Néstor que él quiso interpretar como agradecimiento por ese encuentro.

Sin mediar palabra, emprendieron la salida. En la puerta, la máquina dejó escuchar.

—Franco es lo mejor que te pasará en la vida.

48
Perspectiva

Felipe terminó de escuchar la experiencia de la visita de Uno al amigo de Franco. Uno no podía dejar de repetir la misma frase:

—¿Me explicás de qué me quejo, Felipe? Que si en el laburo un inversionista se saca porque pierde unos miles de dólares o si C me ama porque me invade el departamento para tener sexo con dos tipos. ¿De qué me quejo? Néstor está preso de su propio cuerpo y apenas respira porque le hicieron una traqueotomía. ¿Vos podés imaginarte veinticuatro horas, de todos los días de tu vida, así?

Felipe lo miraba mientras armaba un porro.

—Quejate de mis churros, tesora —le dijo mientras le alcanzaba un cigarrillo recién preparado con un dispositivo que los hacía muy prolijos—. Como todo en la vida, es ceder algo para ganar mucho. Dejé la artesanía de mis dedos en favor de esta maquinola hermosa que prensa mejor la flor y te los arma bonitos, bonitos.

—¿De qué me quejo, Felipe? —siguió como una letanía Uno—. Vamos a lo de C. Yo lo amo, a su manera él me ama, vos mismo me lo dijiste. En el medio, los modos de expresión de esos amores. ¿No te parece que yo debería dejarme de joder y disfrutar de ese amor? ¿Cuántas veces uno se enamora en la vida? ¿Y si tengo ELA mañana y no disfruté de ese amor?

Felipe cerró su caja de armado de cigarros de marihuana, la ordenó prolijamente en una repisa que tenía en su Kinder, le encendió una vela a la imagen de la virgen de Santa Rita que estaba en uno de los estantes. Es milagrosa, rápida y patrona de lo imposible, le había dicho un día. La Rita y yo, dos gotas de agua. Por eso soy devota.

—Si vas a fumar de mis flores caras, las disfrutás —le dijo Felipe—. Esto no es un vaper modernoso que tira humo. Son plantadas y cosechadas por esta servidora, con mucho esfuerzo. Pero volvamos a lo tuyo, ciela. A ver: siempre hay una tragedia mayor a la de cada uno de nosotros. Las guerras, el hambre mundial y todo eso que dicen las modelos cuando concursan para miss mundo. Estamos de acuerdo. Ahora que los coreanos tengan misiles para hacer moco el universo no implica que yo no quiera aceptar que un tipo me caga la vida metiéndome los cuernos. O sea. Los coreanitos pueden pulverizar todo. Mientras tanto, C puede pulverizar tu autoestima dentro de quince minutos, mamu. Yo me hago cargo de mi mundo ahora, y decido en él, mientras vemos si los coreanos liquidan todo.

Felipe dio una pitada honda a su porro.

—No es eso, amigo. De lo que se trata es qué parámetro uso para, siguiendo tu ejemplo, sentirme amenazado en mi autoestima. ¿Qué me importa la fiesta de C en mi casa si cuando estoy con él disfruto como nunca? ¿Me voy a impedir de vivir ese placer porque no me registra como quiero y puedo perderlo? Se trata de poner en perspectiva lo que importa y lo que no. Néstor me puso en perspectiva.

Felipe se puso de pie con gesto de conferencista.

—Tesora mía. Desconozco para qué vas a ese cursillo de filosofía, salvo que me digas que es para levantar chongos como Franco. Porque si es para razonar de la vida, te están robando la plata. No hace falta que veas a Néstor postrado en la silla de ruedas para ponerle perspectiva a las cosas. —Felipe hizo signos de comillas con sus dedos—. Quiero avisarte, por si no te lo explica tu amada Orlás, que nos vamos a morir todos. Eso, mi vida, te incluye. Sabiendo eso, sabemos todo. Eso es lo importante. El resto es cotillón. El caso es saber qué matraca o pito del cotillón querés agarrar mientras dure la fiesta. Se trata de elegir. Siempre. Sabiendo que nos vamos a morir. Pero no aterrados, inmovilizados por ese final. Conscientes de eso, apenas. Te diría que más libres.

Uno pensó que Felipe era existencialista intuitivo. Felipe se acomodó en el suelo, otra vez.

—Mirá, cuando yo voy a teñir el pelo de una señora, tarea difícil si las hay, tengo presente que puede salir mal y que la mina me puede matar si no le emboco el color. Pero el miedo a ese asesinato no me paraliza. Me pone garra para hacerlo como lo quiero hacer y como aprendí. Me tira para adelante para elegir el producto, el tiempo de exposición, la temperatura de secado. Para adelante. Nunca para atrás. Ya sé que al final, si no me mata, me voy morir. Pero prefiero lidiar ahora con el rubio ceniza y la cara de la mina antes que con el arpa y la guitarra. Esa es mi perspectiva, nena. Deberías aplicarla.

49
Me iré lejos

Ana revolvió en su cartera y no encontró las llaves. Abrió el cierre de uno de los bolsillos más ocultos y las vio. Tenían el llavero de siempre: una figura femenina que parecía estar cantando. Su padre le dijo que era María Callas, la mejor de la historia de la ópera.

—La vida en la ópera se divide en a.C y d.C. Antes y después de Callas —le había dicho él cuando ella tenía apenas diez años.

Entonces le había hablado de esa griega habitante de los Estados Unidos que venció su gordura para verse más linda y real actuando las óperas, antes interpretadas por señoras nada creíbles en sus personajes de heroínas desdichadas. Ella era una estrella, integrante del jet set que la vio en pareja con Onassis, seducida y abandonada por el magnate que la descartó cuando perdió su voz, de tanto cantar todos los roles de la ópera como nunca nadie se había atrevido, cansando su garganta.

Ana recordaba perfectamente ese día. Había entrado al estudio de su padre, donde él trabajaba y escuchaba música, y lo encontró sentado en su sillón preferido. En la bandeja de discos, la púa recorría un vinilo negro con el centro color amarillo de la Deutsche Grammophon. Una mujer sonaba desgarrada con una voz que a ella le lucía revestida en metal. Ana quiso decirle algo a su padre. El levantó su mano derecha para que no lo hiciera y luego, con la misma mano que había dirigido a su oreja, la invitó para que escuchara.

Ana entendió sólo una frase: *"Perché, perché, signore"*. Recién empezaba a animarse con el italiano que estudiaba con placer, pero las entonaciones de la cantante, la orquesta que sonaba junto a ella, le hacían difícil comprender. Cuando la música terminó, su padre se incorporó, levantó el brazo que conducía la púa al disco y le preguntó.

—Contame qué pasa en esta escena, hija.

—No sé, papá. No entendí la letra.

—Se trata de lo que sentiste, Ana. Contame qué sentiste.

Ana dudó. Tenía miedo de decir lo que creía por temor a equivocarse. Ana temía equivocarse frente a su padre. Quizá fuera ese miedo de crianza el que la había acompañado toda la vida temiendo fallarles a sus amigos, a sus jefes, a su pareja, a todos.

—Creo que esta mujer le pregunta al cielo por qué tiene que sufrir así. —Se atrevió.

Su padre la miró. Ella no pudo ver ni un gesto de aprobación ni uno de desagrado. Él apoyó

con especial suavidad el brazo del tocadiscos en su lugar, quitó el vinilo del plato, lo repasó con una franela lila que sólo reservaba para eso, lo guardó en una caja negra y volvió a su sillón.

—Contame más de lo que le pasa a esta mujer —le pidió.

Ana entendió que estaba bien encaminada.

—No sé, papá. Pienso que la han traicionado, que le han mentido. —Lo dijo con susto, otra vez, y lo miró.

El hombre se tomó la cabeza con las manos. Se inclinó levemente hacia adelante. Ana temió lo peor. Haber fallado.

—Hija: tenés el don —empezó a decirle—. Floria Tosca le pregunta a Dios por qué le ha hecho eso. Le pregunta por qué la ha obligado a firmar un pacto infame para que libere a su amado a cambio de que el autoritario dueño del poder abuse de ella. Por qué, si ella es tan buena y noble, dice, Dios la somete a eso, por qué *"me ne rimuneri cosí"*, me remuneras de esta forma. —Hizo un largo silencio. Se recostó, feliz—. Hija: tenés el don. Podés entender a Puccini con sólo escucharlo. Estoy orgulloso de vos.

Ana puso las llaves en la cerradura de la casa paterna.

Las había conservado para entrar sin llamar. Parecía no haber nadie. Era el primer encuentro con su padre luego de la internación. Ella supo por los médicos que había ido al hospital a escuchar el parte de su salud, pero nunca la visitó en el cuarto. El comedor estaba inmaculado. Las vitrinas, las sillas, los adornos, todo, en su lugar.

Ana avanzó en dirección al estudio. Entonces escuchó música. Su padre estaba allí. Dudó. No quería entrar. Tampoco soportaba lidiar con esa angustia que le provocaba el silencio. Lo no dicho. Si su padre no quería volver a verla, ella quería saberlo de manera expresa, no por el paso del tiempo sin hablarse.

Se aferró al picaporte de la puerta y entró. Su padre levantó en cámara lenta su cabeza y la miró. Ella se adelantó hacia él.

—Papá… —empezó a decirle con los ojos llenos de lágrimas.

Él levantó su mano derecha, como aquella vez, y la detuvo. La invitó a escuchar.

Ana escuchó y recordó toda el aria que había aprendido hacía mucho. *"Me iré lejos, tras las nubes y la nieve blancas"*, escuchó.

El padre esperó hasta el final de la interpretación. Se levantó, descorrió el brazo de la púa y volvió a sentarse. Ella se animó.

—*Ebben? Ne andró lontana*. La Wally, de Catalani.

Él sostuvo el silencio. No la miraba.

—Creo que es la gran Ghena Dimitrova, una de tus favoritas, papá.

Él siguió sin mirarla.

—Sé que es muy difícil para todos, papá —comenzó a decir Ana apoyándose contra la puerta —. Sé que es muy difícil para vos. Podría explicarte lo que ocurrió, decirte qué me pasa en la vida. Pero sólo quiero escucharte… y… pedirte disculpas… Jamás quise hacerte sentir dolor. Es un tema mío, de Héctor, pero sé que te daña, que te hace mal y entonces…

Su padre volvió a levantar su mano y le dijo:

—Contame qué le pasa a esta mujer, Ana.

Ana se sintió confundida. Pero esta vez estaba segura de que no iba a fallar. Sabía que no lo iba a defraudar porque conocía de memoria el aria.

—La Wally canta que se irá lejos, sola, con el eco de la piadosa campana, allá lejos donde la esperanza sólo es llanto y dolor —dijo.

Entonces se dio cuenta: ahora sí su padre la miraba.

—La Wally canta que se irá lejos, de la casa de su madre, para no volver jamás.

Ana comenzó a llorar. No quería hacerlo, pero no podía evitarlo. Un espasmo salvaje la había tomado y ella no sabía cómo domarlo. Su padre permaneció inmóvil en su sillón. Cuando logró reponerse, ella le dio la espalda para abrir la puerta y le dijo:

—¿No estás más orgulloso de mí, papá?

Él se puso de pie, la miró, dio un tímido paso hacia ella, pero luego retrocedió. Accionó el brazo del tocadiscos y Ghena Dimitrova volvió a decir, entonces, que se iría. Lejos, sola, para no volver jamás.

50
¿Su teléfono, doctor?

—No sé por dónde empezar.

Uno estaba de pie al lado de la cama de Eva con un ramo de jazmines. Ella lo miraba sentada. El respaldo estaba totalmente recto y una bandeja sostenía sobre sus piernas una compotera metálica, un vaso de agua y una jarra transparente.

—¿Se te ocurre por dónde? —insistió él.

Ella siguió mirándolo sin decir palabra. Entonces, él avanzó decidido y depositó con torpeza los jazmines en el vaso de la bandeja.

—No te veo con sed. Y así le ponemos algo de onda a este antro, ¿no? —le dijo.

Ella empezó a sonreír, luego a reír, hasta que, por fin, no pudo contener la carcajada. Amplia, a boca abierta, franca. Él sintió que sus piernas volvían a sostenerle el cuerpo que hasta ahora había levitado en la incertidumbre. De repente, Eva empezó a toser, ahogada con su propia saliva. Con sus espasmos, volteó el vaso devenido en jarrón de jazmines, la jarra de agua fresca y torció la bandeja al punto de caer al suelo. Uno logró atajar todo y la miró asustado.

—¿De qué murió Eva? Broncoespasmo natural ante la visita del amigo puto —dijo con voz falseada—. No tiene nada de heroico, amiga. Controlate.

Eva abrió los brazos hacia Uno. Él se dio cuenta de que clamaba por un abrazo. Dejó todo en el piso y respondió a ese llamado con todo el cuerpo. La estrechó. La apretó con fuerza mientras le decía Dios mío.

—Jodeme que te hiciste creyente. No te puedo dejar solo unas pocas semanas…

—No me jodas vos, Eva. Me asusté mucho. Pero mucho.

—¿Podés creer que el tipo no dio signos de vida? —le dijo ella mientras se soltaban del abrazo.

—¿Qué tipo? ¿Estás hablando en tercera persona como los futbolistas? Acá estoy. Vine un montón de veces y me dijeron que no querías visitas.

—¡Vos no! Mi novio no apareció. Me tiro por el balcón para ver si reacciona y nada de nada. ¿Podés creer?

Uno tomó distancia y se sentó en una silla blanca que estaba al lado de la cama, y le dijo:

—No pienso preguntarte nada de lo médico porque la bomba que está de guardia me dijo todo. Ya le saqué el teléfono al doctorcito. Las primeras semanas en silla de ruedas. Pero bastante

pronto arrancás con la kinesiología, la rehabilitación y salimos a bailar al Club de los jueves.

Ella volvió a sonreír.

—¿Pero vos me estás diciendo que te tiraste de mi balcón —dijo remarcando la pertenencia— para llamar la atención de ese tipo que te dejó escapando como una rata porque no le daban los cojones para asumir qué hacer con la relación?

Eva bajó la cabeza.

—La próxima te cedo mi nuevo depto que está en el noveno. Ahí no fallás.

—No estoy todavía preparada para hacer humor con eso…

—Ah, bueno. Pasame el cronograma de fechas. Avisame de tu próximo salto, de los días planeados de internación y del lapso en el que ya puedo putearte. Porque tuve muchas ganas, Eva. Pero muchas. ¿No podrías haberme dicho lo que te pasaba? Siempre, siempre estuve ahí. Cada jueves, cada vez que me mensajeaste. Me hiciste odiarte, Eva. Me hiciste creer que era un mal tipo insensible que no se podía dar cuenta de que una amiga estaba desesperada.

—Yo no te hice nada a vos. No *te* lo hice. No seas *unocentrista*. Una vez me contaste que una amiga le metía los cuernos a su marido. —Uno se agradeció nunca haber mencionado que era Ana—. Y cuando yo la juzgué a ella, vos me dijiste: no se lo hizo al marido, hace ella lo que siente. Yo no te lo hice. Hice lo que pude, Uno.

Él la miró sintiéndose preso de sus palabras. Pero ella agregó:

—Y estoy arrepentida, amigo. Muy.

Uno la tomó de la mano.

—Ayer se lo pude decir a mi psiquiatra. Arriesgar mi vida me hizo darme cuenta de que la tengo. Y que la quiero. ¡La quiero vivir, amigo! —le dijo casi gritando—. Cuando me desperté en esta cama pregunté si ya habían llevado los sillones a mi nuevo departamento. ¿Sabés que jamás los compré? Aunque sí había soñado con los que quería. Quiero mis sillones mirando al balcón por el que entra luz. ¡Pero si vos lo conocés bien! ¿Viste el balcón que mira a la iglesia de San Cayetano? En la otra pared quiero un sillón de tres cuerpos. Porque quiero tirarme a leer, a pensar y, algún día, a coger con un tipo que me diga lo que le pasa.

Uno la seguía sosteniendo de su mano.

—Ese día, el del salto, le tuve miedo al futuro. Me sentí el tipo que empuja la piedra hacia la cima de la montaña y no puede darse cuenta de que va a volver a caer. Miré todo el tiempo la caída y no el camino para subirla. Pensé en la puta enfermedad de mi familia y vi la pendiente. Miré el balcón y me quise escapar, Uno. Me quise escapar. Mirá. —Abrió la mesita que estaba al lado de su cama y sacó un libro.

Era el libro de Camus que él le había dado. En rojo aparecía remarcada una frase. Él la leyó en voz alta:

—Matarse, en cierto sentido, y como en el melodrama, es confesar. Es confesar que se ha sido sobrepasado por la vida o que no se la comprende.

Uno sintió una puntada en el corazón. Se tomó el pecho con las dos manos y un sabor amargo le subió hasta su garganta. Tuvo náuseas.

—No pensarás que me tiré del balcón porque vos me diste el libro de Sísifo, ¿no? No me vas a decir que sos tan elemental y narcisista de creer que tenés algo que ver con mi idiotez. Jodeme que no es así porque te perdería el respeto. —Él la miró asustado—. Insisto: tan *unocentrista* no podés ser. No entenderías nada. Dame agua, ¿querés?

Le sirvió un vaso. Ella siguió:

—Hacía tiempo que me sentía sobrepasada y, de pronto, mi novio me deja sin que yo fuera capaz de advertirlo, de sospecharlo. De repente, no comprendía que él me hubiera dejado. No le encontré sentido a nada. Pero, sobre todo, ajena a mí desde hacía tiempo, no entendí que estaba haciendo un melodrama al saltar por el balcón. ¡Una imbécil, amigo!

Uno se acercó y le acarició una mejilla. Le acomodó unos mechones que le caían sobre su rostro y le dijo:

—La próxima vez que se te ocurra pensar hacer lo que hiciste, te cago bien a patadas, la reputa madre que te re mil parió.

—¡Che! ¿No es mucho?

—Piaget ilustrado para principiantes.

En ese momento, entró un grupo de personas de guardapolvos.

—¡Llegó la visita de todos los matasanos! —gritó Lourdes.

Uno hizo un gesto para explicar que esperaría afuera. Ella lo retuvo.

—Es mi familia, doctores. Puede quedarse. Te los presento, Uno. El clínico, el residente, el médico de guardia y Dios, el psiquiatra.

Uno reparó en el último profesional y le extendió su mano.

—Yo soy Uno, doctor.

Eva, notando su intención frente a ese médico guapo, alto, barbudo y de fuerte contextura, dijo:

—Suelte esa mano, doc. Yo sé lo que le digo.

—Soy uno de los mejores amigos de Eva y me gustaría poder consultarlo si tengo alguna duda del comportamiento de ella.

—¡Dios mío! —exclamó Eva—. No lo puedo creer.

51
No estoy seguro de nada

Uno sintió que no aguantaba más. Las manos y la boca de Franco pulsaban todos y cada uno de sus puntos débiles y lo llevaban a un lugar de placer pocas veces experimentado. Se entregó a su goce y dejó de prestar atención a la respiración de su novio, a sus jadeos, a sus movimientos. Se encerró en esa energía suya que lo erizaba y sintió que sus testículos le exigían el clímax. Por un instante, sólo por un instante, creyó que debía esperar a Franco, pero el ritmo del cuerpo de él lo alentaba a seguir en su propio camino de disfrute.

—Sí, bello, sí… —le decía apenas Franco alentándolo, con una generosidad que Uno no recordaba haber vivido, a que se dejara derrumbar en el derrame de su satisfacción.

Algunas otras veces, haciendo el amor con Franco, se había detenido en las comparaciones. Con C y con tantos otros. Especialmente con C, la piel era animal, no había otras palabras para decirlo. No había sustantivos ni adjetivos que contuviesen esa atracción entre los dos. Con Franco sí podía darle nombre: simbiosis, ganas, desenfreno, caricias encendidas. Fuerte encuentro de sus cuerpos, pero clasificable en los límites de las palabras.

C, como todo en su vida, perseguía en la cama lo que quería, atropellando cualquier obstáculo. Franco se animaba a bucear en el deseo de Uno y procuraba un camino de a dos. C había penetrado a Uno sin más preliminar que las ganas de él. Franco había indagado con susurros, con monosílabos, hasta dónde quería Uno. C era pura animalidad. El otro, la pasión con razón.

Esta vez, sin embargo, Uno no quiso comparar, no quiso pensar, apenas sentir. Gozar, transpirar, acariciar, lamer, rasguñar, apretar, apretar, apretar, sentirse apretado, oler, inspirar, saber, mojar. Y, entonces, fue el todo. Desde la pelvis y hacia su pecho, con fuerza. Uno tuvo un orgasmo irrepetible. ¿Podría narrarlo? Siempre y para siempre. En palabras. Franco vivía en las fronteras de una historia. ¿Y con C? Imposible de contar, de encontrar palabras que lo reflejara.

Cuando abrió los ojos supo que Franco también había llegado al éxtasis. Ni siquiera se había dado cuenta. Ahí estaban los dos, húmedos, con ese mismo aroma irrepetible de la virilidad saciada. Franco le recorrió los labios con un dedo y le dijo que lo amaba.

—Te amo fuerte. En serio.

Uno no quería dejar de disfrutar las humedades que unían su abdomen con el de su novio.

Apenas si se movió para ratificar que allí yacía el testimonio de ese placer memorable. Por fin, se levantó de la cama, se vio desnudo mirando el desnudo apolíneo de Franco y empezó a llorar. Franco se acurrucó en la cabecera y atinó a cubrirse con una sábana.

—No puedo más, Franco. No puedo más del amor que siento por C.

Su desnudez era el testimonio de la indefensión a flor de piel. Uno no le mentía. Vio que Franco se quedó mirándolo. Creyó ver hasta algo de compasión en él.

—No puedo más. Prefiero que no nos veamos más. No quiero hacerte sufrir, es cierto, pero menos quiero seguir sufriendo yo. Te pido perdón.

Franco se incorporó en la cama y apenas pudo decirle:

—¿Estás seguro de decir que es el final?

—No estoy seguro de casi nada. Me siento como Descartes en ese texto que leímos hace un rato juntos. —El ejemplar del *Discurso del Método* del curso de filosofía de los jueves estaba sobre la mesa de luz—. Los sentidos me engañan, la razón me falsea. Sólo sé que existo en el amor que tengo por C. Y quiero intentar defender esa existencia.

Los dos se dedicaron un largo silencio.

—Te pido perdón —dijo Uno.

—¿Te excita sentirte rechazado? ¿Es eso? ¿Te gusta que te ninguneen y te hagan sentir poco amado? —lanzó con creciente enojo Franco.

—¿Qué decís? Te estoy diciendo que estoy…

Franco lo interrumpió.

—Me estás diciendo que estás enamorado de un tipo que te impone sus reglas, que te hace sufrir con esas reglas, que se caga en vos, en tu casa, en lo que vos sentís. Te gusta sufrir, Uno. No le pongas la excusa de que estás enamorado. —Franco salió de la cama, se empezó a vestir con un gesto de quien no quiere exhibir su desnudez frente a un extraño—. Decís que me querés, que disfrutás del sexo, de nuestras charlas, de escucharme y de que te escuche, de pasear juntos, pero —exageró con sorna— amás a quien no posee el menor registro por nada de lo que te importa. Mirá, Uno —le dijo mientras lo miraba con una gravedad que no le conocía—, alguna vez me dijiste que tu amigo Esteban te había dicho que elegir es conservar y perder. Yo te ofrecí compartir un plan de vida, sin garantías, claro, pero un plan de vida con un par. Con un par que te ama, te escucha, te respeta, te es sincero hasta con sus dudas. Pero siempre de frente. Claro. Y te ofrecí perder.

Uno esperaba que siguiera para saber qué era esa pérdida.

—Te ofrecí perder ese lugar común construido por quienes dicen que nadie es dueño de nadie y que por lo tanto es mejor darle libertad. ¡Eso es mentira, Uno! Eso es mentira. Eso es desentenderse del deseo de compartir para sólo pensar en el deseo narcisista de hacer lo que se te cante las pelotas. Alguna vez leí que el amor es darle a otro el poder de hacerte daño y que ese otro, ¡por amor!, no lo use. No quiero una relación abierta, de a varios, oscura, Uno. Te ofrecí,

como te dijo Esteban contándotelo desde su propia experiencia, un amor de conservar y perder. Conservarnos, y perder el goce efímero del reviente. Yo creo en ese amor. Muchos creemos en ese amor.

—Te pido perdón, Franco. Te pido perdón —dijo Uno a media voz.

Franco lo miró y le dijo:

—No creo poder hacerlo. No soy tan bueno como para eso. Vestite y andate.

52
Te amo

—¿Cómo que lo dejaste? —gritó Felipe blandiendo un trapo absorbente con el que estaba secando su mesada—. ¿Lo dejaste-dejaste o montaste una de tus escenitas de telenovela turca que te gustan para volver con el caballo cansado?

—Le dije que amo a C y que quiero intentar vivir ese amor. —Uno se sentó en una de las sillitas del Kinder de su amigo.

—¡Te levantás inmediatamente de ahí! No pienso dejar que contamines mi lugar de pureza con tu culo sucio de idioteces. —Uno no supo si era broma lo que decía su amigo—. ¡Te levantás ya, tesora!

Se puso de pie y buscó el sillón del living.

—Ahora hablá —le dijo Felipe.

—Garchamos como los dioses, amigo. Otra vez me hizo sentir como el protagonista de todo. Me dejó hacer lo que quisiera, me buscó en los lugares y en las poses que me gustan y, cuando terminé, me di cuenta de que es un pibe fenomenal, pero que no lo amo. ¡Amo a C, Felipe! ¿Te lo tengo que explicar otra vez? —dijo tomándose la cabeza con las dos manos.

—Amás a C, ponele. Te dan ganas de volver con él también. ¿Pero hace falta ser tan cruel con un tipo educado, atento y decirle que te vas ¡en su cama! luego de acabar como un rinoceronte? —preguntó indignado Felipe.

Uno lo miró cuando dijo rinoceronte.

—Vi un documental que dice que los rinocerontes son los más copiosos para la eyaculación. Soy un rosario de saberes inútiles, amiga. Igual, sos cruel. Innecesario.

—Soy sincero, Felipe. Le dije lo que le dije como pude y en el momento que pude. Lo intenté con Franco. Vos sabés que lo intenté. Me obligué a amarlo y sólo me salió quererlo, tenerle cariño. Extraño el vértigo de C. Extraño pelear por lo que quiero, por mis reglas, por mis miedos con un tipo con el que sueño envejecer —gritó Uno—. Extraño besarlo y dormirme tocando su pecho. Extraño amarnos. Sería mucho más cruel si le doy esperanzas a Franco de algo que sé de antemano que está destinado a ser una relación de cariño. No de amor.

Felipe se sentó en una silla del Kinder. Bajó la cabeza y se la acarició en clásica señal de que pensaba. Y dijo:

—¿Soñás envejecer con C?

—Sí, Felipe.

—Mirá: Franco es uno de los tipos más lindos que conozco. Es simpático, es inteligente. Generoso. Besa bien. Es hora de que sepas que me lo chapé hace unos meses en la *Slave*. —Uno lo miró sorprendido—. Estaba drogada, en mi defensa, tesora. Solo recuerdo sus tetas y su lengua.

—¡Caramba! —Uno se levantó sorprendido.

—Te calmás, tesora. Prescribió. En dos fiestas caduca todo y yo tengo más fiesta que el carnaval carioca. Franco es un tipo extraordinario. Fuera de serie.

—Lo sé —dijo con un hilo de voz.

—¿Te puedo decir algo importante? —preguntó su amigo.

Uno asintió.

—Te amo. Creo que soy el amigo que más te ama. —Uno lo miró confundido—. Te animás y eso hace que te ame. Te arriesgás a perder a un tipo extraordinario porque vale más para vos el amor, aunque sea con un narcisista que no sé si te va a registrar alguna vez, que el cariño por un tipo fuera de serie. Sos valiente. Hay tantas pocas ocasiones en la vida en donde uno se cruza con un tipo como Franco y puede fingir, con un poquito de esfuerzo, que era eso el amor. Pero vos no. Vas para adelante, valiente. Y yo amo a los valientes. —Felipe lo abrazó, los dos emocionados—. Eso sí, nena. Te arriesgás a quedarte sin el pan y sin la torta. Porque si C está engrampado con cincuenta y se enamoró de otro, te quedás sin los dos. Franco no te va a querer ver más en la vida. Sin el pan. —Levantó su mano derecha—. Y sin la torta. —Ahora la izquierda—. Aunque pensándolo bien, siempre hay una torta a la mano que se enamore de vos y te pida tener un pibe. Ahora, no te veo garchándote a una mina onda bombero.

Y los dos se rieron.

—Pensaba algo, tesora. ¿Ya está seguro lo de Franco? —preguntó Felipe.

—Sí, sí —dijo.

—¿Te jode si termino lo que empecé y me lo curto? —Y estalló de risa.

—Puta —le dijo Uno y lo abrazó.

—Dame novedades, tesora —respondió Felipe.

53
Asco

Héctor estaba esperando en la vereda de su departamento. Ana lo vio cuando dobló en la esquina mientras corría para no llegar tarde. Sabía que su esposo hacía un culto a la puntualidad. Aún faltaban quince minutos para la cita.

—Podrías haber subido y esperarme arriba —le dijo ella.

—Sabés que no tengo más llaves —respondió con frialdad al beso en la mejilla de Ana.

—Subamos y te cuento… —empezó a decir ella.

—Prefiero en otro lugar —la interrumpió en seco Héctor—. El bar de los pájaros acá la vuelta está bien.

Ana quedó inmóvil con las llaves a centímetros de la cerradura. Lo miró a los ojos para ver si podía anticipar las respuestas de su marido. Héctor corrió la mirada y empezó a caminar.

El bar tenía un patio cubierto por un lucernario que se descorría como un toldo. La luz de sol de esa hora bañaba las mesas y el árbol nacido en ese centro de manzana que los dueños habían conservado. Muchos pájaros se posaban en la copa, y, de allí, el nombre del lugar. Ana recordaba las largas charlas y muchos desayunos con Héctor y el gesto de su hombre de levantar la cabeza hacia el cielo, guardar silencio y pensar. *Mirar a esos pájaros me ayuda a razonar mejor*, decía él.

Héctor eligió una mesa distinta a la habitual. Dentro del salón, a un costado. Ella pensó que ese gesto prenunciaba una conversación también inédita. Como cuando subía el ascensor del edificio de Puerto Madero para ser despedida, padeció del mismo vértigo amargo.

—Me pediste que habláramos —dijo él.

—¿Cómo estás, Héctor? —preguntó Ana intentando evitar el tema central y resultar cariñosa.

—Como puedo, Ana. Shockeado, enojado, sorprendido, cansado… ¿aliviado? Sí, sabés que por momentos me siento aliviado. Siento que haber tomado la decisión de irme de casa me sacó el peso de encima de no hacer las cosas por miedo.

Allí, Héctor la miró a los ojos. Por primera vez desde que había llegado.

—En este tiempo, después de todo esto, me empecé a preguntar si todo lo que hice en la vida, me refiero a las cosas importantes, las hice porque quería o las hice por miedo a hacer otras cosas y bancarme las consecuencias.

Ana supo que debía dejarlo hablar.

—Lo que más me molesta es tener que dar explicaciones. Porque yo en la vida me hago cargo de explicar lo que hice. Pero tener que justificar lo que no hice, lo que… lo que me hiciste, Ana, me rompe las pelotas y mucho.

—Héctor. No te hice nada a vos. Te lo juro que no te lo hice a vos. —Le tomó una mano. Héctor la retiró y la puso en el bolsillo de su saco—. ¿Podés creerme que jamás dejé de amarte? —Héctor la miró—. ¿Podés creerme que te amo como el primer día?

—¿Y entonces qué? —dijo él levantando la voz y aferrándose a la mesa—. ¿No era suficiente yo y tu supuesto amor? ¿No te garchaba bien, Ana? Podrías habérmelo dicho.

—¡Por favor, Héctor! Te pido…

—¿Fingías los orgasmos, Ana? Porque yo me acuerdo de que no sólo me decías que te encantaba hacer el amor conmigo, ¡yo te veía disfrutar, gozar! Qué sé yo. Se te veía muy convincente actuando de que disfrutabas.

—¡Nunca actué! No es eso, no fue eso…

—Ah, ¿no? ¿Y qué fue entonces? ¿Me vas a venir con que no eras vos cuando hacías eso? ¿Que estabas enferma? ¿Ninfomanía? ¿Te sentís Catherine Denueve en *Belle de jour*? Ahora entiendo por qué me llevaste a ver aquel ciclo de cine francés. ¿Esposa de día, insaciable de noche?

—Basta. Bajá la voz, por favor.

—No la bajo nada. Necesito entender. Porque el pasado no lo puedo modificar. Al menos quiero entenderlo y ver mi futuro.

Ana sintió una esperanza cuando escuchó la palabra futuro. ¿Entonces no estaba terminado su matrimonio? Si Héctor entendiese, ¿habría una chance? Porque ella lo deseaba. Quería volver a la vida con su esposo. A sus cenas, a su departamento, a sus viajes, a sus proyectos, a sus dudas. Pero con él.

—Necesito entender por qué me hiciste esto. —Siguió él—. ¿Sabés lo que significa explicarle a mi familia, a mis compañeros de trabajo, a mis amigos lo que me hiciste? ¿Tenés una remota, una putísima idea de lo que eso? ¿Podés pensar los que es mirar a mi vieja de ochenta y cinco años y tratar de decirle que la mujer que elegiste hace más de veinte años se revuelca en un cine porno de mala muerte?

Ana entendió la ira de Héctor. Al menos, supo que debía dejarlo sangrar. Porque todavía sangraba mucho su herida.

—Siento que estuve casado con una desconocida, Ana. Siento que estuve con alguien que se ensuciaba… —dijo y casi no pudo continuar. Tomó una bocanada de aire—. No me puedo sacar de la cabeza pensar que dormía con alguien que ensuciaba mis sábanas con sudor de tipos horribles, con saliva, con…

—¡Basta, por favor, basta! —gritó Ana llamando la atención de los que estaban en el bar.

Héctor se agarró la cabeza como si tuviera una repentina jaqueca. No podía parar.

—¿Probaste invertir la situación? ¿Te imaginaste cómo sería si un día te llamaba la policía para decirte que me encontraron golpeado en un cabaret de mala muerte cogiendo con putas baratas?

—Héctor, yo te pido… —alcanzó a decir Ana.

Quería contarle que sí había pensado en la situación a la inversa y que no podía soportarlo. Quería decirle que lo entendía y que, a su vez, lo que le pasaba a ella no tenía que ver con el amor que sentía por él. Quería y no podía porque Héctor no paraba de hablar.

—¿Sabés que tengo que esperar seis meses más para hacerme otra vez los análisis y quedarme tranquilo porque el negativo para todas las enfermedades venéreas y el VIH es real? Cuando supe todo esto, corrí al médico para que me chequearan y me explicaron que esas mierdas de virus pueden recién manifestarse seis meses más tarde de haber contagiado. ¡Seis meses de mi vida asustado por saber si me puedo morir!

Ana dio un respingo.

—¿Vos creés que yo pude haber tenido relaciones sin cuidarme, sin…? —dijo, pero Héctor no la dejó seguir. La miró fijo y le dijo casi silabeando cada palabra.

—Yo de vos puedo creer cualquier cosa. Cómo no voy a poder pensar que me trajiste sífilis o cualquier otra cosa a casa. Puedo creer cualquier cosa de vos, sabelo.

—No tenés derecho.

Él se puso de pie.

—¿Así que no tengo derecho? ¿Así que vos pensás que podés decirme que no tengo derecho? —le dijo abriendo los brazos—. ¡Estás loca! ¡Estás enferma, Ana!

Antes de irse, agregó:

—No me acordaba la repugnancia que me provoca verte. Siento asco. Me generás asco. No quiero verte nunca más. Mañana te llega la demanda de divorcio. Más te vale que no te opongas a nada. Más te vale.

54
Mensaje

Apretó la tecla de borrado y las letras se deshicieron de atrás para adelante. Uno se quedó contemplando la pantalla de su teléfono, vacía, con tanta inseguridad para decirlo.

¿Cómo debía ser el primer mensaje luego de casi seis meses de silencio? ¿Como siempre? ¿Nuevo? Porque si era lo primero, luciría negador de la realidad, seis meses de separación, pero a la vez familiar, mostrando que el sentimiento era el mismo. El mismo amor, la misma palabra, pensó Uno.

Escribió:

No estaría mal tomarnos un café, negro, caliente y amargo, un gin tonic siempre con limón o una chocolatada, un remo, como le decimos en mi pueblo, ¿no?

¿Empezar con una negación? ¿"No estaría mal" es el modo?

El cursor fatal volvió a correr de derecha a izquierda y dejó en blanco, color angustia, la pantalla.

Volvió a escribir:

Me gusta verte. Me gustaría verte sin más deseo que el de mirarte.

Podía recitar de memoria aquello que había escrito hacía más de un año. ¿Dos? No lo recordaba. Era muy malo con las fechas.

Uno pensó que no era el mismo que entonces. Ya no era aquel que C había conocido. Atribulado, una especie de hombre atemorizado por su deseo, arrastrado por las corrientes potentes de un mar que apenas empezaba a saber amargo, inmanejable. Uno sentía que ahora era alguien distinto, más ducho en nadar aquellas aguas. ¿Mejor? ¿Acaso el amor no hace que uno sea alguien distinto mientras ama y, más aún, cuando deja ese amor? ¿O no es que el amor nos hace diferentes, animados por atrevernos a perder algo del amor a uno mismo, sólo algo, para dirigirlo al amor por otro? Uno deseaba, desde las entrañas, mirarlo a C. Pero distinto. Se excitó pensando en ver a C caminar desnudo por su casa. Esta vez sería distinto en sus ojos.

Borró.

Escribió:

Quiero verte.

Contempló la pantalla de su teléfono y sintió que en esas dos palabras resumía todo. Sin vueltas, sin estrategias, sin más que su deseo.

Quiero verte.

Y lo mandó.

El sonido hueco de su aparato fue el único testigo de su zozobra. Un ruido de paso de caballo herrado sobre el camino de tierra ofició de música pobre a sus ganas de reencontrarse con C.

Volvió a leer, como si esas dos palabras reclamasen una interpretación escondida.

Quiero verte.

Y entonces, la desesperación. Había puesto detrás de la última palabra el punto. ¡Un punto y aparte! ¡Ese código entre ellos! Cada vez que se mensajeaban y el otro ponía un punto al final de la frase era que no quería seguir hablando. ¡Puse un punto y aparte!, se gritó en silencio.

Se puso de pie. Caminó desesperado por su cuarto, se asomó al balcón, se maldijo, se golpeó la pierna con fuerza. Tomó otra vez el teléfono y escribió atolondrado:

Quiero verte. Sin punto y aparte. Sin punto, te juro.

Supo que escribía eso con angustia. No le gustó nada. Aunque menos le gustaría no recibir una respuesta. Y se sentó a esperar.

55
Más te vale

—Necesito saber si vas a seguir siendo mi amiga —dijo Ana.

—Estuve con Héctor —respondió Inés.

Ana trató de entender la respuesta. De repente, lo vio claro:

—¿Vos me estás diciendo que decidiste tomar partido por Héctor y que en el divorcio te quedás con él?

Inés bajó la cabeza. Ana creyó ver vergüenza en su gesto, el comienzo de un resignado adiós.

—No puedo creer que hasta esto me van a arrebatar. Porque vos siempre supiste de mis idas al cine. Siempre te conté todo lo que me pasaba. Y ahora, porque el tema toma notoriedad, porque me golpean y roban y la policía lo da a conocer, porque los medios lo cuentan, te produce repulsión nuestra amistad. O sea —siguió razonando sola mientras su amiga no levantaba la cabeza—, lo que te molesta es que se sepa masivamente. No que vos lo supieras por mí, casi desde el primer momento. Mi amiga me abandona porque tiene miedo de quedar pegada a la repercusión de la noticia. No porque yo haga lo que hago. Es horrible.

—Te podés callar. —Inés la miró e impuso un largo silencio—. Estuve con Héctor y le dije que no me podía poner en la obligación de separarme de vos. Le dije que sos una amiga a la que amo. A la que no entiendo, pero la amo. Le expliqué que quería ayudarlo, que lo quiero mucho, que es muy importante acompañarlo y cuidarlo, pero que eso no implicaba necesariamente alejarme de vos. Aunque sienta repugnancia por lo que hacés. ¿Y sabés que me dijo él?

—No —dijo Ana.

—Que elija. Que eras vos o él. Que no podía pisar el mismo suelo que pisaras vos si quería entrar a su casa.

—¿Y entonces? —se atrevió Ana.

—Entonces estoy pisando este horrible piso de mármol berreta marrón que pusiste en tu cocina. Y que voy a seguir pisándolo siempre.

56
Aplausos

—El idiota de tu amigo nos dijo que seamos puntuales, que era muy importante. Ya pasaron veinte minutos de la hora. No entiendo. —Gerardo le reprochaba a Ana la tardanza cuando Uno entró agitado a Aux des Magots. Enseguida notó el clima.

—Me atrasé porque me dejó plantado el remise. Encontré otro que no tiene cambio. Entré para asegurarme que no se iban a ir. Tengo que volver a pagarle al tipo. ¿Me prestan ustedes? —Gerardo, Lourdes y Ana lo miraban fastidiado—. ¿Me fían? Pago yo acá en el bar y les devuelvo, tranquilos.

Entre todos juntaron unos billetes. Uno salió disparado hacia la calle. A los pocos minutos, por la ventana que parcialmente les dejaba ver la vereda, lo vieron volver. Se movía raro, lento. Empujó la puerta y se agachó, como si estuviera arrastrando un bulto pesado. Entonces, se dieron cuenta. La vieron. En silla de ruedas, Eva entraba al Magots.

Uno vio la cara de sorpresa de sus compañeros de curso. Gerardo se agarraba la cabeza. Lourdes ya lloraba y Ana, de pie, les hacía señas para que se acercaran a la mesa como si ellos pudieran dirigirse a otro lado. Eva, sonriente, empezó a aplaudir.

—No sé qué mierda hago, pero me dio por aplaudirlos, chicos —les dijo a un par de metros de la mesa.

Los tres se abalanzaron a abrazarla. Uno sintió la fuerza de ese encuentro físico tan esperado. Emanaban deseo, lucha, gozo, angustia. Sus manos se cruzaban para acariciar a Eva que parecía querer ponerse de pie.

—Bueno, basta. Esto ya parece una orgía y lo peor del caso es que me estoy quedando afuera —dijo Uno.

—¿Hay alguna posibilidad, por pequeña que sea, de que evites una referencia sexual en los próximos treinta minutos, Uno? —le dijo Eva todavía celebrada por el resto.

—Con tal de verla a Eva, hasta yo estoy dispuesta a chaparte, Uno —le dijo Lourdes.

—Bueno, bueno, bueno. Nos vamos sacando las caretas. Gerardo, vení que yo te consuelo, varón —dijo Ana extendiendo los brazos al novio de Lourdes.

Eva se acomodó ante la mesa moviendo con pericia su silla de ruedas. El resto, entre risas y monosílabos hizo lo propio.

—Son las cuatro de la tarde. No entiendo al Magots a esta hora. ¿Qué se pide de tomar con

este sol que entra por la ventana? —preguntó Eva.

—¡Mozo! Lo de siempre para todos. La señorita va con gin tonic como el mío. ¿Va bien así, nena? —le dijo Uno.

Ella se rio. Ana volvió a acariciarle un hombro y Lourdes se recostó sobre la cabeza de su novio. Se instaló un largo silencio.

—Como nadie va a hablar, arranco —dijo Eva—. Primero, gracias. A todos. Sé que estuvieron pendientes de mí. Que fueron a visitarme, pero no podía… no quería verlos así.

—A Uno lo dejaste… —empezó a decir Gerardo, pero ella lo interrumpió.

—Sentí que Uno iba a ser un buen mensajero de lo que me pasaba. Y fue él mismo el que me propuso que hoy, al encontrarnos, habláramos del futuro. No del pasado. Saben que estoy mejor, que no me voy a morir y que, en poco tiempo, me voy a separar de ella —dijo acariciando su silla de ruedas. —Así que, puro futuro, chicos. La semana que viene termina el curso de Orlás, ¿no? ¿Me pasan apuntes así me pongo al día?

—¿Por qué no venís a casa y te voy contando lo que vimos? —dijo Lourdes.

—Puedo ir, si no les molesta —dijo Ana.

—Nosotros quedamos afuera. Armemos un partido de fútbol, Uno. ¿Cómo lo ves?

—Soy puto de estereotipo, Gerardo. No me doy con la pelota.

Uno sintió que Eva lo miraba fijo. Y le dio, con un gesto que solo podían entender los dos, su consentimiento para que hablara.

—Este pibe me dijo algo que me salvó la vida. Y no es cosa del pasado. Les aseguro que es todo para adelante. Me lo dijo… no sé si cuando le compré el departamento o en clase o quizá acá, en este bar… ¿Te acordás, Uno?

Él la miró y, por primera vez desde que se conocían, por primera vez delante de esos amigos, empezó a llorar. Sin ampulosidad. Una lágrima que caía tras otra, lenta, como construida artesanalmente para derramarse en el momento oportuno. Uno supo que no podría detener eso que lo mostraba débil, aunque quisiese.

—Vos me dijiste que todo se trataba del deseo. ¡Del deseo! Y yo me acuerdo que te dije que yo no sabía qué deseaba. Entonces vos, amigo mío, me insultaste. Sin conocerme nada, sin saber quién era, te enojaste duro conmigo. Me dijiste cosas feas: bruta, cómoda, mediocre. Recuerdo bien tus palabras: Vos sí sabés cuál es tu deseo. ¡Todos lo sabemos!, me gritaste. ¡Todos! Porque el deseo se siente primero acá, y te marcaste la panza. Y luego, seguiste diciendo, acá. Y te marcaste el pecho. No te podés resistir a saber cuál es tu deseo. Vos sabés lo que deseas. Pasa que tenés miedo de asumirlo, de hacerte cargo y de ponerlo a circular, a realizar. Tenés miedo por vos, por tu familia, por tu novio. El miedo es una mierda, me dijiste.

Uno seguía llorando en silencio. Se diría que con un llanto orgulloso. Lourdes se aferró a la mano de Gerardo y Ana sonreía plena.

—El deseo es el mejor arquitecto de la vida, eso me dijiste Uno. El deseo es el mejor

arquitecto. Porque construye realidad, porque inicia el camino, difícil, tortuoso, incómodo, pero lo inicia. Vos me dijiste eso. Y yo, antes no quise verlo y me quedé inmóvil en ese balcón. Pero hoy lo siento acá y acá. —Eva se tocó el estómago y el pecho—. Y quiero construir. Quiero ser la arquitecta de mi deseo y de mi vida. Me encantaría que mi *acá* y *acá* fuera con ustedes, mirándonos en nuestros caminos. Pero sé que nada ni nadie va a impedir que camine por mi sendero. Lo sé.

Uno se levantó y la abrazó. Y fue allí que se confundieron entre sus brazos y sus lágrimas.

57
Vamos al Club

—Vamos al Club, nena. Dejate de embromar y vamos. Te va a hacer bien ventilarte —le dijo Felipe.

—No quiero cruzarme con C. No estoy preparado todavía. Hace dos semanas que le escribí, me clavó el visto y no me contestó —dijo Uno—. No me dan ganas de andar por los mismos lugares que él.

—Está buenísimo eso. —Felipe contenía una carcajada—. Podríamos hacer como una división de territorios. ¡Es re buena esa, nena! Por ejemplo, la avenida de acá a la vuelta. La vereda que va hacia el sur es tuya. La que va al norte, de C. Haceme un cuadrito sinóptico y yo se lo llevo a él, tipo embajadora, para acordar los términos de la división. Es genial la idea para no cruzarse. ¿Cómo lo ves, tesora?

Odió el humor de su amigo, pero se quedó pensando. Dos semanas sin siquiera recibir un no a su propuesta de verse. Era la expresión máxima del narcisismo de C. El desprecio por lo que le pasaba al otro: él. ¿O era el modo menos doloroso que tenía para decirle que ya no lo quería, que no sentía el menor deseo de reintentarlo? Podían ser las dos cosas. Ausencia de registro de su parte, por él, condimentada con frío escarmiento o piadoso silencio para que entendiese que ya había sido todo.

Uno quería ir al Club de los jueves y sentirse liviano de cuerpo. Abrazar y besar sin más decisión que el dejarse llevar por sus movimientos, volar. Quería volar con los pies en la tierra. Pero dudaba por el temor al encuentro. Necesitaba de un impulso externo para decidirse.

—Toca Luana, tu DJ preferida —dijo Felipe enrollando un cigarro de marihuana.

Uno se puso sus bermudas favoritas. Pantalón tipo cargo con bolsillos laterales y traseros en los que podía distribuir sin error cada cosa. En el más seguro, el dinero y el celular. Del otro lado, su cigarrillo electrónico, gotas para los ojos y caramelos para un aliento fresco. En el otro costado, preservativos y lubricante. Felipe se los había agregado diciéndole: *uno nunca sabe, tesora.*

Uno eligió una remera sin mangas negra. Se la había regalado C, porque *me gusta ver tus brazos, me excitan tus bíceps*, le había dicho. Se miró al espejo. Se gustó.

—Creo que me doy, amigo —le dijo a Felipe.

—Y sí, nena. Estás dable. —Y le acarició los brazos—. Mirá lo guapo que te pusiste. Como decía mi vieja, te hicieron bien los divorcios, como a Elizabeth Taylor. —Se rio Felipe y le pellizcó la entrepierna.

Caminaron hasta el Club. Había cola. En la puerta estaba Phantasy, que lo reconoció. Le extendió los brazos y, al acercarse, besó a Uno en los labios.

—*Welcome, welcome to cabaret*, lindo. Qué bueno volver a verte. Pasá —le dijo la drag franqueándole la entrada y cerrando el paso a Felipe.

—Viene conmigo, Phan —le dijo Uno. —Ya te presenté a mi amigo Felipe.

La inmensa travesti miró de arriba a abajo a Felipe y le dijo:

—*Come on, corny hairdresser.*

—Me explicás qué carajo es *corny*, porque peluquera le entendí —le preguntó a Uno.

—Original te dijo, Felipe. Original —le mintió. Felipe se había sacado la campera y lucía una musculosa rosa con motivo de Sarah Key y breteles minúsculos por sobre su short de jean cortado con tijeras.

—Voy a buscar agua, Feli. ¿Querés algo?

—Lo de siempre, tesora.

Lo de siempre era tequila. Felipe no empezaba la noche sin su tequila. *Te tira para arriba y no tiene bajón*, decía siempre. Uno se dirigió a la barra y notó que caminaba con un especial estado de alerta. Quería encontrar a C. Sin embargo, temía verlo y que el encuentro no fuera el que deseaba. Saludó a varios conocidos comunes. Se reprimió y no preguntó. Mientras hacía la cola para comprar las bebidas notó que alguien lo miraba. En ese momento Felipe se acercó y le dijo:

—¿Vos te das cuenta que el flaco más guau que tiene el Club te está marcando descaradamente? Es Elías, el diseñador de moda, una bomba neutrónica termonuclear y te-es-tá-mar-can-do —silabeó—. Me quedo yo en la cola y anda a saludarlo. Es una orden.

Uno caminó unos pasos en dirección a Elías, pero no dejaba de mirar la pista repleta de gente. Con su mirada lateral, la misma que chequeaba si C estaba allí, tomó nota del diseñador. Alto, morocho, pelo largo atado en una coleta, físico trabajado, vestido con una especie de túnica blanca que resaltaba más tu tez aceitunada. Alguien lo empujó abriéndose camino y se distrajo. Cuando volvió a mirar hacia Elías, él estaba a su lado.

—Soy Elías. Por fin nos conocemos. Amigos de amigos me han hablado tan bien de vos. Aunque creo que no hacen justicia cuando me dijeron que sos guapo. —Uno lo miró desconcertado—. Sos muy guapo. Me encantaría invitarte un espumante rico que traje de Francia y que se está enfriando en mi privado. —Señaló un balcón en el primer piso del Club y sin más, lo besó en los labios apretándole la cintura—. Hay invitaciones que sólo admiten un sí. Esta, por

ejemplo. —Y volvió a besarlo antes de subir.

Uno notó que los que estaban cerca lo miraban con ese gesto de qué cosa tendrá este tipo para levantarse a “la” bomba del lugar.

—¿Besa bien? ¿Fue de lengua? —Uno escuchó las preguntas de Felipe con un tequila en cada mano—. El agua te la traigo después. Ese chape merece brindis —le dijo haciendo chocar los chupitos—. Ya te advierto que mañana tipo cinco de la tarde me llamás para contarme cómo es el departamento del tipo y si es activo o pasivo. ¡No me mires así! Soy chapado a la antigua y me re interesan esas cosas.

Luego le alcanzó un vaso diciéndole:

—Ahora agua, agua, agua. Uno, no jodas. No me estropees el derecho a evitar que te vayas con Elías descomponiéndote.

Uno tomó a su amigo de la mano y lo llevó al centro de la pista. Necesitaba bailar con Felipe para celebrar haberlo conocido.

—Te adoro, amigo —le gritó Uno para hacerse escuchar en medio de la música—. Soy mejor gente desde que te conozco. Sos una bendición.

—Amigaaaaaa, ¿te sentís bien? —Felipe lo abrazó.

—Estoy re sobrio —dijo Uno.

Una pareja que bailaba a su lado les sonrió. Uno de ellos les dijo:

—Amo verlos juntos. La amistad de ustedes me hace bien. Los quiero.

Felipe les sonrió y se acercó a la oreja de Uno:

—Estas sí que están en Narnia con lo que tomaron. Ya empezaron a toquetearme. Creo que tengo la noche resuelta.

Los dos se miraron y empezaron a reírse con la complicidad de quienes se saben hasta en las miserias.

De repente Uno lo vio: C bailaba en el fondo de la pista. Las luces podían confundirlo un poco, pero estaba seguro de que era C. Quedó inmóvil. Mutó a una criatura fuera de la especie que no se movía con la música, no escuchaba semejantes decibeles, nada. Sólo lo veía. Sin acordarse de Felipe, de la pareja que les hablaba, de nadie, se abrió paso entre la multitud y se dirigió a su encuentro. Dos metros antes de abrazarlo se dio cuenta. No era C. Ni siquiera se parecía tanto. Su cuerpo volvió a habitar la música, la transpiración, el amontonamiento.

Pensó volver a donde su amigo. No tenía fuerzas. Sintió que su cuerpo tomaba temperatura y se obligó a buscar agua. Se acercó a la barra y Phantasy le dio una botella de plástico helada.

—Tomá mucho —le dijo.

Uno vació su botella de agua sin respirar. Se ahogó en agua helada para impedir que la angustia hirviente creciera desde su estómago. Como un viejo borracho de un bar de mala

muerte, golpeó el envase de plástico contra la barra y Phantasy se acercó con otra botella llena, igual de helada. Uno se aferró a la botella, pero notó que la drag no la soltaba.

—Yo iría al camarín de las bailarinas. Ahora. La clave de la puerta es 977. —La bartender soltó la botella, pero Uno seguía sin entender. Phantasy repitió—: Es ahora, bebé.

De repente, corrió hacia el lugar, se tropezó con los escalones y llegó hasta la puerta. A un par de metros lo vio a Elías con la copa en alto en señal de invitación. Miró la puerta de los camarines, miró a Elías y se abalanzó hacia el diseñador. Le estampó un beso violento, grosero.

—Me muero por garchar con vos, Elías. Ya lo haremos. Ahora voy a defender mi amor para toda la vida.

Y se fue.

Puso la clave y la puerta se abrió. Un pequeño corredor llevaba a una habitación de no más de tres por tres metros. En las paredes había espejos rodeados de luces en fila que garantizaban buen reflejo para maquillarse. Cinco o seis mujeres se probaban ropas, plumas, sombreros, preparándose para salir al escenario del Club. Al fondo, Pedro, el dueño del lugar, pintaba en un caballete un paisaje abstracto multicolor. Y entonces lo vio.

C estaba tirado en un sillón de dos cuerpos, con el torso desnudo, fumando. Uno no recordaba la belleza especial de ese hombre cuando no se preocupaba por mostrarla. C lucía indefenso y seductor, una especie de modelo mal pago posando para un cuadro del realismo español del siglo XIX. Uno se llevó la mano al pecho, como si le hubieran golpeado el esternón. Cuando pudo, avanzó hacia él. Antes de alcanzar el sillón, C, movido por una especie de intuición, dio vuelta su cabeza.

—Se supone que no podés entrar acá —le dijo C incorporándose.

Parecía querer tapar su desnudez con ese gesto.

—Vine a pedirte que me acompañes a caminar —le dijo Uno.

Las bailarinas miraron la escena sin dejar de probarse sus ropas. Pedro, el dueño, solo asintió con la cabeza cuando Uno propuso la caminata. C pensó unos instantes y luego se puso una remera, dio una larga pitada final a su cigarro, se levantó y salieron.

—Salgamos por esta puerta —le dijo—. Va directo a la calle. Porque asumo que querés caminar por la calle.

Uno siguió sus pasos como toda respuesta.

La noche lucía en su esplendor. El cielo oscuro mostraba algunas estrellas, la brisa impedía padecer el calor de una temperatura elevada. Uno sintió que la ciudad se confabulaba a su favor para impulsar la caminata.

Ninguno habló por tres o cuatro cuadras. De repente, Uno se detuvo en la vereda. Dos pasos adelante, lo hizo C.

—Ya sé que ni quisiste contestar mi mensaje. Con eso debería alcanzarme, pero no me alcanza. Quiero intentar lo nuestro. Quiero proponerte que lo intentemos.

C se alejó un par de pasos más. Le dio la espalda. Murmuró algo que Uno no pudo entender y por fin se sentó en el cordón de la vereda. Siempre, dándole la espalda.

—No puedo, Uno. No puedo —dijo por fin.

Uno sintió que la noche dejaba de ser. No hubo estrellas, no hubo brisa, no hubo cielo. No hubo más ni cielo ni suelo. Temió caerse. No tenía de dónde asirse. Pensó en irse, avergonzado, huérfano de todo querer, pero sus pies no le respondieron.

—No puedo. No pude contestarte. Porque si te respondo te diría que quiero ser tu pareja, tu novio o esas mierdas que a vos te gustan. Y ese no soy yo. No sabría cómo hacerlo. Y prefiero no aprender.

Aún aturdido, se sentó al lado de C y lo obligó a mirarlo.

—¿Qué decís?

—Que te extrañé en todo este tiempo. Como nunca me pasó con nadie. Deseé fuerte, pero muy fuerte, que te enamoraras de ese imbécil guapo que juega a ser tu novio comprensivo y así nos olvidáramos, te olvidaras, de lo que vivimos. Y en el fondo, quise que no fuera porque no me puedo olvidar. Porque vos, la puta madre, me hiciste sentir algo que se parece a… a querer de verdad a alguien. Y no sé qué hacer con eso.

—Me estás jodiendo, C —le dijo Uno tan feliz como indignado.

—No pude responderte el mensaje porque tenía que decirte que quiero… quiero con vos, pero no sé… no sé…

Uno no lo dejó seguir y lo besó. Uno supo que ese encuentro de sus bocas era mejor de lo que recordaba. Quizá, porque ese beso fuese el mejor que se hubieran dado nunca. Sus lenguas acortaron toda distancia y mezclar sus salivas los hizo sentir que debían fusionarse. Se acariciaron con descaro. Un auto que pasaba por esa calle les tocó bocina. Uno quiso empezar a desvestir a C y él lo detuvo. Se puso de pie.

—Yo, ahora yo, te propongo un acuerdo para ver si podemos intentar —le dijo.

Uno se limitó a escucharlo.

—No creo en la monogamia. No creo en el zarpe de cualquiera hace lo que quiere, pero tampoco en dar explicaciones. Sé que es una contradicción, pero es lo que es. Sé que te amo. Quiero decir, sé que me estoy empezando a enamorar. Eso es lo que siento. No me pidas que prometa otra cosa que esto que me pasa hoy. Y, finalmente, no estoy seguro de nada.

Uno se acarició la cabeza, guardó unos segundos de silencio y le dijo:

—No creo en la monogamia. No creo en el zarpe. Creo en charlar lo que nos pasa. Creo en construir hablando con la verdad, siendo sinceros. Probando. Intentando. No quiero que

prometamos nada. Tampoco estoy seguro de casi nada. Sólo quiero que sepas que hoy, y estoy seguro de eso, me gustaría proponerte que envejezcamos juntos.

C se acercó a Uno, le apretó la cintura y le dijo:

—Pedazo de bello hijo de puta. Yo también quiero intentarlo con vos. —Y lo besó.

58
Viaje

—Esta es la última clase de filosofía del curso, nena —le dijo Uno a Ana, sentados en el café Aux des Magots.

—Esta tarde fue la última vez que lo vi a Héctor como mi esposo. Me dijo que quiere separarse.

—Al menos vas ahorrar energía. Hacés dos cierres por uno, ¿no?

—Sos un imbécil.

—Y original. Porque soy gay, putita —le dijo y la abrazó. La abrazó muy fuerte.

Ana sintió que Uno era mucho más que su compañero de curso de filosofía, su confidente inesperado, su amigo de la adultez. Supo que él era cómplice de sus temores, de sus miserias, de sus deseos. Debería tener un nombre especial eso, pensó.

—Estaba pensando en usar los pasajes que le saqué a la empresa. Roma o quizá París —empezó a contarle ella.

—Londres o Ámsterdam, Ana. Hay más fiestas electrónicas, cines y *dark rooms* de sexo —le dijo Uno mirando hacia la calle del bar.

—Habría que viajar con una valija chica o una mochila. Por si uno se quiere ir rápido a otra ciudad con los pasajes *low cost*, ¿no?

—Tengo una que recibí de herencia de un flaco casado que era milico y me la dejó cuando llegó llorando a casa para decirme que amaba el sexo con hombres, pero que no se lo podía explicar a su mujer ni a sus hijos. ¡Lo que garchaba el tipo! Sé dónde las venden, te regalo una a vos, si te gusta.

—Septiembre es un buen mes para viajar a Europa —pensó en voz alta ella.

—Yo hasta dos semanas puedo —dijo él.

—Más no podemos, Uno. A la vuelta tengo que buscar trabajo. De algo tengo que vivir, ¿no?

—Abrite un *onlyfans* o laburá de *escort* de alto nivel, es una opción, ¿qué te parece? Experiencia, tenés.

—Y si no, me enseñás vos con tanta pareja abierta promiscua del orto que tenés, ¿no? —agregó ella y pidió un té al mozo.

Se hizo un largo silencio. De esos que sólo el placer de la amistad construye. Un silencio como un lugar de escucha y reflexión de a dos y, especialmente, un espacio para lo que no se

dice, no se cuenta y se sabe compartido. Porque la amistad, pensó Ana, es saber sin tanta necesidad de palabra lo que te une a un otro totalmente desconocido que, un día, sin esperarlo, se transforma en parte tuya inescindible, pensado desde el amor. Porque querer a un amigo, siguió pensando, es transitar el camino del desprejuicio de amarlo sin más deseo que saberlo a tu lado.

—Gracias por la invitación —le dijo Uno—. Acepto viajar con vos.

—Nunca te invité, desubicado. Apenas conversaba con vos de la idea de mi viaje.

—Yo duermo del lado del baño, Ana.

—Yo uso las perchas del placard. Todas.

—Hecho —le dijo él.

—¿A C no le va a joder que vengas conmigo? —preguntó ella mirándolo.

—Mientras le traiga un regalo. Está en el acuerdo. —Se rio él.

59
La última lección

—Por eso, mis estimados, es que estoy convencida de que la felicidad, como decía Sartre, no es hacer lo que uno quiere, sino querer lo que uno hace.

Orlás se paró en el centro del escenario y pidió en voz alta al responsable técnico que diera toda la luz posible a la sala. Uno pensó que cada rostro aparecería nítido a sus ojos. Ni él, escondido en la última butaca, quedaría en penumbras.

—Hay una corriente contemporánea que impone un deseo sintético, de fabricación industrial, inalcanzable, una especie de teléfono de última generación que con sólo mencionarlo ya queda viejo por la aparición del próximo modelo y que nubla toda posibilidad de disfrutar lo que se tiene. Crea como un vacío voraz de querer más, como ofrecen otros modelos que, de hecho, serán inalcanzables. Una hermosa zanahoria que nunca se probará para sostener una angustia idiota. Es hora de que sepamos, también, que tenemos la chance de reconocer, desde los hermosos pensadores que hemos visto aquí como Descartes, Montaigne, los sofistas, los cínicos y, claro, mis amados existencialistas, que no somos más que nuestras decisiones.

Uno sintió que Orlás necesitaba un silencio teatral.

—Somos lo que somos por nuestras decisiones —repitió la profesora.

—¿Incluso las decisiones erradas? —La voz de Eva retumbó en el auditorio del Club Jordania. Ayudada por sus muletas, entró en la sala y se sentó en la primera fila, volviendo por primera vez desde su incidente. Sus ojos mostraban emoción. Esperó la respuesta de Orlás.

—Especialmente con las decisiones erradas, mi querida Eva. No me siento con derecho a poner en voz de Sartre esto, pero creo que ningún existencialista se enojaría por lo que digo. Nuestras decisiones erradas marcan el camino para descubrir que hay otros senderos para recorrer y para entender que no habita ahí nuestro deseo —respondió Orlás, y bajó del escenario por una endeble escalerilla que lo separaba de la platea. Llegó hasta Eva, la tomó de las manos y le dijo—: *J’obéirai jusqu’à la mort mais à moi même.*

Nunca antes la habían visto tan emocionada.

Eva la miró expectante. Ella ese agachó hasta quedar cara a cara.

—Yo obedeceré hasta la muerte. Pero a mí. Siempre, siempre me obedeceré a mí. Obedezca siempre a usted, Eva. —Y la abrazó.

Uno percibió una energía distinta. El curso completo guardaba un silencio que podría decirse litúrgico. Nadie se atrevió a moverse. Orlás se puso de pie y empezó a caminar por los pasillos del patio de butacas.

—Y si no somos nada más que nuestras decisiones es que tenemos que ponernos en marcha para decidir.

—No es fácil, profesora. Tengo setenta años y le aseguro que todavía no sé cuál es la decisión correcta. —La interrumpió una mujer que había asistido a todas y cada una de sus clases—. ¿Cómo saber cuál es el camino correcto?

Orlás se sonrió, buscó en su bolsillo su cigarrillo electrónico y se paró exactamente al lado de la butaca que ocupaba Uno.

Él sintió que estaba frente a una Berta Orlás que conocía por primera vez. Al menos, en esa dimensión. La de una mujer que estaba pulsando la cuerda de la emoción más genuina y mostraba, como nunca antes, una potente debilidad, una incierta convicción. Era una Orlás muy humana, muy par de cada uno de sus alumnos.

—Un enorme humorista de la ciudad de Rosario, cuna de cultura en serio, escribió un texto que representaba una vieja actriz a la que supieron ponerle bombas en la época de la dictadura. En uno de esos espectáculos, la protagonista contaba: “Cuando era una niña, en el primer año de mi escuela secundaria, la profesora de matemática ingresó el primer día de clases y preguntó: ¿qué es ser inteligente? Nadie habló. La docente me miró y me señaló con un dedo. La de rulos: ¿qué es ser inteligente? —Orlás había subyugado al auditorio como si lo estuviera actuando ella —. Yo, decía la actriz, petrificada, dije no sé. La profesora me miró con pena. Como si no mereciese estar ahí. Nadie sabía qué decir. Hasta que el mejor promedio del curso dijo: ser inteligente es saber resolver un problema en el menor tiempo posible con el menor esfuerzo posible”.

Todos sabían que era el último jueves de un año en el que habían conocido a una mujer distinta, atractiva, vital. Ella siguió:

—Entonces, decía la actriz en el espectáculo, supe que moriría bruta. Dos más dos me da con decimales. Estaba condenada al fracaso. Mucho tiempo después, en la facultad, un profesor de filosofía me preguntó qué era ser inteligente. Rápida, respondí: es saber resolver un problema en el menor tiempo posible con el menor esfuerzo posible. El profesor me miró y me dijo: Usted es una idiota.

La sala del Club Jordania se rio.

—¿Y entonces?, se preguntaba la actriz. Entonces, respondió el profesor, ser inteligente es saber ser feliz. La actriz hacía un largo silencio en el escenario y miraba a todos sus espectadores como yo los estoy mirando a todos ustedes.

Uno tragó saliva cuando vio que Orlás lo miraba directamente de tan cerca, a su lado. Ella le

apoyó una mano en su hombro y continuó:

—La actriz, para terminar el monólogo preguntaba: "¿Y cuál es el camino de la felicidad? Pensemos en la historia. Vino Moisés y dijo es por allá. Vino Cristo y dijo no, no, es por acá. Vino Marx y dijo de ninguna manera, es por aquí. Vino Einstein y dijo todo es relativo".

Orlás dejó a Uno y se rio junto con sus alumnos.

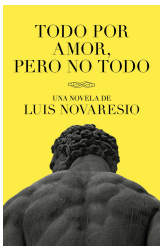
—No somos más que nuestras decisiones, amigos. —Uno reparó en que nunca antes había usado ese término—. Por eso, para saber cuánto vale nuestra vida, no está mal arriesgarla de vez en cuando. Es una metáfora. No hablo de otra cosa —dijo mirando a Eva—. ¿Qué han decidido viniendo a este curso? se preguntarán muchos. Creo, y sólo lo creo porque no estoy segura de casi nada, que decidieron empezar a preguntarse, a dudar, a sospecharse distintos. Me gusta mucho esto. Les deseo que empiecen a sospecharse distintos. No es poco.

Y el público la ovacionó.

Agradecimientos

A BB, mi esposo. Por el amor de hoy y por todo el amor que viene.

A Penguin. A Juan Boido por su energía. A Glenda Vieites por explicarme que escribir un libro es un proyecto de vida. A todos en la editorial, pero en especial a Fernanda Mainelli. Rosarina y mujer de libros, por mis recuerdos de Librería Ross y por todo lo que sabemos compartido. Sin sus llamados, sin su aliento, no hubiera sido posible esta novela. A Silvia Itkin por sus consejos. A José Pablo Feinmann, por su bello curso de historia de la filosofía en el Club Armenia. Algunas citas son de él. A Fabiana Galardo, mi amiga del alma, por su inquebrantable generosidad. A Daniel Hadad, por sus eternos gestos de afecto, consideración y cariño. A los movimientos gay que pelean por los derechos LGTBIQ+. A todos ellos y a tantos más, gracias.



Cuando Uno —que le debe su nombre a la devoción de su madre por un mártir español— atraviesa una crisis de pareja con C, se anota en un curso de filosofía con la prestigiosa profesora Berta Orlás. Allí, cada jueves, un grupo comenzará a construir una forma descarnada de amistad. Uno conocerá a Ana, ejecutiva exitosa con un secreto inconfesable, a la frágil Eva —cuya determinación pondrá a prueba la cohesión del grupo—, y a Lourdes y Gerardo, una pareja convencional que hace preguntas incómodas. Uno se debate entre el placer de la experimentación sexual que le propone C y el miedo a perderlo. ¿Cuáles son los límites del amor? ¿Cuáles, los del sexo? ¿Qué es la fidelidad? ¿Hay una ética o una moral cuando amamos? ¿A qué somos realmente leales? ¿La filosofía tiene las respuestas? Lo humano se despliega con todas sus tensiones en esta, la primera novela de Luis Novaresio. Las ideas de Platón, Epicuro, Freud, De Beauvoir y Sartre, entre otros pensadores, llegarán a través de la magnética profesora, a veces como bálsamo y otras como aguijón para revelarles a los personajes sus propias verdades. *Todo por amor, pero no todo* es una historia de preguntas, de descubrimientos, de reencuentros con lo sabido y un profundo convencimiento sobre la importancia de la amistad y el deseo.



LUIS NOVARESIO

Nació en Rosario, Argentina, y desde hace tiempo reside en la Ciudad de Buenos Aires. Le gusta decir que es un rosarino viviendo en la capital. Es periodista y abogado. Estudió Derecho porque la dictadura militar de 1976 había cerrado la carrera de periodismo, su gran vocación. Fue abogado y periodista en forma simultánea durante muchos años hasta que se dedicó por completo a su verdadera profesión. Escribió en los diarios *La Capital*, *Crítica de la Argentina* y *Rosario/12* y fue conductor de televisión y radio en medios como Canal 3, Radio Dos, Canal 9, Radio 10, Radio La Red y América TV. Actualmente trabaja en *Infobae* y La Nación+. Recibió seis Martín Fierro, entre ellos uno de Oro; tres premios Tato y un diploma Konex al mérito por su labor periodística. Publicó el libro de ensayos *Parte de la razón*. *Todo por amor, pero no todo* es su primera novela. Seguirá estudiando Filosofía eternamente. Está casado con Braulio Bauab, con quien comparte la vida. Con ellos vive también Vera, el otro amor de su vida, la hija de su esposo

Foto del autor: © Alejandra López

Novaresio, Luis
Todo por amor, pero no todo / Luis Novaresio. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Sudamericana, 2024.
(Narrativa)
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-780-489-8

1. Narrativa Argentina. I. Título
CDD A863



Diseño de tapa: Penguin Random House Grupo Editorial

Edición en formato digital: julio de 2024
© 2024, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.
Humberto I 555, Buenos Aires
penguinlibros.com

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-987-780-489-8

Conversión a formato digital: Estudio eBook

Facebook: **penguinlibrosar**
Twitter: **penguinlibrosar**
Instagram: **penguinlibrosar**

Índice

Todo por amor, pero no todo
Epígrafe
Dedicatoria
1. Slave
2. El premio de Ana
3. Infelices
4. ¿No te alcanzo?
5. El peso del tiempo
6. ¿O no te gustó?
7. Clase de filosofía
8. Aux des Magots
9. Consejo
10. Podría
11. No te entiendo, loca
12. Celos
13. Mamá
14. El hombre muro
15. Volare
16. Cuando Ana dijo sí
17. Te mato, amor
18. Cinismos
19. Goce y castigo
20. Sorpresa
21. Imbécil
22. Miedo y generosidad
23. Celular, plata, documento

24. Forros
25. Dialéctica
26. Despertares
27. Acuerdo
28. La carta
29. Vergüenza
30. Regreso
31. ¿Cómo seguimos?
32. Muy Franco
33. Chocolate
34. Monogamia
35. Un balcón con plantas
36. Vasos comunicantes
37. Café
38. Hagan lo que quieran
39. No hay derecho
40. Noche de Franco
41. De a tres
42. Kinder
43. Un libro
44. La jueza
45. Fue
46. ¿Qué somos?
47. Ninguno piensa
48. Perspectiva
49. Me iré lejos
50. ¿Su teléfono, doctor?
51. No estoy seguro de nada
52. Te amo
53. Asco
54. Mensaje
55. Más te vale
56. Aplausos
57. Vamos al Club
58. Viaje
59. La última lección
Agradecimientos

Sobre este libro
Sobre el autor
Créditos